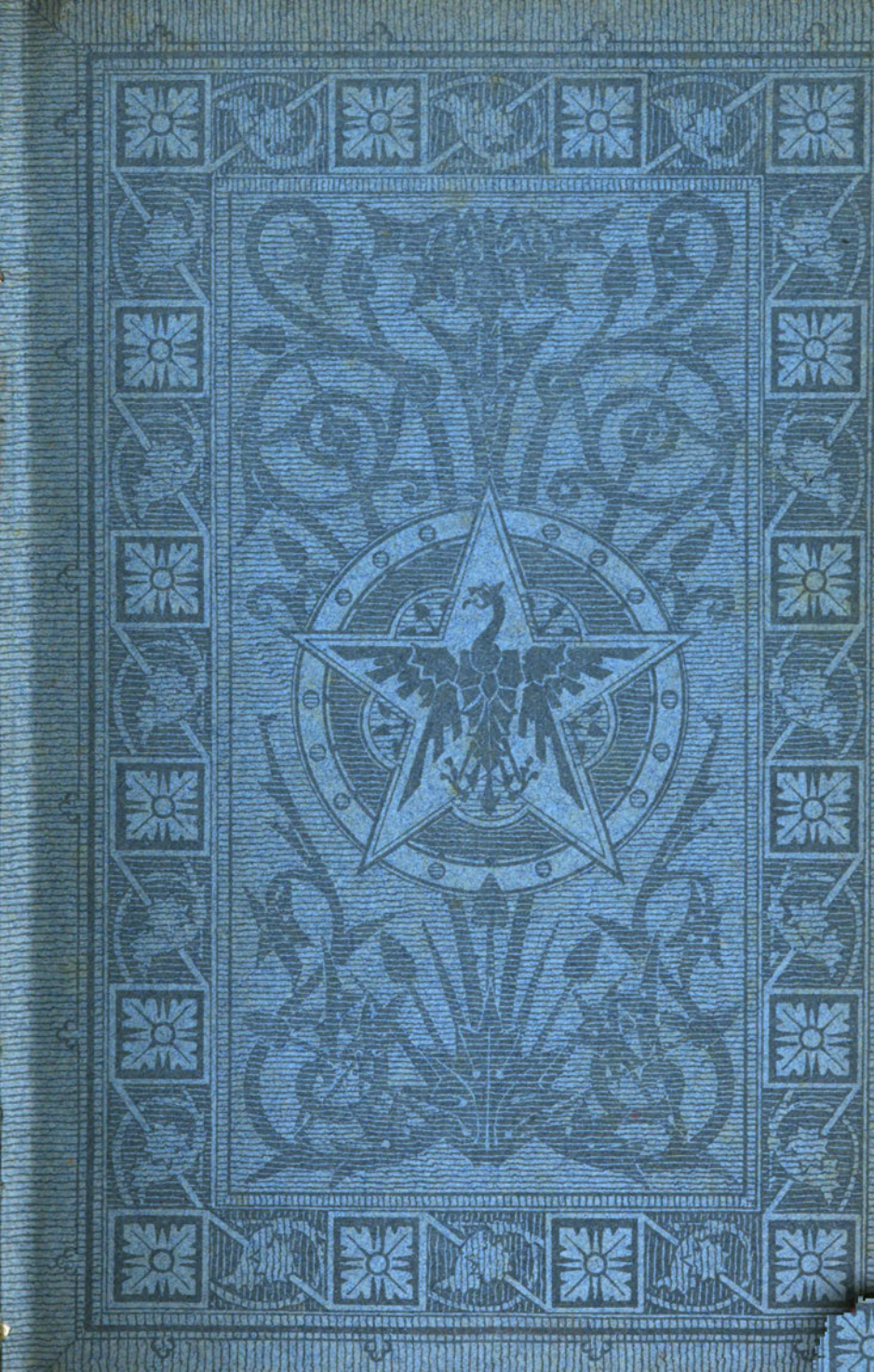


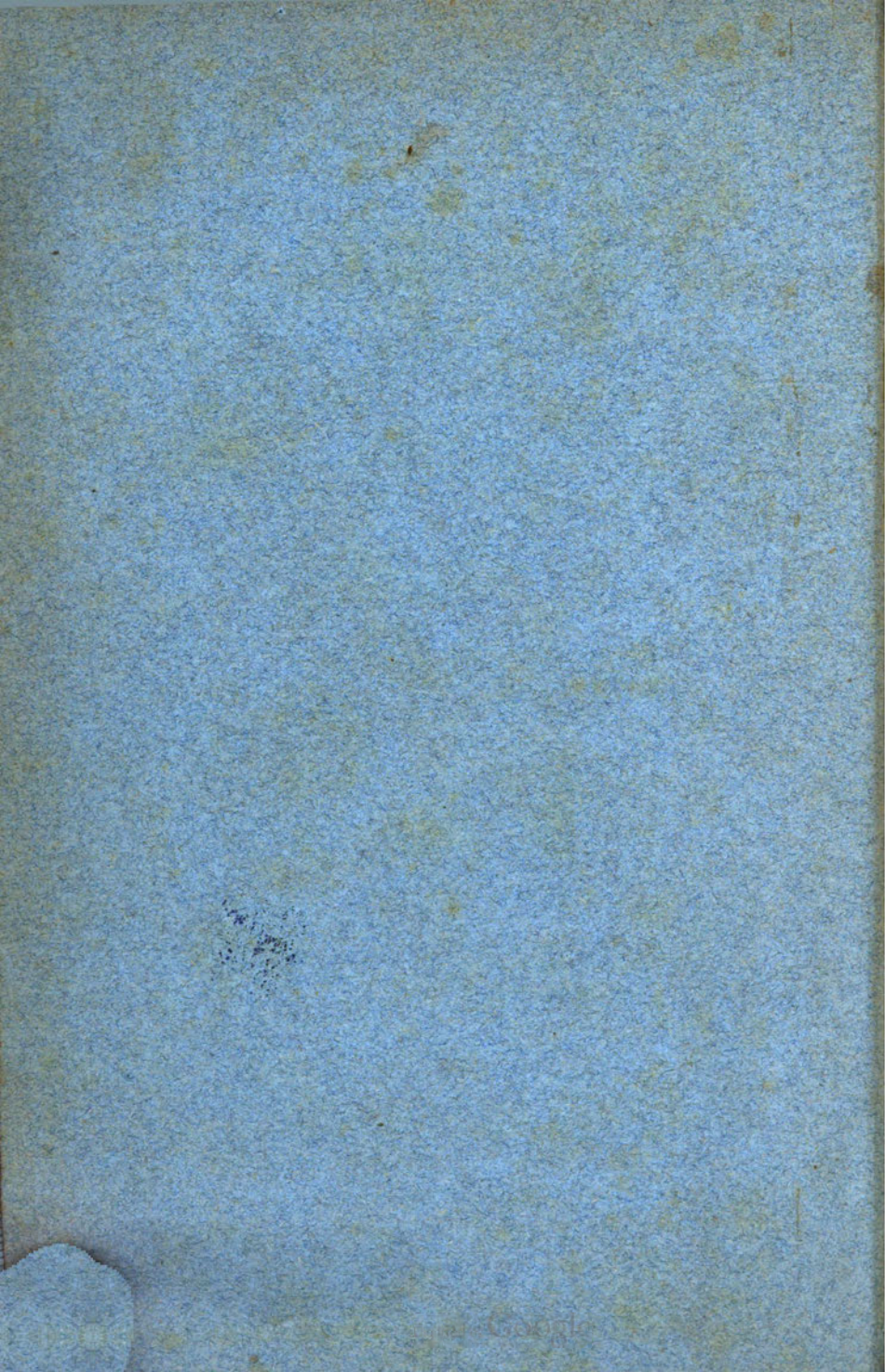
Elena



J. SANDEREAU







ELENA
DE LA SEIGLIERE

POR

JULIO SANDEAU

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

— — —
VERSIÓN ESPAÑOLA
— — —

ILUSTRACIÓN DE BAYARD



BARCELONA

BIBLIOTECA « ARTE Y LETRAS »

DANIEL CORTEZO Y C.^a, *Ausias-March*, 95

1884

R. 402.826



D



CAPÍTULO PRIMERO

Si alguna vez le ocurre al lector que, hallándose de paso en Poitiers, uno de los mil accidentes de la vida le obliga á detenerse tan siquiera un solo día en aquella población, donde supongo no cuenta con parientes ni amigos, aseguro bajo mi palabra que á las dos horas va á aburrirse grandemente, pero con aquel aburrimiento profundo que reina en provincias como una atmósfera y que se respira en la capital de Poitou más que en ningún lado. Casi no conozco otro pueblo, en todo el reino, si no es Bourges, donde

el invisible fluido mil veces más funesto que el *mistral* ó el *siroco*, sea tan penetrante y sutil, y se infiltre hasta la médula de los huesos tan súbito é imprevisto. Pero en Bourges, menos mal; para conjurar el azote, queda el recurso de visitar la basílica, de las más bellas que elevaron la fe y el arte, y hay con ella objeto en que apacentar la admiración más de una semana, sin hablar ahora del palacio de *Jacques Cœur*, otra maravilla y otra distracción, donde entretenerse meditando acerca de la ingratitud de los reyes. En una palabra; allí, á lo largo de las callejas solitarias, entre la yerba que crece en los intersticios de los adoquines, ó en frente de algún gran caserón, hundido en silencio y tristeza en el fondo del patio, el fastidio se convierte á la larga en melancolía, no exenta de atractivos. Bourges tiene la poesía del claustro; Poitiers es un sepulcro.

Digo, pues, caro lector que si á pesar de los votos que hago para que Dios te preserve de aburrirte en Poitiers, algún genio maléfico, ó la malhadada casualidad te detiene preso entre aquellos sombríos muros, lo mejor que puedes hacer es escapar á toda prisa. La campiña está á dos pasos, y los alrededores sin ser pintorescos, ofrecen aspectos sonrientes y fresquísimos. Toma la ribera del Clain. El Clain es un río, al cual el Vienne cede el honor de regar las praderas de la capital, sin que por esto se enorgullezca ni se revuelva turbulento. De humor siempre igual, modesto en su porte, es un riachuelo de bien, que parece ignorar que lame los muros de una antigua y real corte, de

una prefectura, de una sede episcopal. Si emprendes el camino remontando su corriente, á las dos horas de paseo, descubrirás un valle, que ciñen y limitan formando círculo dos colinas tendidas en torno entre las cuales halló el Clain su lecho. Imagina si gustas, dos anfiteatros de verdura, alzados uno enfrente de otro y separados por las aguas en cuyo fondo van á reflejarse. En este sitio, el Clain tendiéndose y ensanchándose entre las pendientes que le encauzan, forma un estanque terso como un espejo, que un espejo parece realmente, y de una sola pieza, hasta la orilla, donde el cristal se parte y se reduce á tornasolado polvo. A la derecha se alza altivo en una loma, el castillo de la Seiglière, verdadera joya del Renacimiento, que contempla cómo ondula á sus plantas la espesa fronda de sus jardines. Á la izquierda, en la opuesta orilla, medio oculto entre la espesura de un encinar, el castillejo de Vaubert parece observar con humilde y dolorido gesto la soberbia actitud de su opulento vecino. Seguro que ha de complacerte ese rincón, sobre todo si has dejado que te contaran antes el drama que tuvo por escenario este pacífico valle, pues entonces has de paladear el misterioso placer de toda excursión á lugares consagrados por la historia, y buscarás tal vez en la espesa grama sus borradas huellas, mientras, con paso lento y soñando, evocas en uno y otro sitio sombras y recuerdos.

Único heredero de un nombre que debía extinguirse con él, el último marqués de La Seiglière vivía á cuerpo de rey en su patrimonio, cazando, dándose la

gran vida, haciendo todo el bien que podía á sus villanos, sin ninguna preocupación por sus propios privilegios, cuando á lo mejor retembló el suelo y el aire con sordo mujido, como el mar rebulléndose á la proximidad de la tormenta. Era el prelude del huracán que iba á sacudir el mundo. Al buen-marqués no le turbó, ni le conmovió apenas. Perteneía á la clase de los atolondrados y simpáticos caracteres que ni veían ni comprendían nada de lo que estaba pasando, y que dejaron sorprenderse por la ola revolucionaria, como niños por la marea. Ya ojeando al ciervo en sus bosques centenarios; ya recostado muellemente en su carroza, con su bella y joven mujer, arrebatado al galope de los caballos á la sombra de los árboles, deslizando por la arena de las calles; ya desde su balcón contemplando orgulloso, prados, mieses, selvas, granjas y rebaños; de cualquier punto de vista que mirase la cuestión política y social, el orden presente le parecía tan sólidamente establecido y organizado que no admitía seria discusión acerca del modo de sustituirlo. Sin embargo, el hombre, más por darse tono que por prudencia, fué de los que emigraron la primera vez, emigración que, en realidad, pareció una excursión de recreo, un viaje de moda y por capricho: tratabase solamente de dejar que pasara el chubasco y se serenara el cielo. Pero, lejos de disiparse, el chaparrón amenazó convertirse en horrible tormenta; el cielo no se aclaró; todo lo contrario, cargóse de sangrientas nubes, que rasgaban de cuando en cuando rayos y centellas. Entonces el marqués empezó á sospechar

que las cosas podían ponerse serias y durar más de lo que él supuso en un principio, en vista de lo cual regresó á Francia, recogió á toda prisa cuánto pudo de su inmensa fortuna y corrió á reunirse con su mujer, que le aguardaba á orillas del Rhin. Desde allí, se retiraron á un villorrio de Alemania, donde, instalados modestamente, vivieron con mediano pasar, nada halagüeño, la marquesa, muy graciosa, muy resignada, conmoviendo á todos con su hermosura, el marqués muy esperanzado, y confiado en el porvenir. Hasta que un día supieron, noticia tras noticia, que un puñado de canalla, sin pan ni zapatos, no tenía empacho en batir los ejércitos de la santa causa y que uno de sus colonos, Juan Stamply, se había permitido comprar y poseer, con legítimo título de propiedad, el parque y castillo de La Seiglière.

Desde que hubo en el mundo Stamplys y Seiglières, aquellos habían vivido al servicio de éstos, con lo cual los Stamplys podían jactarse de ser de tan antiguo abolengo como sus señores. Perteneían á aquellas razas de servidores fieles y leales de que se perdió la semilla en cuanto se abolieron los señoríos. De simples guarda-bosques, cargo que habían ido ejerciendo de padres á hijos, pasaron á ser colonos, y poquito á poco, á fuerza de laboriosidad y economía, y gracias también á los favores del castillo que no les abandonó nunca, acabaron por reunir un pequeño capital. Fijamente nadie sabía cuánto era, pero eran tenidos por más ricos de lo que dejaban suponer, y en toda la comarca á nadie sorprendió que, tras el decreto de la

Convención que declaraba propiedades nacionales los bienes de los emigrados, el arrendatario Juan Stamply se hiciera adjudicar en pública almoneda la habitación de sus antiguos señores. Después de lo cual, continuó viviendo en su granja, como hasta entonces, activo, laborioso, retirado, comprando á vil precio, á la chita callando, y pedazo por pedazo, las tierras ya vendidas ó secuestradas, y reuniendo y empalmando cada año algunos fragmentos del desmembrado patrimonio. Por fin, cuando la nación respiró y empezó á renacer la calma, una bella mañana de primavera embutió á su mujer y á su hijo en un carricoche que le servía de calesa, montó al pescante, látigo en mano y en la otra las riendas, y fué á tomar posesión del castillo, capital de su pequeño reino.

La toma de posesión fué menos triunfal y menos alegre de lo que podía creerse. Cruzando aquellas vastas habitaciones, que revistió el abandono de solemne gravedad; bajo aquellos artesones y sobre aquel pavimento; entre los restos que impregnaba todavía el recuerdo de los antiguos moradores; la Stamply (sólo era al fin y al cabo la buena mujer de un colono) sintió singular turbación. Cuando se encontró delante del retrato de la señora marquesa, á quien reconoció á la primera ojeada por su fresca y agraciada sonrisa, no pudo más. El mismo Stamply luchaba en vano con su emoción, sin cuidar de disimularla.

—Oye, Juan—dijo su esposa enjugándose una lágrima—no nos quedemos aquí; estaríamos mal. Me avergüenza nuestra fortuna; con sólo pensar que la

señora marquesa sufre tal vez en la miseria... por más que me digo, que hemos ganado lo que tenemos á fuerza de trabajo y honradez, siento remordimientos. ¿Verdad que parece que estos retratos nos amenazan con la mirada y quieren hablar? Vámonos... vámonos... Este castillo no se hizo para nosotros... dormiríamos aquí poco y mal... créeme... Harto es que nosotros no carezcamos de nada, mientras los señores de la Seiglière viven miserablemente. Volvámonos á nuestra granja... allí nació nuestro hijo, y allí hemos sido felices... Continuemos nuestra vida sencilla y arreglada; los buenos han de alabarnos; nos respetarán los viejos; y Dios, viendo que gozamos de nuestras riquezas con modestia, nos mirará propicio y bendecirá nuestro hijo y nuestros campos.

Así habló la mujer del colono, de gran corazón, y sano juicio, á pesar de no haber sido educada. Viendo que su marido la escuchaba pensativo, pronto á ceder, insistió; pero Stamply venció su emoción que no había podido reprimir al primer golpe. Algo instruido, é imbuído en las nuevas ideas, aunque guardaba un resto de gratitud y respeto al marqués de La Seiglière, menos, sin embargo, que á la marquesa, el instinto de la propiedad se había apoderado de él, desde que empezó á enriquecerse, y acabó por invadir y absorber su ánimo entero. Por otra parte, tenía un hijo; y los hijos son siempre maravilloso pretexto para envalentonar y legitimar en el seno de las familias los excesos del egoísmo y los abusos del interés personal.

—Todo esto está muy bien—replicó—pero los casti-

llos se han hecho para habitarlos, y me parece que no hemos comprado éste para meter aquí nuestros ganados. Si los señores se largan, la culpa no es nuestra, ni somos tampoco nosotros quienes los declaran fuera de ley, y ponen sus bienes en venta. Nosotros, que yo sepa, no se los hemos robado; los adquirimos con nuestro trabajo y el de la nación. Ahora ya no hay señores ni títulos; todos los franceses son libres é iguales, y no sé por qué no han de dormir grandemente los Stamply donde dormían los de La Seiglière.

—Calla, calla, por Dios—dijo su mujer—respeto la desgracia y no insultes á quien ha mantenido siempre tu familia.

—Pero mujer, si yo no insulto á nadie—respondió él, algo turbado;—digo sólo que, con vivir en nuestra casa nada adelantamos, ni han de mudar las cosas; no veo que gane nadie en ello, como no sean los ratones. ¡Que no somos más que unos labradores! verdad que sí; ¡que nuestra educación y nuestra fortuna no se compadecen mucho! conformes; pero tratemos al menos de que nuestro hijo no sufra como nosotros de este desacuerdo. Este es nuestro deber, educarle, puesta la mira en el lugar que sus riquezas le permitirán ocupar con el tiempo. Dime tú, si no te creerás dicha viendo á nuestro Bernardo, espada al cinto y con las charreteras chorreando oro en los hombros. Y ¿por que tú misma á la postre, no has de ser, como la señora marquesa, providencia de estas comarcas y ornamento de estos salones?

—No por haber crecido en un palacio, será nuestro hijo mejor ni peor de lo que fuere. Luégo, que la señora marquesa, no dejó al marcharse el secreto de su belleza y sus gracias—replicó la buena mujer, moviendo la cabeza.—Convéncete, Juan, de que algo tiene esa gente que siempre nos faltará á nosotros ; fácil es cargar con sus riquezas, pero ese algo no se lo cogemos nunca.

—¿Y qué?... Pasaremos sin él ; guárdenlo, y buen provecho les haga. Lo que hay es que estamos en nuestra casa, y aquí nos quedaremos.

Dicho y hecho. Acercábase la estación primaveral ; la primera de este siglo. El tierno Bernardo tenía ocho años no cumplidos, y era, en toda la acepción de la palabra, un granujilla dotado en grado eminente de todos los atractivos de la niñez, bullicioso, travieso, vociferador, indisciplinado, pendenciero con los otros muchachos de su edad, aporreador unas veces y aporreado otras, regresando siempre al paterno hogar con la blusa hecha girones, y algunas contusiones en el rostro.

Stamply comenzó por dar un preceptor á tan amable muchacho ; después, fiando á un pedante el cuidado de hacerlo hombre, se dispuso á gozar tranquilo, y sin boato, de la posición que había logrado conquistar por el simultáneo concurso de su trabajo y de los acontecimientos.

Por desgracia, estaba escrito que su existencia no debía pasar de una luenga sucesión, no interrumpida, de sinsabores, tribulaciones y espantables dolores.

En un principio, el joven Stamply se mostró á más no poder rebelde á los beneficios de la educación; no porque careciese de inteligencia y de aptitud, sino porque en su carácter indomable los instintos turbulentos sofocaban ó contrariaban los demás.

Sucesivamente hizo perder la paciencia á tres preceptores, quienes, cansados y fatigados, abandonaron la empresa, después de haber perdido inútilmente el tiempo.

Desalentado á su vez el padre Stamply, resolvió que ingresara su hijo en uno de los colegios de París, confiando en que el alejamiento, el pan duro y el régimen militar que entonces gobernaba las escuelas lograrían domeñar al angelito.

No dejó de ser dolorosa la separación. Tal como le vemos, el joven Bernardo era el amor, el orgullo y el gozo de su madre.

Al verle partir, sintió la buena mujer como si se le quebrase el corazón; cuando al despedirse, le estrechó entre sus brazos, tuvo como un presentimiento de que no volvería á verle más y de que le abrazaba por última vez.

Y, en efecto, la pobre madre no debía ver de nuevo á su hijo.

Su salud se había alterado sensiblemente. Avanzada á las faenas de la granja, la ociosidad la consumía. De día, andaba errante, como alma en pena, por las habitaciones; de noche, cuando lograba dormirse, soñaba que veía á la marquesa de La Seiglière pidiendo limosna á la puerta de su castillo. Sólo Ber-

nardo producía en torno de ella algún movimiento, rumor y alegría.

Cuando la casa dejó de repercutir los ecos de aquella voz jovial y la buena mujer se halló sin su Bernardito para atolondrarla y distraerla, sintióse poseída de profunda melancolía, y no tardó en decaer su salud.

Largo tiempo estuvo su marido sin advertirlo; había conservado sus hábitos de actividad y de trabajo; raras veces permanecía en el hogar; andaba continuamente por montes y valles, visitaba sus dominios, lo vigilaba todo y saboreaba en ocasiones el gustazo de cazar algunas liebres y perdices en aquellas tierras donde sus antepasados habían guardado la caza señorial. Acabó, no obstante, por notar el decaimiento de la humilde y triste castellana.

—¿Qué tienes?— preguntábase á veces —¿No eres feliz acaso? ¿qué te falta? ¿qué necesitas? habla, mujer, ¿qué deseas?

—¡Ay!—contestaba ella;—lo que me falta es nuestro modesto bienestar de antes. Quisiera, como en otros tiempos, ordeñar nuestras vacas y batir nuestra manteca; quisiera preparar la sopa de nuestros pastores y mozos de labranza; quisiera ver de nuevo á mi Bernardito; quisiera disponer aquí, cada mañana, nuestros huevos, nuestra crema y nuestra leche humeante. ¿Recuerdas, Stamply, cuánto le gustaba nuestra crema á la señora marquesa? ¡Quién sabe si la pobre señora la comerá tan sabrosa!

—¡Bah! ¡bah!—replicaba Stamply;—la crema es

sabrosa en todas partes. Ten la seguridad de que la señora marquesa no carece de nada. El marqués no partió con las manos vacías, y apostaría que tiene en su gaveta más y mejores luses de oro, que nosotros malos escudos de seis libras en nuestra cómoda. Si no se llevó en la cartera su castillo, su parque y sus tierras ¿qué le haremos? En cuanto á tu Bernardito, ya volverás á verle; vivo está todavía, gracias al cielo. ¿Piensas tú que en lugar de enviarle á estudiar y á instruirse hubiera sido mejor tenerle pegadito á nuestro lado para que cazase nidos en verano y en invierno se batiese á pelotazos de nieve con todos los mocosuelos del país?

—No importa, Stamply; nuestro sitio no es éste; en mal hora abandonamos nuestra granja.

Á estas frases, que reaparecían sin cesar en todos los discursos de su mujer, encogíase de hombros Stamply y se alejaba mal humorado. En tanto, el mal empeñaba. De espíritu sutil, de conciencia timorata, la mísera castellana llegó en breve á preguntarse si su marido la habría engañado; si las cosas habrían ocurrido tan honradamente como él decía, si sería verdad que toda aquella fortuna estuviese adquirida legítimamente y que el castillo nada tuviese que echar en cara á la granja.

Gracias á su incesante preocupación no tardó en pasar de la duda á la convicción, del escrúpulo al remordimiento.

Desde entonces, la idea de que Stamply había robado y despojado traidoramente á sus señores, empezó

á minarla, trocándose al propio tiempo en monomanía que no le dejaba tregua, ni descanso, á pesar de cuantos esfuerzos hacía su marido para desvanecerla. Á tal punto llegó, que Stamply (quien por su parte temió volverse loco también) se vió obligado á encerrarla y vigilarla cuidadosamente, pues la infeliz andaba por todas partes repitiendo que su marido, ella y su hijo eran un ható de miserables, de bandidos, de usurpadores. Por fin, murió la pobre en un estado de exaltación imposible de pintar, creyendo oír los pasos de los gendarmes que corrían á arrestarla, y suplicando á su marido que devolviese á los de La Seiglière su castillo y todos sus dominios, añadiéndole que podía darse por muy contento si á este precio podía salvar su cabeza del patíbulo y su alma del fuego eterno.

Maese Stamply no era, precisamente, un hombre despreocupado. Sin hablar del sentimiento que tuvo, la muerte de su mujer le afectó de extraña manera.

Aun cuando hacía gala de despreciar á las clases nobles, guardaba en lo profundo de su pecho un antiguo caudal de veneración por los señores á quienes había reemplazado; y á pesar de que, examinando su conciencia, se juzgaba irreprochable, no podía dejar de sentirse perturbado á veces por su recuerdo.

No obstante, cuando las impresiones fúnebres se hubieron disipado, volvió al mismo género de vida y concentró en su hijo ausente todos sus pensamientos y sus ambiciones todas.

Á los diez y seis años, terminada su educación, regresó Bernardo al hogar. Era un bello adolescente,

alto, delgado, esbelto, de corazón fogoso, de mirada centelleante, saturado de los ardores de su edad, excitados todavía por las belicosas influencias de una época amante de gloria y de combates.

Hasta entonces la vida del castillo no se había diferenciado mucho de la de la granja. Después del regreso de Bernardo, todo adquirió nueva faz.

Extraño á los hechos del pasado, conservando tan sólo un vago recuerdo de los de La Seiglière, y una idea confusa de los acontecimientos que le habían enriquecido, el mancebo podía gozar de las comodidades de su posición sin escrúpulo, sin turbación, sin remordimientos.. Como joven, tenía todas las aficiones, todos los instintos de la juventud. Cazó, reventó caballos, asombró al país con el lujo de su tren, haciendo danzar, como vulgarmente se dice, los escudos paternos, todo ello con no escasa satisfacción del digno Stamply que no cabía en sí de gozo al observar en su hijo las maneras de un gran señor.

Todo iba, pues, á pedir de boca, cuando una mañana se dirigió Bernardo al encuentro de su padre, y le habló en estos términos:

—Padre mío; mucho te amo y debería conceptuarme feliz pasando mi vida á tu lado. Sin embargo, me fastidio, y no deseo otra cosa que alejarme de aquí. ¿Qué quieres? Tengo diez y ocho años; es una vergüenza gastar la pólvora matando gazapos, en vez de consumirla gloriosamente en servicio de la patria. El género de vida que estoy llevando, me sofoca y me mata. No pasa noche sin que vea al emperador, á ca-

ballo, al frente de sus batallones; y me despierto sobresaltado creyendo oír el estampido del cañón. Ha llegado la hora de realizarse mi sueño. ¿Preferirías verme desperdiciar la juventud en vanos placeres? Si me amas, por fuerza has de querer enorgullecerte de tu ternura. No llores, no; sonríe, más bien, pensando en la alegría del regreso. ¡Qué alegría, en efecto; qué embriaguez! Volveré hecho un coronel, colgaré mi cruz á tu cabecera y por las noches te contaré mis batallas, junto al hogar.

Y el cruel partió. Ni consejos, ni lágrimas, ni ruegos lograron detenerle. En aquel tiempo eran todos así. Muy luégo sus cartas llegaron como gloriosos boletines, oliendo todas á pólvora y todas escritas al día siguiente á un combate. Ingresado de voluntario en un regimiento de caballería, alférez después de la batalla de Essling, teniente al cabo de un mes, después de la batalla de Wagram, donde logró atraer la atención del emperador, avanzaba á grandes pasos, empujado por el demonio de la gloria. Fué uno de los que, al decir de Puisaye, supieron probar que un año de práctica suple ventajosamente á todas las maniobras y á todos los aprendizajes de esplanada. Cada una de sus misivas era un himno á la guerra y al héroe su dios.

Á principios del año 1811, encontrándose su regimiento de guarnición en París, solicitó Bernardo algunos días de licencia para correr á los brazos de su anciano padre.

¡Qué guapo estaba con su uniforme de teniente de húsares! ¡Qué gracia prestaba á la elegancia de su

talle, esbelto y flexible como tronco de tierno álamo, la chaquetilla azul bordada de plata! ¡ Con qué distinción llevaba en el hombro el dolman orlado de pieles! ¡ Con qué gentileza resaltaba su castaño bigote sobre el fino y rosado labio! ¡ Qué arrogante estaba con su sable y cómo repercutía el suelo al golpear de sus sonoras espuelas!

Stamply no se cansaba de contemplarle, con un sentimiento de ingenua admiración, besándole las manos y hasta pareciéndole imposible que aquel fuese su hijo.

Como el sol en su ocaso, así brillaba el astro imperial con su más vivo esplendor cuando un estremecimiento letal conmovió el corazón de Francia.

Un ejército de quinientos mil hombres, en que la madre patria contaba doscientos setenta mil de sus más robustos y valientes hijos, acababa de cruzar el Niemen con objeto de herir á Inglaterra en el seno helado de Rusia.

El regimiento de Bernardo formaba parte de la reserva de caballería capitaneada por Murat.

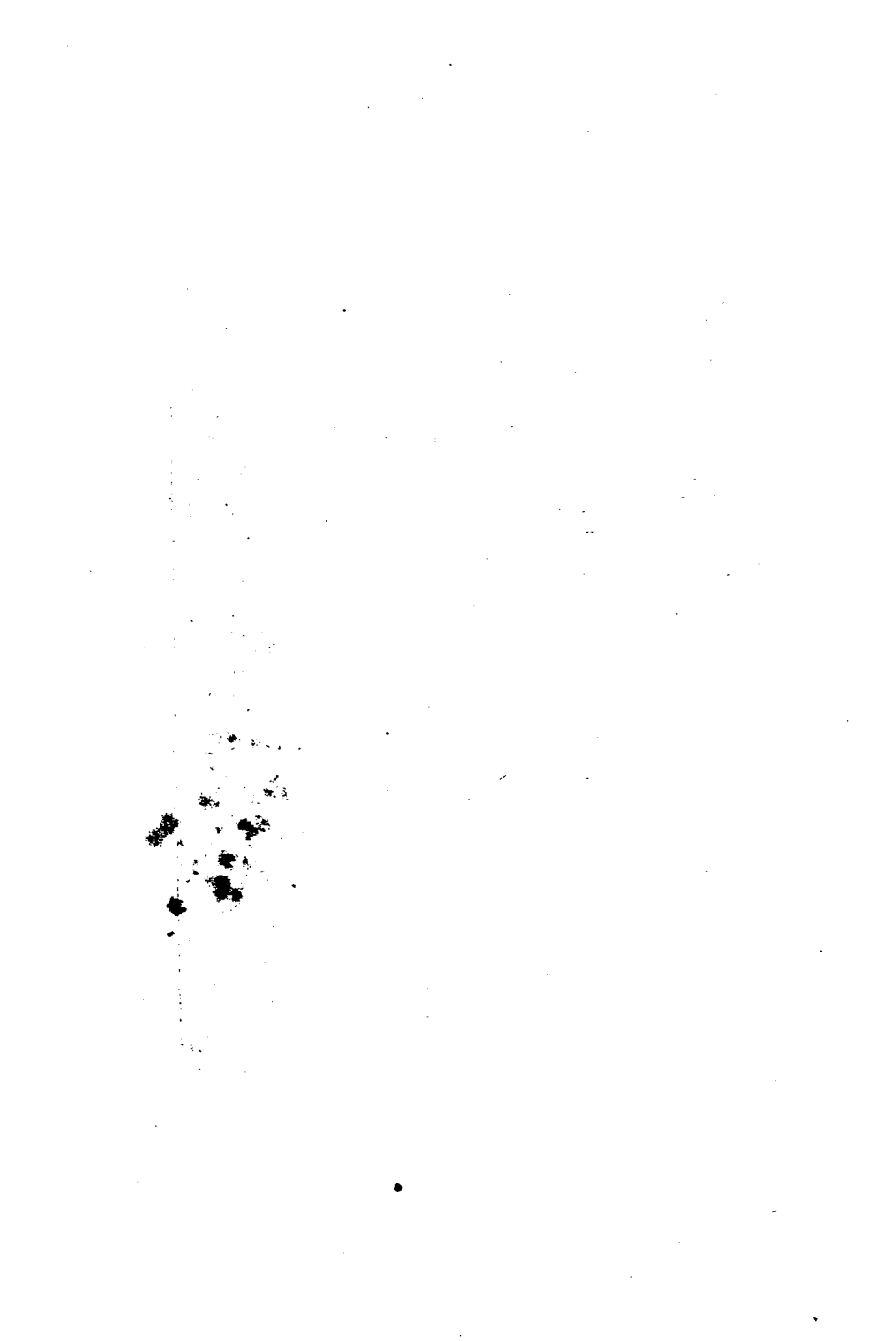
Llegó al castillo una carta fechada en Wilna; luégo otra en que Bernardo refería que le habían nombrado jefe de escuadra, después del suceso de Voulontina; á ésta siguió otra; y luégo ¡ nada!

Transcurrieron días, semanas, meses, sin noticias.

Sólo se supo que se había efectuado en las llanuras de Moscou, una de las más terribles batallas que los tiempos modernos registran; el ejército francés había pagado la victoria con veinte mil hombres.



¡Qué guapo estaba con su uniforme de teniente...!



¡Veinte mil muertos; y ninguna carta!

El emperador está en Moscou; pero no hay carta de Bernardo.

Stamply espera aún; reflexiona que del castillo de La Seiglière al Kremlin media gran distancia y que, entre estos dos puntos, el servicio postal no podía marchar con regularidad, sobre todo en tiempo de guerra.

Circulan, empero, siniestros rumores; en breve, truecense éstos en un grito de espanto y Francia, enlutada, cuenta, con estupor, lo que de sus legiones subsiste.

¿Qué acontecía en el castillo? Lo mismo que en todos los míseros corazones destrozados que buscaban un hijo entre las filas diezmadas por el frío y la metralla.

Habiendo resuelto Stamply dirigirse al Ministerio de la Guerra para saber á qué atenerse sobre la suerte de Bernardo, la respuesta no se hizo esperar: Bernardo había sucumbido en la batalla del Moscova.

El dolor no mata: Stamply quedó aún en pie; eso sí, en pocos meses envejeció veinte años y durante algún tiempo le vieron sumido en una especie de marasmo que rayaba en imbecilidad.

Encontrábanle, á sol y á lluvia, errando á campo travieso, desnuda la cabeza, sonrientes los labios, con aquella sonrisa vaga é incierta, más triste y más desgarradora que las lágrimas.

Cuando salió de aquel estado, el infeliz vino á darse cuenta, paulatinamente, de una cosa en que hasta entonces jamás se fijara, y es: que en torno suyo no tenía amistades, ni relaciones de especie alguna y que se encontraba en un aislamiento absoluto; hasta creyó

entrever que era, en la comarca, objeto de menosprecio y de reprobación general. Y así era verdad, desde hacía luengos años.

Mientras durara el Terror, y maese Stamply permaneció modestamente en su granja, nadie se había preocupado, en las cercanías, ni de su fortuna, ni de sus sucesivas adquisiciones; empero, cuando á aquellos tiempos de espanto subsiguieron más tranquilos días, y el colono se hubo instalado públicamente en el castillo señorial, comenzaron las gentes á abrir los ojos; finalmente, cuando los blasones y los pergaminos reaparecían á flote, como restos salvados del naufragio, surgió de todas partes contra el malhadado castellano un concierto formidable de injurias y de calumnias. ¡No era poco lo que decían! Unos: que había robado, arruinado, desposeído, despojado á sus señores; otros: que no había pasado de ser el agente secreto del marqués y de la marquesa, y que, abusando de su confianza, se negaba á devolver los dominios y el castillo que había comprado con el dinero de los señores de La Seiglière.

Las buenas almas que, en 93, se habrían estremecido de gozo viendo guillotinar al marqués, comenzaron á cantar sus virtudes y á verter lágrimas sobre su destierro.

Los necios y los maliciosos se recrearon en grande; y aun á los ojos de las gentes de bien la probidad de los Stamply fué puesta en tela de juicio.

El triste fin de la buena mujer Stamply, los remordimientos que dejara estallar en sus postreros días, die-

ron peso á las más ultrajantes suposiciones; el género de vida de Bernardo durante su permanencia en el hogar, acabó de exasperar la envidia. Aquello, en Poitiers y alrededores, fué un *tolle* general. Finalmente, hasta la muerte misma de este mancebo sirvió de pretexto á la insolencia; vióse, en ella, un efecto de la divina cólera, una expiación merecida, demasiado blanda, al decir de algunos.

Lejos de compadecer á Stamply, le abrumaron; lejos de enternecerse por su infortunio, le echaron á costas el cadáver de su hijo.

Mientras viviera Bernardo, absorbido Stamply en su gozo y en su paternal orgullo no sólo había dejado de advertir la especie de reprobación que sobre él pesaba, sino que ni siquiera había sospechado los calumniosos chismes propalados contra su persona.

Así ocurre comunmente; el mundo se preocupa, se agita, se inquieta y grita, mientras que, muy á menudo, los seres contra quienes se dirige todo este rumor, se encuentran en su nido, felices y tranquilos, sin presumir ni por asomo la honra que el mundo les concede.

Empero cuando, muerto el hijo que había constituido todo su universo, dirigió Stamply á uno y otro lado triste mirada, sin encontrar una mano amiga, ni un corazón afectuoso, ni un rostro benévolo, el infeliz acabó por convencerse de que en torno suyo existía una especie de cordón sanitario; sus paisanos y sus colonos le odiaban, porque había salido de sus filas; los hidalguelos vecinos volvían la cabeza al verle, y no le devolvían el saludo. Finalmente, en los

últimos tiempos, los pilluelos le insultaban, y le apedreaban al cruzar por la aldea.

«¡Ahí vá!—decían—¡ahí va ese viejo mendigo de Stamply, que ha hecho fortuna despojando á sus señores!»

El desdichado pasaba, inclinada la frente, y bañados en llanto los ojos.

Su espíritu que, bajo la doble carga de las penas y de los años, había decaído mucho ya, acabó de abatirse con el sentimiento del público desprecio; su conciencia, que nunca estuviera completamente tranquila, comenzó á perturbarse de nuevo.

En una palabra: en su castillo, en el seno de sus vastos dominios, vivía solo, miserable, proscrito.





CAPÍTULO II

Os he hablado, poco há, del castillejo de Vaubert, semi-oculto por un bosquecillo de encinas y contemplando, melancólico, la orgullosa fachada del castillo que domina las dos orillas del Clain.

El castillejo de Vaubert no siempre revistió el humilde aspecto que nos ofrece hoy.

Antes de que la Revolución pasase por allá, era un vasto castillo con torres y bastiones, puentes levadizos y fosos, almenas y plataformas, verdadera plaza fuerte que con su imponente masa aplastaba la elegante y risueña arquitectura de su esbelto y gracioso compa-

ñero. Los dominios que al rededor se agrupaban y desde tiempo inmemorial constituían la baronía de Vaubert nada tenían que envidiar, ni en extensión, ni en riqueza, á las propiedades de los de La Seiglière. Decir La Seiglière y Vaubert era nombrar los señores del país. Aparte de algunas rivalidades inevitables entre vecinos de tan elevado rango, las dos casas habían vivido siempre en casi perfecta intimidad, que la aprensión del peligro común debió estrechar en los postremos tiempos.

Ambas emigraron el mismo día, siguieron la misma ruta y eligieron el mismo rincón de suelo extranjero para vivir, en el infortunio, más contiguas de lo que vivieron en la prosperidad. Reuniendo lo que habían podido realizar de su haber, estableciéronse bajo un mismo techo, en comunidad de bienes, de esperanzas y de penas: más penas, que esperanzas, más esperanzas, que bienes. Al igual que el marqués, el señor de Vaubert tenía una esposa y además un hijo, niño todavía, destinado á crecer en el destierro.

Esos patricios á quienes se ha calumniado tanto, cuando tan fácil era hablar mal de ellos, han mostrado (al menos en aquella época de prueba) que sabían soportar la mala fortuna, como si nunca hubiesen conocido la buena.

En esas almas avezadas al lujo y á la molicie, en esos espíritus, ligeros los más, frívolos y disipados, halláronse, en los días de desgracia, recursos imprevisos de energía, de valor y de resignación fácil.

Así, la reducida colonia de que hablamos se instaló

alegremente en su pobreza, y comenzó por vivir en ella con amable filosofía. La casa que ocupaba, al extremo de un arrabal de la ciudad, componíase de un cuerpo de edificio flanqueado por dos pabellones: uno se denominaba castillo de Vaubert, y el otro, castillo de La Seiglière.

De día, se visitaban, obedeciendo á las leyes de etiqueta; de noche, reuníanse en el salón común.

Cada cual aportaba á estas veladas su exquisita finura y sus bellos modales.

La señora de La Seiglière y la señora de Vaubert añadían el encanto de sus gracias y de su hermosura: aquella, poseída ya de ese melancólico desinterés peculiar de los seres destinados á morir antes de tiempo; la otra, naturaleza menos poética, espíritu inquieto, activo, arriesgado, digno de brillar en más vasto teatro, en medio de las intrigas que á la sazón se urdían en los salones de Viena y de Coblentz.

Consolábanse con un chiste; se vengaban con un sarcasmo; nunca llegaban á encolerizarse.

Tamaña filosofía reposaba, en verdad, sobre un gran fondo de ilusiones y una completa ininteligencia de los hechos.

En general, ahí estribaba el secreto de ese valor, de esa energía, de esa fácil resignación que poco há nos complacíamos en reconocer.

Persistíase en creer que la obra magna que se consumaba no era más que una farsa sangrienta ejecutada por una bandada de asesinos; esperábase, de mes en mes, ver á Francia castigada y repuesta en el recto sendero

La ruina de sus esperanzas modificó singularmente los espíritus, y los indujo, por fuerza, á una apreciación más justa y más sensata de los acontecimientos realizados.

Desde el momento en que esos niños que habían jugado atolondradamente al destierro comprendieron que el juego era formal, y que el destierro les cogía por la palabra, no pocos pensaron seriamente en regresar á Francia: unos, para inmiscuirse en los amaños del partido realista, que comenzaba á agitarse en las secciones de París; otros, á ver si todavía llegaban á tiempo de recoger algunos restos de su fortuna.

En este número figuró el barón de Vaubert.

La verdad sea dicha: nunca el barón se había mostrado muy apasionado por lo concerniente á emigración; su mujer le había arrastrado, á pesar suyo, y él conservó siempre la convicción de que, con alguna maña, habría podido conservar incólumes su cabeza y sus bienes. Y como el marqués de La Seiglière, ya sea por firmeza, ya por terquedad, declarase que no volvería á entrar en Francia sino con sus legítimos soberanos, el señor de Vaubert partió solo, reservándose el regresar al lado de su mujer y de su hijo, ó el llamarles á Francia, según el resultado de sus gestiones y el giro de los sucesos.

Encontró el barón su castillo mutilado, sus almenas derruidas, cegados sus fosos, rotos sus escudos de armas, sus tierras divididas, y enagenadas sus propiedades.

Presentándose bajo un nombre supuesto, obtuvo, á

la larga, que le borrasen de la lista de los emigrados y recuperó su rango tan luégo como las altas clases de la sociedad comenzaron á reconstituirse. Ya no le faltaba más que recobrar la baronía; y á esta meta dirigió sus facultades todas.

No hay como la adversidad para desenvolver en el corazón del hombre los instintos industriosos cuyo conjunto compone ese maligno genio que se denomina genio de los negocios. Verdad es que el momento era propicio. Época de ruina y de fundación; si las antiguas fortunas venían al suelo como castillos de naipes, las fortunas nuevas brotaban como setas tras una lluvia torrencial.

Para todas las ambiciones había lugar: los advenedizos obstruían el suelo; los particulares se enriquecían de hoy á mañana en el juego de las especulaciones arriesgadas, y, en el seno de la prosperidad individual, el único que, propiamente hablando, se encontraba en la miseria, era el Estado.

El señor de Vaubert se lanzó á los negocios con la aventurada osadía de las gentes que nada tienen que perder. Sin dejarse desanimar por la dificultad de la empresa, propúsose, con valentía, reconquistar y reedificar la herencia que le legaron sus padres y que tenía empeño en transmitir á su hijo.

Sin embargo, transcurrieron años antes de que el éxito coronase sus esfuerzos, y hasta el de 1810 no logró rescatar lo que quedaba de su señorial mansión, añadiéndole algunos terrenos vecinos.

En este punto se hallaba de su tarea, que confiaba

llevar á feliz término, cuando le sorprendió la muerte, precisamente al acabar de escribir, llamádoles á su lado, á su mujer y á su hijo á quienes no había vuelto á ver desde hacía quince años.

Durante este período ¿qué había ocurrido en el destierro?

El marqués había envejecido; la señora de Vaubert ya no era joven; su hijo Raul tenía diez y ocho años; diez hacía que la señora de La Seiglière había cesado de existir al dar á luz á una niña, que se llamaba Elena y que prometía ser hermosa como lo fué su madre.

La carta del señor de Vaubert decidió á la baronesa á ponerse en camino inmediatamente. La separación fué dolorosa. Á pesar de la diferencia de edades, los dos niños se amaban tiernamente. La señora de Vaubert y el marqués de La Seiglière se hallaban enlazados por el hábito y por la desgracia.

Algunos han pretendido, maliciosamente, que se habían consolado mutuamente en su viudez; necios chismes que nada nos importan. El hecho es que, al aproximarse el momento de la separación, sintiéronse conmovidos y trastornados. La baronesa insistió en llevarse consigo al marqués y á su hija, brindádoles con proseguir en Vaubert el mismo género de vida que iniciaran en tierra extraña, y dejando asomar la esperanza de unir un día en gratos lazos á Elena y Raul.

No disimuló el marqués la vivísima satisfacción que le causaría semejante enlace, colmando sus más caros votos y sus ensueños más deliciosos. Acogió la propo-

sición de la baronesa, y desde aquel momento, los dos niños quedaron desposados.

Tocante á la proposición de regresar á Francia é instalarse en Vaubert, el señor de La Seiglière, por mucho que le pesara separarse de sus compañeros de infortunio, dió á entender explícitamente que la consideraba inaceptable.

Sus ideas, en el período de veinte años, no habían adelantado un solo paso. No le perdonaba al señor de Vaubert el que hubiese comprometido su nombre en las contratas de los ejércitos, y no era hombre para compartir los beneficios de una fortuna rescatada á tal precio.

Finalmente, por nada del mundo habría consentido en ver tan de cerca el viejo trono de Francia ocupado por un usurpador y los dominios de La Seiglière poseídos por uno de sus colonos.

Á su entender, Bonaparte y Stamply no eran más que dos espoliadores á quienes medía con el mismo rasero: á aquél le llamaba el Stamply de los Borbones, y á éste, el Napoleón de los de La Seiglière.

Lleno de confianza en un porvenir que reintegraría á la monarquía y á sus servidores en sus bienes, derechos y privilegios, estaba decidido á no regresar al patrio suelo hasta que se hubiese expulsado á los Stamply de toda especie, á los unos á palos, y á los otros á cañonazos.

El regreso de la señora de Vaubert fué todo un poema de dolorosas decepciones, y de amargos desencantos.

Fiada en la carta de su marido, que no particularizaba detalle alguno y que, hasta entonces, siempre exagerara el éxito de sus empresas, había imaginado la baronesa que iba á encontrar su castillo tal como lo dejó, con sus dependencias todas.

Grande fué su sorpresa, en Poitiers, al no ver en un carruaje, con sus armas, al señor de Vaubert, á quien habla hecho avisar el día de su llegada. Motivo había para que el señor de Vaubert faltase á la cita; mas la baronesa no lo sospechaba.

Ganosa de caminar por sus dominios, cruzó su brazo con el de su hijo; y llegados ambos á orillas del Clain, siguieron el camino que debía conducirles á Vaubert.

Preciso sería haber encanecido en el destierro para comprender las emociones que sintió el corazón de la buena señora al aspirar y reconocer por el olor el aire de aquella campiña en la cual habían transcurrido los hermosos años de su juventud. Su seno se henchía y sus ojos llenáronse de lágrimas. Dicho sea en su alabanza: lo que así la conmovía no era tan sólo la satisfacción de la propiedad recobrada. Desde que pisó el suelo francés empezó á sentir estas emociones; pero, actualmente, mezclábase con ellas cierta dulce embriaguez, por cuanto, si justo es anatematizar el egoísmo de las almas mezquinas que circunscriben la patria al límite de sus dominios, justo es también reconocer que el campo paterno y el techo hereditario son, en la patria común, como una segunda patria.

Raul, que no tenia recuerdo alguno de aquellos lu-

gares, no compartía el enternecimiento de su madre; mas su corazón estremecíase de orgullo y alegría al pensar que aquel castillo, aquellos bosques, aquellas granjas, aquellos prados que tantas veces entreviera en sus sueños como fabulosas costas, los tenía allí, al alcance de la mano, y que, por fin, llegaba á aquella señorial opulencia de que tanto le habían hablado y por la que tanto suspirara. Andando, andando, la señora de Vaubert le mostraba el océano de verdura que á su vista se extendía, y decíale con satisfacción: «Todo esto es tuyo, hijo mío.» Complacíanla los transportes del mancebo, y saboreaba anticipadamente la dicha de introducirlo en la gótica mansión de sus abuelos, verdadera fortaleza al exterior, y magnífico palacio en el interior, donde respiraba el lujo de diez generaciones. Sin embargo, extrañaba mucho que no saliesen á su encuentro el señor de Vaubert, ni comitiva alguna de colonos y jóvenes campesinos congregados para festejar su regreso y ofrecerle flores y homenajes.

El mismo Raul que, aun cuando criado en el seno de las privaciones, no por ello habían dejado de educarlo según las ideas de su estirpe las conversaciones de su madre y del marqués de La Seiglière, el mismo Raul se admiraba, tristemente, del poco ahínco con que se acogía su llegada.

Empero ¡gran Dios! ¡cuál no fué el estupor de la baronesa, cuando al volver de un recodo, descubrió lo que quedaba en pié de su soto y de su castillo, y Raul, viendo á su madre en muda y dolorosa observación, le preguntó qué casucha era aquella que de tal modo

contemplaba! En un principio, resistióse la señora de Vaubert á dar crédito á sus ojos; y, como el sol acababa de ponerse, pensó de buena fe que sería un efecto del crepúsculo ó quizás un espejismo de nueva especie. No obstante, acabó el trayecto con paso menos firme, y menos gozoso corazón. ¡ Ah! ¡ demasiado cierto era! el soto había desaparecido, dejando subsistentes unas cuantas encinas. El castillo no era más que un cuerpo mutilado, ocultando sus heridas bajo un sudario de yedra. Los fosos se habían convertido en huertos; la capilla ya no existía; las torrecillas se habían derrumbado; la fachada iba desmigajándose en ruinas. ¡ Y ni un criado en el umbral de la puerta! ¡ ni un escopetazo! ¡ ni un ramo! ¡ ni una arenga! ¡ ni más gritos que los de las golondrinas que revoloteaban en el aire azul! ¡ por do quiera, en derredor, la soledad y el silencio de la tumba!

La baronesa continuaba avanzando, y su hijo, siguiéndola, repetía con acento de sorpresa: «¿ á dónde vamos? ¿ á dónde me lleváis, madre mía?» La señora de Vaubert caminaba en silencio. Al penetrar en aquel nido devastado, flaqueáronle las piernas y el corazón se le oprimió amargamente. El interior era aún más sombrío y devastado de lo que el exterior prometía. El pavimento estaba carcomido, los artesonados arrancados; arrancadas también las colgaduras de damasco y de cuero de Holanda, arrancados los cuadros, arrancados los muebles góticos y los muebles del Renacimiento; salas vacías; habitaciones desiertas; paredes desnudas y deterioradas; únicamente, acá y acullá,

en el techo, algunos vestigios de dorados ; en las ventanas, algunos girones de seda olvidados, descoloridos por la humedad y roídos por los ratones.

—¿Dónde estamos, madre mía?—preguntó Raul, dirigiendo en torno suyo una mirada de asombro.

La señora de Vaubert iba de una á otra estancia, sin despegar los labios.

Finalmente, después de haber buscado en vano un alma viviente á través de aquellos restos, tropezó en la cocina con un viejo criado, profundamente dormido junto al hogar.

Cogióle del brazo, sacudiéndole violentamente y gritando, repetidas veces, con imperiosa y breve voz :

—¿Dónde está el señor de Vaubert?

—¿El señor de Vaubert?—contestó el anciano restregándose los ojos—el señor de Vaubert está en el cementerio.

—¿Estáis loco, buen hombre?—replicó vivamente la baronesa fuera de sí.—¿Qué queréis que haya ido á hacer el señor de Vaubert en el cementerio?

—Señora—respondió el viejo criado;—el señor barón hace en el cementerio lo que yo hacía poco há: dormir profundamente.

—¡Muerto!—gritó la baronesa.

—Y enterrado desde hace un mes—añadió tranquilamente el anciano.

Al grito que lanzó la baronesa, miróla atentamente el buen viejo y reconoció á la señora de Vaubert; en otra época había sido uno de los servidores de la casa; á la sazón era el único. La edad y los achaques le ha-

bían dejado casi imbécil. Refirió cómo el barón, en el momento en que acababa de rescatar su castillo y dos pequeñas granjas que componían todas sus propiedades inmuebles, había fallecido sin tener espacio para ejecutar las reparaciones y mejoras necesarias y poner la casa en estado de recibir convenientemente á la señora baronesa y á su hijo.

La señora de Vaubert estaba aterrada ; Raul no acertaba á darse cabal cuenta de lo que veía y escuchaba. Quebrantado por la fatiga del viaje y las emociones del regreso, quedó el joven barón dormido en una silla de paja y su madre pasó la noche en la única cama algo limpia que en el castillo había.

Á la siguiente mañana, al salir de su cuarto, encontró la señora de Vaubert á Raul que recorría melancólicamente la mansión de sus antepasados. Miráronse uno á otro, sin cambiar una palabra. La baronesa creía ser juguete de una pesadilla ; mas, cuando hubieron levantado los sellos y liquidado la sucesión, ya sea porque en vida el señor de Vaubert disipara por un lado lo que ganaba por otro, ya porque se engañase á sí mismo sobre el resultado de sus operaciones, su viuda y su hijo hubieron de reconocer que, en realidad, su herencia se limitaba al castillo tal como le vemos hoy, á dos pequeñas granjas de exiguo rendimiento y á una suma de cincuenta mil francos que el barón había depositado en manos de su notario, pocos días antes de morir. Esta era la partida más clara y neta de su haber. Madre é hijo organizaron un modesto plan de vida, y su existencia en la castellanía no



La edad y los achaques le habían dejado casi imbecil.



difirió gran cosa de la que segulan en el destierro.

Reservadas le estaban á la señora de Vaubert otras decepciones más crueles. Á medida que iba viviendo en aquel suelo que el arado revolucionario había removido completamente y dividido hasta lo infinito, y observaba lo que ocurría en esta Francia, grande á la sazón, próspera y colmada de gloria, á medida que fué estudiando la constitución territorial del país, y veía la propiedad nueva consagrada por luengos años de goce, tranquila, inatacable, apoyada en el derecho común, sintió todo el vacío, la nada de las ilusiones del partido de la emigración; comprendió que mirando las cosas desde el mejor punto de vista, el regreso de los Borbones no reintegraría al marqués de La Seiglière en sus dominios; juzgó que Napoleón, en la cumbre del poder, estaba aún menos sólidamente sentado en su trono, que la fortuna de maese Stamply en la meseta de su colina, y que si cabía en lo posible expulsar á aquél á cañonazos, esto no autorizaría á expulsar á éste á palos.

Estas reflexiones enfriaron paulatinamente el primitivo entusiasmo de la señora de Vaubert por lo tocante al casamiento de su hijo con la señorita de La Seiglière. Al despedirse del marqués y de su hija, se había dejado arrastrar por el enternecimiento de la separación; á distancia, la fría razón recobraba su imperio.

Raul era hermoso, elegante, distinguido; pobre, pero de raza noble como pocas, por cuanto los Vaubert databan del primer barón cristiano.

En una época de fusión y de cruzamiento de clases donde, para complacer al jefe del Estado, los encumbrados de la víspera se esmeraban en blasonar sus talegas y en desengrasar sus escudos al frote de los rancios pergaminos, Raul podía aspirar seguramente á un rico casamiento que le permitiese realzar la fortuna de su familia.

Estas ideas se desenvolvieron poco á poco, adquiriendo, cada vez más, en el ánimo de la baronesa, una forma más neta y deslindada. Amaba tiernamente á su hijo; su amor padecía tanto como su orgullo presintiendo el porvenir de tan guapo mozo consumiéndose y ajándose en el aburrimiento de la pobreza.

Joven ella también, aunque llegada á esa edad ávida de bienestar y de seguridad, en que los cálculos del egoísmo han reemplazado á los generosos impulsos del alma, fácilmente se adivinará qué copia de ambiciones personales se encubría bajo la solicitud, sincera en verdad, de la madre por el hijo.

La señora de Vaubert, que en un principio vivía retirada, y sólo frecuentaba el trato de la fracción de la nobleza que se obstinaba en embutirse en su escondrijo, pensaba pues formalmente en aliarse á la fortuna del imperio y en buscar para Raul un enlace lucrativo, cuando, repentinamente, corrió la noticia de que el águila imperial, herida mortalmente en los campos de Rusia, no mantenía ya los rayos de guerra sino con una garra medio rota. La baronesa juzgó que sería prudente esperar, y ver, antes de tomar resolución alguna, hacia qué lado descargaría la tempestad

que se oía rugir en todos los puntos del horizonte.

Ya se recordará que en aquella época había recibido Stamply la noticia de la muerte de su hijo. Este rumor llegó á oídos de la señora de Vaubert, quien atribuyó caritativamente el suceso á la celeste justicia, y no se preocupó más de ello.

Aborrecía al tal Stamply por su propia cuenta y por cuenta del marqués. Nunca hablaba de él, que no fuese con desprecio. Los exagerados relatos que hacía sobre la posición del señor de La Seiglière y de su hija habían contribuído y no poco á desencadenar sobre la cabeza del pobre diablo todas las cóleras y todas las maldiciones del país.

Así estaban las cosas cuando cierto día pareció que en breve todo debía adquirir muy distinta faz.

Sentada junto á una abierta ventana estaba sumida la señora de Vaubert en profunda meditaci3n. Su ensimismamiento no provenía de las armonías, ni de las imágenes de una hermosa tarde de verano. Contemplaba con un sentimiento de tristeza y de envidia el castillo de La Seiglière, cuyas ventanas enrojecían los postreros rayos del sol y que resplandecía con toda su gloria, con sus guirnaldas y sus arabescos, sus cimbalillos y sus cúpulas, en tanto que el umbrío follaje del parque ondulaba á sus piés mecido por el acariciador sople de las brisas.

Veía al mismo tiempo las ricas granjas agrupadas en derredor.

En la amargura de su coraz3n, pensaba que aquel castillo, aquel parque y aquellas tierras eran propie-

dad de un rústico, de un palurdo. Sorprendióla Raul embebida en estas reflexiones; sentóse al lado de su madre y permaneció como ella silencioso, contemplando con aire abatido la extensión del paisaje que la ventana encuadraba. El adolescente se sentía minado desde hacía largo tiempo por triste melancolía. Sin afición al estudio, único bien que hubiera podido encantar su pobreza, consumía su energía en estériles pesares, en impotentes deseos. Aquella misma tarde, en un paseo solitario á campo travieso, había tropezado con un bullicioso grupo de jinetes que regresaban á la villa, volviendo de caza, al són de las trompas, escoltados de sus jaúrias y de sus picadores. Él ni tenía picadores, ni jaurias, ni corcel de raza sobre el que pudiese pasear su tedio. Había entrado en el hogar, más desalentado y taciturno que nunca. Descansando un codo en el respaldo de la silla, apoyó la frente en su mano; y la señora de Vaubert vió que se deslizaban dos lágrimas por las enflaquecidas mejillas de su hijo.

— ¡Hijo mío! ¡querido hijo! ¡Raul mío! — exclamó la baronesa estrechándolo contra su seno.

— ¡Ah! ¡madre mía! — contestó con amargura el joven— ¿por qué me engañasteis? ¿por qué me hicisteis concebir vanas y locas esperanzas? ¿por qué no me educasteis poniendo coto á mis deseos y ambiciones? ¿por qué no me enseñasteis desde niño la humildad y la resignación que á nuestro destino convenían? ¡Os hubiera sido tan fácil!

Á estos merecidos reproches, la señora de Vaubert

inclinaba la cabeza, cuando llamaron su atención varios gritos procedentes del exterior. Levantóse, asomóse á la ventana y divisó, en el extremo del puente sobre el Clain, al viejo Stamply á quien una bandada de pilluelos perseguía á pedradas. El anciano proscrito, sin curarse de rechazar las hostilidades, huía con toda la celeridad que sus años y sus herrados zapatos consentían.

La señora de Vaubert le siguió largo tiempo con la mirada y luégo volvió á ensimismarse. Al poco rato, dibujóse en sus labios una sonrisa.

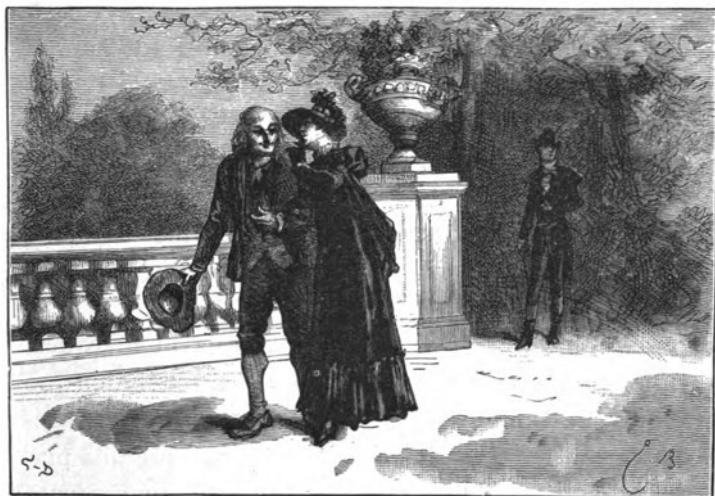
¿Qué había ocurrido?

Menos que nada: una idea.

Pero una idea basta para mudar la faz del mundo.







CAPÍTULO III

Pocos días después, la señora de Vaubert tomó del brazo á su hijo y pretextando un paseo por los alrededores, se encaminó á la orilla derecha del Clain.

Era la vez primera que, desde su regreso, se decidía á pisar esta orilla.

Al pasar por delante de la verja del parque detúvose un momento y como si cediese al impulso de los recuerdos, abrió la puerta y entró.

—¿Qué hacéis, madre mía?—exclamó Raul que en vano intentaba retenerla en el umbral.—¿No teméis ultrajar al marqués y á su hija posando el pié en estas tierras? ¿No faltáis, á la vez, al culto de la amistad y á la religión de la desgracia? Dados los sentimientos de odio y desprecio que profesamos al dueño de estos lugares ¿os parece que sea nuestro sitio éste?

—Ven, ven, hijo mío; nadie ultraja al marqués, viniendo á buscar en estas umbrías los recuerdos que aquí dejó. Donde ves un insulto á la desgracia, el señor de La Seiglière mismo no vería más que una piadosa romería. Ven—repitió, apoyando suavemente el suyo en el brazo de Raul;—no hemos de temer enojosos encuentros; á esta hora, precisamente, el señor Stamply ha salido á recorrer sus dominios. Te confesaré, por otra parte, querido hijo, que mis prevenciones han menguado bastante y que ese hombre no me parece acreedor al desprecio y al odio con que todos le abruman. Diré más: en esa existencia proscrita y desventurada en el seno de la prosperidad hallo cierto no sé qué, que me conmueve y á mi pesar me interesa.

—¡Cómo! ¡madre mía!—exclamó el adolescente— ¡un colono que ha desposeído á sus señores! ¡un servidor que se ha enriquecido con los despojos de sus amos! ¡un miserable...

—Miserable, en efecto, esa es la palabra, Raul—replicó interrumpiéndole la señora de Vaubert;—tan miserable, que en la actualidad me arrepiento de ha-

ber sido de los que le acusan. El cielo ha tratado á ese infeliz con bastante rigor, para que nos sea dado mostrarle alguna indulgencia. Pero, dejemos á un lado á ese hombre, hijo mío, pues no se trata de él. Mira —añadió arrastrándole á una alameda que costeaba la orilla del río— á cada paso encuentro alguna imagen de mis primeros años; paréceme que aspiro el alma de la señora de La Seiglière en estos efluvios.

Hablando así, caminaban lentamente, cuando al dar la vuelta á la alameda tropezaron con Stamply quien, por su parte, se paseaba solitario por sus jardines.

Raul hizo un movimiento para alejarse; pero la baronesa le retuvo y se adelantó hacia el propietario. Éste, no sabiendo á qué atribuir la honra de semejante encuentro, se deshacía en saludos.

— Perdonadme la libertad que me he tomado introduciéndome así en vuestra propiedad—díjole la señora de Vaubert con amable acento.— Son tan dulces los recuerdos que estos sitios despiertan en mí, que no he podido resistir por más tiempo al deseo de visitarlos.

— Señora, gracias y no perdones merecéis—contestó el viejo Stamply, que desde luégo había reconocido á la baronesa.—Es la más elevada honra, la única—añadió con tristeza—que han recibido estos lugares desde que yo los habito.

Después, como si hubiese comprendido que no era á él á quien se dirigía tal honra, ya por discreción, ya por humildad el anciano hizo ademán de retirarse, invitando previamente á sus huéspedes á que continua-

ran su paseo; mas la señora de Vaubert, interpe-lándole con bondad:

—¿Cómo se entiende, señor Stamply? ¿dejarnos tan pronto? Eso equivale á significarnos que nuestra visita es indiscreta. Si así no es, quedaos; no estáis de más entre nosotros.

Confuso con tan benévolas frases, no sabía Stamply cómo manifestar su gratitud y sólo conseguía expresar su estupefacción. Era la vez primera que en su casa veía huéspedes de tan alto rango, y que se le dirigían palabras de bondad y simpatía. ¡Y quien se dignaba tratarle así á él, á Stamply, al viejo mendigo, como sabía perfectamente que le llamaban en el país, era la señora de Vaubert, la baronesa de Vaubert, la más excelsa dama de la comarca, la amiga de los marqueses de La Seiglière! ¡Qué conmoción no debió estremecerle al sentir apoyado en su brazo el brazo de la baronesa y al decirle ésta con dulce sonrisa y acento casi familiar:

—Vamos, señor Stamply, sed mi pareja y mi guía!

Las miserables almas rechazadas, colocadas por la calumnia en la picota de la opinión, son las únicas que conocen todo el valor de una inesperada prueba de simpatía y de benevolencia; por leve que esta sea, la acogen con transporte y la retienen con indecible gratitud. Sintiendo en el suyo el brazo de la señora de Vaubert, quedó poseído Stamply de un gozo casi igual al que experimentó el leproso de la villa de Aosta al sentir estrechada su mano por una mano amiga, y su ventura habría sido completa á no haberse hallado

tan cohibido por su traje y sus maneras. Verdad es que su persona formaba extraño contraste con la de la baronesa que, en su ruina, humillaba la opulencia de su vecino por la elegancia de su vestir y la gracia de sus modales.

— Si hubiese podido prever que se me reservaba tanto honor, me habría vestido más dignamente—dijo, contemplando con tristeza sus gruesos zapatos con hebillas de latón, sus medias de lana azul, su chaleco de fustán y sus calzones de terciopelo de algodón, desgastado hasta la trama.

— ¡No digáis eso, señor Stamply!—exclamó la baronesa—estáis perfectamente. Y luégo... que os halláis en vuestra casa.

Estas palabras «os halláis en vuestra casa» penetraron hasta el corazón de Stamply y acabaron de inundarle de grata satisfacción. ¡Os halláis en vuestra casa! estas palabras tan sencillas que, desde hacía largo tiempo, apenas osaba decirse á sí propio; estas palabras, pronunciadas por la señora de Vaubert ¿no eran un formal mentís á los injuriosos comentarios de las malas gentes? ¿No eran, en efecto, para el anciano, como una rehabilitación esplendente, como una solemne consagración de sus derechos y de su fortuna?

Entre tanto Raul, cuya sorpresa igualaba por lo menos á la de Stamply, permanecía junto á su madre, frío, silencioso, altanero, no sabiendo qué deducir ni qué imaginar de la escena, extraña cuando menos, que á su vista pasaba.

Andando y conversando llegaron, por insensibles

rodeos, ante la fachada del castillo. Reinaba un calor sofocante; el cielo estaba preñado de nubes. Más de una hora hacía que la señora de Vaubert iba caminando bajo abrasados follajes que no refrescaban el menor soplo de brisa. Sentóse en uno de los escalones de la gradería y se pasó el pañuelo por la frente y el rostro, en tanto que Stamply en pié, ante ella, inmóvil, daba vueltas entre sus dedos al sombrero de anchas alas que ni un momento había soltado de la mano durante todo el paseo.

—¡ Si la señora baronesa fuese tan bondadosa, que se dignara descansar un instante en mi casa! —dijo al fin, con acento suplicante.

—Madre mía —interrumpió Raul, que tenía prisa de acabar esta comedia cuyo objeto, y cuyo sentido no atinaba á comprender—se nos viene encima una borrasca; apenas nos dará tiempo de llegar á casa sin mojarnos.

—¿Y qué, hijo mío? dejemos que la borrasca pase, —respondió la baronesa levantándose;—toda vez que nuestro amable vecino nos ofrece una hospitalidad tan cordial, entremos á esperar, bajo su techo, á que el cielo nos permita regresar al nuestro.

Á estas palabras, la faz de Stamply irradió y dibujóse en sus labios una sonrisa de felicidad.

¡Qué triunfo, en efecto, para él, recibir á la señora de Vaubert y demostrar así á su servidumbre (la cual no dejaría de participarlo á toda la comarca) que estaba menos desconsiderado de lo que las malas gentes se complacían en decir, y las gentes necias en creer!

No fué más feliz, ni se envaneció más Leicester al recibir á la reina Isabel en el castillo de Kemlworth, que maese Stamply cuando vió á la baronesa subir los escalones del vestíbulo y franquear el umbral de su puerta.

Raul siguió á su madre con un movimiento de disgusto que la baronesa fingió no advertir y que Stamply no advirtió: ¡tan absorbido estaba en su gozo y su ventura!

Cuando, después de haber acompañado á sus huéspedes al salón, les dejó un momento solos para ir á ocuparse por sí mismo en las atenciones de la hospitalidad, Raul iba por fin á pedir á su madre la clave de un enigma cuya solución en vano buscaba desde hacía una hora; pero se lo impidió otro sentimiento de curiosidad, sellándole la boca y embargándole la atención.

Aun cuando nada había cambiado en la disposición de las habitaciones, el interior del castillo de La Seiglière no correspondía ya á la magnificencia del exterior. Todo, allí, se resentía de la incuria y de los hábitos menos que aristocráticos, burgueses cuando más, del nuevo propietario. Además, los veinte años que acababan de transcurrir no habían rejuvenecido el frescor de las colgaduras. Aquellas telas descoloridas, aquellos ennegrecidos dorados, aquel lujo marchito, aquellos vestigios de un esplendor donde la vida no se revelaba ya, componían el interior menos alegre que imaginarse pueda. Era bello y triste como las vastas salas del palacio de Versalles que uno ad-

mira al cruzarlas, comprendiendo, empero, que moriría de tedio si se viese obligado á habitar en ellas. Únicamente el salón donde se hallaban la señora de Vaubert y su hijo, había conservado, por especial favor, el frescor y el brillo, la juventud y la vida. Hubiérase dicho que la señora de La Seiglière lo animaba todavía con su gracia y su belleza. Bernardo se había complacido en adornarlo y embellecerlo con todos los tesoros que el marqués no había podido llevarse al destierro; Stamply, después de la partida y hasta después de la muerte de su hijo, había querido, por una suerte de religiosa conmemoración, que aquella estancia se conservase con la misma cuidadosa solicitud que en pasados tiempos, como si Bernardo hubiese de volver á ocuparla de un momento á otro. Así, pues, todo allí respiraba el esplendor de los huéspedes de antaño. Damascos de Génova, tapices de Beaunais, muebles de Boule atestados de objetos artísticos, cristales de Bohemia, grupos de barro cocido, porcelanas de Sajonia y de Sèvres, dorados arabescos en el techo, escenas pastoriles de Watteau coronando las puertas; había allí lo bastante para suministrar veinte páginas de descripción á algunos de los brillantes ingenios que han creado la poesía del inventario y que se preocupan menos del mobiliario del alma que del mueblaje de las habitaciones.

Después de haberlo observado todo con envidiosa atención, después de haber renovado y palpado todo lo que hasta entonces sólo había visto en sus falaces ensueños, se acercó Raul á la ventana y se puso á con-

templar con melancolía el ruinoso castillejo de Vaubert que nunca le había parecido tan pobre, ni tan desolado como en la actualidad.

Entretanto, la baronesa miraba á su hijo con verdadera complacencia, sonriente y serena como si tuviera en su poder la mágica varilla que debía levantar de nuevo las torres de su castillo y devolver á Raul la fortuna de sus antepasados.

No tardó en reaparecer Stamply, seguido de dos mozos de labranza quienes, con aire atónito, llevaban bandejas cargadas de jarabes, de crema, de fresas y de vinos de España. El conjunto de la servidumbre que se componía de una cocinera, de un jardinero y de un guarda-pavos agrupábase en la antecámara, procurando ver, por la entornada puerta, á la señora baronesa y á su hijo.

Desde el advenimiento de Stamply, aquella era la primera vez que el castillo presenciaba tan magna fiesta.

—¡Delicado! ¡exquisito!—dijo la señora de Vaubert con amable sonrisa;—os portáis con nosotros de una manera regia.

Stamply se inclinó, perplejo, balbuciente; en seguida, notando que los dos mozos de labranza, después de haber dejado las bandejas sobre una consola, se habían sentado cada cual en un sillón, repantigándose á sus anchas, les cogió por los hombros y les arrojó fuera del salón.

—¿Sabéis, señor Stamply—dijo la baronesa que no había podido menos que reírse ante esa escena—sabéis

que mereceríais que os nombraran conservador general de los palacios de Francia? Este nada ha perdido de su antiguo esplendor; y aun creo que le habéis añadido nuevo lustre. Por lo demás, dícese que los dominios de La Seiglière han doblado de valor bajo vuestra administración. Según esta cuenta, sois el propietario más rico del país.

—¡ Ah, señora!—respondió con tristeza el anciano— ¡el cielo y los hombres me han hecho pagar bien cara esta propiedad que tanto se me envidia! El cielo se me ha llevado mi mujer y mi hijo; los hombres me han colmado de ultrajes. Menos desventurado era el viejo Job en su muladar, que yo en el seno de la riqueza. Vos, señora, tenéis un hijo: consultad vuestro gozo y comprenderéis mi dolor.

—Lo comprendo, señor Stamply; vuestro hijo era un héroe, según dicen.

—¡ Ah, señora! ¡era mi vida!—exclamó el buen anciano conteniendo su llanto y sus sollozos.

—Los designios de Dios son impenetrables—dijo con melancolía la señora de Vaubert;—en cuanto al juicio de los hombres, creo que haríais mal en preocuparos de ello. ¿Decís que os han llenado de ultrajes? Lo ignoraba; es la primera vez que lo oigo. ¿Qué importa la opinión de los necios, si os estiman las gentes de bien?

Á estas palabras, movió Stamply la cabeza, apesadado, en señal de negación.

—Os calumniáis, señor Stamply—repuso vivamente la señora de Vaubert.—¿Creéis que me encontraría yo

aquí, si no os apreciase? Paréceme que la cuestión me concierne lo bastante para que no se me sospeche de parcialidad en favor vuestro. Amiga de los señores de La Seiglière, he compartido su destierro por espacio de quince años; al igual que ellos, he visto secuestrados y vendidos mis bienes por la república. La república nos ha despojado; la república ha dispuesto de lo que no le pertenecía; ¡sírvale esto de eterna vergüenza! Pero á vos, adquisidor de buena fe, que habéis comprado con dinero contante ¿quién os censura? ¿quién os acusa? La adversidad ha podido irritarnos; pero no ha sofocado en nuestros corazones el sentimiento de la justicia. ¡Cuántas veces no he oído al marqués y á la señora de La Seiglière felicitarse de que al menos sus dominios habían ido á parar á manos del más probo de sus arrendadores!

—¿Será verdad, señora?—exclamó Stamply con un arranque de gozo y de sorpresa.—¿La señora marquesa y el señor marqués hablarían de mí sin cólera? Temí que para ellos no era ya más que objeto de desprecio y de execración.

—¿Y eso por qué, señor Stamply?—replicó sonriendo la baronesa.—Recuerdo aún que, pocos días antes de morir, la pobre marquesa me repetía...

—¿Ha muerto la señora marquesa?—exclamó Stamply con doloroso asombro.

—Dando á luz una hija, hermosa hoy, como lo fué su madre. Decía pues, señor Stamply—repuso la señora de Vaubert—que, pocos días antes de morir, la marquesa me hablaba de vos y de la señora Stamply,

á quien apreciaba y amaba particularmente. Intervino en la conversación el marqués y se complació citando varios rasgos de abnegación y de fidelidad que honran á vuestra familia. «Son unos nobles corazones, añadió la señora de La Seiglière; en nuestra desgracia, casi me consuela el pensar que nuestros despojos han caído en tan puras y honradas manos.»

—Madre mía—exclamó Raul que de pié junto á la ventana, desde el principio, padecía visiblemente oyendo hablar en este sentido á la señora de Vaubert—una ráfaga acaba de barrer las nubes; el cielo se ha despejado; podríamos volver á casa sin temor á la lluvia.

Levantóse la baronesa, y volviéndose al anciano:

—Os agradezco, señor Stamply—le dijo—vuestra atenta hospitalidad y me felicito de la casualidad que me ha procurado la fortuna de conoceros. Deseo sinceramente que nuestras relaciones no se limiten á esta primera entrevista. De vos depende que mis deseos no salgan fallidos. No olvidéis que en la orilla opuesta tenéis unos vecinos que recibirán con gusto vuestras visitas.

Dichas estas palabras con una amabilidad que realizaba su expresión en grado inexplicable, la señora de Vaubert se despidió apoyada en el brazo de su hijo y acompañada por Stamply, quien no dejó á sus huéspedes hasta llegar á la verja del parque, donde les saludó con una respetuosa inclinación.

—¿Os dignaréis, por fin, madre mía—exclamó el joven—darme la explicación de lo que de ver y oír

acabo? Ayer, sin ir más lejos, despreciábais, aborre-cíais á ese hombre; hasta hoy siempre me habíais hablado de él en términos afrentosos, ¿qué extraña revolución se ha operado de repente en vuestras ideas y en vuestros sentimientos?

—¡Dios mío! nada es más sencillo, y creí habértelo dicho ya, hijo mío—replicó la baronesa sin inmutarse.—Al revés de aquel ciudadano de Atenas que condenó á Aristides al ostracismo porque estaba harto de oír que le llamaban justo, á fuerza de oír hablar mal de Stamply, he acabado por pensar bien de él. Si legiti-mas prevenciones, si mi antigua amistad por los de La Seiglière, si la ignorancia de los hechos en que duran-te cerca de veinte años he vivido, han podido arras-trarme á discursos inconsiderados, en la actualidad me remuerde la conciencia.

—Dueña sois, madre mía—repuso Raul—de apelar de vuestros juicios y de anular las sentencias que vos misma pronunciásteis; pero no teníais encargo de los La Seiglière para absolver en su nombre al detentor de sus dominios. ¿Pensáis que el marqués os perdo-naría el haberle tomado por cómplice de vuestra in-dulgencia, en esta ocasión?

—¡Bah! ¡hijo mío!—exclamó la baronesa con un movimiento de impaciencia—¿había que asentar el postrer golpe á ese corazón tan cruelmente herido ya? ¿Debía yo entrar bajo el hospitalario techo, sólo para servir de eco á las maldiciones del destierro? ¿Soy culpable, soy criminal por haber intentado de-rramar unas gotas de bálsamo en las heridas de ese

desdichado? ¡ Ah, juventud, implacable juventud! Ignoro si el marqués me perdonaría, pero tengo la seguridad que desde el cielo el alma de la marquesa me envía su sonrisa y su aprobación.

No se hizo esperar la visita de Stamply. Presentóse éste, una tarde, en el castillo de Vaubert, ataviado con el traje más galante que había podido elegir en su guardarropa de colono enriquecido. Raul estaba ausente. No viéndose cohibida por la presencia de su hijo, recibió la baronesa á su vecino con toda especie de atenciones y coqueterías; indújole dulcemente á hablar de su hijo y pareció interesarse vivamente en sus discursos. ¡ Qué satisfacción no debía ser para el buen anciano el haber encontrado un corazón benévolo donde esplayar sus penas! Esto no obstante, acabó por reparar en lo modesto del mueblaje del salón donde se encontraba; y pensando en lo que habían sido antaño, y en lo que ogaño eran los de Vaubert y los Stamply, sobrecogióle un vago sentimiento de pudor y de confusión que sin dificultad sabrán comprender las almas delicadas. Como si esto no bastara, la baronesa refirió las decepciones de su regreso, y cómo, en vez de su castillo y de sus dominios, sólo había encontrado un palomar y unos cuantos pedazos de terreno; mas lo dijo con tanta gracia y tanto buen humor, que Stamply suspicaz y desconfiado de suyo, no concibió sospecha alguna, antes al contrario, sintióse aliviado de un grave peso viendo la espontaneidad con que la señora de Vaubert se conformaba con el destino.

—Comeréis, conmigo—le dijo la baronesa;—mi hijo

ha ido á pasar el día en casa de unos amigos y no volverá hasta la noche; me haréis compañía. La soledad es triste, á nuestra edad. ¿Qué le haremos?—añadió jovialmente reanudando el hilo de la conversación:— hoy por ti, mañana por mí. Dicen que las revoluciones tienen su lado bueno; nuestro dinero nos cuesta el probarlo. Pero, no nos quejemos. ¡Pluguiese al cielo, solamente, según repetía muy á menudo mi pobre y querida marquesa, pluguiese al cielo que todos los que se han aprovechado de nuestros desastres, fuesen tan honrados como vos! Aún nos sería más fácil la resignación.

Comer mano á mano con la baronesa de Vaubert no fué tan sólo para Stamply el colmo de la ventura, sino también la más dulce alegría que de largo tiempo había gozado. Donde con más crueldad se deja sentir el aislamiento es á la hora de las comidas. Esta era la hora del día que más temía Stamply. Cuando llegaba el momento de sentarse á la mesa, ante el sitio vacío de Bernardo, redoblaba su tristeza y á menudo ocurríale, como al rey de Thulé, beber sus lágrimas en su copa. Aquello, pues, fué para él como una fiesta improvisada. No era suntuoso el festín; mas la señora de Vaubert suplió al lujo del servicio con la magia de su ingenio. Rodeó á su convidado de mil delicados agasajos, le lisonjeó, lo mimó como á un chiquillo, fingiendo no advertir las torpezas y las enormidades que el pobre viejo cometía en materia de etiqueta y de urbanidad. Hubo un momento en que el anciano dirigió hacia ella una mirada cuya expresión no inten-

taremos traducir: recordad esa simpática mirada, tan dulce, tan tierna, tan agradecida que el perro de caza dirige á su amo cuando éste le acaricia. El desdichado pudo creer que ya no estaba solo en el mundo y que tenía una familia.

Á partir de entonces, estableciéronse frecuentes relaciones entre los dos castillos. La señora de Vaubert, á fuerza de súplicas y de amonestaciones, indujo paulatinamente á su hijo á que tolerase la presencia de Stamply y le acogiese, sino con benevolencia, al menos sin demasiado ceño ni altivez. Al mismo tiempo, estudió, con objeto de lisonjearlos, los gustos y las manías del anciano. Hasta llegó á iniciarse en los ínfimos pormenores de su vida íntima y cuidó con solicitud maternal de que nada faltase á su material bienestar. No pudo resistirse Stamply á tantas seducciones, y se dejó prender como una mosca en la miel. Su corazón pasó, en breve, de la gratitud al afecto, y del afecto al hábito. La mayor parte del día pasábala en Vaubert. Allí comía tres veces por semana. Cada mañana deteníase un rato en Vaubert, antes de visitar sus campos; á Vaubert volvía, cada tarde, para charlar un rato de Bernardo y de los acontecimientos del día, que preocupaban vivamente los ánimos. En las noches claras y serenas, la baronesa le tomaba el brazo, y salían á dar un paseo por las orillas del Clain. ¡Imagine el que leyere la embriaguez del anciano Stamply teniendo en su brazo el de una baronesa, conversando familiarmente con ella á lo largo de aquellas riberas donde le habían saludado á pedradas, y tomando su parte de las

salutaciones que, sombrero en mano, se dirigían á su pareja! Porque era lo cierto que de la consideración que rodeaba á la noble dama había llegado hasta él un reflejo. Si sus criados no le robaban menos, le respetaban más. En suma: sería preciso remozar la añeja comparación del oasis en el desierto para pintar en breves palabras lo que en la desolada existencia del anciano fué la encantada aparición de la baronesa de Vaubert. Fortalecióse su salud, su humor se tornó jovial y su carácter, agriado por los pesares, recobró su bondad nativa. Tuvo, como vulgarmente se dice, su veranillo de San Martín; pero el mayor beneficio que obtuvo de estas relaciones fué el recobrar la estimación de sí mismo y el sentirse rehabilitado á sus propios ojos.

Muy en breve, á tan saludables influencias, mezcló la señora de Vaubert otras, más lentas y misteriosas, que Stamply sufrió sin intentar explicárselas. Después de haberse posesionado de la vida de este hombre, apoderóse de su espíritu, amasándolo á su antojo y modelándolo como un trozo de cera. Logró borrar, en él, hasta el último vestigio de las ideas revolucionarias. Á fuerza de sutilezas, supo reconciliarle con el pasado, que le había oprimido, y enemistarlo con los principios que lo manumitieron. Recondújole, sin que lo advirtiese él, al punto de donde había salido, y le embutió de nuevo, sin que lo sospechara, en la concha de siervo y de vasallo bajo la que sus padres habían vivido. Al mismo tiempo, el nombre del marqués de La Seiglière y el de su hija reaparecían en todos sus discursos, pero con tanta reserva que Stam-

ply ni siquiera pensaba en azorarse. Llegó, sin esfuerzos, á enternecerse por la suerte de la joven Elena que la señora de Vaubert no se cansaba de representarle como viva imagen de su madre: tenía su misma gracia, su mismo encanto, su misma bondad. Stamply convenía en que, á esta cuenta, la señorita de La Seiglière debía ser efectivamente un ángel. Todavía conservaba algunas prevenciones contra el marqués: pero la baronesa se consagró con paciencia á sofocar esta vieja levadura del 93. La adversidad, decía, es una ruda escuela que en breve da provechoso fruto. Ella, por su parte, vanagloriábase de haber aprendido mucho y de haber olvidado mucho en la adversidad. Al señor de La Seiglière, á su entender, la emigración le había hecho modelo perfecto de todas las virtudes: aquel marqués tan altanero, tendría á gran honra, actualmente, estrechar la mano de su antiguo arrendador, y llamarse su amigo. Á lo cual respondía Stamply que, si llegaba el caso, sería para él un alto honor.

Así transcurrieron varios meses en dulce intimidad en la que no se inmiscuyó Raul; el joven vivía triste y apetecía la soledad.

Y mientras estos sucesos acontecían tranquilamente en el valle del Clain, Waterloo acababa de poner punto final á la gran epopeya del Imperio.

El tiempo urgía.

En una carta recientísima, el marqués de La Seiglière, convencido más que nunca, de que la caída de Napoleón iba á acarrear la de Stamply, y que, el primer acto de los Borbones, después de su reinstalación

definitiva en Francia, sería el de reintegrar á todos los emigrados en la propiedad de sus dominios, recordaba generosamente á su antigua amiga la promesa que habían cambiado de unir un día á Elena y á Raul. La señora de Vaubert juzgó prudente preparar el desenlace de la pieza cuyo secreto poseía únicamente ella.

Á nadie cabía duda de que sus relaciones con el colono castellano eran tema de inexplicable sorpresa para el país. La maledicencia y la calumnia no habían dejado de responder al llamamiento. Se asombraban, se indignaban, al ver que una antigua amiga de los La Seiglière hiciese buenas migas con el hombre que les había despojado. Corrían rumores de que la baronesa llevaba la mira de casarse con Stamply. La nobleza gritaba: ¡traición! y la plebe: ¡escándalo! Ya sea porque ignorase lo que se decía, ya porque la tuviese sin cuidado, ello es que la baronesa había proseguido hasta entonces su plan, sin volver la cabeza atrás para escuchar los clamores de la muchedumbre, cuando de repente creyó Stamply notar síntomas de enfriamiento en los testimonios de aquella amistad que tanta ventura le daba y de que tanto se envanecía. Al principio sintió como un sordo malestar que no atinaba á explicarse; pero, como adquirieron estos síntomas, de día en día, un carácter más marcado, comenzó á alarmarse de veras. Y es que, en efecto, la señora de Vaubert ya no era la misma, y aun cuando se esforzaba en disimular el cambio que en ella se operaba, no era posible que el alma suspicaz y tierna del pobre Stamply pudiese engañarse. El anciano sufrió largo tiempo

en silencio, y lo que debía sufrir es indecible, por cuanto había concentrado en este punto todas sus afecciones, todo su corazón, su vida entera. Durante mucho tiempo el respeto selló sus labios; pero, cierta noche, encontrando á la señora de Vaubert más distraída, más reservada, más encogida que de costumbre, dióle á entender su inquietud de una manera tal vez indiscreta, pero nacida del corazón. La señora de Vaubert pareció conmovirse, aunque permaneció guardando una estudiada frialdad.

—¿Qué sucede, señora? ¡estoy presintiendo una gran desgracia!

La señora de Vaubert apenas respondió; únicamente, cuando el anciano iba á retirarse, cogióle las manos y las estrechó entre las suyas con una efusión de ternura que agravó los terrores del buen viejo.

La mañana siguiente, paseábase Stamply por su parque, trastornado todavía por las emociones de la víspera, cuando le entregaron un billete de parte de la señora de Vaubert. Menos lisonjeado que azorado á tan distinguida honra, rompió el sobre con temblorosa mano y leyó lo que sigue, á través de sus lágrimas:

«Presentáis una gran desgracia, y no andabais desacertado. No debemos vernos más; así lo exige el mundo. Si sólo alcanzaran á mí, desafiaría yo con gozo sus decretos; pero, por el porvenir de mi hijo, he de imponerme sacrificios que nunca me hubiera arrancado la opinión. Hacedos cargo de la necesidad que nos separa y sirvaos de consuelo el pensar que vuestro

corazón no estará más profundamente afligido que el de vuestra afectísima

BARONESA DE VAUBERT.»

Stamply, por de pronto, sólo comprendió una cosa, y es que acababa de perder la única ventura que tenía en el mundo.

Después, volviendo á leer esta carta, sintió recaer en él todas las maldiciones y todos los ultrajes que la amistad de la señora de Vaubert había logrado desviar por tanto tiempo. Vióse sumido más profundamente que nunca en el abismo de la soledad; parecióle que perdía por segunda vez á Bernardo. Lo que en él se quebraba era más que un afecto; era un hábito. ¿Qué haría, en lo sucesivo, de sus desocupados días y de sus ociosas noches? ¿Á dónde llevaría su corazón y sus pasos? Ninguna meta ya; por donde quiera, en torno suyo, abandono, silencio, desoladas llanuras. Presa de la desesperación, emprendió el camino de Vaubert.

—Señora—dijo al penetrar en el salón donde la baronesa se encontraba sola—señora ¿qué os he hecho yo? ¿en qué pude merecer vuestro desvío? ¿á qué tenderme vuestra mano, si debíais retirarla después? ¿á qué llamarme, si debíais expulsarme sin piedad? ¿á qué sacarme de mi tedio, si debíais sumirme de nuevo en ellos? Miradme; viejo soy, contados están mis días. ¿No podríais esperar un poco más? poco me queda que vivir.

La señora de Vaubert se esforzó desde luego en calmarle, protestando de su cariño y prodigándole las

más tiernas frases. Cuando le vió más tranquilo, intentó darle á comprender los motivos graves á que se viera precisada á ceder. Puso en relieve una extrema reserva y una delicadeza exquisita; pero, en realidad, cada una de sus palabras se hincaba como hoja de puñal en el corazón de Stamply.

Un resto de orgullo sostuvo y reanimó al anciano.

—Razón tenéis, señora—dijo levantándose;—soy un insensato. Aléjome sin quejarme y sin murmurar. Eso sí, acordaos, señora, de que nunca había osado yo solicitar la honra que me ofrecisteis; acordaos, también, de que no os engañé, y, que, desde nuestra primera entrevista, me apresuré á denunciaros los ultrajes y las calumnias que el mundo había amontonado sobre mi cabeza.

Dicho esto, caminó resuelto hacia la puerta; pero, extenuado por el esfuerzo de dignidad que acababa de hacer, cayó desplomado en un sillón, dando libre curso á sus lágrimas.

En presencia de un dolor tan real, sintióse sinceramente conmovida la señora de Vaubert.

—Escuchadme, amigo mío—dijo.—Ya comprenderéis que no sin esfuerzo me he resignado á romper unas relaciones que eran para mí tan dulces, como para vos. Sentía por vos un tierno afecto, y complácame la idea de que mi intervención en vuestra existencia era para vos un elemento bueno y consolador. Por vuestra parte, me ayudabais á soportar la carga de una vida tristísima; vuestra bondad me encantaba; vuestra presencia ahuyentaba mi tedio. Ved, pues,



..... cayó desplomado en un sillón, dando libre curso
à sus lágrimas.

si me habré decidido de buen grado á desgarrar vuestro corazón y el mío. Vacilé durante largo tiempo, y por fin creí que, en interés de mi hijo, debía dar satisfacción á ese mundo estúpido y malévolo al cual, si sólo de mí se hubiese tratado, no habría sacrificado yo un solo cabello de vuestra cabeza. Hube de resignarme, y me resigné. Sin embargo —añadió después de un instante de muda reflexión, fijando de repente en Stamply una mirada que estremeció todo su sér,— ¿y si hubiese un medio de conciliar las exigencias de mi posición y la prosecución de vuestra ventura? ¿si se pudiera imponer silencio á los clamores del vulgo y asegurar á vuestra ancianidad días felices, honrados y tranquilos?

—Hablad, señora, hablad; ¿qué medio sería ese?— exclamó el buen viejo con la alegría del náufrago que cree percibir una vela en el horizonte.

—Amigo mío—repuso la señora de Vaubert;—he reflexionado maduramente sobre vuestro destino. Después de haberlo considerado en todas sus fases y aspectos, me veo precisada á reconocer que no hay otro menos digno de envidia y que en verdad, sois el más infortunado de los mortales. Razón teníais: menos de compadecer era el viejo Job en su muladar, que vos en el seno de vuestras prosperidades. Rico, no podéis emplear vuestras riquezas. Los hombres han levantado entre ellos y vos un muro de oprobio y de ignominia. El ultraje, la injuria, el desprecio público: ved ahí hasta el presente, la más neta de vuestras rentas. Sólo por un lazo estabais unido á la vida social;

roto este lazo ya no tenéis un alma donde podáis abrigar la vuestra. Veo entregada vuestra ancianidad á mercenarios cuidados. No tendréis en vuestros posteriores días el consuelo de legar á un sér amado esa fortuna que tan cara os costó; un solo heredero os queda: el Estado, el menos interesante y más ingrato de todos los herederos. Trátase, ahora, de saber si os sería más grato tener una familia que os amase como á un padre, envejecer rodeado de amor y de ternura, oír en torno vuestro un concierto de bendiciones, reposar vuestras últimas miradas sobre los seres á quienes habríais colmado de dicha; finalmente, dejar una memoria querida y venerada.

—¡Una familia... mía!—exclamó el anciano con alterada voz.—¡Yo, Stamply, el viejo mendigo, como me llaman, rodeado de ternura y de amor!... ¡de incesantes bendiciones!... ¡querida y venerada mi memoria!... ¡Ah! ¡señora! ¿dónde se encuentra esta familia? Mi mujer y mi hijo están en el cielo, y yo estoy solo en el mundo!

—¡Esa familia! ¡ingrato!—replicó sonriendo la señora de Vaubert;—la mitad la tenéis ya al alcance de la mano.

Con un poco de sagacidad ó de orgullo hubiera podido creer Stamply que la señora de Vaubert solicitaba actualmente la ocasión de un enlace desproporcionado; mas el infeliz no pecaba de orgulloso, ni de sagaz, y á pesar de lo íntimo de sus relaciones con la baronesa, nunca había echado en olvido la enorme distancia que aún separaba al campesino encumbrado de la

gran señora arruinada. Permaneció, pues, con los brazos colgando y la boca entreabierta, titubeante, cohibido, no sabiendo cómo interpretar las últimas palabras que acababa de oír.

—Os ha ocurrido alguna vez, amigo mío—continuó tranquilamente la señora de Vaubert—preguntaros ¿cuál habría sido la gloria de Bonaparte, si comprendiendo ese aventurero su divina misión, después de haber aniquilado á los facciosos, hubiese reemplazado á los Borbones en el trono de sus antepasados? Supongamos, por un momento, que en vez de consagrarse á fundar un dinastía, ese Corso, hoy miserable y proscrito, cargado de oprobio, acosado y embozado como bestia feroz, hubiese empleado su espada y su ambición en servicio de nuestros legítimos príncipes ¿qué destino no palidecería ante el destino de ese hombre! El mundo, que ahora le maldice, le contemplaría con admiración; los reyes, que han jurado su perdición, se disputarían la honra de tenderle la mano; y verdaderamente emperador desde el día en que hubiese dejado de serlo, la aureola que llevaría en la frente humillaría el esplendor de la diadema.

—Y mi pobre Bernardo viviría aún—añadió Stamply suspirando.

—¡Amigo mío!—exclamó la señora de Vaubert;— ¡qué extraño olvido, qué fatal eslabonamiento nos ha impedido comprender que la Providencia había colocado en vuestras manos un destino casi igual y que de vos dependía trocar en realidad tan bello ensueño!

Á estas palabras, comenzó Stamply á erguir las ore-

jas como liebre que oye remover junto á sí la punta de los matorrales.

—¡Al menos vos todavía estáis á tiempo!—prosiguió la baronesa con arrebató.—Lo que aquel hombre no supo hacer, podéis vos realizarlo en la esfera menos elevada donde os ha colocado Dios! Consultad vuestro corazón, escrutad vuestra conciencia; vuestro corazón está puro y vuestra conciencia intacta. Las gentes, sin embargo, opinan de otro modo; y á vos mismo por irreprochable que seáis ¿no os sucede, á veces, que os sentís inquieto y desazonado al pensar que el último vástago de una familia que colmó de beneficios á la vuestra, languidece desheredada en tierra extraña? ¡Pues bien! con una sola palabra podéis legitimar vuestra fortuna, confundir la envidia, desarmar la opinión, trocar en aplausos los ultrajes con que os abrumán, fortaleceros en vuestra propia estimación y dar al mundo uno de esos grandes ejemplos que de vez en cuando realzan á la humanidad.

—El viejo mendigo no ambiciona tanto, señora—respondió Stamply meneando la cabeza;—no abrigo la pretensión de dar ejemplos al mundo; no es á mí á quien incumbe la tarea de realzar á la humanidad, otras tareas más humildes me ocupan. Por lo demás, señora, no atino á comprender...

—Si no sabéis comprender, no hablemos más—replicó la señora de Vaubert con frialdad.

Demasiado lo había comprendido Stamply. Aun cuando colono de nacimiento y labriego de origen, no era, lo repetimos, sagaz, ni astuto, ni siquiera perspi-

caz; pero tenía el corazón receloso, y en él la desconfianza podía, en caso dado, suplir á la astucia.

No sólo comprendió á dónde iba á parar la baronesa, sino que creyó entrever que allí radicaba el secreto de las atenciones que le había prodigado.

—Os comprendo, señora baronesa—dijo al fin con ese profundo sentimiento de tristeza que experimentan las almas tiernas cuando, al profundizar la afeción que creían sincera y desinteresada, descubren, bajo la primera capa, un abismo de egoísmo sin fondo; —lo que sí, creo, es que estáis en un error. No he de legitimar mi fortuna, porque legítima es: á mi trabajo la debo, á nada más. En cuanto á la señorita de La Seiglière, es muy cierto que nunca pienso sin enternecerme en esa niña que, según me habéis dicho, es el vivo retrato de su madre. Á menudo he tenido intención de enviarle algún socorro; he querido efectuarlo, y no me he atrevido.

—Haríais mal en olvidarlo; hay infortunios que no pueden aceptar otros socorros que las simpatías y los buenos deseos—respondió con dignidad la señora de Vaubert;—mas permitidme que os diga—añadió con acento más afectuoso—que no me habéis comprendido. Sólo he pensado en vuestra felicidad. Mis argumentos concernían, no á vuestros deberes, sino á vuestra ventura. ¿He dicho algo que os lastime ú os ofenda? La casualidad me procura vuestro encuentro; vuestro destino me interesa. Conozco que mis simpatías pueden servir de consuelo, y eso redobra mi afecto hacia vos. Sin embargo, ocurre que un día el

mundo envidioso y celoso nos separa. Mi corazón gime; el vuestro se alarma. En estas circunstancias, figúrome, quizá atolondradamente, que llamando al marqués de La Seiglière y á su hija para ofrecerles que compartan una fortuna de la que no sabéis qué haceros, aseguráis para vuestros postreros años el reposo, la tranquilidad y el honor. En seguida, mi imaginación se exalta. Os miro rodeado de simpatías y homenajes; nuestra intimidad, en vez de romperse, se estrecha más y más; el mundo que os proscribía, os estima; las voces que os maldecían, os bendicen; Dios, que os privó de un hijo adorado, os da una hija adorable. Ante este cuadro, me conmuevo y me apasiono; y os someto esa idea..... Admitamos que he tenido un sueño. Por lo demás, quiero creer que me he exagerado algún tanto la desventura de vuestra posición. Rico sois; la fortuna, bien mirado, es cosa halagüeña. Os deseo, cordialmente, que os resarza de todo lo demás.

Dicho esto, con tanta naturalidad y soltura que el anciano quedó completamente desconcertado, levántose la señora de Vaubert y pretextando una visita en las cercanías, se despidió dejando á Stamply solo y entregado á sus reflexiones.

Nada tuvieron estas de joviales. El anciano salió, medianamente encantado de una proposición que de ninguna manera habría aceptado, aun suponiendo que tendiera únicamente á su ventura.

Era un viejo bonachón; pero no hemos dicho que fuese un santo. Tenía una pasión contra la que debían forzosamente quebrarse todas las insinuaciones de la

señora de Vaubert. No es raro encontrar en esas naturalezas blandas, pecheras, maleables á capricho, un punto duro, resistente, infrangible, que ningún esfuerzo lograría mellar; es, como si dijéramos, el anillo de acero en la c adena de oro. Stamply era avaro   su modo; tenía la pasión de la propiedad. Amaba la propiedad por sí misma, como ciertas almas aman el poder. Todas sus rentas las empleaba en comprar terreno; así, paulatinamente, por usurpaciones sucesivas, había llegado   reconstituir en su integridad el antiguo dominio de La Seiglière. Recientemente, acababa de aumentarlo con dos ó tres cortijos enajenados desde hacia más de un siglo. Haber llevado á cabo tan magna obra con el solo objeto de donarla al señor marqués, hubiera sido, en verdad, caso admirable; pero Stamply, como así lo confesaba, no tenía la pretensión de dar   sus contemporáneos una tan esplendente lección de abnegación, de sacrificio y de desinterés. Pens  que la señora de Vaubert hablaba de ello con demasiada frescura, y que antes de decidirse, el asunto valía la pena de consultarlo dos veces. Y entró en su casa resignado á perder una amistad que   tan alto precio se cotizaba.

Facil le fué al principio la resignación. El afecto lastimado, el amor propio ofendido, el temor de que le hubiesen tomado por bobo, reanimaron en él un resto de calor, de fuerza y de energía. Todos sus rancios instintos de independenciaci on y de igualdad se despertaron, recobrando por un momento su imperio; mas esta especie de sobreexcitación no tardó en extinguir-

se, como fuego de paja. En sus relaciones con la señora de Vaubert había contraído el hábito de los coloquios familiares y de las confidencias íntimas. Reducido bruscamente al silencio, su corazón sintióse en breve atacado de mortal fastidio. En pocos días perdió aquella paz interior y aquella dulce serenidad que había gozado en sus relaciones. Su conciencia, privada de su único apoyo, volvió á desfallecer de nuevo. Sobrevino la vanidad para aumentar sus no escasas torturas. Su expulsión de la casa de Vaubert no era ya un misterio. Decía la voz pública que la señora baronesa había despedido ignominiosamente al viejo mendigo. Stamply habría podido ignorar los necios discursos que sobre el asunto menudeaban; mas, una tarde, al cruzar por el parque, oyó á sus criados que, no sabiendo que le tuviesen tan cerca, departían jovialmente sobre su desventura. Sus arrendadores, los que antes, en más felices tiempos, se habían envanecido de una amistad ilustre, preguntábanle á cada paso por la salud de la señora baronesa. Si permanecía en sus habitaciones, paseándose de una á otra sala con aire abatido, sus criados se acercaban á él oficiosamente, y ora éste, ora aquél, le decían que por qué no iba á visitar á la señora baronesa, á distraerse y alegrarse un rato. Si se decidía á salir de casa para divagar tristemente por la campiña, la servidumbre exclamaba, á guisa de reflexión, en voz bastante alta para que la oyese: «¡Por fin el amo se decide á pasar una ó dos horas al lado de la baronesa!» Aun cuando de genio sufrido, tentaciones le dieron más de una vez, de sacudirles las espaldas con su vara de fresno.

Estas palabras *la señora baronesa* resonaban sin tregua en su oído y en su corazón. La vista del castillo de Vaubert le sumía en melancolías sin término; á menudo permanecía horas enteras, silencioso, inmóvil, contemplando el Edén perdido y malogrado. Ni siquiera le bastaba ya ese amor de la propiedad de que hablamos: la señora de Vaubert había desarrollado en él otros instintos, otros apetitos, otras necesidades no menos imperiosas. Además, este amor, el único que le quedaba en el mundo, estaba envenenado en su origen. Acudíanle á la memoria, no sin espanto, el miserable fin de la señora Stamply, sus escrúpulos, sus terrores, sus remordimientos, las últimas palabras que antes de espirar había pronunciado. En ello pensaba durante el día; soñábalo por la noche; su imaginación, exaltada por el abandono, poblaba su sueño de lúgubres imágenes. Ora se le aparecía el espectro irritado de su mujer, ora la llorosa sombra de la señora de La Seiglière. Á las dos semanas de una existencia tan torturada, renació en su alma la idea que la baronesa le había indicado como un puerto de salvación. Al principio surgió como un punto luminoso, centelleante en la bruma, en lejano horizonte. Insensiblemente, este punto se agrandó, aproximándose é irradiando, á manera de faro. Á fuerza de examinarlo en todos sentidos, acabó Stamply por apreciar su lado poético y encantador. Era un alma desconfiada, pero sencilla, honrada, crédula. Preguntóse si la señora de Vaubert no le habría revelado, en efecto, el secreto de la felicidad. Admitiendo que sólo hubiese razonado en pró del

marqués de La Seiglière y de su hija, hubo de convenir el anciano que aun en pró de sí mismo no hubiera podido imaginar la baronesa solución mejor. La perspectiva de las felicidades que le había dejado entrever, se desprendió paulatinamente de las nubes que la oscurecían y se ofreció á su vista bajo un cielo encantado. Imaginó su hogar embellecido por la presencia de una criatura amable, angelical; vióse introducido, por la gratitud del marqués, en ese mundo que le había rechazado; oyó elevarse un concierto de alabanzas á su paso; creyó percibir á la marquesa de La Seiglière, á la buena señora Stamply y á su Bernardito sonriéndole desde el cielo. No obstante, reteniale aún la desconfianza en la pendiente de los buenos sentimientos. Por lo demás ¿con qué título regresarían el marqués y su hija á aquel castillo y á aquellos dominios? Abandonar una fortuna adquirida tan laboriosamente ¿no sería dar á entender que la había usurpado? En vez de confundir á la envidia ¿no iba á prestarle nuevas armas? Antes de tomar una resolución, decidió Stamply consultar á la señora de Vaubert; mas, apenas hubo empezado á hablar del asunto que le llevaba, interrumpióle la baronesa:

— Deseo—dijo—que no se vuelva á tratar de eso entre nosotros. Cosas hay que ni se pesan, ni se discuten. Os lo repito: no he pensado, ni he querido otro fin que vuestra felicidad. En mi pensar no entraban el marqués, ni su hija; trataba sólo de vos, hasta el punto de que, si mi idea os hubiese sido grata y el marqués se hubiese resignado á ella, el bienhechor, á mi entender,

no hubiérais sido vos, sino él. Guardaos vuestros bienes; no os los envidiamos. Dicen que la pobreza es amarga para los que conocieron la riqueza. Se engañan... todo lo contrario... Nosotros hemos conocido la riqueza, y actualmente la pobreza nos es grata.

Dicho esto, y después de informarse de la salud de su viejo amigo y de qué vida llevaba, la baronesa le dió á comprender, muy políticamente, que era del caso retirarse, y así lo efectuó él, asombrado de la elevación de sentimientos que acababa de sorprender.

Echóse en cara el haber calumniado tan desinteresadas intenciones; y por más que le parecía muy extraño que en ello el marqués hubiese de pasar por bienhechor, y él, Stamply, por agradecido, dirigióse, el siguiente día, sin más tardar, á entregarse, atado de piés y manos, á discreción de la señora de Vaubert, quien no dió muestras de alegrarse, ni de sorprenderse. Hasta llegó á manifestar una viva repugnancia en entrometerse en tal asunto, temiendo, según decía, ofender las susceptibilidades de sus amigos. Enardecióse Stamply tanto más, cuanto menos ahinco mostraba la señora de Vaubert; y si pudiese ser chistoso el ver al corazón embaucado por el talento, á la bondad explotada por la astucia, chistosa de seguro habría sido aquella escena en que el buen viejo suplicó á la baronesa (la cual se resistía) que intercediese por él á fin de que el marqués se dignara consentir en aceptar el dón de una propiedad que valía más de un millón.

Ya se comprende que la señora de Vaubert acabó por ceder á tan conmovedora instancia; pero lo que

con dificultad se imaginaria es el gozo que experimentó el viejo niño después de haber preparado su ruina.

Cogió las manos de la baronesa, estrechándolas contra su corazón con un sentimiento de inefable gratitud:

— Vos, sí—le dijo con acento conmovido y bañados los ojos en llanto—vos me habéis mostrado el camino del cielo.

La baronesa comprendió que era un homicidio el mofarse de un alma tan perfecta; mas, esta vez, como siempre, supo acallar los murmullos de su conciencia diciéndose que el destino de Stamply se hallaba interesado en el éxito de esta empresa, que no habría obrado de otro modo para asegurar la felicidad de este hombre y que en todas las cosas el fin excusa los medios.

Sólo restaba ya engañar el orgullo del marqués, demasiado noble para rebajarse jamás á aceptar algo de manos de su arrendador.

La señora de Vaubert escribió estos cuatro renglones:

« Atestado de remordimientos, sin hijos, sin amigos, sin familia, Juan Stamply no espera más que vuestro regreso para restituiros todos vuestros bienes. Venid pronto. En pago de su tardía probidad este infeliz sólo exige que le amemos un poco: le amaremos mucho. Recordad la frase del Bearnés: Bien vale París una misa.»

Un mes más tarde, efectuábase el regreso del señor

de La Seiglière, modestamente, sin fausto, sin aparato.

Recibióle Stamply á la puerta del parque y le presentó desde luégo, á guisa de llaves sobre una bandeja de plata, una escritura de donación redactada en frases conmovedoras y en la que el donador, por un sentimiento de delicadeza exquisita, se humillaba ante el donatario.

— En vuestra casa estáis, señor marqués—le dijo.

Corta era la arenga; el marqués la encontró perfectamente formulada.

Metióse en el bolsillo la escritura que le reintegraba en la propiedad de todos sus dominios, abrazó á Stamply, cogióle del brazo y seguido de su hija que caminaba entre la señora de Vaubert y Raul, entró en su castillo, tan joven moralmente como de él saliera, sin más cumplimientos que si regresara de dar un paseo.

Y ahora, ateniéndonos á las suposiciones de la señora de Vaubert, si Napoleón Bonaparte, reduciendo la grandeza de su misión á las mezquinas proporciones de una probidad burguesa, hubiese consentido en no ser más que el agente de negocios de la familia de los Borbones; si, después de haber realizado con la punta de su espada la corona de Francia, en lugar de colocarla sobre su frente la hubiese colocado en la cabeza de los descendientes de San Luís, es de creer que, en la actualidad, el gran libro de las ingratitudes regias contaría un capítulo más.

No pretendemos ultrajar á la dignidad real, ni á na-

die; sólo inculpamos á esa ingrata especie que se denomina especie humana.

Sin necesidad de ir á buscar nuestros ejemplos á tales alturas, permanezcamos, para juzgar de ello, en las orillas del Clain.





CAPÍTULO IV

Todo marcha bien al principio. Los primeros meses realizaron ampliamente todas las predicciones de ventura que la baronesa prodigara á Stamply. Hasta podemos afirmar que la realidad dejó muy rezagadas las esperanzas del anciano. El 25 de Agosto, con ocasión de los días del rey, habiendo invitado el señor de La Seiglière á varios gentil-hombres de la villa y de sus cercanías, ocupó Stamply un lugar distinguido entre el marqués y su hija y á los postres hubo sentidos brindis á su salud, después de los tributados á Luis *el Deseado*. Diariamente comía en la mesa del señor de La Seiglière, las más veces en compañía de la señora de Vaubert y de su hijo, por cuan-

to, como en el destierro, las dos casas sólo formaban una, propiamente hablando. Recibían contadas visitas; las veladas se pasaban en familia y Stamply figuraba en todas las reuniones, honrado como un patriarca y acariciado como un niño. El marqués había exigido que ocupase la mejor habitación del castillo. Sus criados, que apenas le servían y que no le respetaban mucho más, habían sido reemplazados por servidores diligentes y sumisos que prevenían todos sus deseos y atendían á sus necesidades todas. Prodigábanle á porfía todas las atenciones tan gratas á la vejez ; no se hacía nada sin antes consultarle. Añádanse á tantas seducciones la presencia de la señorita de La Seiglière y sépase que, en un circuito de diez leguas resonaba un himno en loor del más honrado de los arrendadores.

Sin embargo, habían transcurrido apenas unos cuantos meses, cuando ya la vida del castillo era muy distinta. Vigoroso y ágil como si sólo tuviese veinte años, el señor de La Seiglière no era hombre que se contentase largo tiempo con los goces del hogar y las delicias de la intimidad. Había recobrado su fortuna como un traje de la víspera y no se acordaba de lo pasado sino como de una lluvia borrascosa. Vivo, alegre, jovial, habíase conservado en el destierro, como las primaveras bajo la nieve. Los veinticinco años que acababan de transcurrir, no le habían envejecido ni de un solo día. Había encontrado el secreto de morir joven á los cien años ; el egoísmo, la ligereza del corazón, la frivolidad del espíritu ; en suma, era el marqués el más campechano y encantador de todos.

Nadie hubiera podido creer, pocos meses después, que por allí había pasado una revolución. Se habían dorado de nuevo los techos y los marcos, se habían renovado los muebles y las colgaduras, restaurado las cifras y los escudos, y lavado, raspado y borrado la huella de la invasión de los bárbaros. Valiéndonos de las caritativas expresiones de la señora de Vaubert, que no se retenía ya para hacer chistes, diríamos que se habían limpiado los establos de Augias. En breve sólo hubo fiestas y galas, recepciones y cosas regias. De la mañana á la noche, y á menudo, de la noche á la mañana, apiñábanse en el patio y en las avenidas los blasonados carruajes. El castillo de La Seiglière había venido á ser el salón de la nobleza del país. Un ejército de lacayos y de marmitones había invadido las cocinas y las antecámaras. En las cuadras piafaban veinte caballos; las perreras rebosaban en sabuesos; las trompas de caza no cesaban de sonar un momento. Stamply había soñado con un hogar más tranquilo, con más sencillas costumbres, y gustos más modestos, y aún no había llegado á la meta de sus decepciones.

En la primera embriaguez del regreso, todo lo del buen viejo había parecido seductor: su traje, sus gestos, su lenguaje, hasta su chaleco de fustán.

El marqués y la señora de Vaubert le proclamaban en alta voz: su buen amigo, su antiguo amigo.

No se cansaban de escucharle; todo cuánto decía, les extasiaba.

Empero, cuando el tren del castillo hubo adquirido

un curso brillante y regular, se empezó á advertir que el buen anciano era una sombra, una mancha en el cuadro. Al principio, cada cual guardó para sí esta impresión; durante largo tiempo en las conversaciones del marqués y de la baronesa sólo se hablaba del bueno, del querido, del excelente Stamply: sólo que, de vez en cuando, había algunas restricciones. De rodeo en rodeo, de restricción en restricción, llegó el momento de convenir mutuamente en que el excelente Stamply era un rústico patán. Sufriéronse sus familiaridades, después de haberlas fomentado. Lo que algunos meses antes se apreciaba como la hombría de bien de un patriarca, pasó luégo á considerarse como grosería de un villano.

Mientras se habían circunscrito al círculo de la familia, fué posible la resignación; mas, en el seno del lujo y de los esplendores de la vida aristocrática, húbose de reconocer que el buen viejo no era aceptable ya.

Lo que el marqués y la baronesa no se confesaron uno á otro, guardándose mucho de convenir en ello interiormente es: que le debían demasiado, para poderle amar.

Parecida á esa flor alpestre que crece en las cumbres y muere en las regiones bajas, la gratitud no florece sino en las almas elevadas. La presencia de Stamply recordaba al marqués importunas obligaciones; la baronesa estaba secretamente resentida con él por el papel que había representado.

Consagráronse, pues, á desembarazarse de él con todas las contemplaciones y todos los cuidados de rúbrica entre gentes de alto rango.

Á pretexto de que la habitación que en el centro del castillo habitaba, se hallaba expuesta á los vientos del Norte, lo relegaron al rincón más apartado del edificio.

Un día, habiendo observado, con afectuosa solicitud, que las fiestas ruidosas y los suntuosos banquetes no eran de su gusto, ni de su edad, y que sus hábitos y su estómago podrían resentirse de ello, el marqués le suplicó que no se violentara y decidió que en lo sucesivo le servirían aparte.

En vano se resistió Stamply, jurando y perjurando que le sentaba perfectamente el género de vida del señor marqués: éste se empeñó en no creerlo, y declaró que jamás consentiría que su viejo amigo se molestara para complacer á sus huéspedes.

«Estáis en vuestra casa—le dijo;—obrad como en ella, vivid á vuestro gusto. Á vuestra edad, no se cambia.» Por manera que Stamply hubo de acabar por comer solo en su cuarto, como un cartujo. Lo demás, por el mismo estilo. Gracias á insensibles transiciones, llegaron á tratarle con exagerada política; el marqués le mantuvo á distancia á fuerza de atenciones; la señora de Vaubert le obligó á batir retirada bajo el fuego cruzado de los aires de gran tono y de las distinguidas maneras. Tan luégo como el anciano aparecía con sus claveteados zapatos, sus medias de lana azul y sus calzones de franela, daban á la conversación un giro ceremonioso; y Stamply, no sabiendo qué continente guardar, se retiraba confuso, humillado y cabizbajo.

Así, la tapia de barro que durante largo tiempo le mantuviera separado del mundo, se trocaba insensi-

blemente en una pared de cristal, barrera transparente, pero tan infranqueable como la primera; sólo que el desdichado tenía la satisfacción de contemplar á través de ella cómo se desvanecían en cohetes de todos colores las rentas de aquel precioso dominio que á costa de veinticinco años de trabajo y privaciones había reconstituido.

Por las tardes, después de su solitaria cena, al pasar por debajo de las ventanas del castillo, oía las alegres risotadas de las conversaciones alternando con el choque del cristal y de la porcelana. De día, al divagar triste y solo por aquellas tierras que tanto amara y que ya no le reconocían como amo, veía en lontananza los caballos, las carrozas, las jaurías y los picadores cruzando la llanura é internándose en los bosques, al són de las trompas. Durante la noche, interrumpido á menudo su sueño, incorporábase en la cama para escuchar el tumulto del baile. Por lo demás, de nada carecía. Su mesa estaba servida abundantemente. Una vez por semana, el marqués enviaba á informarse de su salud; y cuando la señora de Vaubert le encontraba en su camino, le saludaba con encantador y amistoso ademán.

Al cabo de un año, ya nadie se ocupaba de Stamply, como si no existiese, ó nunca hubiese existido. Á la animación que reinó un momento á su alrededor, habían seguido el silencio y el olvido. Ni siquiera se acordaban de que hubiese poseído aquel castillo, aquel parque y aquellos terrenos. Después de haberlo acogido, acariciado y festejado como á un

perro fiel, el mundo había acabado por tratarle como á un perro lleno de barro. Ni aun gozaba el infeliz de aquella consideración que había sido el ensueño de su vida toda. Se creía ó se fingía creer que, al llamar á sus dominios á los señores de La Seiglière, no había hecho más que ceder al clamor de la opinión. Se atribuía el acto de su generosidad á una probidad forzada, demasiado tardía para que se la hubiese de agradecer. Finalmente, sus antiguos colonos, engreídos de haber vuelto á ser la casa de un gran señor, vengábanse, con insolente desprecio, de haber vivido bajo el gobierno paternal de un campesino de su especie.

Todo ello se había efectuado gradualmente, sin brusquedad, sin sacudida, sin cálculo casi: curso natural de las cosas de este mundo. El mismo Stamply tardó largo tiempo en comprender lo que á su alrededor pasaba. Cuando, por fin, sus ojos se abrieron y logró ver claro su destino, no se quejó; á su lado veía un ángel, que le contemplaba sonriente.

La señorita de La Seiglière había heredado de su madre, á quien no había conocido, y de la pobreza en cuyo seno creció, un carácter taciturno, pensador espíritu, y severo corazón. Por un contraste asaz común en las familias, se había desarrollado en sentido inverso de los ejemplos que recibiera, sin parecerse á su padre, á quien, por lo demás, amaba con pasión y el cual la correspondía en igual grado, sólo que, el amor de Elena tenía algo de protector y de adorablemente maternal, en tanto que el del marqués se resentía de todas las puerilidades de la juvenil edad.

Educada en la soledad, la señorita de La Seiglière era una niña formal. Su madre, con la sangre pura de sus abuelos, le había transmitido esa regia belleza que como los lirios y los cisnes, se complace en el fondo de los parques solitarios. Alta, delgada, esbelta, un tanto delicada, poseía la gracia ondeante y flexible de un tallo en flor mecido por el viento. Eran sus cabellos rubios como el oro de las mieses, y, por un raro privilegio, sus ojos brillaban, bajo sus negras cejas, como dos estrellas de ébano, sobre su rostro alabastro, cuya expresión realzaban sin alterar su placidez angelical. De andar lento, de triste y dulce mirada, tranquila, serena y sonriente, hubiérala podido tomar un poeta por uno de aquellos ángeles pensativos encargados de recoger y de llevar al cielo los suspiros de la tierra, ó bien por una blanca aparición de las que se deslizan á la orilla de los lagos, en la argentada bruma de las noches. Sabiendo de la vida y del mundo únicamente lo que su padre le enseñara, había asistido sin placer al rudo cambio que en su existencia se operó. Para ella la patria era el rincón de tierra donde había nacido y donde su madre murió. Esa Francia, que no conocía sino por las desgracias de su familia y por las narraciones de la emigración, nunca la había atraído; tampoco le sonreía más la opulencia. Lejos de aspirar, como Raul, en las conversaciones del marqués, el orgullo y el espíritu de su raza, se había asimilado, desde sus primeros años, el amor á la humilde condición en que el destino la hizo nacer. Sus sueños y ambiciones nunca

habían ido más allá del jardinito que ella misma cultivaba; nunca el marqués había logrado despertar en aquel tierno pecho un deseo, como tampoco un pesar. Sonreía con dulzura á cuánto el marqués le decía; si por acaso éste hablaba con demasiada amargura de los perdidos bienes, le llevaba á su jardín, le enseñaba las flores de los arriates y le preguntaba si las de Francia eran más frescas y más bellas. Así, pues, el día de la partida, devoró en silencio su llanto; la verdad es que aquel día comenzaba para ella el destierro. Al pisar el suelo de Francia, ese suelo revuelto que nunca había entrevisto sino como borrascoso mar, á duras penas pudo sofocar un sentimiento de tristeza y de espanto. Al penetrar en el hogar hereditario, sintió que se le oprimía el corazón y sus ojos se bañaron en lágrimas que no eran lágrimas de ventura. No obstante, desvanecidas sus primeras impresiones, la señorita de La Seiglière se había aclimatado sin esfuerzo en su nueva posición. Hay naturalezas selectas á quienes la fortuna jamás sorprende y que, sobrelevando con igual facilidad los más contrarios destinos, se encuentran siempre, sin pensarlo, en el nivel de sus prosperidades. Á la vez que conservaba su gracia y su sencillez nativas, encuadraba tan naturalmente esa joven y bella figura en el lujo de sus antepasados, y parecía asombrarse tan poco de verse en él, que nadie, al observarla, hubiera podido suponer que había nacido en otra cuna, ni que había crecido en otra atmósfera.

Continuó amando á Raul, como en lo pasado, con fraternal ternura, sin sospechar que existiese un sen-

timiento más profundo ó más exaltado del que le inspiraba aquel joven. Del amor, nada sabía; los pocos libros que había leído eran menos á propósito para despertar que para adormecer una tierna imaginación. Los personajes que las narraciones de su padre le habían presentado en todo tiempo como tipos de distinción, de gracia y de elegancia, parecíanse todos, más ó menos, al señor de Vaubert quien, completamente nulo y por otra parte distinguido, en nada desmerecía de las ideas que Elena podía formarse de un esposo. Ella y él habían jugado de niños, en el mismo umbral y crecido bajo el mismo techo. La señora de La Seiglière había mecido la infancia de Raul; la señora de Vaubert había servido de madre á Elena. Los dos eran hermosos y los dos se encontraban en lo florido de la edad. La perspectiva de verse enlazados un día nada tenía en sí que con razón pudiese azorar á ninguno de los dos. Se amaban con aquel afecto acompasado, bastante común entre amantes desposados antes de edad y antes del amor. El matrimonio es una meta que conviene alcanzar, pero que debemos guardarnos de mirar de muy lejos sopeña de suprimir todos los atractivos de la ruta.

Extraña á todos los actos, como también á todos los intereses de la vida positiva; de corazón recto, aunque no poseyendo sobre las cosas más que nociones confusas, falsas ó incompletas; imbuída, desde su más tierna edad, en la idea de que su familia había sido despojada por uno de sus colonos, creía Elena de buena fe que Stamply no había hecho más que devolver los bienes á sus señores; pero, aun cuando pensa-

ra que nada debía á su generosidad, comenzó, desde los primeros días, á sonreír á aquel buen anciano que no se cansaba de considerarla con un sentimiento de respeto y de adoración, cual si hubiese comprendido ya, que de cuantas afecciones le rodeaban, la de la hermosa niña era la única verdadera, ingenua y sincera.

En efecto, Elena realizó, sin sospecharlo, todas las promesas de la señora de Vaubert, y sin saberlo, canceló todas las deudas del marqués. Á medida que los demás se alejaban de Stamply, sentíase la joven más atraída hacia él. Aislada, por su parte, en medio del tumulto y de la muchedumbre, muy en breve hubieron de establecerse misteriosas simpatías entre estas dos almas, una de las cuales era rechazada por el mundo, y la otra le rechazaba á él. La amable joven vino á ser, por decirlo así, la Antígona de este nuevo Edipo, la Cordelia de este nuevo rey Lear. Endulzó su tedio y pobló su aislamiento. Fué como una perla en el fondo de su copa amarga, como una estrella en su sombría noche, como una flor en sus marchitas ramas. Lo más raro fué que no habiendo cedido al principio más que á un sentimiento de adorable compasión, acabó por encontrar al lado de este viejo compañero más alimento para su corazón y para su espíritu que en la sociedad sonora y hueca, brillante y frívola, en cuyo seno se deslizaban sus días.

¡Cosa extraña, en efecto! El pobre viejo fué quien imprimió el primer movimiento, quien infundió el primer despertar á aquella joven inteligencia.

Por las mañanas, cuando todo dormía en el castillo;

por las tardes, cuando las luces se encendían para la fiesta, escapábase Elena con él, ora al parque, ora á la campiña. En las largas conversaciones que mantenían, Stamply narraba los grandes hechos que la República y el Imperio habían realizado: Elena escuchaba, con asombro y curiosidad, estos cándidos relatos que en nada semejaban á lo que hasta entonces había oído. Á veces Stamply le daba á leer las cartas de Bernardo, único tesoro que conservaba. Al leerlas Elena se exaltaba como joven corcel que despierta al són de los clarines. Otras veces, le hablaba de su madre, de la hermosa y adorada marquesa, cuyo vivo recuerdo guardaba en el corazón. Sencillo era su lenguaje, y al escucharle, anegábanse en llanto los ojos de Elena. Después, le hablaba de Bernardo, porque siempre debía recaer la conversación en aquel sér malogrado. Explicaba su infancia turbulenta, su juventud impetuosa y su heróico fin. Las almas de paloma aman los corazones de león; Elena se sentía venturosa al oír estos relatos, y hablaba del pobre Bernardo como de un amigo que ya no existe. Así andaban, conversando uno y otra; y lo que demuestra plenamente el bueno y encantador natural de Stamply es, que en aquellos frecuentes diálogos, nunca se permitía una queja contra los ingratos que lo habían abandonado, y que Elena pudo seguir creyendo que al desposeerse el anciano, no había hecho sino cumplir un acto riguroso de conciencia y de probidad. Quizá también le era grato sentirse amado por sí mismo. Sabía que la señorita de La Seiglière estaba destinada á enlazarse con Raul; no

ignoraba que el voto de sus padres les había desposado desde un principio; tenía en sus manos el hilo que habla dirigido á la señora de Vaubert; lo comprendía y lo sabía todo, al fin. Si en lo íntimo de su corazón se quejó, nada dejó entrever á su joven amiga; ocultóle, como vergonzosa úlcera, el infamante espectáculo de las ingratitudes humanas. Cuando Elena se afligía considerando la existencia retirada del buen anciano: —¡Qué queréis!—le decía con tristeza;—ni el mundo está hecho para el viejo Stamply, ni el viejo Stamply para el mundo. Ya que el señor marqués tiene la bondad de dejarme vegetar en mi rincón, me aprovecho. Siempre he sido aficionado al silencio y á la soledad; el señor marqués ha comprendido perfectamente que á mi edad no se muda de carácter... ¡Amable niña!—añadía;—mis verdaderas fiestas son vuestra presencia y vuestras sonrisas. Nunca el viejo Stamply había soñado delicias tan gratas.

En los postreros tiempos de su vida, quiso visitar por última vez la granja donde su padre había muerto, donde había nacido su hijo y donde él, al partir, había dejado la ventura. Quebrantado ya por los achaques; y encorvado desde hacía largo tiempo por las penas, encaminóse allí, solo, apoyándose en su vara de fresno. La granja estaba desierta; todos sus moradores se hallaban trabajando en el campo.

Después de haber penetrado en el rústico albergue, donde ningún cambio se había operado; después de haber reconocido el cofre de encina, la cama en forma de aparador con sus cortinas y su pabellón de sarga

verde, la imagen de la Virgen á cuyos piés, por espacio de diez años, había visto orando á su mujer noche y mañana; después de haber aspirado el grato perfume de la leche en las jarras y del pan tierno apilado en la artesa, fué á sentarse en el patio, en un banco de piedra. Era una tibia tarde de verano. En lontananza, oíanse el cantar de las segadoras, el ladrar de los perros, el mugir de las reses. El aire estaba impregnado de las emanaciones del heno. En frente de Stamply, sobre el musgo del techo, retozaba una bandada de arrulladores palomos.

—Razón tenía mi pobre mujer—exclamó el anciano apartándose de este cuadro de perdidas venturas;—funesto fué el día que salimos de nuestra granja!

Abrumado, más de tristeza, que de años, murió á los dos del regreso del marqués, sin otra asistencia que la de la señorita de La Seiglière, que le cerró los ojos. Próximo á espirar, volvióse hacia Elena y le entregó las cartas de su hijo:

—Tomadlas—dijo;—es lo único que poseía.

Y se extinguió, sin pesar, gozoso de ir á reunirse con su mujer y su Bernardito.

Su muerte no dejó más vacío que en su habitación y en el corazón de Elena. En el castillo se habló de ella por espacio de tres días.

—¡Pobre Stamply!—decía el marqués—bien mirado, era un hombre de bien!

—Muy fastidioso—suspiraba la señora de Vaubert.

—Muy mal educado—añadía Raul.

—Muy honrado—murmuraba Elena.

Á esto se redujo su oración fúnebre.



— Tomadlas -- dijo; — es lo único que poseía.



Sólo Elena pagó el tributo de lágrimas que se había ofrecido á su tumba.

Conviene añadir que el fallecimiento del viejo mendigo sublevó en el país la indignación de un partido que comenzaba á asomar en el horizonte político, como á la sazón se decía elegantemente.

Hipócrita, envidioso y sobre todo menos liberal de lo que su nombre parecía indicar, componíase este partido en provincias, de abogados charlatanes y mediocres, de burgueses importantes y groseros; hizo un héroe de Stamply difunto, después de haberle ultrajado vivo. No significaba esto que les preocupara su recuerdo, ni mucho menos; pero detestaban á la nobleza. Erigiósele un pedestal; y se le otorgaron las palmas del martirio, sin sospechar hasta qué punto las había merecido. En suma, acusaron en voz alta á la señora de Vaubert de captación, y al marqués de ingratitude; y de esta suerte, por casualidad, estas mezquinas pasiones y estos ruines odios encontraron, sin buscarla tal vez, la verdad en su camino.

Entre tanto, aproximábase la época fijada para el casamiento de Elena y Raul. Esta época, demasiado lejana todavía según el deseo de la señora de Vaubert, no la anhelaba la señorita de La Seiglière, pero tampoco la temía; veíala llegar sin impaciencia, mas también sin espanto. Por más que nos pese, hasta podemos afirmar que sentía menos tristeza que alegría. Sus conversaciones con Stamply, la lectura de las cartas de Bernardo, que más de una vez había recorrido después de la muerte de su viejo amigo, la indujeron á vagas com-

paraciones que no resultaban muy ventajosas para el baroncito; pero todo ello andaba demasiado confuso en su corazón y en su espíritu para que pensara en explicárselo. Por lo demás, su lealtad era grande y no le era posible entrever siquiera la idea de que se pudiese faltar á un compromiso adquirido, á una palabra dada. Prometida de Raul, desde el día en que comprendió el sentido y el alcance de esta palabra, la noble joven se consideraba como su esposa ante Dios. Finalmente, este matrimonio complacía al marqués.

Ocultaba Raul su nulidad bajo un fino barniz de gracia y de elegancia; no le faltaban las seducciones de su edad, ni las cualidades caballerescas de su raza; y, para decirlo todo, la señora de Vaubert, que velaba por sus intereses, no dejaba nunca, llegado el caso, de prestarle el ingenio de que carecía. Todo iba á pedir de boca y al parecer nada debía perturbar el curso de estas prosperidades, cuando sobrevino un acontecimiento imprevisto.

Celebrábanse, á la vez, en el Castillo, los días del rey, el tercer aniversario del regreso del marqués á sus dominios y los esponsales de Raul y Elena. Esta triple solemnidad había atraído á toda la nobleza de la villa y de los contornos. Al cerrar la noche, el castillo y el parque se iluminaron; se disparó un ramillete de fuegos artificiales en la meseta de la colina, y después, dió principio el baile en los salones, mientras que, al aire libre, campesinos y campesinas danzaban al són de la cornamusa.

La señora de Vaubert, que tocaba al término de sus ambiciones, no disimulaba su viva satisfacción. La

sola presencia de la señorita de La Seiglière justificaba suficientemente el orgullo y la ventura que, como doble aureola, irradiaban en la frente de Raul. En cuanto al marqués, no cabía en sí de gozo. Cada vez que se asomaba al balcón, sus vasallos hacían retemblar el aire á los gritos de *¡viva nuestro amor! ¡viva nuestro señor!* repetidos mil veces con un entusiasmo que tenía su origen en el corazón de estas buenas gentes y en las bodegas del castillo. Stamply había fallecido desde hacía algunos meses. ¿Quién se acordaba de él? Nadie á no ser Elena, que le había amado tiernamente y que conservaba piadosamente su recuerdo.

Aquella noche la señorita de La Seiglière estaba distraída, pensativa, preocupada. ¿Por qué? Ni siquiera podría decirlo ella misma, Amaba á su novio; cuando menos, creía amarle. Hallábase dotada de gracia y hermosura, amor y juventud, nobleza y fortuna; á su alrededor todo eran tiernas miradas y frescas sonrisas; la vida al parecer, sólo le ofrecía caricias y encantos. ¿Porqué, pues, aquella opresión del pecho juvenil, aquel velo de tristeza en los bellos ojos? Naturaleza nerviosa y delicada, ¿se estremecía tal vez al presentir su destino, como las flores al acercarse la tempestad?

Aquella misma noche un jinete, en quien nadie pensaba, seguía la orilla derecha del Clain. Llegado á Poitiers una hora antes, sólo había permanecido allí, el tiempo indispensable para ensillar su caballo, partiendo inmediatamente á galope. La noche era oscura, sin luna y sin estrellas. Al desembocar de un sendero,

desde donde se descubría el castillo de La Seiglière, cuya fachada iluminada destacábase en brillantes chispas sobre el sombrío fondo del cielo, paró de repente su corcel, tirando fuertemente de las riendas. En aquel momento, una manga de cohetes surcó el horizonte, se extendió en las nubes y cayó trocada en lluvia de oro, de amatistas y de esmeraldas, sobre los señores y las cúpulas del castillo. Cual viajero indeciso que no reconoce ya su camino, paseó el jinete en torno suyo una mirada inquieta; después, seguro de que no se equivocaba, aflojó la brida y continuó su marcha.

Apeóse á la puerta del parque y dejando su cabalgadura en la verja, entró, precisamente, en el momento en que la muchedumbre campestre, en un paroxismo de entusiasmo y de amor, mezclaba el grito de *¡viva el rey!* con el de *¡viva el marqués!*

Todas las ventanas estaban encuadradas de follaje y ornadas con transparentes; el más notable, obra maestra de un artista de la comarca, ofrecía á los extasiados ojos la augusta efigie de Luís XVIII, sobre la cual dos divinidades alegóricas cruzaban sendas ramas de olivo.

Al pié del vestíbulo, la banda de un regimiento acantonado en Poitiers, ejecutaba, soplando con todos sus pulmones, la marcha nacional: *Viva Enrique IV.*

Dudando si estaría dormido ó despierto, observándolo todo sin comprender nada, ardiendo en deseos de saber, temiendo interrogar, el extranjero se deslizó entre la multitud sin que nadie notara su presencia.

Después de haber divagado largo rato, como una sombra, en torno de los grupos, hallábase junto á una

de las mesas que se habían dispuesto en las alamedas, cuando oyó algunas palabras que llamaron su atención. Sentándose en el extremo de un banco, no lejos de dos ancianos del país quienes, al par que saboreaban el vino del castillo, departían en tono chocarrero sobre el regreso de los señores de La Seiglière y la muerte del viejo Stamply, apoyóse de codos en la mesa y descansando la frente en ambas manos, permaneció largo tiempo inmóvil.

Cuando se alejó, el parque estaba desierto, el castillo, mudo, las últimas luces acababan de extinguirse y el canto de los gallos anunciaba la aurora.





CAPÍTULO V

Dos días después, junto á una ventana abierta, y ante un precioso velador de porcelana de viejo Sèvres, cargado de vajilla de cristal y plata, y de los restos de un almuerzo selecto, el señor de La Seiglière, más bien tendido que sentado en un sillón de respaldo móvil y de asiento elástico, saboreaba, en traje de mañana, ese estado de bienestar y de beatitud que proporcionan una salud robusta, la acrecida fortuna, un buen carácter y una fácil digestión. Habíase levantado de muy buen humor, y ágil como en sus mejores tiempos. Envuelto en una bata de grandes ramajes, recién afei-

tado, ojos vivos, labios todavía sonrosados y sonrientes, limpiísima la pechera, pierna aristocrática, jarrete abultado, mano blanca y regordeta, medio oculta bajo una manga de encajes y dando vueltas á una tabaquera de oro exornada con un retrato de mujer, que no era el de la marquesa, y el conjunto exhalando un suave perfume de lirio de Florencia y de polvos á *la marechale*, estaba allí, sin pensar en nada, aspirando con delicia el acre olor de sus bosques, cuyas copas comenzaba á enmohecer el otoño, y contemplando con distraída mirada á sus caballos cubiertos de gualdrapas que volvían de paseo, cuando percibió en el puente del Clain á la señora de Vaubert, que caminaba en dirección al castillo.

Levantóse, tendió el jarrete, se escudriñó de piés á cabeza, sacudió con la punta de los dedos el polvillo de tabaco desparramado sobre su chorrera de punto de Inglaterra, y, asomándose á la ventana, vió llegar á la amable visitante.

El hombre menos dotado de espíritu observador hubiera reconocido en la salida matinal de la señora de Vaubert, y más aún en su desenvoltura, el indicio de un corazón violentamente agitado; pero el marqués no paró en ello mientes.

Al entrar la baronesa, le besó galante la mano, sin notar siquiera la alteración de sus rasgos y la palidez de su rostro.

—Señora baronesa—le dijo—cada día estáis más joven y más encantadora. Siguiendo así, dentro de algunos meses tendréis veinte años.

—Marqués—replicó la señora de Vaubert con voz breve—no se trata de eso. Hablemos formalmente, que el asunto vale la pena. Marqués ¡todo está perdido! ¡todo, sí! ¡un rayo ha caído sobre nuestras cabezas!

—¡Un rayo!—exclamó el marqués señalando al cielo, que brillaba con el más vivo azul.

—Sí—dijo la señora de Vaubert;—suponed que el rayo, estallando en ese cielo sin nubes, reduzca á cenizas vuestro castillo, incendie vuestras granjas y consuma vuestras cosechas y no supondríais nada más inverosímil que el golpe que acaba de herirnos. Después de haberos salvado de la tempestad, estáis amenazado de zozobrar en el puerto.

El señor de La Seiglière palideció. Y cuando los dos se hubieron sentado :

—¿ Creéis en aparecidos ?—preguntó con la mayor sangre fría la baronesa.

—¡ Cómo ! ¡ señora !...—dijo el marqués.

—Es que, si no creéis en ellos, hacéis mal—prosiguió la señora de Vaubert.—El hijo de Stamply, ese Bernardo de quien su padre nos llenó tantas veces los oídos, ese héroe muerto y enterrado seis años há bajo las nieves de Rusia...

—¿ Y bien ?—preguntó el señor de La Seiglière.

—Pues bien—repuso la baronesa—ayer le han visto por acá, en carne y huesos, le han visto, lo que se llama visto, y le han hablado, y es él, es Bernardo, Bernardo Stamply, el hijo de vuestro antiguo arrendador ; existe ; vive ; el bribón no ha muerto.

—¿ Y á mí qué me importa ?—dijo el marqués con

acento desenvuelto y ese aire á la vez sorprendido y encantado del hombre que aprestándose á recibir un aereolito sobre la cabeza, recibe en la punta de la nariz una pluma desprendida del ala de un pavo.

—¿Cómo? ¿que no os importa?—exclamó la señora de Vaubert.—El hijo de Stamply no ha muerto, ha regresado á estas tierras, se ha comprobado su identidad ¿y decís que nada os importa?

—Sin duda alguna—respondió el señor de La Seiglière con no fingido asombro.—Si ese muchacho tiene motivos para amar la vida, mejor para él que no se halle enterrado. Deseo verle: ¿por qué no se ha presentado aún?

—Tened paciencia—dijo la baronesa;—ya se presentará.

—¡Que venga!—exclamó el marqués.—Le recibiremos con satisfacción; cuidaremos de él, y si es menester, le dotaremos. No he echado en olvido el delicado proceder del padre. El viejo Stamply cumplió su deber; á mi vez, cumpliré el mío. Justo es que el chico participe de la fortuna que me devolvió su papá. No soy ingrato; no se dirá que un La Seiglière dejó sin amparo al hijo de un sirviente fiel. Que me traigan á Bernardo; si vacila, que lo tranquilicen; se le otorgará lo que pida.

—¿Y si lo pide todo?—dijo la baronesa.

Á estas palabras, estremeciòse el marqués y se volvió hacia ella con aire azorado.

—¿Habéis leído un libro que se llama el *Código*?—continuó con la mayor tranquilidad la señora de Vaubert.

—Nunca—respondió el marqués con orgullo.

—Esta mañana lo he recorrido por vuestra cuenta. Ayer, me hallaba tan atrasada como vos; y por vos me he convertido en pasante de escribano. Es un libro de estilo bastante seco, muy apreciado cuando consagra nuestros derechos, pero muy aborrecido cuando contraría nuestras pretensiones. Sin ir más lejos, dudo mucho que os plazca el capítulo de las donaciones entre vivos. Leedlo, sin embargo; lo recomiendo á vuestras meditaciones.

—Señora baronesa—exclamó el señor de La Seiglière levantandose con un ligero movimiento de impaciencia—¿me diréis qué significa todo eso?

—Señor marqués—respondió la señora de Vaubert levantándose á su vez con la gravedad de un doctor—esto significa que toda donación á título gratuito, es revocada de pleno derecho por causa de supervivencia de hijo legítimo, aunque fuere póstumo, del donador; esto significa que Juan Stamply, en vida de su hijo, no había podido disponer en favor vuestro sino de la mitad de sus bienes, y que no habiendo dispuesto de la totalidad sino en la hipótesis de que su hijo había fallecido, estas disposiciones son nulas; finalmente, esto significa que Bernardo os citará á restitución de títulos y que uno de estos días, armado con una sentencia en toda forma, ese muchacho, á quien queríais dotar, os intimará que os marchéis y os pondrá muy lindamente á la puerta. ¿Comprendéis, ahora?

Aterrado quedó el señor de La Seiglière; mas, tan

supina era su adorable ignorancia de las cosas de la vida, que pasó del asombro y del estupor á la exasperación y á la rebelión.

—¡Maldito el caso que hago de vuestro Código y de vuestras donaciones entre vivos!—gritó con el arrebatado de un niño testarudo.—¿Entiendo yo algo de eso? ¿Tiene qué ver conmigo, por ventura? Lo que yo sé es que estoy en mi casa. Y además ¿qué estáis hablando de donación? Me restituyen lo que me robaron, me devuelven los bienes que me han tomado, y á eso se le llama donación! Bonita palabra. ¡Un La Seiglière aceptar una donación! Chistoso lance. ¡Como si los La Seiglière hubiesen jamás aceptado algo de otra mano que de la mano de Dios! ¡Pardiez! Estoy en mi casa, dichoso y tranquilo; y porque á un haragán que creían muerto se le antoja vivir, habría de entregarle yo la fortuna que su señor padre me había robado! ¡Así lo dispone el Código! ¡Pero si son unos caníbales los que han redactado vuestro Código, que se llama civil, y no es más que impertinente! ¡Un Código de usurpador que consagra, de padre en hijo, la rapiña y el latrocinio! En una palabra ¡el Código Napoleón! En él reconozco al señor de Buonaparte. ¡Pensó en su lobezno; es obra de un buen padre y de un lobo previsor!

Largo rato habló en este sentido, sin coherencia, sin ilación, recorriendo la estancia á grandes pasos, golpeando el suelo con el pié, embozándose de una manera tragi-cómica con la punta de su bata y repitiendo á cada momento con voz sofocada por la cólera: ¡una donación! ¡una donación!

Trabajo le costó á la señora de Vaubert apaciguarle, y hacerle comprender lo que había ocurrido un cuarto de siglo antes y lo que ocurría á la sazón. Hasta entonces, había respetado sus ilusiones; pero esta vez la gravedad de la situación no permitía mas contemplaciones. Arrancóle brutalmente la venda que le cubría los ojos; y en vano el pobre marqués se resistió, forcejó, y como un ciego vuelto de repente á la luz, cerró los doloridos párpados; la señora de Vaubert lo domó y, obligándole á mirar de frente el sol de la evidencia, le inundaba por todos lados de implacable claridad.

Al ver los aturdimientos del señor de La Seiglière oyendo el imparcial resumen de la historia de los últimos tiempos, hubiérase creído que después de dormirse á orillas del Clain, se despertaba en China, entre un grupo de figuras de bronce y disfrazado de mandarín.

Restablecidos los hechos y netamente diseñado lo pasado:

—Ahora—añadió la señora de Vaubert con firmeza —trátase de resolver la cuestión del porvenir. Peligroso es el caso; mas no hay paso tan malo del que no se consiga salir, con un poco de maña y un mucho de sangre fría. Veamos, marqués; no cabe duda de que ese Bernardo va á presentarse de un momento á otro, no como solicitante, según esperabais en un principio, sino como dueño, erguida la frente y alta la voz. No faltan personas que le habrán instruído de sus derechos y que si es menester, le proporcionarán los me-

dios de sostenerlos. Suponed que llega: ¿cómo lo recibiréis ?

—¡ Que se vaya con todos los diablos!—exclamó el marqués estallando como una bomba cuya mecha parecía apagada.

—Sin embargo, si se presenta...

—Si tal osara, señora baronesa, me acordaré de que no es gentil-hombre, y más afortunado que Luís XIV, no tendré que tirar mi bastón por la ventana.

—Estáis loco, marqués.

—Y si es preciso pleitear, pleitearemos !

—Marqués, sois un chiquillo.

—El rey estará de mi parte.

—De su parte estará la ley.

—Gastaré en costas mi último campo, antes de dejarle en pié un tallo de yerba.

—Vos no pleitearéis, marqués. ¡Pleitear! ¿sabéis lo que habéis dicho ? ¡mezclar vuestro nombre en escandalosos debates! ¡habéros las con la justicia! ¡y todo ello para llegar á conclusiones previstas, infalibles, inevitables! Tenemos algunos enemigos; vos no les daréis esa alegría.... y un blasón: ¡y no vais á hacerle esa injuria !

—Pero ¡por Dios! señora baronesa ¿qué hacer? ¿qué decidir? ¿qué partido tomar?—exclamó el marqués acorralado.

—Voy á describirlo—replicó la señora de Vaubert con resolución.—¿Recordáis la historia del caracol que se introdujo atolondradamente en un panal? Las abejas le empastaron con miel y cera, y así encarcelado dentro

de la concha, empujaron al inmundo huésped fuera de su hogar. Así hemos de obrar, marqués. Ese tal Bernardo es, sin duda, un rústico, como lo era su padre; y á las gracias de su origen debe reunir la brutalidad del soldado y el arrebató del joven. Untémosle de cera y de miel; empastémosle de piés á cabeza. Si le irritáis, todo está perdido; contemplémosle; veámosle venir. Llegará aquí como bala de cañón que espera rebotar contra un muro de bronce ó de granito; hagamos que se hunda y se amortigue en una bala de algodón. No choquéis con él; guardaos, sobre todo, de discutir vuestros derechos ó los suyos. Desconfiad de vuestra sangre; ¡sois muy joven todavía! Lejos de contrariar sus opiniones, aduladlas; humillad, si es necesario, la victoria ante la derrota. Lo esencial, desde luégo, es inducirle suavemente á que se instale en el castillo como huésped. Logrado esto, ganáis tiempo, y el tiempo ó yo haremos lo restante.

—¿Qué es eso, señora baronesa? qué papel vamos á representar aquí?—preguntó con orgullo el viejo gentil-hombre.

—¡Un gran papel, señor marqués, un gran papel!—respondió la señora de Vaubert con más orgullo aún. Vamos á combatir en pró de nuestros principios, de nuestras aras y de nuestros hogares; vamos á luchar en pró del derecho contra la usurpación, vamos á defender la legitimidad contra las exacciones de una legalidad odiosa y tiránica; vamos á disputar nuestros últimos baluartes á las invasiones de una burguesía baja y envidiosa que nos aborrece y anhela nuestra

ruina. Si estuviésemos en los bellos tiempos de la caballería, os diría que montaseis á caballo, que entraseis en liza y que combatiéseis con armas corteses; ó bien, encerrados en vuestro castillo, como en un fuerte, vos, nosotros, nuestras gentes y nuestros vasallos, antes que salir vivos de aquí, nos haríamos matar en la brecha. Desgraciadamente, hace tiempo ya que los abogados reemplazaron á los campeones, y los alguaciles á los heraldos de armas. Y pues vivimos en una época en que se han sustituido, más que nunca, el palacio de justicia al campo cerrado, las sutilezas de la ley á las inspiraciones del valor, menester les será á los más nobles y á los más valientes emplear la astucia á guisa de espada y el ingenio á falta de lanza. Por lo demás ¿qué queremos? No se trata de reducir á ese muchacho á la mendicidad. Seréis generoso, haréis las cosas como deben hacerse; pero, en buena conciencia, un pobre diablo que acaba de pasar seis años en las nieves ¿necesita, para encontrarse muellemente acostado, tenderse á la larga sobre un millón de propiedades? Ahora, querido marqués, si todavía tenéis escrúpulos, no os detengáis; los casos de conciencia son dignos de respeto. Idos á encontrar al señor Bernardo y traspasadle vuestros dominios. Y de paso ¿por qué no añadiríais á ese regalillo vuestros pergaminos y vuestros blasones? Esta mañana he visto á Elena, hermosa, radiante, venturosa; á su regreso, sabrá que está arruinada completamente y que sólo le resta el humilde castillejo de Vaubert. Allí os vendréis á vivir modestamente, como vivíamos en el destierro. En vez

de unirse en la opulencia, nuestros hijos se casarán en la pobreza. Serviremos de fábula al país. Más adelante, tendremos por nietos unos hidalgüeños pelones, y venderemos nuestras nietas á la vanidad de algunos palurdos enriquecidos. Esta perspectiva nada tiene de alarmante; y eso sin contar la satisfacci3n de poseer constantemente á nuestra vista el castillo de La Seiglière, las umbrías de este hermoso parque y al señor Bernardo cazando, y dándose la gran vida en vuestras tierras.

—¿Sabéis; baronesa—exclamó el señor de La Seiglière—que tenéis el genio de una Médicis?

—¡Ingrato! lo que tengo es el genio del corazón—respondió la señora de Vaubert sonriendo.—¿Qué pido yo? ¿qué quiero? La felicidad de los seres que más estimo. Nada ambiciono para mí. ¿Imagináis que, por lo que hace á mí, me asusta la idea de vivir con vosotros, en familia, en mi pequeño hogar? ¡Bah! estoy avezada desde há largo tiempo á la pobreza; mi hijo Raul nunca soñó la fortuna. ¡Pero vos, vuestra hermosa Elena, los hijos que nazcan de su encantador enlace, eso, marqués, eso es lo que me asusta!

En estas estaban, cuando un lacayo vino á anunciar que un desconocido, que no quería dar su nombre, solicitaba hablar al señor marqués.

—Aquí le tenemos—dijo la baronesa.

—Que pase adelante—ordenó el marqués.

—No olvidéis—se apresuró á añadir la señora de Vaubert—que todo el éxito de la empresa depende de esta primera entrevista.

El pavimento de la antesala resonó al chocar de un tacón brusco, firme y sonoro, y á los dos segundos, el personaje que acababan de anunciar, entró militarmente, calzando botas con espuelas, y en la mano el sombrero y el látigo.

Aun cuando evidentemente ajado por la fatiga y el sufrimiento, era un hombre que representaba treinta años á lo más.

Descubierta la frente, ya sombreada por precoces arrugas, enflaquecidas las mejillas, hundidos los ojos en las órbitas, delgado y pálido el labio, al que daba sombra un bigote poblado y castaño, de aire franco y resuelto y actitud orgullosa y algo altanera, tenía una de esas fisonomías que pasan por feas á los ojos del mundo; pero que los artistas, en general, tienen la debilidad de encontrar bellas. Una levita azul, abotonada hasta el cuello, ceñía su talle esbelto, recto y flexible.

Apenas hubo entrado en el salón, que al parecer reconoció, dulcificóse su mirada y su corazón dió un vuelco; repuesto, empero, en seguida, de una emoción involuntaria, inclinóse ligeramente á algunos pasos de la baronesa, y luégo, interpelando al marqués:

—¿Es al señor de La Seiglière á quien tengo la honra de hablar?—preguntó con glacial urbanidad y una voz que aún se resentía del hábito del mando.

—Sí señor. Y á mi vez ¿podré saber?...

—Luégo, señor marqués—replicó friamente el joven.—Si como supongo la señora á quien tengo el honor de dirigirme es la señora de Vaubert, le suplico que

permanezca aquí, pues no se halla de sobras entre nosotros.

Brilló un relámpago de alegría en los ojos de la baronesa, completamente segura del buen éxito de una batalla cuyo plan había trazado y que así podría dirigir. Por su parte el señor de La Seiglière sintióse más á sus anchas, comprendiendo que iba á maniobrar bajo las órdenes de un capitán tan distinguido.

— Dignaos tomar asiento, caballero—dijo sentándose á su vez casi enfrente de la baronesa.

Tomó el joven el sillón que le indicaba el marqués y se instaló en él sin cumplido; después, reinó entre los tres personajes un momento de ese silencio solemne que precede á los ataques decisivos, cuando dos ejércitos se encuentran uno en presencia de otro. El marqués abrió su tabaquera de oro, introdujo en ella el pulgar y el índice y se rellenó la nariz con un polvo de rapé de España, lentamente y á pequeñas aspiraciones, con una gracia especialísima, desconocida en nuestros días.

— Os escucho, caballero—dijo.

Transcurridos unos cuantos segundos de recogimiento, el extranjero apoyó el codo en uno de los brazos del sillón que ocupaba, junto al anciano gentil-hombre.

— Señor marqués—dijo elevando la voz con autoridad—hace cosa de treinta años que iban á realizarse grandes acontecimientos. Francia esperaba. Una nueva aurora doraba el horizonte. Un nuevo mundo se apresuraba á surgir. Circulaban por los espacios sombríos

rumores, llenando á las almas de alegría ó de espanto, de esperanza ó de estupor. Al parecer, vos no perteneciais al número de los que *entonces* á la sazón esperaban y se regocijaban, pues fuísteis uno de los primeros que abandonaron la patria amenazada, huyendo al extranjero. La patria os llamó, era su deber; fuísteis sordo á su llamamiento; era, sin duda, vuestro gusto; la patria confiscó vuestros bienes, era su derecho..

Á estas palabras, el marqués, olvidando ya el papel que había aceptado tácitamente, dió un salto en su asiento como gamo herido; una mirada de la baronesa le contuvo.

— Esos bienes, que eran ya propiedad de la nación, propiedad legal y legítima, los compró uno de vuestros arrendadores al precio de sus sudores; y cuando hubo trabajado lo indecible; cuando, al cabo de veinticinco años de fatigas y labores hubo recogido, por decirlo así, girón por girón el dominio de vuestros antepasados, mientras vos, cruzado de brazos, estabais ocupado allá sin hacer nada, á no ser votos hostiles á la gloria y á la grandeza de Francia, se despojó de él como de una capa, y lo colocó sobre vuestros hombros.

— ¡Pardiez, caballero!...—exclamó el marqués, sin contenerse ya.

Una segunda mirada de la baronesa le paralizó, dejándole clavado en el sitio.

— ¿Por qué arte mágica ese hombre, que nada os debía y que no os amaba, se vió llevado á tal rasgo de generosidad, de amor y de entusiasmo? ¿cómo se de-

cidio á resignar en vuestras manos esa santa propiedad del trabajo, la única que Dios reconoce y bendice? Tal vez podríais explicármelo vos. Lo que yo, por mi parte, puedo afirmaros es que, en vida de su hijo, ese hombre ni siquiera se preocupaba de saber si existíais. Lo cierto es que falleció, sin haberse reservado ni un mal rincón de tierra para su último sueño, dejándoos tranquilo poseedor de una fortuna que no os había costado más trabajo que el de abrir las manos para recibirla.

Iba el marqués á replicar, cuando la baronesa le cortó, ó mejor dicho, le apuntó la palabra.

— Ya que me habéis permitido que asista á esta conversación—dijo con su más dulce voz y en tono de exquisita urbanidad—permitidme, caballero, que tome parte en ella. No intentaré rebatir lo que algunas de vuestras frases entrañan de cruel y ofensivo para nosotros. Sois joven todavía; esa nueva aurora de que habláis, si la hubiéseis visto despuntar, sabríais, como nosotros, que fué una aurora de sangre. En cuanto al reproche que nos hacéis porque desertamos del suelo francés y permanecemos sordos al llamamiento de la patria, permitid que me sonría. Si viniesen á deciros que este castillo amenaza ruina, si este pavimento temblase bajo vuestros piés, y este techo, próximo á hundirse, crujiese sobre nuestras cabezas ¿continuaríais tranquilamente sentado en ese sillón? Si el verdugo, con el hacha al hombro, os llamase con melosa voz ¿os apresuraríais á acudir? Nos acusáis de haber formado en el fondo del destierro, votos hostiles á la glo-

ria y á la grandeza del país. Estáis en un error, caballero. Esta es la primera vez que nos vemos; ignoramos quién sois y qué interés os trae; comprendemos, eso sí, que no nos sois muy amigo, y la nobleza que respira vuestra persona nos impone la ley de procurarnos conquistar vuestra estimación, á falta de vuestras simpatías. Tened por cierto que, en esas filas de la emigración, tal vez demasiado calumniadas, había corazones generosos, que continuaban siendo franceses en el suelo extranjero. En vano la patria nos había alejado de su seno; en el nuestro llevábamos la patria. ¡Preguntad al marqués si nuestros votos no la han seguido, á esta patria ingrata y querida, en todas sus campañas y en todos sus campos de batalla! ¡Que os diga si ha habido alguno de sus triunfos que no despertara orgullosos ecos en nuestras almas! Roerwi no excluye á Austerlitz; Bouvines y Marengo son hermanas. No es la misma bandera; pero es siempre Francia victoriosa.

—Muy bien, muy bien—dijo el marqués abriendo su caja de rapé.

Y llevando á la nariz un soberbio polvo:

—Decididamente—añadió para sí—la baronesa es el mismísimo diablo.

—Y ahora—repuso la señora de Vaubert—zanjada esta cuentecita, si sólo habéis venido para recordarnos lo que aquí se debe á la memoria del mejor de los hombres, si á esto únicamente se reduce vuestra misión, añadiré, caballero, que sin la menor duda, es una noble tarea, pero que, estando saldadas nuestras deu-

das, os habéis tomado un trabajo inútil. Por último, si tenéis empeño en saber por qué arte mágica se decidió el señor Stamply á reintegrar en este dominio á una familia que desde tiempo inmemorial había colmado de bondades á sus padres, os diré que no hizo más que obedecer á los piadosos instintos de su noble alma. Vos afirmáis que, en vida de su hijo, el señor Stamply ni siquiera se cuidaba de saber si existía esta familia; por mi parte, creo que calumniáis su memoria. Si su hijo pudiese volver del otro mundo...

— ¡ Si su hijo pudiese volver del otro mundo! — exclamó el extranjero, reprimiendo un arranque de sombría cólera.— Supongamos que vuelva, efectivamente; supongamos que ese joven no haya muerto, como se ha creído, como todavía se cree; supongamos que, dejado por muerto en un campo de batalla, y recogido vivo por el ejército enemigo, se haya visto arrastrado de etapa en etapa hasta el fondo de la Siberia. Después de seis años de horrible cautiverio, sobre un suelo de nieve y bajo un cielo de hierro, libre por fin, va á ver de nuevo su patria y á su anciano padre, que ya no le espera. Parte, atraviesa á pié las desoladas llanuras, mendigando gozoso su pan en el camino, porque su término es la Francia, y ya ¡ encantador espejismo! cree percibir el techo paterno humeando en el lejano horizonte. Llega; su pobre padre murió, su herencia está invadida; no posee techo, ni hogar. ¿ Qué hace? Se informa, y no tarda en saber que se han aprovechado de su alejamiento para captarse la afección de un infeliz anciano crédulo é indefenso; por fin, se entera

de que su padre falleció más solitario y abandonado de lo que había vivido. ¿Qué hará entonces? Advertid que continuamos suponiendo. Irá á encontrar á los autores de tan bajos manejos y de tan cobardes maquinaciones, y les dirá: ¡ Soy yo, yo á quien creíais muerto, yo, el hijo del hombre á quien habéis engañado, despojado, vendido, muerto de tedio y de pena; soy yo, Bernardo Stamply! Y ¿qué responderían ellos? Eso os pregunto, señor marqués y á vos señora baronesa.

—¿Qué responderían?—exclamó el señor de La Seiglière quien, habiendo contado demasiado con sus fuerzas al aceptar el papel que le confiara la señora de Vaubert, acababa de sentir invadido el rostro por toda su sangre de patricio;—¡ preguntáis qué responderían!...—añadió con voz sofocada por el orgullo y la ira.

—Nada más sencillo—dijo la señora de Vaubert con encantadora candidez.—Le dirían: ¿ sois vos, ese joven amigo á quien tanto hemos amado sin conocerle; sois vos, á quien hemos llorado tanto como si os hubiésemos conocido? ¡ Loado sea Dios que nos devuelve el hijo para consolarnos de la pérdida del padre! Venid á vivir entre nosotros; venid á reposar de vuestras fatigas en el seno de nuestras ternuras; ocuparéis en nuestra intimidad el lugar que vuestro padre ocupó tan corto tiempo por desgracia: venid á juzgar por vos mismo de qué manera practicamos el olvido de los beneficios. Confundamos nuestros derechos; formemos una sola familia, y al ver la unión de nuestros corazones, la

calumnia queda reducida al silencio y respeta nuestra ventura. Ved aquí, caballero, lo que responderían los autores de tan bajas y cobardes traiciones. Mas decid, caballero, hablad—añadió la señora de Vaubert con emoción;—¿no comprendéis que, pensando atemorizarnos quizá, habéis despertado en nosotros casi una esperanza? Ese joven amigo á quien tanto lloramos...

—Vive—respondió el extranjero—y deseo que ese joven amigo no os cueste más lágrimas de las que el rumor de su muerte os hizo verter.

—¿Dónde está? ¿qué hace? ¿por qué no viene?—preguntó de repente la baronesa.

—En vuestra presencia está—respondió sencillamente Bernardo.

—¡Vos, caballero, vos!—exclamó la señora de Vaubert con una explosión de alegría y de sorpresa que no habría representado más al vivo si se hubiese tratado de la resurrección de Raul. En efecto—añadió fijando en él una mirada enternecida—la misma fisonomía de su padre; su mismo aire franco, leal, bondadoso... ¡Miradle, marqués, es el hijo de nuestro anciano amigo!

—Caballero—dijo á su vez el señor de La Seiglière, fascinado por la mirada de la baronesa menos aún que por el abismo abierto á sus piés, pero todavía demasiado orgulloso y demasiado gentil-hombre para rebajarse á fingir sentimientos que no experimentaba—caballero, cuando, después de veinticinco años de destierro, volví á penetrar en la casa de mis abuelos,

vuestro señor padre, que era un hombre de bien, me recibió á la puerta del parque y me dijo esta sencilla frase:—Señor marqués, estáis en vuestra casa!—No os diré yo más; en vuestra casa estáis, señor Bernardo. Miradla, pues, como vuestra; por ningún concepto toleraría que habitaseis otra. Habéis llegado con intenciones hostiles; confío, empero, que lograré induciros á mejores sentimientos. Empecemos por conocernos y tal vez acabaremos por estimarnos. Por mi parte, sería cosa fácil; si vos no lo conseguís, jamás será demasiado tarde para entrar en arreglos, y siempre me encontraréis dispuesto á concertar con vos los arreglos que os plazcan.

—Señor marqués—respondió con altivez Bernardo—ni quiero conoceros, ni quiero estimaros. Entre vos y yo nada hay de común, ni nada de común podría haber. No servimos á un mismo Dios, ni en un mismo altar. Vos aborrecéis lo que yo adoro; yo adoro lo que vos aborrecéis. Aborrezco vuestro partido, vuestra casta, vuestras opiniones, y os aborrezco á vos, personalmente. Dormiríamos muy mal bajo un mismo techo. Decís que siempre estaréis dispuesto á aceptar los arreglos que me plazcan; nada espero de vuestra bondad; nada esperéis de la mía. Sólo conozco un arreglo posible entre nosotros; el arreglo previsto por la ley. Vos no estáis aquí sino á título de donatario. No habiendo dispuesto de sus bienes el donador sino con la convicción de que su hijo había muerto, ya que estoy vivo, vos no os encontráis ya en vuestra casa, y yo, aquí, estoy en la mía.

—*That is the question*—tarareó el señor de La Seiglière, resumiendo en tres palabras todo lo que sabía de Shakespeare.

—¡Ah!—exclamó la señora de Vaubert con la tristeza de una esperanza frustrada ;—¡ vos no sois Bernardo, vos no sois el hijo de nuestro anciano amigo !

—Señora baronesa—replicó bruscamente el joven ;—soy un soldado, y nada más. Mi juventud comenzó en los campamentos, y ha acabado entre los bárbaros, en medio de las áridas estepas. Los campos de batallas y las chozas heladas del Norte, tales han sido hasta hoy los salones que he frecuentado. Nada sé del mundo, ni de sus usos ; dos días há, ni siquiera sospechaba sus rodeos y sus perfidias. Creo naturalmente, sin esfuerzo, en el honor, en la franqueza, en la abnegación, en la lealtad, en todos los grandes y nobles instintos del alma. Pues bien, á pesar de que, aun en este instante, mi corazón indignado se esfuerza en dudar que la intriga, la astucia y la doblez puedan ser llevadas tan lejos, no creo, señora, en vuestra sinceridad.

—¡ Ah, caballero !—exclamó la baronesa ;—no sois vos el primer corazón noble que ha cedido á las sugerencias de los malos y cuyas santas creencias ha atacado la calumnia ; pero, con todo, antes de decidirse por el aborrecimiento, sería preciso cerciorarnos de que no podemos, de que no debemos amar.

—Señora—dijo Bernardo para acabar—debiérais comprender que cuánta más habilidad despleguéis, tanto menos lograréis convencerme. Ahora comprendo que mi pobre padre se dejase prender por tantas

seducciones ; momentos ha habido en que me habéis dado miedo.

—Es para mí señalada honra—exclamó riendo la señora de Vaubert ;—nunca dijisteis tanto de las balas enemigas ni de las bayonetas extranjeras.

—Sí, sí—añadió el marqués ;—ya sabemos que sois un héroe.

—Ingresado en filas á los diez y ocho años—dijo la baronesa.

—Alférez de húsares á los diez y nueve—continuó el marqués.

—Jefe de escuadra, tres años después.

—Distinguido por el emperador, en Wagram.

—Condecorado por su propia mano después del suceso de Voulontine—exclamó la señora de Vaubert.

—¡ Ah ! ¡ eso sí !—añadió el marqués metiéndose resuelto las manos en los bolsillos de los calzones ;—hay que convenir en que eran unos bravos.

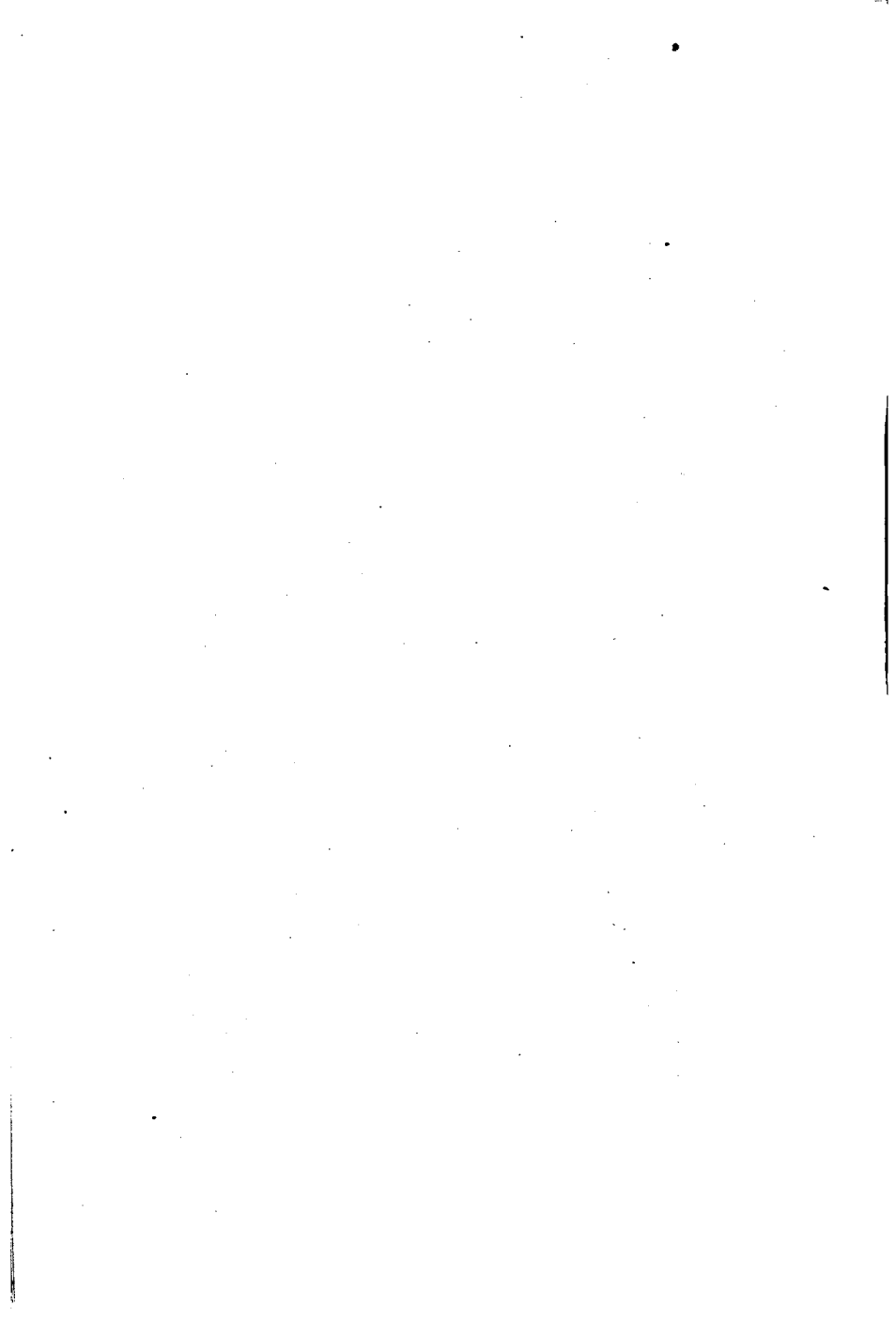
—Basta—dijo Bernardo, cortado por un momento.

—Señor marqués, os doy ocho días para que desocupéis la casa. Me atrevo á esperar, dada vuestra reputación de gentil-hombre, que no me pondréis en la dura necesidad de acudir á la intervención de la justicia.

—¡ No hay más, me agrada este mozo !—exclamó francamente el marqués, arrebatado actualmente por su amable y ligero genial, sin que le retuviese la señora de Vaubert quien, comprendiendo que iba al blanco, soltó la brida y le permitió caracolear en libertad—¡ sí, pardiez, este mozo me agrada ! Señora baronesa, os juro que es una joya. Joven, aquí os quedaréis. Nos



..... os doy ocho días para que desocupéis la casa.



aborreceremos, nos execraremos, pleitearemos, pero no nos separaremos, vive Dios! ¿Recordáis la historia de aquellas dos fragatas enemigas que se encontraron en pleno Océano? Una carecía de pólvora; la otra se la dió; y ambas, después de haberse cañoneado por espacio de dos horas, se echaron una á otra á pique. Lo mismo haremos nosotros. Llegáis de Siberia; presumo que los tártaros al dejaros partir, por temor de hacer pesados vuestros pasos y de retardar vuestra marcha, no os cargaron de rublos. Carecéis de pólvora; yo os la daré. Vamos á divertirnos, de veras. Mientras nuestros procuradores, nuestros abogados y nuestros escribanos se lanzarán mutuamente bombas y obuses, nosotros cazaremos raposas, viviremos alegres y beberemos el vino de nuestras bodegas. Yo estaré en vuestra casa, y vos en la mía. Como no hay proceso que, bien llevado, no pueda durar veinte años, espacio tendremos para conocernos y apreciarnos; tal vez lleguemos á querernos y el día en que nuestro castillo, nuestro parque, nuestros campos, nuestros prados, nuestras granjas y nuestras alquerías se hayan derretido en gastos judiciales, aquel día ¿quién sabe? nos daremos un abrazo.

—Señor marqués—respondió Bernardo, que no había podido menos de sonreirse—veo con satisfacción que tomáis las cosas jovialmente; por mi parte, permitidme que las trate más en serio. No hay rincón de esas tierras que mi padre no haya regado con sus sudores y también con sus lágrimas; no es decoroso que haga yo de tales sitios teatro de una comedia.

Dicho esto, y después de saludar con frialdad, se dirigió hacia la puerta.

El marqués hizo un gesto de desesperación resignada, y el corazón de la baronesa rugió como el de una leona que acaba de dejar escapar la presa.

No habrían expresado mayor consternación los rostros de ambos, si Bernardo se hubiese llevado el dominio de La Seiglière en los bolsillos.

Un paso más, y ya no había recurso. Iba Bernardo á abrir la puerta del salón, cuando esta puerta se abrió por sí misma, y apareció la señorita de La Seiglière.





CAPÍTULO VI

LA señorita de la Seiglière entró vestida con sencillez, pero ornada regiamente de su rubia y blanca hermosura. Sus cabellos, magníficamente recogidos detrás de su cabeza, encuadraban con matas y trenzas de oro su faz, á la que la animación de la carrera y los tibios besos del sol daban más vivo colorido. Sus negros ojos brillaban con la dulce llama, irradiación de las almas virginales, que ilumina y no quema. Un cinturón azul, de flotantes lazos, reunía y ceñía en torno de su talle los mil pliegues de una bata de muselina que envolvía por completo su elegante y

flexible cuerpo. Un borceguí de cutí verde hacía resaltar la aristocrática combadura de su menudo pié. Un ramito de flores campestres adornaba su juvenil seno. Después de haber dejado con descuido encima de un sillón su sombrero de paja de Italia, su sombrilla de moaré gris y una mata de brezo que acababa de coger en un paseo por la falda de los vecinos ribazos, corrió, esbelta y ligera, á saludar á su padre, á quien no había visto aún aquella mañana, y en seguida á la señora de Vaubert, que la besó con efusión. Sólo al cabo de algunos momentos, al desprenderse de la baronesa, advirtió Elena la presencia de un extraño. Ya sea por perplejidad, ya por curiosidad, ya por sorpresa del alma y de los sentidos, ello es que Bernardo se había detenido junto á la puerta, ante la aparición de aquella angelical criatura; y allí permanecía en pié, inmóvil, en muda contemplación, preguntándose, sin duda, desde cuándo las gacelas vivían fraternalmente con los buitres. La mirada es pronta como el rayo, y más rápido que la mirada el pensamiento. En menos de un segundo la señora de Vaubert lo vió, lo comprendió todo; iluminóse su rostro, su frente resplandeció.

—¿No recuerdas á ese caballero?—preguntó el marqués á su hija.

Después de examinar á Bernardo con inquieta y curiosa mirada, Elena contestó que nó con gentil ademán.

—Y sin embargo es amigo tuyo—añadió el anciano gentil-hombre.

Á un gesto de su padre, entre turbada y sonriente, adelantóse Elena hacia Bernardo. Cuando este hombre, que hasta entonces no había tenido revelación alguna de la gracia y de la hermosura y cuya juventud, como decía él mismo, había transcurrido en los campos de batalla y entre los bárbaros, vió que se le acercaba tan bella y graciosa niña, de frente cándida y con la sonrisa en los labios, él que veinte veces había visto la muerte sin pestañear, sintió que su corazón desfallecía, y sus sienes bañáronse en glacial sudor.

—Señorita—dijo con voz alterada—esta es la primera vez que me veis. Sin embargo, si conocisteis á un desventurado que se llamaba Stamply, no debo seros completamente extraño, pues habéis conocido á mi padre.

Al oír esto, fijó Elena en él dos ojazos de cierva azorada; después, miró uno tras otro al marqués y á la señora de Vaubert, que contemplaban esta escena enternecidos.

—Es Bernardito—dijo el marqués.

—Sí, hija mía—añadió la baronesa—es el hijo del buen señor Stamply.

—Caballero—dijo por fin la señorita de La Seiglière con profunda emoción—razón ha tenido mi padre en preguntar si os conocía. Tantas veces he oído hablar de vos, que me parece que hubiera debido reconocerlos al momento. ¡Con que... vivís todavía ¡qué gozo! Ya veis qué trémula estoy. Pero, por mucha que sea mi alegría, no puedo pensar sin tristeza en vuestro padre, que abandonó este mundo con la esperanza de reunir-

se con vos en el otro; ¡también el cielo tiene sus dolores y sus decepciones! Si, mi padre acertó; sois amigo mío. ¿Queréis? El señor Stamply me amaba, y yo le correspondía. Era mi viejo compañero. Con él, hablaba de vos; con vos hablaré de él. Padre mío ¿han dispuesto ya la habitación del señor Bernardo? porque esta casa es vuestra.

—¡Que si quieres!—exclamó el marqués.—¡Un energúmeno que preferirá albergarse bajo el puente del Clain, á vivir y habitar en nuestra compañía!

—Entonces, caballero—repuso Elena en sòn de reproche—cuando he entrado, vos salíais, partíais, huíais de nosotros! Por fortuna, eso es imposible.

—¡Imposible!—exclamó el marqués.—Bien se ve que no sabes de dónde viene el señor. Aquí donde le ves, el señor viene de Siberia. El trato con los Kalmucos le ha hecho muy descontentadizo sobre la cualidad de sus relaciones y la elección de sus amistades. Y eso se comprende, y no hay que echárselo en cara. Además, este mozo nos odia, y no tiene la culpa. ¿Porqué nos odia? Ni él lo sabe, ni yo tampoco; pero no hay más, nos odia, sin que lo pueda remediar. Nadie es dueño de sus sentimientos.

—¿Vos nos odiáis, caballero? ¡Yo amaba á vuestro padre y vos odiáis al mío! ¡Me odiáis á mí! ¿Qué os hemos hecho?—preguntó Elena con una voz que habría ablandado á un corazón de bronce y desarmado la ira de un escita.—Caballero, nosotros no hemos merecido vuestro odio.

—¿Y eso qué importa—dijo el marqués—si se em-

peña en odiarnos? Sobre gustos no hay nada escrito. Pretende que este pavimento le quema los piés y que le sería imposible pegar los párpados bajo nuestro techo. Eso es lo que tiene el haberse acostumbrado á dormir sobre pieles de reno, y á vivir en seis piés de nieve. Después de eso, ya nada seduce, todo parece descolorido y sin encanto.

Por una intuición rápida, creyó Elena comprender lo que pasaba en el corazón y en el alma de Bernardo. Adivinó que restituyendo los bienes á sus señores el viejo Stamply había despojado á su hijo y que éste, víctima de la probidad de su padre, se negaba, por orgullo, á aceptar el pago. Desde este momento, tanto por delicadeza como por deber, redobló su seductora insistencia, hasta el extremo de extralimitarse de su reserva habitual, para hacer que Bernardo olvidase lo penoso, difícil y peligroso de su posición.

—Caballero—repuso con acento de cariñosa autoridad—vos no partiréis. Ya que os negáis á ser nuestro huésped, seréis nuestro prisionero. ¿Cómo os ha podido ocurrir la idea de que os permitiríamos vivir en otra parte? ¿qué pensaría el mundo? ¿qué dirían nuestros amigos? No es posible que queráis, con un solo golpe, afligir nuestros corazones y atacar nuestro nombre. Pensad, caballero, que aquí no se trata de ofrecer hospitalidad, ni de recibirla. Debemos demasiado á vuestro padre—añadió la amable doncella, que no sabía nada, pero que, creyendo entrever que Bernardo vacilaba por orgullo, quería respetar sus susceptibilidades,—demasiado debemos á vuestro pa-

dre para que vos podáis debernos algo. Nada tenemos que daros; sólo nos toca devolver con una mano, lo que recibimos con la otra. Vos aceptaréis, para no humillarnos.

—¡Aceptar, él!—exclamó el marqués—¡ni por pienso! Humillarnos, eso es lo que desea. No le conoces bien; preferiría cortarse el puño, antes que estrechar con su mano la nuestra.

La joven se quitó el guante de la mano derecha y la tendió lealmente á Bernardo.

—¿Es verdad eso, caballero?—le dijo.

Sintiendo entre sus dedos ennegrecidos por las fatigas de la guerra y endurecidos por las labores de la cautividad, aquel cutis húmedo, fino, satinado, palideció Bernardo y estremeciöse. Veláronse sus ojos, y sus piernas flaquearon. Pretendió hablar, y la voz espiró en sus labios.

—¿Nos aborrecéis?—continuó Elena.—Razón de más para que permanezcáis á nuestro lado. Lo que sobre todo nos importa es que no nos aborrezcáis; van, en ello, nuestra gloria y nuestro honor. Permitidnos, primeramente, que intentemos enseñaros á conocernos. Cuando lo hayamos logrado, entonces partiréis, si os sentís con valor para ello; pero entre tanto, os repito que estáis en nuestro poder. Seis años habéis sido prisionero de los rusos; bien podéis ser nuestro prisionero por breve tiempo. ¿Tan pavorosa es la perspectiva de sentirse amado? En nombre de vuestro padre, que en otro tiempo me llamaba hija, os quedaréis aquí; lo quiero, lo exijo y si es preciso, os lo ruego.

—¡Encantadora niña! exclamó la señora de Vaubert enternecida.

Y añadió, en voz baja:

—¡ Está perdido!

Y era cierto; Bernardo estaba perdido.

Fácil es resumir la historia de sus variaciones. Ulcerado por la desgracia, irritado justamente por los punzantes desengaños del regreso, exasperado por el rumor público, poseído de todas las pasiones y de todos los ardores políticos de la época, odiando por instinto á la nobleza, impaciente de vengar á su padre, se presenta en el castillo de La Seiglière, apoyando su odio en su derecho, portador de tempestades y borrascas, esperando encontrar una resistencia orgullosa, aguardando pretensiones altivas, preocupaciones irritantes, una presunción insolente y preparándose á derribarlo todo con el sople de su cólera.

Desde un principio, sale fallido su efecto; su odio aborta, su cólera zozobra. El huracán que deseaba tronchar encinas, sólo encuentra tiernas cañas y va á extinguirse en las yerbas; el rayo, que contaba saltar de roca en roca y de eco en eco, muere silencioso en el valle, despertando tan sólo suaves melodías. Busca Bernardo enemigos, y se encuentra con aduladores. Intenta, aún, á largos intervalos, soltar algunas andanadas y le devuelven sus balas trocadas en azúcar. No obstante, apenas escapa á los encantos de una insigne Armida, va á retirarse después de haber manifestado su inexorable voluntad, cuando aparece otra hechicera, tanto más seductora, cuanto

que ni por asomo piensa en seducir. ¡Poderío irresistible, encanto eterno y siempre vencedor, elocuencia divina de la juventud y de la belleza! No ha hecho más que presentarse, y ya Bernardo vacila. La aparición sonríe, y Bernardo queda desarmado. Es una niña que Dios ha de contemplar con amor. Su frente respira candidez; su boca, sinceridad; en el fondo de su mirada límpida, se vislumbra su alma entreabierta como hermosa flor bajo transparente linfa. Nunca la mentira mancilló estos labios, ni la doblez falseó el rayo de estos ojos. Habla, y sin saberlo, el ángel se hace cómplice del demonio. No sólo no contradice, sino que confirma lo dicho hasta allí; ni una sola palabra de Elena deja de servir de apoyo á cada palabra de la señora de Vaubert. La verdad posee acentos triunfantes que el alma más desconfiada no podría desconocer. Es la verdad, sí, la verdad, la que habla por boca de Elena; sin embargo, si Elena es sincera, también es sincera la señora de Vaubert. Bernardo vacila; ¿y si fuesen nobles corazones calumniados por la envidia? Si á su padre se le hubiese antojado comprar á costa de toda su fortuna, algunos años de alegría, de paz y de ventura ¿osaría quejarse Bernardo? ¿osaría revocar una donación voluntaria y espontánea, legitimada por la gratitud? ¿Expulsaría, implacable, á unos seres á quienes su padre debió el vivir rodeado de cuidados y fallecer entre brazos amigos?

Tales eran sus reflexiones, menos claras y menos precisas en su espíritu de lo que acabamos de indicar, cuando la señora de Vaubert, que se había acerca-

do á él, aprovechó un momento en que la señorita de La Seiglière decia algo al marqués, para añadir:

—Caballero; ahora ya conocéis á todos los autores de esos cobardes manejos que señalabais poco há. ¿Por qué no abrumáis también á esta niña con vuestro desprecio y vuestras iras? Ya veis que ha formado parte del infame complot y que, después de haber contribuído á la ruina de vuestro padre, se puso de acuerdo con nosotros para hacerle morir de tristeza.

Á estas palabras de la baronesa, estremecióse como si sintiera que una culebra se enroscaba en sus piernas; pero, casi al momento, volviendo hacia él la señorita de La Seiglière:

—Caballero—dijo—la muerte de vuestro padre me impuso graves deberes para con vos. Asistí á su hora suprema; recibí su último adiós y recogí su postrer suspiro. Es un depósito sagrado que debe pasar de mi corazón al vuestro. Venid; tal vez os sea grato oír hablar del que ya no existe, á lo largo de esas alamedas que amaba tanto y que aún conservan su noble imagen.

Diciendo esto, la señorita de La Seiglière había apoyado su mano en el brazo de Bernardo, quien se dejó conducir como un niño.

Cuando se hubieron alejado, desplomóse el marqués en su asiento; y libre al fin de toda sujeción, dió suelta á las oleadas de cólera y de indignación que le estaban ahogando desde hacía una hora. Estaba poseído de dos sentimientos enemigos que luchaban encarnizados, sucesivamente vencidos y vencedores: el egoísmo

y el orgullo de la raza. Decididamente, el más fuerte era el egoísmo; mas no podía triunfar sin que el orgullo vencido lanzase al momento gritos de tejón cogido en la trampa. En presencia de Bernardo, el egoísmo había quedado victorioso; ausente Bernardo, el orgullo irritado se desasíó violentamente de los brazos de su rival y recuperó el lugar preferente. Todavía hubo otra escena de rebelión y de arrebató, la más pueril y chistosa que imaginarse pueda; figuraos la graciosa petulancia de un potro desbocado, franqueando vallas y barreras, y brincando por los verdes prados. No sin esfuerzos consiguió la señora de Vaubert traerle y reducirle á la cuestión.

—Vamos, marqués,—le dijo después de haberle escuchado con sonrisa compasiva,—dejémonos de niñerías. Por más que os irritéis, no lograréis cambiar los hechos consumados.

—¡Cómo!—gritó el marqués;—¡un mocoso cuyo padre cultivó mis campos y cuya madre, por espacio de diez años, me sirvió cada mañana la leche de esas vacas, vendrá á insultarme en mi casa, y no podré nada contra él! ¡No solamente me guardaré de ordenar á mis lacayos que le pongan de patitas en la calle, sino que deberé albergarle, festejarle, sonreírle y echar mi hija en sus brazos! ¡Un descamisado que, treinta años atrás, se habría considerado muy dichoso dando pienso á mis caballos y llevándolos al abrevadero! ¿Habéis oído con qué énfasis ese hijo de boyero ha hablado de los sudores de su padre? Esa gente, cuando han dicho eso, lo han dicho todo. ¡El sudor del pueblo! ¡Los su-

dores de sus padres! ¡Impertinentes y necios! ¡Como si sus padres hubiesen inventado el sudor y el trabajo! ¿Creen por ventura que nuestros padres no sudaban también? ¿Piensan que se sudaba menos bajo la loriga que bajo la anguarina? ¡Me indigna, señora baronesa, ver las pretensiones de esa canalla que se figura que sólo ella trabaja y sufre, mientras las grandes familias sólo han de abrir ambas manos para coger castillos y tierras. Y ¿qué os parece ese húsar que viene á reivindicar un millón de propiedad, so pretexto de que su padre sudó? ¿Esas son las gentes que nos reprochan el orgullo y la vanidad de los antepasados? Éste reclama, insolentemente, el premio del sudor de su padre, y luégo se admirará de que yo me empeñe en conservar el premio de la sangre de veinte de mis abuelos.

—¡Dios mío, marqués! tenéis razón que os sobra—replicó la señora de Vaubert.—Os asiste el derecho; nadie os lo niega. Pero, por desgracia, ese húsar tiene en su favor la ley, la ley mezquina, terca, arisca, burgesa, en una palabra. Ya lo sabéis; vos no estáis en vuestra casa, y ese bribón está aquí en la suya; esto, esto debéis comprender.

—Pues bien, señora baronesa—exclamó el marqués,—si es así, más vale la ruina que la vergüenza, más vale abdicar la fortuna, que el honor. No me espanta el destierro; conozco su camino. Partiré; me expatriaré por segunda vez. Perderé mis bienes; pero conservaré sin tacha mi nombre. Mi venganza está dispuesta; ¡ya no habrá más La Seiglière en Francia!

—¡Ay, querido marqués! Francia pasará sin ellos.

—¡Pardiez, señora baronesa!—gritó el marqués, rojo como una amapola.—¿Sabéis lo que un día al levantarse dijo el rey Lu's XIV, percibiendo á mi tata-rabuelo entre los grandes de su corte? «Marqués de La Seiglière»—dijo Lu's XIV, golpeándole afectuosamente el hombro...

—Y yo os digo, marqués, que no partiréis—exclamó con firmeza la señora de Vaubert.—No faltaréis, de un golpe, á lo que debéis á vuestros abuelos, á lo que debéis á vuestra hija y á lo que os debéis á vos. No abandonaréis cobardemente la herencia de vuestros antepasados. Permaneceréis aquí, precisamente porque va en ello empeñado vuestro honor. Por lo demás, nadie soportó el destierro á nuestra edad. Eso era bueno en la juventud, cuando teníamos ante nosotros el porvenir y largo plazo. Y ¿á qué partir?—añadió con aire belicoso. ¿Desde cuándo, para levantar un sitio, se espera á que la plaza esté próxima á rendirse y se toca retirada, teniendo seguridad de la victoria? ¿Desde cuándo se abandona la partida, poco antes de ganarla? ¿No comprendéis que triunfamos? Duerma Bernardo esta noche en el castillo y mañana respondo de lo demás.

En este momento, la baronesa que permanecía junto á la ventana, vislumbró en el valle del Clain á su hijo, que se encaminaba hacia la puerta del parque. Dejando al marqués entregado á sus reflexiones, se evadió más ligera que un cervatillo, detuvo á Raul en la verja, le llevó al castillo de Vaubert y allí encontró

un pretexto plausible para enviarle á comer y á pasar la velada en un castillo vecino.

Entre tanto Elena y Bernardo iban paseando lentamente, apoyada la doncella en el brazo del joven, tímido y trémulo éste y cada vez más seductora y graciosa aquella. ¡Gracia cándida, seducción fácil! Le refería con sencillez conmovedora la historia de los dos últimos años de la vida de Stamply. Decláale cómo habían llegado á conocerse uno á otro y á amarse; sus paseos, sus excursiones, sus mutuas confianzas, también el lugar que en sus conversaciones ocupaba Bernardo. Éste escuchaba silencioso; y al escuchar, sentía en su brazo el cuerpo flexible y ligero de Elena, contemplaba aquellos menudos piés que andaban al compás de los suyos, aspiraba su aliento más delicado que los perfumes del otoño, y oía el rozar de su vestido más suave que el susurro del viento en el follaje. Enseñoreábanse de él enervantes influencias: parecida en esto á esas esbeltas espigas á lo largo de las cuales el rayo se escapa y se extingue, Elena le robaba el fluido borrascoso de su odio y de su ira. En vano intentaba él resistirse; como aquel caballero cuya armadura habían descompuesto, sentía caer á cada paso algún girón de sus rencores y de sus prevenciones. Andando, conversando, habían dado la vuelta al castillo. Declinaba el día; el sol, en su ocaso, alargaba desmesuradamente la sombra de los álamos y de las encinas. Llegado al pié del vestíbulo, disponíase Bernardo á despedirse de la señorita de La Seiglière, cuando ésta, sin soltar el brazo del joven, le atrajo

suavemente al salón donde la señora de Vaubert había vuelto á reunirse con el marqués, temerosa de abandonarle á sus inspiraciones.

—Parecéis conmovido, caballero—dijo ella dirigiéndose á Bernardo;—y ¿cómo no? Este parque, por decirlo así, fué el nido de vuestros más gratos años. Jugasteis sobre esos céspedes cuando niño; bajo esas umbrías florecieron vuestros primeros ensueños de juventud y de gloria. Para vuestro malogrado padre, en sus postreros tiempos, era ese el paseo predilecto, como si, al dar vuelta á cada alameda, esperase veros aparecer.

—Aún me parece verle—dijo el marqués—pasando á lo largo de los cuadros de césped; con sus plateados cabellos, con sus medias de lana azul, su chaleco de fustán y sus calzones de pana, le hubieran tomado por un patriarca.

—Era un patriarca, efectivamente—añadió con unción la señora de Vaubert.

—¡Á fe mía!—exclamó el marqués;—patriarca ó no, era un hombre de bien.

—¡Tan bueno! ¡tan sencillo! ¡tan simpático!—repuso la baronesa.

—¡Y sin pelo de tonto!—continuó el marqués.—Con su aspecto de bonachón, tenía tal manera de interpretar las cosas, que dejaba admirado á todo el mundo.

—Tan luégo como se presentaba, acudían á su alrededor y formaban corro para oírle.

—Era un filósofo. Al escucharle todo el mundo se preguntaba de dónde sacaba lo que sabía.

—Lo sacaba de su noble alma—añadió la señora de Vaubert.

—¡Y qué buen humor!—exclamó el marqués, arrebatado, á pesar suyo, por la corriente;—¡siempre alegre! ¡siempre contento! ¡siempre con el chiste en los labios!

—Sí—dijo la señora de Vaubert;—había recobrado, en nuestra compañía, su humor risueño, su jovialidad natural y las chuscas agudezas de un carácter envidiable. No cesaba de repetir que le habíamos rejuvenecido de treinta años. En su lenguaje cándido y figurado, se comparaba con un viejo tronco sombreado de nuevos retoños.

—Cierto que nadie que le conociese podía dejar de amarle—dijo á su vez Elena, la cual, suponiendo en su padre y en la baronesa las delicadezas de su corazón y de su espíritu, se explicaba así su laudatoria verbosidad.

—¡Eso sí!—repuso la baronesa—¡adoraba á su emperador! Mal librado hubiera salido quien se propusiese llevarle la contraria en este punto. ¡Qué calor, qué entusiasmo, siempre que hablaba del grande hombre! Y hablaba de él á menudo, y nos compláciamos escuchándole.

—Sí, sí—dijo el marqués—hablaba á menudo de él, y hasta se puede afirmar que muy á menudo. ¿Qué queréis?—añadió aterrado por una mirada de la señora de Vaubert y reponiéndose en seguida, eso le gustaba y todos quedábamos contentos.—¡Pardiez! vuestro señor padre puede jactarse en el otro mundo de habernos proporcionado acá en la tierra momentos bien agradables!

Aquí llegaba la conversación, sin que le hubiese sido dado á Bernardo pronunciar una sola palabra, cuando un lacayo entró á anunciar que estaba servida la mesa. El marqués ofreció su brazo á la señora de Vaubert. Elena tomó el del joven, y los cuatro pasaron al comedor. Esto se efectuó tan pronta, tan naturalmente, que Bernardo no comprendió de qué se trataba hasta que se halló, como por encanto, sentado al lado de Elena, á la mesa del gentil-hombre. El marqués ni siquiera le había invitado. Y en todo ello imperaba tal familiaridad, que cualquiera hubiera dicho que Bernardo era huésped y comensal de aquel hogar desde hacia medio año.

Intentó el joven levantarse y huir; mas Elena se opuso, diciendo:

—Vuestro padre ocupó largo tiempo este sitio; en adelante lo ocuparéis vos.

—Nada ha cambiado aquí—añadió el marqués;—sólo hay un hijo más en la casa.

—¡Tierna y encantadora reunión!—murmuró la señora de Vaubert.

No sabiendo si velaba ó si era juguete de un ensueño, desplegó Bernardo bruscamente su servilleta y quedó clavado en la silla.

Desde el primer servicio el marqués y la baronesa etablaron la conversación sin demostrar que advirtiesen la presencia de un convidado más, absolutamente como si Bernardo no estuviese allí, ó más bien como si siempre hubiese formado parte de la familia.

Bernardo permanecía silencioso, sin beber casi y tocando apenas los manjares que le servían.

Como acontece al principio de todas las comidas, la conversación versó, desde luego, sobre asuntos indiferentes: algunas palabras cambiadas de vez en cuando, ninguna alusión á la situación presente, á no ser algunos homenajes indirectos á la memoria del buen señor Stamply. De trivialidades en vulgaridades, recayó el discurso en la política del día. Á ciertas palabras que se le escaparon al marqués, comenzó Bernardo á animarse; cruzáronse algunos dardos, y en breve quedó empeñada la discusión. Apresuróse la baronesa á empuñar las riendas, y nunca Automedonte conduciendo una cuadriga entre nubes de olímpico polvo, desplegó tanta destreza, como en aquella ocasión la señora de Vaubert. La pista era difícil, llena de abismos, erizada de asperezas, interrumpida por baches y profundos surcos; al primer bote, el marqués corría peligro de desnucarse. La baronesa supo trocar el terreno en un camino tan recto, tan liso, y enarenado como la avenida de un castillo real; desvió todos los obstáculos, contuvo la fogosidad del marqués, espoleó á Bernardo sin irritarle, lanzó á los dos sucesivamente al trote, al galope, al paso y después de haberlos hecho maniobrar, encabritar y caracolear, reservando no obstante á Bernardo los honores de la justa, reunió las riendas, apretó el doble freno y los recondujo fraternalmente al punto de partida. Insensiblemente, Bernardo le había ido tomando cariño al juego. Enardecido por este ejercicio, arrastrado á su pesar por el buen

humor del marqués, mostró menos tiesura, mayor abandono; y cuando, á los postres, el gñtilhombre llenándole la copa, dijo:

— Caballero, aquí tenéis un vinillo que vuestro señor padre no despreciaba; deseo que brindemos á su memoria y á vuestro feliz regreso—maquinalmente Bernardo alzó su copa que chocó con la del marqués.

Acabada la cena, levantáronse para ir á dar una vuelta por el parque. Caminaba Elena al lado de Bernardo, precediéndoles el marqués y la baronesa que hablaban entre sí y cuyos acentos ahogaba el murmullo de las aguas y el susurro del follaje. Los dos jóvenes estaban silenciosos y como absorbidos por el crujir de las hojas secas que sus piés levantaban al andar. Cuando el marqués y su pareja desaparecían al doblar una alameda, Elena y Bernardo podían creer por un instante que vagaban solos por el parque desierto, á la pálida claridad de las estrellas.

Más pura y más serena que el azul del cielo que centelleaba sobre sus cabezas, la señorita de La Seiglière no sentía la menor inquietud y continuaba caminando con paso lento, pensativa, distraída, en tanto que Bernardo, más pálido que la luna que tras de los álamos se mostraba, más tembloroso que los tallos de yerba que agitaba la nocturna brisa, embriagábase, sin advertirlo, sobrecogido por sus primeras emociones.

De regreso al castillo, recobró su curso la conversaci3n en derredor de uno de esos luminosos hogares que dan alegría á las noches de otoño. Chisporroteaban los encendidos sarmientos, y las brisas impregna-

das del perfume de los bosques, agitaban á intervalos las cortinas de la abierta ventana.

Arrellanado en un blando sillón, no lejos de Elena que, á la luz de la lámpara, se entretenía en una labor de tapicería, experimentaba Bernardo, sin intentar explicárselo, el encanto de aquel cuadro de familia. De vez en cuando levantábase el marqués, y al poco rato volvía á sentarse, después de besar en la frente á su hija. Otras veces, fijaba Elena en su padre una afectuosa mirada. Bernardo se extasiaba en la contemplación de tan castos gozos.

Manifestaron deseos de saber la historia de su cautividad; el marqués y su hija unieron sus instancias á las de la baronesa.

Dulce es hablar de sí propio y referir los males sufridos, sobre todo después de una buena comida y al contemplar, suspendida de los labios, por decirlo así, á una Dido ó á una Desdémona palpitante, curiosa, perpleja la mirada y agitado el seno.

Cayó Bernardo en el lazo con tanta mayor facilidad, cuanto que Elena, sin sospecharlo, representaba el papel de alondra cautiva encargada de atraer las incautas aves á las redes del cazador. Comenzó, refiriendo la batalla del Moscowa. Indicó, á grandes rasgos, el plano de los lugares, los accidentes del terreno, la posición respectiva de los dos ejércitos, y entró, de lleno, en la acción. Había empezado su narración, en tono grave y sencillo; pero, exaltado por sus recuerdos, arrebatado por su propia palabra como en flamígeras alas, animáronse gradualmente sus ojos, y su

voz, en breve, resonó como un clarín. Aspiróse el olor de la pólvora, oyóse el silbar de las balas, viéronse los batallones desmoronados y lanzados á través de la metralla hasta el momento en que, herido á la cabeza de su propio escuadrón, cayó él exánime á los piés de los caballos, en el suelo sembrado de cadáveres. Hablando así, estaba hermoso; la señorita de La Seiglière había soltado la aguja, y tendido el cuello y suspendido el aliento, escuchaba y contemplaba á Bernardo con un sentimiento de ingenua admiración.

— Es un poeta que canta las hazañas de un héroe— exclamó entusiasmada la baronesa.

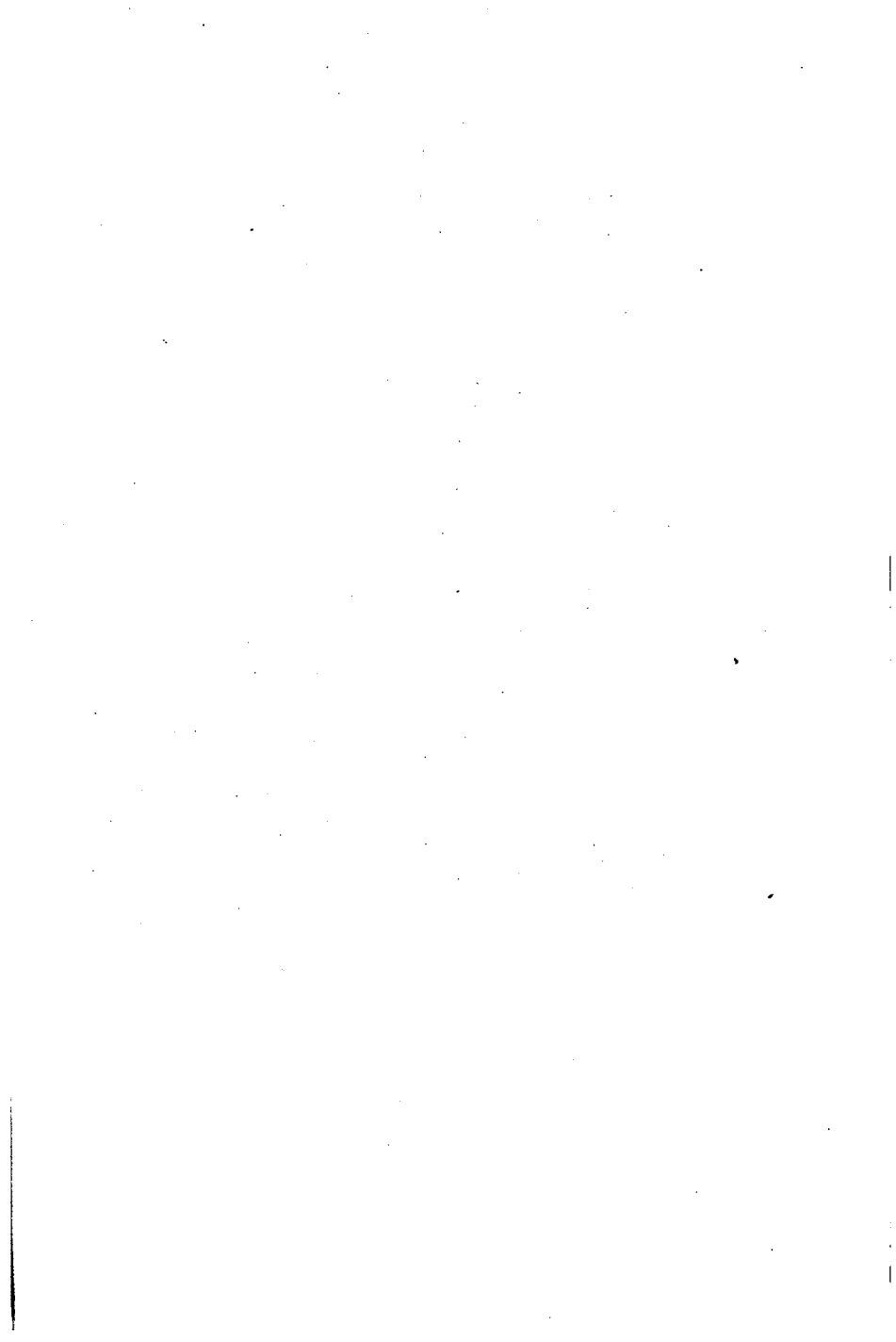
— Caballero—añadió el marqués—podéis vanagloriaros de haber visto la muerte muy de cerca. ¡Vaya una batalla! De fijo, soñaré en ella esta noche. Parece que no os andabais en consideraciones; pero ¿qué diablo iba á hacer vuestro emperador en esa maldecida Rusia?

— Él se lo sabría—respondió con altivez Bernardo— á nosotros no nos importa.

Después, refirió cómo había despertado prisionero y cómo de prisionero había pasado á esclavo. Narró sencillamente, sin énfasis ni exageración, su permanencia en el fondo de la Siberia, seis años de servidumbre entre hordas salvajes, más crueles aún y más implacables que su cielo y su clima; todo cuanto había sufrido, el hambre, el frío, las faenas pesadas, los bárbaros tratamientos, todo, todo; y más de una vez, durante el funesto relato, una lágrima furtiva, se deslizó bajo los párpados de Elena, brillando como gota



—Es un poeta que canta las hazañas de un héroe.



de rocío en sus inclinadas pestañas y rodando, líquida perla, sobre la labor de tapicería que la joven había reanudado, para ocultar su emoción sin duda.

— ¡Noble joven!—dijo la señora de Vaubert llevando el pañuelo á sus ojos—¿era ese el premio reservado á vuestro heróico valor?

— ¡Pardiez! caballero—exclamó el marqués;—debéis estar acribillado de reumatismos.

— Así se expían las glorias de este mundo—repuso la baronesa con melancolía;— así, harto á menudo, las ramas de laurel se truecan en palmas del martirio. ¡Pobre amigo! ¡cuánto habéis sufrido!—añadió estrechándole la mano en un arranque de viva simpatía.

— Caballero—dijo el marqués;—os predigo una gota tenaz si llegáis á viejo.

— Después de tantos reveses y miserias ¡cuán grato debe ser—exclamó la señora de Vaubert—el descanso en el seno de una familia adicta, entre rostros amigos y corazones fieles! ¡Feliz el desterrado que, de regreso á la patria, no encuentra muda y vacía su casa, y frío y solitario su hogar!

— ¡Un reumatismo de la Siberia!—exclamó el marqués frotándose la pantorrilla;— aquí tenéis uno que aun cuando no procede sino del fondo de la Alemania, da qué hablar. Os compadezco, caballero. ¡Un reumatismo de la Siberia! No habéis saldado aún todas vuestras cuentas con los cosacos.

Las últimas palabras de la señora de Vaubert habían recordado súbitamente á Bernardo las exigen-

cias de su posición. Acababan de dar las once en el reloj de concha incrustado en bronce que ornaba el mármol de la chimenea. Avergonzado de sus debilidades, púsose en pié y decididamente iba á retirarse, no sabiendo qué resolver, pero comprendiendo todavía, entre sus incertidumbres, que aquel no era su sitio, cuando, cogiendo el marqués una cinta de moaré que colgaba á lo largo del espejo, y tirando de ella, abrióse la puerta del salón y apareció en el umbral un criado, con un candelabro encendido en la mano.

—Germán—dijo el marqués—conducid al caballero á sus habitaciones. Son—añadió dirigiéndose á Bernardo—las mismas que durante largo tiempo ocupó vuestro señor padre.

—Muy poco atentos hemos sido, caballero—exclamó la señora de Vaubert—prolongando tanto rato vuestra velada. Hubiéramos debido recordar que necesitabais descansar; pero hemos sido tan dichosos viéndoos y escuchándoos! Perdonadnos nuestra indiscreción que excusa el atractivo de vuestro relato.

—¡Felices noches!—dijo el marqués;—diez horas de sueño os repondrán perfectamente. Mañana, al saltar de la cama, iremos á dar una batida á nuestros gazarpos. Seréis aficionado á la caza, supongo; la caza es imagen de la guerra.

—Caballero—dijo la señorita de La Seiglière, trémula aún—no olvidéis que os halláis en vuestra casa y entre personas que cumplirán con gozo el deber de curar vuestro corazón, borrando de él hasta el recuerdo de tan malos días. Mi padre se esforzará en de-

volvèros el afecto del padre que perdisteis, y yo, si lo queréis, seré vuestra hermana.

—Si os gusta la caza—exclamó el marqués—os prometo cacerías regias.

—Y también imperiales—dijo la baronesa interrumpiéndole.

—Sí—repuso el marqués—imperiales. Cacerías á pié, cacerías á caballo, con lebreles, con galgos corredores. ¡Vive Dios! Si tratáis á los zorros como á los austriacos, y á los jabalíes como á los rusos, compadezco á los huéspedes de nuestros bosques.

—Espero—añadió la señora de Vaubert—que tendré el placer de veros á menudo en mi modesta morada. Vuestro padre, que me honraba con su amistad, se complacía en mi mesa y en mi hogar. Venid á hablar de él en el mismo sitio donde tantas veces habló él de vos.

—¡Vaya, señor Bernardo, buenas y santas noches!—dijo el marqués saludándole con la mano.—¡Que vuestro señor padre bendiga desde el cielo vuestro sueño!

—Adios, señor Bernardo—repuso la baronesa con afectuosa sonrisa—dormíos pensando que ya no os halláis solo en el mundo.

—Hasta mañana—dijo á su vez Elena;—hasta mañana nos decíamos vuestro padre y yo, cada noche, al despedirnos.

Deslumbrado, aturdido, arrastrado, fascinado, atado, cogido por todos lados, hizo Bernardo un gesto que significaba: ¡como Dios quiera!; y, después de

inclinarse respetuoso ante la señorita de La Seiglière, salió precedido de Germán quien le condujo á la habitación más rica y suntuosa del castillo. Aquella, en efecto, era la que el pobre viejo mendigo había ocupado durante algún tiempo, antes de que le relegaran, como un leproso, á la parte más retirada y aislada del edificio; sólo que, desde entonces, la habían adornado singularmente, y este día se habían esmerado en apropiarla á las circunstancias.

Cuando Bernardo entró, la alegre llama del hogar reflejábale en las doradas molduras del techo y en las medias-cañas de latón que encuadraban la tapicería de terciopelo verde oscuro. Una alfombra de Aubusson sembraba el pavimento de flores tan frescas y brillantes, que parecían recién cogidas en las praderas de los alrededores y esparcidas allí por los dedos de una hada benévola.

Bernardo que, en diez años, no había dormido más que en lechos de campaña, sobre la nieve, en pieles de lobo y en sábanas de posada, experimentó un sentimiento de indecible gozo al percibir, debajo del edredón, la blanca y fina sábana de aquella cama que, como el trono del sueño, se elevaba en el fondo de una alcoba, misterioso nido formado de cortinajes cuyo dibujo se armonizaba con el de los tapices. Todos los refinamientos del lujo, todas las comodidades de la vida agrupábanse en derredor suyo, como sonriéndole. Una solicitud ingeniosa lo había previsto, calculado y adivinado todo. La hospitalidad tiene delicadezas que raras veces deja de advertir la pobreza, pero que

no siempre se encuentran en los más magníficos palacios; nada le faltaba á ésta, ni el talento, ni la gracia, ni la coquetería, más rara que la magnificencia.

Cuando Germán se hubo retirado después de haber dispuesto convenientemente todos los detalles, saboreó Bernardo infantil alegría examinando y palpando los mil y un objetos de tocador, cuyo uso había olvidado. Renunciamos á describir los éxtasis en que le sumieron la vista de los frascos de agua de Portugal y el aroma de los jabones perfumados. Para comprender estas puerilidades, es preciso haber vivido seis años entre los tártaros. Á cada lado del espejo, semiocultos entre dalias y crisántemos abiertos en jarros del Japón, relucían puñales, pistolas damasquinas, diamantes y joyas. Sobre un ángulo de la chimenea, una copa de artístico cristal rebosaba de monedas de oro, como olvidadas allí por descuido. No se detuvo Bernardo ante el oro, ni ante las flores, ni siquiera ante las armas. Dando vueltas en torno de la habitación, quedó arrobado ante una bandeja de plata sobredorada llena de cigarros que la señora de Vaubert había mandado traer la víspera, de la casa de un anciano armador amigo suyo; atención hospitalaria que hoy día no pasaría de sencilla y trivial, y que, á la sazón, podía considerarse como rasgo de audacia y de genio. Tomó un cigarro Bernardo, lo encendió en la llama de una bujía, y luégo, muellemente tendido en una poltrona, envuelto en una bata de casimir, pensó, ante todo, en su padre, en lo raro de su destino, el sesgo imprevisto que habían toma-

do los acontecimientos, y el partido que debía elegir.

Quebrantado de fatiga, ardorosa la frente, y aplomados los párpados, no tardaron sus ideas en oscurecerse y confundirse.

En ese estado de modorra, que podríamos llamar el crepúsculo de la inteligencia, creyó ver que el humo de su cigarro se animaba, formando fantásticos grupos sobre su cabeza. Ora percibía á su anciano padre y á su madre anciana remontándose al cielo, sentados en una nube; ora, á su emperador de pié sobre una roca; ora á la baronesa y al marqués cogidos de la mano y bailando una zarabanda; ora, y más á menudo, una esbelta y graciosa figura que se inclinaba hacia él y le miraba sonriente.

Apurado su cigarro, tendióse en la cama, se envolvió en el edredón y al poco rato quedó profundamente dormido.

Ya sea por cansancio, ya por necesidad de recogimiento, la señorita de La Seiglière había salido del salón al mismo tiempo que Bernardo.

El marqués y la baronesa, que habían quedado solos, contempláronse uno á otro, silenciosos, un momento.

—¿Qué tal, marqués?—dijo al fin la baronesa.—Está gracioso, el buen Bernardo! El padre olía á establo, y el hijo huele á cuerpo de guardia.

—¡Vaya un posma!—exclamó el marqués, llegado ya al paroxismo de la exasperación;—pensé que no iba á acabar con su batalla del Moscowa. ¡Linda cosa, la tal batalla! ¿qué fué? ¿quién la conoce? ¿quién habla de ella? En mi vida he guerreado; pero si un

día guerrease ¡ por la espada de mis abuelos! otra cosa sería. Todo el mundo dejaría allí el pellejo; ni siquiera toleraría que regresara un inválido. ¡La batalla de Moscowa! ¡ y el belitre se daba unos aires de César y de Alejandro! ¡ Ahí están esos héroes; estos son los famosos encuentros de que tanto se jactó el señor de Bonaparte y de que tanto alardean aún los enemigos de la monarquía! Resulta que, en resumen, no pasaban de ligeros ejercicios higiénicos y sanitarios; los muertos se recogían unos á otros y algunos gozan de buena salud. ¡Vive Dios! cuando nosotros nos metemos en ello, las cosas pasan de muy distinta manera; cuando un gentil-hombre cae, es para no levantarse más. Pero, aun cuando uno no fuese mas que un ganapán, un villano, un Stamply, después de haber tenido la gloria de hacerse matar en servicio de Francia ¡ qué diablo! no ha de venir á contarlo en persona á las gentes. Si tuviese, aunque sólo fueran dos adarmes de corazón, se ruborizaría ese mozo de sentirse con vida y correría á echarse de cabeza en el río.

—¿Qué queréis, marqués? ¡ esa gentuza no sabe vivir!—dijo la señora de Vaubert sonriendo.

—¡ Que viva, pues; pero que se oculte! Oculta tu vida, dice el sabio. Si amase la gloria, como pretende, ¿ no hubiera preferido pasar por muerto en el campo del honor, á volver aquí arrastrando sus polainas, su vergüenza y su miseria? ¿ por qué no se ha quedado en Siberia? allí estaba perfectamente. El muy delicado se quejó del clima; ¿ no se diría que nació entre plumas y que creció en un invernadero? Los cosacos son

buena gente, de costumbres morigeradas y hospitalarias. ¡Y él les llama bárbaros! ¡Hacedles favores á esos harapientos! ¡salvadles la vida! ¡recogedlos en vuestro hogar! ¡dadles un grato porvenir! He aquí lo que se gana; os tratarán de caníbales. Juraría, aunque me lo niegue, que estaba allí como pera en tabaque; pero esos haraganes no saben mantenerse en sitio alguno. Y además, esa canalla os habla de patria, de libertad, de suelo natal, de hogar paterno que humea en el horizonte! grandes frases que vocean para justificar sus desórdenes y velar su mala conducta.

—La patria, la libertad, el techo paternal, sazonado todo ello con un millón de herencia! convengamos—añadió la señora Vaubert—en que, sin gran fanfarría, se pueden abandonar por mucho menos las floridas riberas del Don y la intimidad de los Bakires.

—¡Una herencia de un millón!—exclamó el marqués;—y ¿de dónde diablos queréis que la saque?

—De vuestro bolsillo—replicó la baronesa, descorazonada, viéndose precisada á correr siempre en pos de él para traerle de nuevo á la cuestión.

—¡Hola!—exclamó el señor de La Seiglière;—según eso, es un hombre peligroso el tal Bernardo! Si me apura, señora baronesa... nadie sabe de lo que soy capaz; le arrastro á los tribunales.

—¡Bravo!—dijo la baronesa;—así le evitaréis el trabajo de que os arrastre él. Por favor, no volvamos á las andadas, marqués. La realidad os rodea y os oprime por todos lados. Ya que no os sea dado escapar de sus

garras, atreveos á mirarla de frente. ¿Qué tiene ahora, la realidad, que tanto os amedrenta? Bernardo está en la jaula, y el león amordazado; tenéis domeñada vuestra presa.

—Linda está mi presa... ¡Por Dios! decidme ¿qué queréis que haga de ella?

—El tiempo lo dirá. Esta mañana, se trataba de instalar al enemigo en la plaza; ya está. Ahora, se trata de expulsarle; le expulsaremos.

—Entre tanto—dijo el marqués;—¡no comeremos poca Siberia, ni poca metralla, ni poca Moscowa! Y además, señora baronesa, ¿no os parece que estoy desempeñando aquí un villano papel ó un papel de villano? ¡Vaya!

—¿Pensáis, quizá—replicó la señora de Vaubert—que el valor sólo procede á arcabuzazos y que las grandes acciones no se llevan á cabo sino con la punta de la espada? Si Francia, en estos últimos tiempos, no ha sido dividida, repartida y sorteada como las vestiduras de Cristo ¿á quién debe agradecerlo? Con su casaca bordada, sus escarpines y medias de seda, cruzada la pierna derecha sobre la izquierda y metida la mano en la chorrera de su camisa, ha hecho el señor de Tayllerand en favor de Francia, mucho más que toda esa chusma con calzones de ante, que se llamaba la vieja guardia y que, sin embargo, nada ha sabido guardar. ¿Pensáis que, en el día de hoy, no habéis desplegado cien veces más genio que el Bearnés en la batalla de Jory? Sacudir el penacho blanco á guisa de estandarte, herir á tajo y á punta, sembrar el suelo de

mue^{rtos} y de moribundos ¡vaya una gran dificultad! Lo verdaderamente glorioso, es triunfar en este campo de batalla que se llama la vida. Permitid que en este punto os felicite. Habéis mostrado la sangre fría de un héroe, la astucia de un demonio y la gracia de un ángel. En una palabra, marqués: habéis estado adorable.

—Cierto—dijo el marqués, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda y acariciando con la yema de los dedos su chorrera de encaje— cierto que el desdichado ha quedado aturdido.

—¡ Ah, marqués! ¡ Cómo lo habéis amansado! De un guantelete de hierro habéis hecho un guante de piel de Suecia. Ya sabía yo que erais bravo y valeroso, pero os confesaré que estaba muy lejos de suponer en vos tan maravillosa flexibilidad. El príncipe de Benavento ha ocupado vuestro sitio en el Congreso de Viena.

—¿ Lo creéis así, baronesa?—preguntó el señor de La Seiglière, acariciándose la barba.

—Con solo un dedo hubiérais encorvado el arco de Nemrod—dijo sonriendo la señora de Vaubert.—Capaz seriais de domesticar tigres y panteras, hasta el punto de obligarlas á que viniesen á comer en vuestra mano.

—¿ Qué queréis? es el cuento de toda esa gentuza. De lejos, siempre hablan de devorarnos; nos dignamos sonreirles, y se agachan y se arrastran á nuestros piés. Con todo, señora baronesa, aún no estoy en edad de representar el papel de don Diego; si ese bribón

fuese gentil-hombre, todavía me acuerdo de las lecciones de Saint-George.

—Marqués—replicó con altivez la baronesa—si ese bribón fuera gentil-hombre, y vos fuéseis don Diego, no habríais de andar mucho para encontraros con Rodrigo.

En este momento llegaba Raul enguantado, rizado, de veinticinco alfileres, parpadeando, sonriente, fresca y sonrosada la faz, tan irreprochable de piés á cabeza como si saliese de una caja de dulces. Venía en busca de su madre para acompañarla á Vaubert y quizá también con la esperanza de cortejar á la señorita de La Seiglière, á quien no había visto desde la víspera.

El marqués y la baronesa fijaron complacidos en el recién llegado una mirada de satisfacción; análoga á la que produciría la entrada de un potro de noble raza en un hipódromo manchillado por la intrusión de un mulo normando.

Era tarde ya; á las dos manecillas del reloj faltábales poco para señalar las doce.

Después de haber tendido su mano al marqués, la señora de Vaubert se despidió, apoyada en el brazo de su hijo, á quien contaba poner al tanto, en tiempo y razón, de los sucesos para siempre memorables, que habían llenado aquel gran día.

Una hora después, todo reposaba en las dos orillas del Clain.

El señor de La Seiglière que se había dormido víctima de las emociones violentas que acababa de experimentar, soñaba que un ejército de húsares, muer-

tos en la batalla de Moscowa, se repartían en silencio sus dominios; veíales huir al galope llevando cada cual su lote en la grupa de su caballo, éste un campo, aquél un prado, el otro una granja. Bernardo abría la marcha con el parque en la balija y el castillo en uno de los arzones. No le quedaba ya un solo pedazo de tierra al marqués, azorado; sentíase rodar en el espacio, á modo de cometa, intentando en vano asirse de una estrella.

La señora de Vaubert soñaba también, y su sueño parecíase mucho á un conocido apólogo. Veía á una joven y linda doncella sentada en el céspedes con un enorme león amorosamente recostado junto á ella, mientras un tropel de criados armados de horquillas y palos, observaba lo que ocurría, oculto tras de un grupo de encinas. La doncella sostenía con una mano la pata del temible animal y con la otra mano, provista de tijeras, iba cortándole las garras, dóciles á la operación. Terminada ésta, sacó la hermosa joven de su bolsillo una lima con mango de marfil y, cogiendo entre sus brazos la enorme cabeza de rubias crines, levantaba con delicada mano los gruesos y pesados hocicos, y limaba graciosa una doble hilera de formidables dientes. Si de vez en cuando el paciente lanzaba un sordo rujido, apaciguábalo ella al instante acariciándolo con el gesto ó con la voz. Acabada esta segunda tarea, cuando el león ya no tenía colmillos, ni garras, levantábase la doncella; y los criados, saliendo de su escondrijo, corrían hacia la fiera que tomaba el portante, cabizbaja y con el rabo entre piernas.

Bernardo soñaba que, del medio de un campo de nieve, bajo un cielo de azulado cristal, veía surgir un hermoso lirio que perfumaba el ambiente; al acercarse para cogerlo, metamorfoseábase la flor en hada de ojos de ébano y de dorada cabellera, la cual lo arrebató á través de las nubes, y lo transportaba á encantadoras riberas eternamente floridas.

Por último, Raul soñó hallarse en la noche de sus bodas; y en el momento de abrir el baile con la joven baronesa de Vaubert, descubría, con estupor, que se había puesto la corbata al revés.



E.B.





CAPITULO VII

La señorita de La Seiglière velaba. Apoyada en el alféizar de una ventana abierta, descansando la frente en su mano, con los dedos ocultos en la mata de sus cabellos, escuchaba, distraída, los confusos rumores que de los dormidos campos se elevaban, concierto del agua, del follaje y de las brisas, nocturno de la creación, armonioso lenguaje de las noches estrelladas y serenas.

Á estas voces y á estos rumores unía la señorita de

La Seiglière los primeros estremecimientos de un corazón donde la vida empezaba á revelarse.

Surgía en su alma, como el murmullo de oculto manantial que hierve bajo el césped, pronto á brotar.

Elena había sido educada en un mundo elegante, gracioso y culto, pero poco variado, frío, correcto, circunspecto, y no decimos fastidioso.

Sus conversaciones con el anciano Stamply, las cartas de Bernardo, la imagen y el recuerdo de un muerto á quien nunca había conocido, fueron todo el poema de su adolescencia. Á fuerza de oír hablar de este muerto, á fuerza de leer y de releer sus cartas que respiraban una adorable piedad filial unida á las exaltaciones de la gloria, cartas de niño y de héroe á la vez, cariñosas y caballerescas, escritas en la embriaguez del triunfo el día siguiente á un combate, había llegado á sentir por él ese poético afecto inherente á la memoria de los jóvenes amigos arrebatados por la muerte antes de edad. Poco á poco, este sentimiento extraño había germinado, abriéndose en su seno, como misteriosa flor. ¿Cómo hubiera desconfiado de un sueño cuya realidad jamás entreviera? ¿cómo hubiera podido azorarla una sombra cuyo cuerpo reposaba en la tumba?

Á veces, se llevaba estas cartas en sus excursiones, como hubiera podido hacerlo con un libro predilecto; aquella misma mañana, en la falda de la colina, sentada á la sombra de un álamo, había vuelto á leer la más conmovedora, aquella en que Bernardo enviaba á su

anciano padre la primera cinta roja que brilló en su pecho. Todavía estaba en la carta el pedazo de cinta, empañada por el humo de la pólvora y por los besos del viejo Stamply. Elena no había podido menos de reflexionar que aquella equivalía y con creces, á los claveles, las rosas ó las camelias que el señor de Vau- bert llevaba siempre en el ojal. Había regresado al castillo, impregnada el alma de fogosas expresiones, y apenas traspuso el umbral, mostráronle á Bernardo, Bernardo resucitado, Bernardo de pié y vivo ante ella. Era mucho más de lo necesario para sorprender vivamente una imaginación ociosa que hasta entonces sólo se había exaltado por quimeras.

La aparición milagrosa de este joven, que no se asemejaba á nada de cuanto hasta aquella fecha había visto, y que no dejaba de corresponder al tipo que del mismo se formaba confusamente, la posición de este hijo á quien creía desheredado por la probidad de su padre, su aspecto triste y grave, su digna y altiva actitud, el belicoso esplendor de su frente y de su mirada, lo que había padecido y sufrido, y finalmente los pormenores todos de aquel extraño día, habían producido en la hermosa doncella una impresión novelesca y profunda.

Demasiado distante de sospechar lo que pasaba en su alma, para tener motivo de alarma, abandonábase la señorita de La Seiglière, sin miedo, á las sensaciones que afluían á su corazón, como las olas de una vida nueva. Comprendió, no obstante, que toda vez que Bernardo estaba vivo, ya no tenía derecho ella á con-

servar las cartas que el anciano Stamply le confió en su lecho de muerte. Á tal idea, oprimiósele el corazón; cogió todas las cartas, una por una, leyéndolas todas por última vez; después, las guardó juntas en un sobre, volvió á asomarse á la ventana, y permaneció largo rato contemplando las estrellas que brillaban en el cielo, los blancos vapores que esparcía por el aire el curso invisible del Clain y la luna parecida á un disco de cobre cuyo borde cortaba el horizonte.

Aun cuando el sol estaba ya muy alto, Bernardo despertó en la oscuridad; únicamente un rayo del brillante astro cortaba en dos la habitación por una cinta luminosa donde revoloteaba bullicioso un enjambre de diminutas moscas mezcladas con un millón de átomos, polvillo de oro en un surco de fuego.

Después de permanecer algunos instantes sumido en aquel estado de placidez y de molicie que ni es vigilia, ni sueño, de improviso, al sordo mugido de la realidad que comenzaba á invadirle como el rugir de la marea creciente, incorporóse en el lecho, prestó el oído y paseó en torno suyo una mirada atónita. El rumor se aproximaba, la marea seguía creciendo. Inquieto, desatinado, saltó de la cama, descorrió las cortinas y abrió la ventana, é iluminados á la vez el espíritu y los ojos, vió claro en su aposento y en su destino.

El águila que, después de dormirse en su nido, se despierta en una percha, enjaulada, no experimenta un sentimiento de rabia y de estupor más sombrío ni más terrible del que sintió Bernardo al recuerdo de lo que había ocurrido la vispera. Comprimióse la

frente, desesperado, prodigándose los epítetos de cobarde, perjuro, infame. Tentado estuvo de tirar por la ventana los jarros del Japón, la copa con monedas de oro, la bandeja de cigarros, y de consumir la expiación precipitándose él en pos. Diéronle ganas de ir á retorcer el cuello á la baronesa; estuvo pensando qué castigo infligiría al marqués; ni aun Elena encontró gracia ante su cólera. Inmóvil frente á un espejo, preguntábase si era en verdad su imagen la que veía reflejada en él. ¿Era él mismo, en efecto? Traidor en un día, á todos sus instintos, traidor á sus opiniones, á sus sentimientos, á su origen, á sus deberes, á sus resoluciones, hasta á sus intereses propios, había alternado con la nobleza y aceptado la hospitalidad de los expoliadores y de los asesinos de su padre. ¿Por qué funesto encanto? ¿por qué tenebroso sortilegio? Indignado de haberse dejado embaucar como un niño; convencido de que el marqués no pasaba de ser un viejo calaverón y su hija una joven intrigante, educada en la escuela de la señora de Vaubert; desprendido de todas las ataduras con que le habían enlazado insidiosamente; confuso y furioso, á la vez, por haberse dejado encadenar como Gulliver, por unos pigmeos, cogió su látigo, caló el sombrero y sin despedirse siquiera de sus huéspedes, salió del castillo, resuelto á no volver á poner en él los piés hasta haber expulsado á la raza de los de La Seiglière.

Al atravesar un patio plantado de higueras, castaños y tilos, dirigiéndose á las cuadras con objeto de ensillar por sí mismo su caballo, encontró á la señorita de

La Seiglière que salía de sus habitaciones, de trapillo, más hermosa aún que la víspera, respirando tanta serenidad y tanta pureza, y brillando su mirada con tanta limpidez que Bernardo, al divisarla, sintió desvanecerse su convicción á la vez que su cólera, como al salir el sol se dispersa y se funde la bruma de las colinas. Suponer astucia, intriga, mentira y doblez en aquella altiva y dulce criatura, tanto hubiera valido acusar de homicidio y de carnicería á las palomas de irisado plumaje que se picoteaban sobre el techo del palomar vecino.

—Caballero—dijo Elena—os andaba buscando.

Al timbre de aquella voz, más suave y más fresca que el embalsamado hálito de la primavera, más franco, más leal y sincero que el sonido del oro sin liga, estremeciósse Bernardo y el encanto comenzó á obrar de nuevo. Hallábanse junto á una puertecita que daba al campo. Elena la abrió y posando su mano en el brazo de Bernardo:

—Venid—añadió.—Todavía es temprano y mi padre alardeó demasiado anoche al brindarse á acompañaros esta mañana á dar una batida por nuestros eriales y nuestros barbechos. Os habréis de contentar dando un paseo conmigo por los campos. Vos saldréis perdiendo; pero ganaremos en eso yo y las liebres.

—Mirad, señorita—dijo Bernardo con temblorosa voz, desprendiéndose con suavidad de la mano de Elena;—os considero tan noble, como bella; conozco que dudar de vos, sería como dudar del mismo Dios. Habéis amado á mi padre; fuísteis el ángel de su vejez; le asististeis en sus sufrimientos; os sentas-

teis junto á su cabecera y le ayudasteis á morir. Os venero y os bendigo. Llenasteis los deberes del ausente; mi corazón conservará un agradecimiento eterno por tantas bondades. Sin embargo, dejad que me vaya. No sabría explicaros los motivos que me imponen este deber; pero, toda vez que lo acato, toda vez que tengo el valor de desobedecer tan amables instancias, debéis comprender, señorita, que los motivos que me obligan son muy poderosos.

—Caballero—respondió la señorita de La Seiglière, que creía conocer los motivos de que hablaba Bernardo—si os halláis solo en el mundo, si no os llama á otra parte un afecto formal, si vuestro corazón está libre de todo lazo, no atino á ver qué es lo que pueda dispensaros de vivir entre nosotros.

—Estoy solo en el mundo, mi corazón se halla libre de todo lazo—replicó tristemente Bernardo;—mas, pensad que no paso de ser un soldado de costumbres rudas y tal vez groseras. No tengo los gustos, los hábitos ni las opiniones de vuestro señor padre. Extranjero en el mundo que habitáis, mi presencia en él sería importuna; yo mismo viviría en constante sufrimiento.

—¿No hay más motivo que ese, caballero?—dijo Elena.—Pues bien, pensad también que estáis aquí en vuestros dominios y que nadie intentará jamás contrariar vuestros gustos, vuestros hábitos ó vuestras opiniones. Mi padre tiene un carácter amable, indulgente, acomodaticio. Nos veréis, cuando os plazca; y si no os place, no nos veréis nunca. Elegiréis el género de vida que más os agrade; y salvo la tempera-

tura, que no depende de nuestra voluntad, podréis forjaros la ilusión de que vivís en plena Siberia. Eso sí, no os helaréis, y tendréis la Francia á vuestro alcance.

—Convengamos, señorita—respondió Bernardo—en que no es mi sitio el hogar del marqués de La Seiglière.

—Lo cual me da á entender, caballero, que nuestro sitio no es éste—respondió la señorita de La Seiglière—pues nos hallamos en vuestro hogar.

Así, estos dos corazones honrados y nobles abdicaban, cada cual lo suyo, para no humillarse uno á otro. Conmovido Bernardo, ruborizóse y calló.

—Ya veis pues, caballero, que no podéis partir; y no partiréis. Venid—añadió Elena, cogiendo de nuevo el brazo del joven.—Ayer, por decirlo así, os he transmitido los postreros días de vuestro padre; todavía conservo un depósito que me confió en su lecho de muerte y que tengo el deber de entregaros.

Á estas palabras, arrastró á Bernardo quien la siguió otra vez más y los dos penetraron en un sendero cubierto que atravesaba el parque entre dos setos de espinos y alheñas. Bernardo reconocía aquellos lugares; cada paso, evocaba un recuerdo; cada recodo le presentaba una risueña imagen de sus juveniles años. Así, andando, conversaban de los tiempos pasados. Bernardo refería su turbulenta infancia; Elena detallaba sus días de niña grave y formal. De vez en cuando se detenían, ora para cambiar una idea, una observación, un sentimiento, ora para coger los tallos de menta y de digital que festoneaban el sendero, ó para

admirar los efectos de luz en los prados y en las colinas. Después, sorprendidos por alguna revelación simpática, proseguían su camino sin despegar los labios hasta que un nuevo incidente venía á interrumpir el mudo lenguaje de sus almas.

Si algún espíritu rigorista y timorato encontrase extraño é inconveniente que la señorita de La Seiglière se pasease en traje de mañana, dando el brazo á un joven á quien había visto por vez primera la víspera, será porque su espíritu rigorista y timorato, cuya exquisita susceptibilidad respetamos, por otra parte, olvidaría que la señorita de La Seiglière era demasiado pura y demasiado casta para sentir aquel pudor á que el mundo obliga á sus vestales, y nos permitiría recordarle también, que Elena había crecido en plena libertad y que, siguiendo el secreto instinto de su corazón, creía cumplir un deber.

Al cabo de una hora de paseo llegaron, sin advertirlo, á la granja donde nació Bernardo. Á la vista de aquella humilde habitación donde nada estaba cambiado, Bernardo no pudo reprimir su emoción. Quiso verlo de nuevo y visitarlo todo; después, sentóse junto á Elena en el mismo banco donde su padre se había sentado pocos días antes de espirar. Los dos estaban conmovidos y mudos. Cuando Bernardo levantó la cabeza, que había sostenido largo rato entre sus manos, tenía el rostro bañado en lágrimas.

—Señorita—dijo, volviéndose hacia Elena—anoche referí, en vuestra presencia, seis años de destierro y de dura esclavitud. Sois buena..... lo sé..... lo presiento.

Tal vez habéis compadecido mi martirio; y, sin embargo, en esa narración indiscreta de mis males y de mis miserias no hice figurar la más cruel de mis torturas. Esta no ha cesado, la llevo en mí como cuervo que me roe el pecho. Cuando me separé de mi padre, el pobre era ya anciano y se hallaba solo en el mundo. En vano me objetó que no tenía otro arrimo que yo, en la vida. Le abandoné sin piedad, para correr en pos de ese fantasma que se llama gloria. Allá, entre el estruendo de los campos de batalla y las embriagueces de la guerra, no me acordaba de que era un ingrato; en el silencio de la cautividad sentíme abrumado de repente bajo el peso de un pensamiento terrible. Representábaseme mi anciano padre sin parientes, sin amigos, sin familia, abandonado, llorando mi muerte y acusando mi vida. Desde entonces, la idea de que se quejaba de mí y de que acusaba mi ternura, no me dejó paz ni tregua y vino á trocarse en dolencia del corazón; y aun ahora me pregunto si me perdonó al morir.

—Murió bendiciendo vuestra memoria—respondió la doncella;—salió de esta vida con gozo, alentando la dulce esperanza de abrazaros en el cielo.

—¿Nunca os habló de mí con amargura?

—Sólo me hablaba de vos con amor, con entusiasmo.

—¿No maldijo nunca mi partida?

—Siempre se estremecía de orgullo al pensar en vuestras gloriosas hazañas. Lloraba vuestra muerte, y sin embargo, sólo existía en vos y por vos. Próximo á espirar me entregó vuestras cartas, como el más caro y precioso legado de que podía disponer. Aquí las



— Aquí las tenéis — añadió Elena....



tenéis—añadió Elena sacándolas del bolsillo y dándolas á Bernardo ;—estas cartas me han enseñado á conocer y amar á Francia ; á menudo ví á vuestro padre humedeciéndolas con su llanto y con sus besos.

—Señorita—dijo Bernardo con acento conmovido—vos que ayudasteis al padre á morir, vos que ayudáis al hijo á vivir, bendita seáis otra vez más.

Y regresaron más silenciosos aún que al llegar.

Impresionado todavía por la atroz pesadilla de la noche, recibió el señor de La Seiglière cordialmente á Bernardo, quien no pudo dispensarse de compartir el almuerzo, sentado entre el marqués y su hija. Entregado á sus propios impulsos, el marqués estuvo delicioso ; si de vez en cuando se le escapaba alguna imprudencia, había en ella tal carácter de franqueza y lealtad, que no desagradaba á la naturaleza leal y franca de su huésped.

Terminado el desayuno, deslizóse el día como un ensueño ; siempre dispuesto Bernardo á partir y siempre detenido por algún nuevo episodio. Hojeó varios álbums con Elena, pasó á la sala del billar con el marqués, se dejó pasear en calesa descubierta, visitó las caballerizas del castillo, habló de caballos con el anciano gentil-hombre, que se las echaba de inteligente.

Por la tarde, compareció la señora de Vaubert, desplegando todas las zalamerías de su gracia y de su ingenio. La comida fué casi jovial. Por la noche, junto al hogar, reanudó Bernardo la historia de sus batallas. En resumen, al dar el reloj las doce, y después de estrechar la mano del marqués, se retiró á su habita-

ción ; y, á la vez que jurando alejarse el día siguiente, fumó un cigarro, acostóse y no tardó en dormirse, mecido por gratos ensueños. ¿Qué era, en tanto, de nuestro joven barón ? Aquella mañana, la señora de Vaubert, que había combinado que su hijo no se presentase la víspera en el castillo, le llamó á su habitación.

—¿ Me amas, Raul ?—díjole al verle.

—¡ Vaya una pregunta, madre mía !—dijo el joven.

—¿ Me eres adicto, en cuerpo y alma ?

—¿ Podéis dudarlo ?

—¿ Y si intereses graves que me atañen te obligaran á partir para París ?

—Partiría.

—¿ Inmediatamente ?

—Voy á partir.

—¿ Sin perder una hora ?

—Parto—dijo Raul cogiendo el sombrero.

—Bien—dijo la señora de Vaubert.—Esta carta encierra mis instrucciones ; no la abras hasta que te hables en París. La diligencia de Burdeos pasará por Poitiers dentro de dos horas. Toma este dinero ; dame un abrazo. Y ahora, véte.

—¿ Sin despedirme del marqués ni de su hija ?—preguntó Raul, vacilante.

—Corre á mi cargo—dijo la baronesa.

—No obstante...

—¿ Me amas, Raul ?

—¿ Qué van á pensar ?

—¿ Me eres adicto ?

—Estoy en marcha, madre mía.

Tres horas después el señor de Vaubert corría en posta hacia París, menos perplejo y menos inquieto de lo que pudiera imaginarse, y convencido de que su madre le enviaba á comprar los regalos de boda.

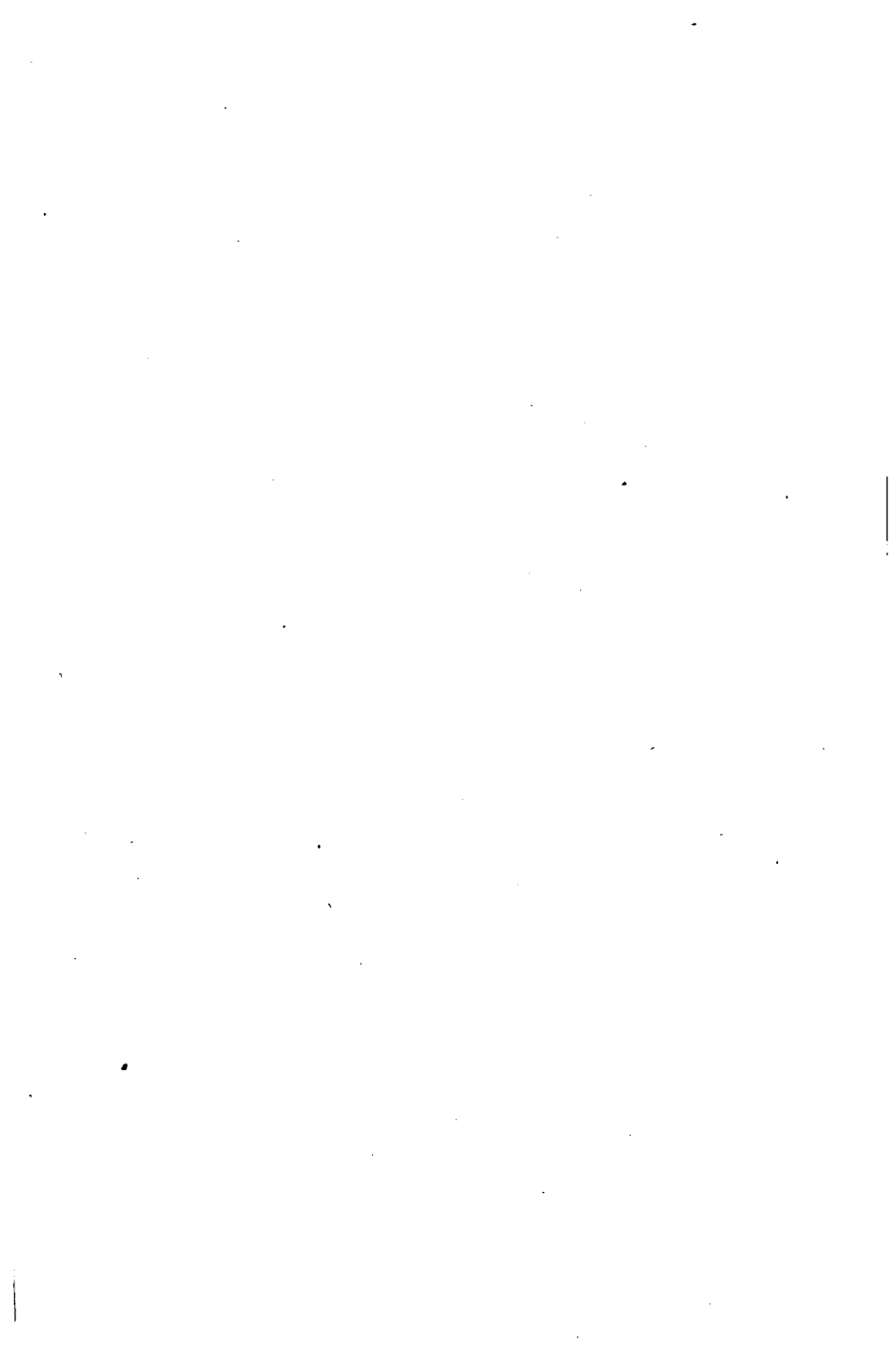
Al saltar del coche, rompió el sello de la carta que encerraba las disposiciones de la baronesa, y leyó:

«Diviértete, ve mundo, no alternes sino con personas de tu clase, no te degrades por nada ni por nadie, cuida de tu juventud, no pienses en volver hasta que te llame yo, y fía en mí el cuidado de tu ventura.»

Raul no comprendió, ni intentó comprender.

Al día siguiente, paseábase por el bulevar grave, frío, circunspecto, y tan poco ganoso de ver y de observar los esplendores para él nuevos, de París, como si estuviese paseando por sus dominios.







CAPÍTULO VIII

TRANSCURRIERON semanas y mesés. Siempre dispuesto á partir, Bernardo no partía.

Cazó, montó en los caballos del marqués y acabó dejándose llevar por la corriente de esa vida elegante y fácil que se llama la vida de castillo.

Las agudezas del marqués le divertían.

Aun cuando todavía conservaba hacia la señora de Vaubert un sentimiento de vaga desconfianza y de inexplicable malestar, hallábase subyugado por el atractivo de su gracia y de su ingenio.

Las comidas eran alegres, y los vinos exquisitos.

Los paseos, al caer de la tarde, por las orillas del Clain ó bajo los árboles del parque deshojados por el otoño, las pláticas junto al hogar, la discusión, y las animadas narraciones, abreviaban las ociosas veladas.

Cuando se le escapaba al marqués algún aristocrático arranque, que á manera de obús venía á estallar á los piés de Bernardo, Elena, ocupada á la luz de la lámpara en alguna labor de aguja, alzaba su rubia cabeza y con una sonrisa cerraba la herida que su padre acababa de abrir.

La señorita de La Seiglière, que continuaba creyendo que el joven huésped se encontraba en el castillo en una posición penosa, humillante y precaria, desvivíase por hacérsela olvidar; y este error reportaba á Bernardo tan dulces resarcimientos, que el joven sufría con heróica paciencia, y no escaso asombro de su parte, las indiscreciones del incorregible anciano.

Por lo demás, aun cuando no se hallasen de acuerdo en punto alguno, Bernardo y el marqués habían llegado á sentir uno por otro cierta especie de afecto.

El carácter franco del hijo de Stamply, su leal corazón, su firme actitud, su lenguaje rudo y osado, y hasta la exaltación de sus sentimientos siempre que se trataba de las batallas del Imperio y de la gloria de su emperador, no desagradaban al anciano gentil-hombre. Por otra parte, las caballerescas puerilidades del gran señor complacían al joven soldado. Juntos cazaban, corrían á caballo, jugaban al billar, discutían de política, se exaltaban, batallaban y quedaban tan amigos.

—¡ Á fe mía !—pensaba el marqués—por más húsar,

por más hijo de villana que sea, no deja de valer algo este mozo.

—¡Nada!—diría para sí Bernardo;—por más marqués, por más soldado del antiguo régimen que sea, no me disgusta este viejo bonachón.

Y, cada noche, al despedirse, y, cada mañana al verse, estrechábanse cordialmente las manos.

Espiraba el otoño.

Desde la instalación del hijo de Stamply en el castillo, se había juzgado prudente alejar la turba multa de visitantes.

Vivíase en familia; las fiestas habían cesado.

Bernardo, que había pasado el invierno anterior en las estepas hiperbóreas, no intentó resistir más á las seducciones de un hogar amable y encantador.

Reconoció que, al fin y al cabo, los nobles no eran tan malos como decían y que, tratados de cerca, valían más.

Preguntóse qué hubiera sido de él, triste y solitario en aquel castillo desierto; se dijo que ofendería la memoria de su padre empleando medidas de rigor contra los seres que habían endulzado sus postreros días, y, puesto que nadie le impugnaba sus derechos, debía dejar al tiempo, á la delicadeza y á la lealtad de sus huéspedes el cuidado de terminar dignamente aquella extraña historia, sin sacudimientos, sin luchas.

En una palabra: abandonándose humildemente á merced de la corriente que le mecía, no le faltaron argumentos para disculparse á sus propios ojos y justificar su debilidad.

Uno había que valía por todos y sin embargo lo pasó por alto.

Huía el tiempo, para Elena, ligero y rápido; para Bernardo, lo mismo.

No era necesaria gran perspicacia para prever lo que iba á pasar entre aquellos dos jóvenes corazones; empero, nuestro gentil hombre, que tanto entendía en amor como en política, no debía abordar la idea de que su sangre pudiese enamorarse de la de su antiguo colono.

Por otra parte, la señora de Vaubert que, con todas las sutilezas del espíritu, nunca había sospechado las sorpresas de la pasión, no podía suponer razonablemente que la presencia de Bernardo hubiese de eclipsar la imagen de Raul.

Sospechábalo aún mucho menos la señorita de La Seiglière. Conocía tan poco lo que es amor esta niña, que estaba convencida de que amaba á su prometido; reconociéndose ante Dios esposa del señor de Vaubert, y sólo generosa con Bernardo, dejábase llevar por la misteriosa corriente que la arrastraba.

Cierto es que, de vez en cuando, comparaba la juventud heroica de éste con la existencia ociosa de aquél; de vez en cuando también, al leer las cartas de Raul, recordando las cartas de Bernardo, admirábase de encontrar menos ardorosa y menos exaltada la ternura del amante que la ternura del hijo; cuando, chispeantes los ojos, iluminada la frente por mágicos reflejos, hablaba Bernardo de gloria y de combates, cuando, sentado junto a ella la contemplaba silencioso,

sentía Elena cierta conmoción que nunca había experimentado en presencia de su hermoso prometido; pero ¿cómo hubiera podido adivinar el amor en los estremecimientos de su sér, cuando hasta entonces había tomado por amor un sentimiento tibio y apacible, sin trastornos ni misterios, sin dolores ni alegrías? Finalmente el mismo Bernardo se embriagaba, sin advertirlo, con los encantos que le rodeaban.

Así, ambos jóvenes se veían cada día en plena libertad y con la mayor inocencia, esforzándose en hacer olvidar uno á otro su posición respectiva, sin comprender uno y otro que el amor se había deslizado ya bajo tan tiernas delicadezas. Llegó no obstante un día en que simultáneamente sintieron su vaga revelación.

Poco tiempo antes de la llegada de Bernardo, por uno de aquellos caprichos juveniles asaz familiares á la vez del marqués, había adquirido éste un potro lemosino de noble raza que pasaba por indomable y que nadie había logrado montar. Elena le había dado el nombre de Orlando, sin duda por alusión á Orlando el furioso. Habiéndosele ocurrido, en mal hora, á un pobre diablo, que alardeaba de centauro, someter al brioso animal, Orlando le desmontó y el centauro salió descalabrado.

Desde entonces, nadie se había atrevido á habérselas con tan rudo adversario.

Un día, versó la conversación sobre este tema, y apostó Bernardo que domaría el corcel, dejándole, en menos de un mes, blando y manso como un corderillo

enjaezado. La señora de Vaubert le animó á la prueba; el marqués se empeñaba en disuadirle de ello y suplicaba Elena que lo dejara. Puesto en juego su amor propio, corrió Bernardo á la caballeriza, y no tardó en reaparecer á los piés del balcon donde se hallaban la baronesa, el marqués y su hija, montado en Orlando terrible, magnífico.

Irritado por el freno, lleno de espuma el hocico é inyectados los ojos de sangre como yegua salvaje que se sintiese molestada por la cincha y el bocado, botaba el arrogante animal con increíble furor, encabritándose é irguiéndose sobre sus jarretes de acero, todo ello con visible satisfacción de la señora de Vaubert, que seguía con sumo interés este ejercicio, en tanto que el marqués, maravillado por la gracia y la destreza del jinete, aplaudía con frenesí.

—¡Pardiez, buen mozo, sois un verdadero Lapita!— exclamó batiendo palmas.

Al volver al salón, Bernardo vió á Elena pálida como un sudario. Aquella tarde, la señorita de La Seiglière no le dirigió una palabra, ni una mirada siquiera; pero, durante la velada, mientras Bernardo, que temía haberla ofendido, permanecía junto á ella, triste y callado, y el marqués y la baronesa se hallaban absorbidos en una partida de ajedrez:

—¿Por qué arriesgáis con tanta ligereza vuestra existencia?—dijo en voz baja y con frialdad Elena, sin levantar los ojos y sin interrumpir su bordado.

—¿Mi existencia?—respondió Bernardo sonriendo— ¡Vale bien poco!



..... botaba el arrogante animal.....



—No lo sabéis bien—dijo Elena.

—Creed que nadie se interesa por ella—replicó Bernardo con voz trémula.

—No digáis eso—dijo la joven.—Además, es una impiedad el disponer así de un dón de Dios.

—¡Jaque mate!—exclamó el marqués.—Buen mozo —añadió volviéndose hacia Bernardo—os repito que sois un Lapita.

—Á este paso—dijo á su vez la señora de Vaubert—apuesto á que antes de ocho días Bernardo tiene dominado á Orlando y le maneja como á un manso cordero.

—No volveréis á montar ese caballo—dijo en tono de fría y tranquila autoridad la señorita de la Seiglière, siempre con los ojos fijos en su labor y de manera que sólo la oyese el joven, que se retiró casi inmediatamente para ocultar la turbación de su alma.







CAPÍTULO IX

A sí andaban las cosas y nada hacía presumir que hubiesen de tomar en largo tiempo ni jamás, nuevos rumbos. Resueltamente establecida, la posición de Bernardo parecía inatacable. Todo lo más que, razonablemente, podía esperar el marqués, era que al joven no se le ocurriese dar un giro nuevo á la situación.

Arrastrado por instintivas simpatías hacia Bernardo, le estimaba ó mejor dicho le toleraba de buen grado, siempre y cuando, dejándose llevar por la ligereza de su carácter, olvidaba con qué derecho el hijo de

Stamply se sentaba á su mesa y en su hogar; pero, en las horas de reflexión, cuando abrumado bajo el peso de su dependencia, veía claro en la realidad, representábasele el joven como un enemigo á domicilio, como espada de Damocles suspendida de un hilo y fulgurando encima de su cabeza.

Para él, existían dos Bernardos; uno, que no le desagradaba; y otro á quien hubiera deseado ver hundirse á cien piés bajo tierra. Ya no era, no, aquel marqués petulante y retozón, que á cada momento rompía su atadero saltando y brincando por los campos de la fantasía. La realidad le había domado, y si á veces intentaba escapar, la ruda amazona le paraba en seco hundiéndole en los flancos sus férreas espuelas.

También había perdido la señora de Vaubert gran copia de aquella varonil entereza que mostraba en un principio. Y no es que hubiese abandonado la partida; la señora de Vaubert no era mujer que se desanimara tan pronto; pero, por más que se empeñase en tranquilizarle con buenas palabras, el marqués la veía vacilante, insegura, perturbada, indecisa. La verdad es que la baronesa ya no tenía aquella confiada intrepidez que por largo tiempo la sostuvo y que por largo tiempo había logrado infundir en el corazón del anciano gentil-hombre. Estudiando á Bernardo, observándole de cerca, contemplando su vida, habíase convencido la baronesa de que no era uno de aquellos genios con quienes cabe entrar en transacciones; comprendía que tenía que habérselas con un alma susceptible y activa de las que imponen condiciones, pero que no

las admiten; que pueden abdicar, pero que jamás transigen. Ahora bien, como en el caso presente se trataba de abdicar un millón, no era verosímil que Bernardo se resignara fácilmente, por poco enterado que se le supudiese. Sólo la señorita de La Seiglière podía intentar semejante milagro; sólo esta podía consumir la obra de conquista que, sin darse cuenta de ello, habían iniciado victoriosamente su hermosura, su gracia y su juventud.

Por desgracia, Elena era simplemente un alma pura, y de juicio recto, y aunque poseía los atractivos que enamoran y amansan á los leones, desconocía el arte de limarles los dientes y recortarles las uñas. ¿Qué rodeos y seducciones eran necesarios para convertir á ese noble corazón, sin que lo advirtiera, en instrumento de la astucia y cómplice de la intriga? Tal era el secreto que, por más que aguzaba su poderoso ingenio, en vano buscaba la baronesa de Vaubert. Ya no se mostraba tan locuaz y fogosa en sus conversaciones con el marqués, ni con aquel desdén, y aquel altivo menosprecio y desparpajo que quizás han hecho sonreír alguna vez al lector. Cuando el cazador sale de madrugada, con el alba, lleno de esperanza y ardor, aspira el aire con todos sus pulmones, y moja con delicia los piés en el rocío de la campiña. Quien le viera así, el fusil al hombro, escoltado de sus sabuesos, creería que va á conquistar el mundo. Pero, á mediodía, cuando los perros no han logrado ojear una sola liebre, ni una sola perdiz, y empieza á prever el cazador que volverá á su casa con el zurrón vacío sin

haber disparado un tiro; á través de las malezas que desgarran sus polainas, y á los rayos del sol que cae á plomo, anda el pobre mohíno y se sienta abatido á la sombra de la primera encina que encuentra. Algo de esto les pasaba á la baronesa y al marqués. Llegaron á la hora de siesta sin haber cazado ni un pajarillo. Y son más dignos de lástima aún que el cazador del cuento, porque no sólo no han podido cazar, sino que han sido cazados á su vez.

—¿Y bien, señora baronesa?—preguntaba á veces el marqués, moviendo la cabeza con aire consternado.

—Y bien, marqués—respondía la señora de Vaubert;—veamos, esperemos. El tal Bernardo no es, precisamente, el mozo que nos figurábamos. Fingida ó real, no carece de cierta elevación de ideas y sentimientos. Hoy día, todos somos unos. Gracias á los beneficios de una revolución que ha confundido las clases, suprimiendo todas las líneas de demarcación, la canalla pretende tener el corazón al nivel del nuestro; no hay ente, por vil que sea, que no se creyese deshonrado si dejase de hacer alarde de la altivez de un Roldán ó del orgullo de un Montmorency. Eso da lástima; pero es verdad. Esa gentuza acabará blasonando de su mugre y ostentando escudos de armas.

—Lo cierto es, señora baronesa—añadía el marqués—que estamos jugando á un pésimo juego, y ni siquiera tenemos por excusa la suerte; gracias á vuestros consejos, estoy próximo á perder de un golpe mi honra y mi fortuna. ¿Cómo va á acabar esta comedia? Vos me repetís sin cesar que somos dueños de la presa; yo

creo, ¡pardiez! que la presa es dueña de nosotros. Es un ratón que hemos encarcelado en un queso de Holanda.

—Veamos, esperemos—repetía la señora de Vaubert.

—Enrique IV no conquistó su reino en un día.

—Lo conquistó á caballo, con la punta de su espada sin tacha.

—Olvidáis la misa.

—Era misa rezada; y la que estoy oyendo, há tres meses que dura y aún no he pasado del *Introito*.

Por más que el confiar á un extraño el secreto de esta aventura (que, á decir verdad, no era un secreto para nadie), le repugnaba en extremo y mucho más el trato de los curiales, había llegado el marqués á un grado tal de perplejidad, que se decidió á tomar consejo de un célebre jurisconsulto que florecía en Poitiers, donde le consideraban como el D'Auguesseau de la comarca. El señor de La Seiglière dudaba todavía de la validez de los derechos de su huésped; negábase á creer que el legislador, aun siendo corso, hubiese llevado la iniquidad hasta el punto de alentar y de legitimar pretensiones tan exorbitantes. Á riesgo de perder su última esperanza, mandó llamar á su gabinete al D'Auguesseau de Poitiers y le explicó lisa y llanamente el caso, con objeto de saber si habría un medio decente de desembarazarse del tal Bernardo, ó cuando menos, inducirle por fuerza á una transacción que no comprometiese el honor ni la fortuna de su raza.

El célebre jurisconsulto, que se llamaba Des Tourneilles, era un vejete ladino, sagaz y zumbón, pertene-

ciente á la nobleza de toga y de consiguiente poco amigo de la nobleza de espada y menos aún de los señores de La Seiglière que siempre habían tratado de burgueses á los leguleyos y jurisperitos. Conservaba, además, el recuerdo de una ocasión en que nuestro gentilhomme le había recibido con aristocrática altivez, incidente sin trascendencia que se remontaba á más de treinta años, olvidado desde entonces por el ofensor, pero cuya memoria todavía manaba sangre en el corazón del ofendido.

Sintióse vivamente complacido el señor Des Tournelles viendo al marqués en tan apurado trance. Después de estudiar profundamente el caso, después de cerciorarse de que, según el tenor de la escritura de donación otorgada por el viejo Stamply á favor de su antiguo señor, los derechos de ésta se hallaban revocados en su integridad por el solo hecho de la existencia del hijo del donador, se complació en demostrar al gentilhomme que no solamente la ley no le ofrecía medio alguno de expulsar á Bernardo, sino que por el contrario reconocía en éste el derecho de plantarles, á él y á su hija, de patitas en la calle. No paró aquí el viejo zorro. Bajo forma de argumentación, defendió el principio que reintegraba á Bernardo en la propiedad de su padre; desenvolvió el pensamiento del legislador; sostuvo que en ello, lejos de ser inicua, como afirmaba el señor de La Seiglière, la ley no pasaba de ser justa, previsorá, maternal.

En vano el marqués se indignó; en vano intentó esquivarse otra vez más por los mil y un rodeos que co-

noía de sobras; el legista le demostró, muy cortésmente, que, al apropiarse los bienes territoriales de los emigrados, la república había usado de un derecho legítimo, y que, al restituirle los dominios de sus abuelos; su antiguo colono no había hecho más que realizar un acto de munificencia. So pretexto de esclarecer la cuestión, aplastó con mucha complacencia al gran señor bajo la generosidad del viejo mendigo. Dotado de inagotable facundia, salían de su boca las palabras, como nube de flechas de un carcaj; por manera que el pobre marqués, acribillado de picaduras, sudaba la gota gorda y se agitaba en su sillón, maldiciendo la idea que le había ocurrido de llamar á tan implacable parlanchín, sin quedarle siquiera el recurso de encolezarse, gracias á la destreza, á la urbanidad y á la exquisita finura que su verdugo desplegabá.

Hubo un momento en que le sacó de sus casillas.

—¡Basta, caballero, basta!— exclamó— me parece ¡pardiez! que abusáis de la erudición y de la elocuencia. Estoy enterado de sobras y no necesito saber más.

—Señor marqués—replicó con serenidad el astuto vejete que se complacía en el juego y no debía abandonar la partida hasta hallarse repleto de la sangre de su víctima;—en este asunto soy el médico de vuestra fortuna y de vuestra honra y me consideraría indigno de la confianza que me habéis dispensado, si no correspondiese á ella con entera franqueza. Grave es el caso; ni vuestras restricciones, ni mis contemplaciones os sacarán del apuro.



Estas palabras cayeron como benéfico rocío en el corazón ulcerado del marqués.

—¿ Es decir, caballero—preguntó con aire vacilante y sumiso,—es decir que aún cabe esperanza ?

—Sin duda alguna—respondió el artero vejete— siempre y cuando os resignéis á confesarlo y á oirlo todo. Os lo repito, señor marqués; en mí no habéis de ver sino á un médico que ha venido á estudiar vuestro mal y á procurar remedio.

Amansado por el miedo, atraído por la esperanza y alentado por la aparente bondad con que el viejo culebrón encubría sus pérfidos designios, abandonóse el marqués á efusiones exageradas. Ateniéndonos á la comparación del jurisconsulto, le ocurrió lo que á las gentes que después de pasar su existencia mofándose de la medicina, se entregan á ciegas en manos de los médicos tan luégo como creen percibir en su cabeza el hálito glacial de la muerte.

Salvo algunos pormenores que creyó debía omitir, lo refirió todo: su regreso, la llegada de Bernardo y de qué manera se hallaba instalado éste en el castillo. Hostigado por el diabólico Des Tournelles, que á cada paso le interrumpía, exclamando: ¡ muy bien ! ¡ perfectamente ! ¡ no es tan grave como creí ! ¡ ánimo, señor marqués, saldremos del aprieto ! presentó su posición desnuda del todo; en tanto que el taimado vejete, con la barba apoyada en el puño de su bastón, no cabía en sí de gozo viendo al orgulloso gentil-hombre exhibir sus achaques y descubrir sin pudor las llagas de su egoísmo y de su vanidad. Cuando éste hubo dado fin

à sus confidencias, comenzó el señor Des Tournelles à menear la cabeza, con aire preocupado.

—La cosa es grave—dijo—muy grave, más grave de lo que me parecía poco há. Señor marqués, inútil sería ocultaros que os halláis en la posición más funesta que jamás ocupó gentil-hombre en ninguna época y en país alguno. No estáis en vuestra casa. No sois vos quien tolera à Bernardo ; quien os tolera es él. Estáis à su discreción ; dependéis de uno de sus caprichos. Ese mozo, el mejor día, puede plantaros en la calle. La cosa es grave, muy grave, gravísima.

—Demasiado lo sé ; pardiez !—exclamó el marqués irritado ;—aunque pasaseis todo el día repitiéndomelo, nada nuevo me diriais.

—No ignoro — prosiguió tranquilamente el señor Des Tournelles sin atender à la interrupción del marqués — disto mucho de ignorar que ese joven tiene grande interés en conservaros bajo su techo, à vos y à vuestra amable hija ; sé que con dificultad encontraría otros huéspedes tan distinguidos y que tanto le honrasen. Más aún ; pretendo que cumple en ello un deber y que su piedad filial le ordena imperiosamente encadenaros à su fortuna. ¡Fuísteis tan bueno con su padre ! Se ha dicho, con razón, que el viejo Stamply se enriqueció al desposeerse ; tantos fueron los cuidados, las atenciones y las consideraciones que le prodigasteis en los últimos tiempos de su vida ! ¡Encantador espectáculo ! ¡Cuán bello es ver la mano que da, vencida en generosidad por la mano que recibe ! Por más que no tengo el honor de conocer al señor Stam-

ply, no dudo de sus buenas intenciones hasta el presente; todo, en él, revela un corazón noble, un espíritu elevado, un alma reconocida. Empero, aparte de que no conviene que un de La Seiglière acepte tan humillante situación, la vida está sembrada de escollos contra los que, necesariamente, vienen á quebrarse, tarde ó temprano, las intenciones más puras, las resoluciones más honradas. Bernardo es joven; se casará; tendrá hijos. Señor marqués, repito que el caso es endiablado.

—¡Qué demonio!—exclamó el señor de La Seiglière sintiendo que la sangre enrojecía sus orejas;—os he llamado, no para calcular la profundidad del abismo donde he caído, sino para que me indiquéis un medio de salir de él. Empezad por sacarme fuera, y medidlo después.

—Poco á poco, señor marqués—replicó Des Tournelles;—antes de tenderos una escala, he de conocer su longitud. Señor marqués, el abismo es profundo... ¡Qué abismo! Si salís de él, podréis lisonjearos, como Teseo, de haber visto las sombrías riberas. ¡Y qué historia la vuestra, señor marqués! ¡qué caprichosos juegos de la suerte! ¡qué raras vicisitudes! El marqués de La Seiglière, uno de los más grandes apellidos históricos, uno de los primeros nobles de Francia, llamado del destierro por su antiguo servidor! ¡Ese hombre digno, que se desposee para enriquecer á su señor de antaño! ¡Ese hijo que creían muerto y que regresa el día menos pensado para reclamar su herencia! Es un drama, es toda una no-

vela; nuestros anales judiciales no registran caso más interesante. Confesad, señor marqués, que no fué poca vuestra sorpresa viendo surgir ante vos á ese joven guerrero, muerto en la batalla del Moscowa. Por más que su regreso hubiese de infundir cierta perturbación en vuestra existencia, juraría que no os desagradó el ver vivo y sano al hijo de vuestro bienhechor.

—¡ Al grano, señor mío, al grano!—exclamó el marqués próximo á estallar y más rojo que una peonía.— ¿Sabeis algún medio de sacarme del aprieto?

—¡ Caramba, señor marqués!—añadió el implacable vejete;— fuerza será que encontremos uno. Vos no podéis continuar en tan cruel perplejidad. No se dirá que un marqués de La Seiglière y su hija han vivido á expensas del hijo de su antiguo colono, expuestos cada día á verse despedidos vergonzosamente, como inquilinos que no pagasen su alquiler. Esto no debe ser, y no será.

Á estas palabras, pareció que el señor Des Tournelles se absorbía en profunda meditación. Un cuarto de hora largo pasó trazando círculos con su bastón en la alfombra y contemplando las molduras del techo, mientras el marqués le examinaba en silencio con una ansiedad, imposible de pintar, aunque fácil de comprender, procurando leer su destino en la frente de ese diablo de vejete y pasando sucesivamente del desaliento á la esperanza, á tenor de la expresión inquieta ó sonriente que el pérfido Des Tournelles daba á su fisonomía.

—Señor marqués—dijo al fin—la ley es formal; los derechos del hijo de Stamply son indiscutibles. Sin embargo, como no hay derecho que no se pueda impugnar, tengo la convicción de que, con astucia y sagacidad, lograríais que el hijo de Stamply desistiese de sus pretensiones. Pero ¡ahí está el quid! para alcanzarlo habría que apelar á las sutilezas de la ley y vos, marqués de La Seiglière, jamás consentiréis en intrincaros en el laberinto de los pleitos.

—Jamás, caballero, jamás—replicó con altanería el marqués;—más vale saltar por la ventana que enlodarse en el barro de las escaleras.

—Seguro estaba de ello—repuso Des Tournelles.—Esos sentimientos son demasiado caballerescos para que pretenda combatirlos. Permitidme, tan sólo, observaros que se trata del dominio de vuestros antepasados, de un millón de propiedad, del porvenir de vuestra hija y de los destinos de vuestra raza. Todo ello merece alguna consideración. No hablo de vos, señor marqués; tenéis el corazón más desinteresado que jamás latió en pecho humano; la ruina os espanta menos que una mancha en vuestro blasón. La miseria no os asusta; si llegase el caso, viviríais de raíces y agua clara. Eso es noble, grande, hermoso, heróico. Ya os veo emprender de nuevo, impávido, el camino de la pobreza. Ante este cuadro, se conmueve mi corazón y mi imaginación se exalta; pues, como se dice con fundamento, el espectáculo más magnífico que verse pueda es la lucha del hombre fuerte batallando con la adversidad. Pero ¡y vuestra hija, señor marqués, y

vuestra hija! Si os place aceptar el papel de Edipo ¿impondrías á tan amable niña la tarea de Antígona? ¡Qué digo! tan implacable como Agamenón, ¿sacrificarías á esa nueva Ifigenia en el altar del orgullo, al egoísmo del honor? Comprendo que os repugne ver arrastrar vuestro nombre ante los tribunales, y arrancar á la justicia por astucia, la consagración de vuestros derechos. Sin embargo, pensadlo bien: ¡un millón en propiedades! Señor marqués, aquí estáis perfectamente; este lujo hereditario os sienta á las mil maravillas. Y además, veamos, en buena conciencia ¿es más vergonzoso procurar herir al adversario en la parte flaca de la ley, de lo que antaño era, entre caballeros, asestar la lanza á la juntura de la visera, ó de la coraza?

—Vamos, caballero—dijo el marqués después de unos instantes de muda vacilación;—si abrigáis la seguridad de buen éxito, mirando por los intereses de mi querida y estimada hija, me resignaré á apurar hasta las heces el cáliz de las humillaciones.

—¡Triunfo del amor paternal!—exclamó Des Tournelles.—Queda, pues, convenido; pleitearemos. Sólo nos falta investigar de qué delicadas sutilezas nos valdremos para despojar legalmente de sus legítimos derechos al hijo del hombre bonachón que os donó todos sus bienes.

—¡Pardiez, caballero, entendámonos!—exclamó el anciano gentilhombre que, en menos de un segundo palideció y se enrojeció de vergüenza y de cólera.—No es eso lo que pido. Creo que debo transmitir intacto á mi hija el dominio de sus antepasados; pero no preten-

do ¡vive Dios! despojar á ese muchacho; lo dotaré; no repararé en sacrificios, á fin de asegurarle una existencia honrosa.

—¡Ah! ¡corazón noble!—dijo Des Tournelles con un enternecimiento tan bien fingido, que el mismo marqués se enterneció.—¡Y sin embargo hay quien tacha de ingratos y egoístas á los grandes señores! Vaya; toda vez que lo exigiés, haremos algo en favor del húsar. Por otra parte, así lo diremos en pleno tribunal, y por poco partido que nuestro abogado sepa sacar de ahí, producirá muy buen efecto en el espíritu de los jueces.

Á estas palabras, habiendo pedido Des Tournelles algunos instantes de reflexión para encontrar, como él mismo había dicho, la juntura de la ley, pareció abismarse de nuevo en meditación profunda. Transcurridos diez minutos, se transfiguró su semblante, y apareció risueño, complacido. El marqués experimentó el gozo del que, esperando oír su sentencia de muerte, se ve condenado únicamente á cadena perpetua.

—¿Á ver, caballero?—preguntó.

—Señor marqués—respondió Des Tournelles, adoptando de repente un aire lastimero y consternado;—estáis perdido, perdido sin remedio, sin esperanza. Bien considerado, pesado y calculado todo, sería una necedad ponerse á pleitear; comprometeríais vuestra reputación sin salvar vuestra fortuna. No me arredra el empeño de tergiversar la ley y desembarazaros de las ataduras del artículo 960, capítulo: *Donaciones*; siempre hay medio de transigir con el Código.

Por desgracia, los términos de la escritura que os reintegró en vuestros bienes son demasiado claros, precisos y explícitos para que, ni aun con la mayor voluntad, se alcance alterar y desnaturalizar su sentido. El viejo Stamply os hizo donación de su fortuna convencido de que su hijo había muerto; el hijo vive: luego el padre nada os donó. ¡Á ver como salís del atolladero! ¡Desearía saber, nó obstante—exclamó con aire de triunfo—por qué razón estamos perdiendo el tiempo buscando un lejano y funesto desenlace, cuando tenemos al alcance de la mano, otro tan honroso como infalible! Por poco enterado que estéis de nuestros autores cómicos, no debéis ignorar que todas las comedias acaban por un matrimonio, de modo que podría decirse que el matrimonio se instituyó especialmente para satisfacción y utilidad de los poetas. ¡El matrimonio, señor marqués! ¡es el resorte magno, el *Deus ex machina*, la espada de Alejandro cortando el nudo gordiano! Ved á Molière, á Regnard, á todos ellos ¿cómo saldrían de sus tramas, si no fuese con un casamiento? En todas sus comedias ¿quién reúne á las familias divididas? ¿quién termina las querellas? ¿quién cierra los procesos, extingue las rencillas y pone fin á los amores? El matrimonio, siempre el matrimonio. ¡Pardiez! si es verdad que el teatro sea pintura y expresión de la vida real ¿quién nos impide que acabemos por un matrimonio? La señorita de La Seiglière es joven y encantadora según dicen; Bernardo, por su parte, es joven aún y no mal parecido. Casadles; el mismo Molière, en este caso, no hubiera buscado otro desenlace.

Á estas palabras y á pesar de lo grave de la situación, dióle al marqués un acceso de hilaridad tal, que permaneció por espacio de cinco minutos apretándose los ijares y retorciéndose en su sillón, con grandes carcajadas.

—¡Pardiez, caballero!—exclamó al fin—dos horas hace que me tenéis en berlina; bien me debíais este buen rato. Os suplico que repitáis vuestra última frase.

—Tengo el honor de repetiros, señor marqués—repuso el maligno vejete con imperturbable sangre fría—que el único medio de conciliar en este asunto vuestros intereses y vuestra fortuna es el de ofrecer la mano de la señorita de La Seiglière al hijo de vuestro antiguo colono.

Esta vez, el gran señor no pudo resistir. Echóse de espaldas en su sillón, se puso en pié, dió dos vueltas á la habitación y volvió á sentarse víctima de las convulsiones de la risa enfermiza que excita el cosquilleo.

Calmado ya el acceso:

—Caballero—exclamó—me habían asegurado que erais un hombre hábil; pero distaba mucho de suponeros tal hasta ese punto. ¡Qué impetuosidad! ¡qué rápido y certero golpe de vista! ¡qué manera de arreglar las cosas! Para que á vuestra edad os halléis á tanta altura de saber y erudición, por fuerza os enviaron muy niño á la escuela. Sin duda vuestro padre fué procurador. Habríais dejado tamañito á Bártulo, y á vuestro lado el mismo. Cuyás sería un pigmeo. ¡Vive Dios! ¡qué pozo de ciencia! La señora Des Tournelles,

cuando la sacáis á paseo los domingos, por fuerza ha de sentirse muy orgullosa. Señor jurisconsulto—añadió, cambiando bruscamente de tono—olvidáis que os he llamado para pedir os una consulta, y no un consejo.

—¡Dios mío! señor marqués—repuso sin alterarse Des Tournelles—comprendo perfectamente que una proposición como ésta subleve vuestros nobles instintos. ¡Vaya si lo comprendo! acepto todas vuestras repugnancias, y comparto vuestra oposición. Sin embargo, por poco que os dignéis reflexionar, comprenderéis que hay necesidades ante las que, en casos dados, el más legítimo orgullo se ve precisado á doblegarse.

—Dejemos eso, caballero—dijo el marqués con un tono de severidad que no admitía réplica, lo cual no impidió que el vejete maulón replicara ;

—Señor marqués, el sincero interés, las vivas simpatías que me inspira vuestra posición, el respetuoso afecto que he sentido siempre por vuestra ilustre familia, la franqueza y la lealtad, ya conocidas, de mi carácter, todo me obliga á insistir; insistiré aun cuando, en pago de mi adhesión, hubiese de merecer vuestras zumbas ó vuestra cólera. Supongamos que el mejor día, os resbala un pié y caéis en el Clain: ¿no sería un criminal ante Dios y ante los hombres quien, pudiendo salvaros, no os tendiese una mano caritativa? ¡Pues bien! habéis caído en un abismo cien veces más profundo que el lecho de nuestro río; y creería faltar á todos mis deberes si, aun á riesgo de heriros y de magullaros, no empleara todos los medios humanamente posibles para sacaros de ahí.

—¡Y qué!—exclamó el marqués;—¡si tal es su gusto, dejad que la gente se ahogue en paz! Vale más ahogarse sin mancharse en un agua pura y transparente, que asirse del deshonor y agarrarse de la vergüenza.

—Esos sentimientos os honran; en ellos reconozco al digno heredero de una raza de paladines. Sólo me temo que no exageréis los peligros de un enlace desigual. Convengamos en que, con razón ó sin ella, las ideas se han modificado singularmente en este punto. Duros son los tiempos, señor marqués. Aun cuando restaurada, la nobleza se muere; bajo el ficticio esplendor que acaban de devolverle, ofrece el melancólico espectáculo de un astro que palidece y se oculta. Tengo la convicción de que no podrá recobrar su antiguo lustre sino vigorizándose con la democracia, que por todas partes se desborda. He reflexionado maduramente sobre nuestro porvenir, pues también yo soy noble, y prueba hasta qué punto me hallo poseído de la necesidad que tenemos de aliarnos con esa canalla, que me he resignado, hace poco, á casar mi hija mayor con un alguacil. ¿Qué queréis? Con la aristocracia de hoy pasa lo que con esos metales preciosos que no pueden fundirse sino combinándose con un grano de liga. En nuestros tiempos, un matrimonio desigual no es mas que un pararrayos. Degradarse, es procurarse un apoyo, es precaverse contra una tempestad. En la actualidad se está preparando un trastrueque sumamente curioso: dentro de veinte años el hidalgo de ayer habrá reemplazado de nuevo al hidalgo de nuevo cuño. ¿Queréis que os

diga completamente, señor marqués, mi opinión?

—No tengo empeño en ello—dijo el marqués.

—Pues voy á decíroslo—repuso con aplomo el abominable vejete. Gracias á vuestro renombre, y colosal fortuna, á vuestro gran talento y, en fin, á vuestros modales de gran señor, ocurre, naturalmente, que sois muy poco amado en la comarca. Tenéis enemigos... ¿qué hombre superior no los tiene? Compadezcamos al infeliz, tan desheredado del cielo y de la tierra que no tiene dos ó tres enemigos. Á esta cuenta, tenéis muchos; ¿podría no ser así? No gozáis de popularidad; y así debe ser, ya que la popularidad es, en todo, el sello de la necesidad y la corona de la medianía. En una palabra, tenéis la honra de que os aborrezcan.

—¡Caballero!

—¡Nada de modestia! os aborrecen. Servís de blanco á las balas de un partido cauteloso, cuya audacia crece cada día más, y que amenaza llegar á ser la mayoría de la nación. Me guardaré muy mucho de repetir las bajas calumnias que ese partido sin fe y sin ley no se cansa de derramar, como una ponzoña, sobre vuestra noble vida. Sé cuánto respeto se os debe, para jamás consentir en hacerme eco de tan cobardes y malévolos chismes. Os censuran, en voz alta, por haber abandonado la patria, en el momento en que la patria peligraba; os acusan de haber empuñado las armas contra Francia.

—Caballero—replicó el señor de La Seiglière, con virtuosa indignación—en mi vida he empuñado las armas contra nadie.

—Lo creo, señor marqués, tengo la seguridad de ello; todas las gentes honradas tienen mi propia convicción; pero, desgraciadamente, esos liberales nada respetan, y las gentes honradas son raras. Complácense en señalaros como enemigo de las libertades públicas; corren rumores de que detestáis la Carta; se insinúa que aspiráis á restablecer en vuestros dominios el diezmo, el servicio personal y algunos otros derechos feudales. Aseguran que habéis escrito á Su Majestad Luís XVIII aconsejándole que se presente en la Cámara de los diputados con botas y espuelas y el látigo en la mano, como Luís XIV en su Parlamento; afirman que, cada año, festejáis el aniversario de la batalla de Waterloo; sospechan que estáis afiliado á la congregación de los jesuitas; finalmente, llegan al extremo de decir que insultáis ostensiblemente la gloria de nuestros ejércitos, atando cada día á la cola de vuestro caballo un lazo tricolor. Y aun hay más, porque la calumnia no se detiene á mitad de camino; pretenden que el viejo Stamply fué víctima de una captación indigna y que, en pago de sus beneficios, le dejasteis morir de pena. No quisiera espantaros; sin embargo, he de confesaros que, en el punto á que han llegado las cosas, si estallase una revolución (y sólo Dios puede saber lo que el porvenir nos reserva) habríais de daros mucha prisa en huir por segunda vez; de lo contrario, señor marqués, no respondería yo de vuestra cabeza.

—¿Sabéis, caballero, que lo que decís es una infamia?—exclamó el señor de La Seiglière, á quien las

palabras del satánico vejete sacaban de quicio—¿sabéis que esos liberales son un hato de bribones? ¿Enemigo, yo, de las libertades públicas? ¡ Cuando yo adoro las libertades públicas! y ¿ cómo podría yo detestar la Carta, si no la conozco siquiera? ¡ Los jesuitas! ¡ partidiez! en mi vida he visto uno! No quiero humillarme, respondiendo á tan bajas acusaciones. En cuanto á una segunda revolución—añadió jovialmente el marqués como los miedosos que cantan pára tranquilizarse—presumo que os estáis chanceando.

—¡ Señor marqués, que yo no gasto chanzas!— replicó vivamente el señor Des Tournelles.—El porvenir está preñado de tempestades; el cielo está cargado de lívidas nubes; las pasiones políticas se agitan sordamente; el suelo está minado bajo nuestros piés. Francamente, si no queréis que os sorprenda el huracán, velad, velad sin cesar, prestad oído á todos los rumores, permaneced alerta día y noche, sin tregua ni descanso, y tened dispuestas vuestras maletas, para que no os falte más que cerrarlas al primer trueno que ruja.

Púsose sumamente pálido el señor de La Seiglière y miró con espanto al señor Des Tournelles, quien, después de haber gozado algunos momentos con el azoramiento que acababa de despertar en el corazón del infortunado:

—¿ Comprenderéis ahora, señor marqués—añadió— la oportunidad de un enlace desigual? ¿ Comenzáis á entrever que un casamiento entre el hijo de Stamply y la señorita de La Seiglière sería, por vuestra parte, un

acto de alta y profunda política? ¿advertís que obrando así mudáis la faz de las cosas? Se susurra que odiáis al pueblo; pues, dais vuestra hija al hijo de un plebeyo. Os señalan como enemigo de nuestra joven gloria; pues adoptáis á un hijo del imperio. Os acusan de ingrato; pues mezcláis vuestra sangre con la de vuestro bienhechor. Así, confundís la calumnia, desarmáis la envidia, os atraéis la oposición, os creáis alianzas en un partido que anhela vuestra ruina, aseguráis contra el rayo la cabeza y la fortuna; finalmente, acabáis vuestra existencia en el seno del lujo y de la opulencia, feliz, tranquilo, respetado y al abrigo de las revoluciones.

—Caballero—dijo el marqués con dignidad—si necesario es, mi hija y yo subiremos al cadalso. Pueden derramar nuestra sangre; pero no la mancillarán mientras corra por nuestras venas. Estamos dispuestos; la nobleza de Francia ha probado ¡gracias al cielo! que sabe morir.

—Morir no es nada; menos fácil es vivir. Si el cadalso estuviese levantado ante vuestra puerta, os cogería yo de la mano y os diría:—¡Subid al cielo!—mas de aquí á entonces, señor marqués, ¡qué malos días habríais de pasar! Pensad...

—Ni una palabra más, os lo ruego—dijo el señor de La Seiglière, sacando de la faltriquera de sus calzones de raso negro, un bolsillo de malla que deslizó furtivamente entre los dedos del señor Des Tournelles.—Me habéis proporcionado un buen rato—añadió;—hace tiempo que no me había reído tanto.

—Señor marqués—replicó el señor Des Tournelles, dejando caer con descuido el bolsillo en el suelo—sobradamente recompensado estoy por la honra que me habéis otorgado juzgándome digno de vuestra confianza; por lo demás, si es cierto que he conseguido haceros reír en la posición en que os encontráis, este es uno de mis mejores triunfos, y os quedo agradecido. Siempre que os plazca recurrir á mis débiles luces, acudiré presuroso, considerándome feliz si, como hoy, logro infundir en vuestro ánimo alguna confianza y serenidad.

—¡Mil gracias, mil gracias!

—¡No las merece! por más que ya no os halléis aquí en vuestra casa, ni poseáis en lo sucesivo castillo, parque, bosques, dominios, ni siquiera un mal pedazo de tierra donde levantaros una tienda, sois y seréis siempre para mí el marqués de La Seiglière, más grande en el infortunio, de lo que nunca fuísteis en la cúspide de la prosperidad. Yo soy así: el infortunio me seduce, la adversidad me atrae. Si mis opiniones políticas me lo hubiesen permitido, habría acompañado á Napoleón á Santa Elena. Creed que mi adhesión y mi respeto os seguirán á todas partes, y que en mí hallaréis un fiel cortesano de la desgracia.

—Por vuestra parte, caballero, quedad persuadido de que vuestro respeto y adhesión serán para mí un precioso auxilio y un tierno consuelo—respondió el marqués, agitando el cordón de una campanilla.

El señor Des Tournelles se había levantado. Próximo á retirarse, se detuvo, paseó en torno suyo una

mirada complacida y consideró en todos sus detalles el lujo de la estancia donde se encontraba.

—¡Deliciosa morada! ¡encantado nido!—murmuró como si hablara consigo mismo.—Alfombra de Aubusson, damasco de Génova, porcelana de Sajonia, muebles de Boule, cristales de Bohemia, cuadros de valor, objetos de arte, caprichos seductores... Señor marqués, ni un rey está mejor que vos. ¡Y ese parque! es un bosque, añadió aproximándose á una ventana.

En este momento, abrióse la puerta del salón, apareciendo en su umbral un ayuda de cámara.

—Jazmín—dijo el señor de La Seiglière, empujando con el pié el bolsillo que yacía sobre la alfombra y que dejaba ver, á través de sus mallas, el amarillento metal reluciente como las escamas de un pez dorado—recoged eso; es un obsequio que el señor Des Tournelles os hace. Adios, señor Des Tournelles, adios. Mil recuerdos á vuestra esposa. Jazmín, acompañad al caballero; y dadle las gracias.

Dicho esto, volvió la espalda sin más cumplidos, dirigiéndose á una ventana y apoyando la frente en los cristales. Presumía que Des Tournelles se hallaba ya fuera del castillo, cuando de improviso el execrable vejete, que se había deslizado como un áspid, irguióse de puntillas y hablándole casi al oído:

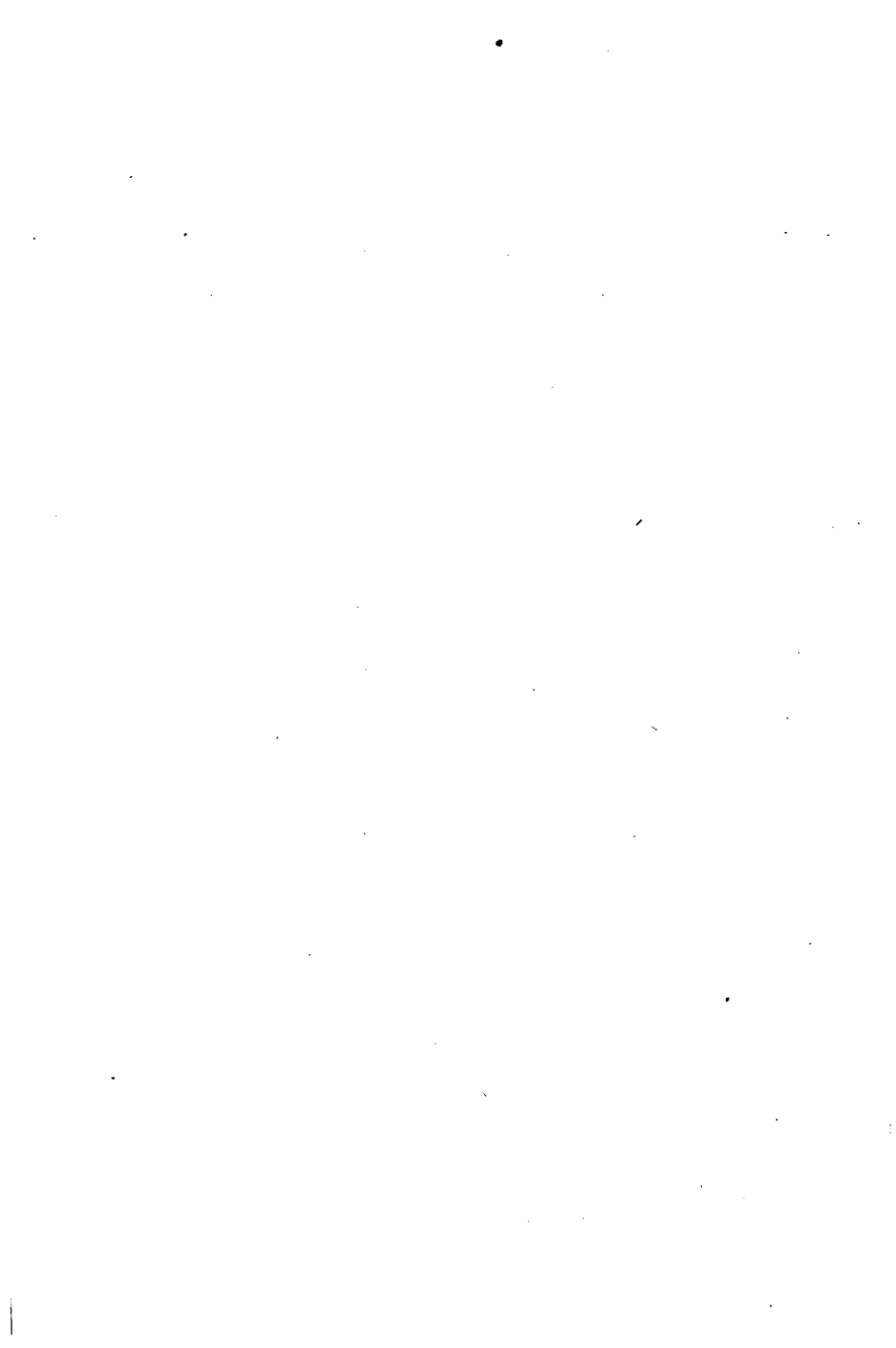
—Señor marqués...—dijo á media voz y con aire misterioso.

—¡Cómo!—exclamó el señor de La Seiglière volviéndose bruscamente—¿todavía estáis aquí?

—Un buen consejo, el último: grave es el caso;



..... Casad á vuestra hija con Bernardo.....



¿queréis salir de él? Casad á vuestra hija con Bernardo.

El marqués se lo echó de encima á cajas destempladas. Dió media vuelta el señor Des Tournelles y seguido de Jazmín que se deshacía en saludos, con el bastón bajo el brazo, sonriendo y frotándose las manos, se esquivó, gozoso como garduña que sale de un gallinero, ebria de carnicería y lamiéndose los hocicos.

Como quien no se atreve á tocarlas, ó sólo las toca para curarlas mejor, el señor Des Tournelles no había hecho más que enconar y avivar las heridas de su víctima; así, el señor de La Seiglière, que ya antes se sentía muy enfermo, acababa de adquirir la certidumbre de que su enfermedad era mortal y que no se libraría de ella.

Tal fué el magno resultado de esta consulta memorable; el marqués se ahogaba, y un jurisconsulto que pasaba por allí le probó que estaba perdido y le ató una piedra al cuello, después de haberle llevado arrastrando y rodando por el cieno durante dos horas, con pretexto de salvarle.

Ahora bien, no era el corazón del marqués el único torturado en el valle del Clain. Sin hablar de la señora de Vaubert, que no estaba completamente tranquila sobre el desenlace de su empresa, Elena y Bernardo, cada cual por su parte, habían perdido el reposo y la serenidad de su alma. Largo tiempo hacía ya que la señorita de La Seiglière se preguntaba con inquietud: ¿por qué en ninguna de sus cartas al señor de Vaubert había osado hablar de la presencia de Bernardo? Sin duda había temido granjearse las chanzas del joven

barón, quien jamás había podido tolerar al viejo Stamply. Y ¿por qué, cada vez que en sus conversaciones con Bernardo se había tratado del hijo de la baronesa, nunca había osado hablar de su próximo enlace con él? Á veces, parecía que engañaba á uno y á otro. ¿De dónde venía ese vago temor ó esa triste indiferencia que desde algún tiempo sentía al pensar en el regreso de Raul? ¿De dónde venía también que sus cartas, que al principio la distraían, si no la encantaban, no le producían actualmente más que profundo tedio? ¿Por qué le abrumaba la fatiga cada vez que debía contestar á ellas? En estas cuestiones, su razón se extraviaba. No sólo la trastornaba de esta suerte lo que en su interior pasaba; comprendía, por instinto, que en torno suyo se agitaba algo de equívoco y misterioso. La tristeza de su padre, el repentino alejamiento de Raul, su ausencia prolongada, la actitud de la baronesa, todo alarmaba á aquella conciencia timorata que un soplo hubiera podido empañar. Las rosas de sus mejillas palidieron; rodeó sus ojos azulado círculo, y alteróse su amable carácter. Para explicarse la perturbación y el malestar que sentía al lado de Bernardo, se esforzó en aborrecerle; reconoció que la calma y la limpidez de sus juveniles años las había perdido después de la llegada de este forastero; acusóle, en su corazón, de haber aceptado con demasiada humildad la hospitalidad de una familia que su padre había despojado; dijose que hubiera podido emplear más noblemente su valentía y su juventud, y sintió no verle más orgulloso y más digno. Después, adhiriéndose al señor

de Vaubert con todas sus fuerzas y todo su valor, tomando así su conciencia por amor y su amor por odio, se alejó poco á poco de Bernardo, renunció á los paseos en el parque, cesó de presentarse en el salón, y vivió retirada en su aposento.

Reducido á la intimidad del marqués y de la baronesa, desde que la señorita no estaba presente para cubrir con su candor, con su inocencia y con su hermosura las estratagemas y las intrigas de que había sido juguete, volvióse Bernardo taciturno, raro, irascible.

Entonces el marqués, por una resolución que merecería todos los epítetos que amalgamaba la señora de Sevigné á propósito del matrimonio de una nieta de Enrique IV con un segundón de Gascuña, decidióse á pasar de súbito bajo las horcas caudinas que el señor Des Tournelles le había indicado como la única senda de salvación que le quedaba en el mundo.







CAPÍTULO X

DESDE su entrevista con el abominable Des Tournelles, nuestro marqués había perdido el sueño, la sed y el apetito.

Gracias á su frivolidad y á su carácter atolondrado, había podido conservar hasta entonces alguna esperanza y alimentar ciertas ilusiones.

En la actualidad, era como mariposa herida que aún aleteaba cuando, so pretexto de aliviarle, el atroz jurisconsulto, agarrándole delicadamente entre sus dedos, lo había clavado con un alfiler al duro cartón de la realidad.

Desde entonces había comenzado para el marqués un martirio ignorado. ¿Qué hacer? ¿qué resolver? Si el orgullo le aconsejaba retirarse con la cabeza erguida, el egoísmo opinaba lo contrario; si el orgullo tenía buenas razones que aducir, también tenía las suyas el egoísmo, tan poderosas, ya que no mejores.

El marqués se hacía viejo; la gota le minaba sordamente; veinticinco años de destierro y de privaciones le habían curado de las heroicas calaveradas y de las caballerescas exaltaciones de la juventud. La pobreza le sonreía tanto menos, cuanto que había vivido largo tiempo en ella; helábasele la sangre en las venas al solo recuerdo de aquella tétrica y pálida figura que por espacio de veinticinco años había visto sentada á su mesa y en su hogar. Por último, aun cuando en el mundo nada amaba tanto como á sí mismo, adoraba á su hija; oprimíasele dolorosamente el corazón pensando que tan hermosa criatura después de haberse aclimatado en el lujo y en la opulencia, podría verse envuelta de nuevo en la tétrica y glacial atmósfera que rodeó su cuna.

Vacilaba; no pocos, en semejante ocurrencia, también habrían vacilado, sin tener por excusa una hija idolatrada, sesenta años cumplidos y la gota por remate. Pero ¿qué hacer? Á cualquier lado que mirase, no veía el señor de La Seiglière más que ruina y vergüenza. La actitud de la baronesa, que á todas sus preguntas contestaba con un «veamos, esperemos,» nada tenía de tranquilizadora. El buen señor abrigaba cierto resentimiento contra su noble amiga, por el

poco noble papel que entrambos desempeñaban desde hacía seis meses. Por otra parte, la conducta que de improviso observaba Bernardo, helaba de espanto al marqués.

Desde que Elena ya no les encantaba con su presencia, arrastrábanse tristes los días y aún más tristes las noches.

Cada mañana, después del almuerzo al que la señorita de La Seiglière había cesado de concurrir, Bernardo, dejando sumido al marqués en sus reflexiones, montaba á caballo y no volvía hasta la noche, más tético, más taciturno, más huraño que al partir. Por la tarde, casi inmediatamente después de comer, se encaminaba Elena á su aposento y Bernardo permanecía en el salón, entre el marqués y la señora de Vauvert, quien, agotados ya los recursos de su ingenio, y profundamente desalentada por otra parte, no sabía qué imaginar ya para abreviar el curso de las horas silenciosas.

De vez en cuando fijaba Bernardo en cada uno de ellos una mirada tal que les dejaba helados. Á Bernardo, tan paciente mientras Elena se encontraba allí para contenerle, ó para apaciguarle con una sonrisa, bastábale una palabra del marqués ó de la baronesa para perder los estribos, y aterrorizar á entrambos. Había reemplazado la narración por la acción; daba batallas, en vez de contarlas; y cuando se había retirado, pálido y frío de coraje á menudo, sin haber estrechado la mano del anciano gentil-hombre, el marqués y la baronesa, que permanecían solos

junto á la chimenea, mirábanse uno á otro, en silencio.

—¿Y bien, señora baronesa?

—Y bien, señor marqués; veamos, esperemos—repetía otra vez más la señora de Vaubert.

El marqués, cabizbajo, se entregaba á mudas desesperaciones, que la baronesa ni siquiera se tomaba el trabajo de desvanecer.

De un momento á otro, esperaba recibir un desahucio en toda regla.

Aún había más.

Al señor de La Seiglière le constaba, muy positivamente, que era tema de risa y de befa, y objeto de execración, en la comarca.

Las cartas anónimas, distracción y pasatiempo comunes en provincias, habían acabado de emponzoñar su existencia ya empapada de hiel y de ajenjo.

No pasaba día sin aportar á su ambiente las emanaciones de alguna de esas flores venenosas que crecen y pululan en el estercolero de los departamentos.

Unos le trataban de aristócrata y le amenazaban con colgarle de un farol; otros le acusaban de ingratitud con su antiguo arrendatario y de querer desheredar al hijo después de haber despojado al padre, traidora, cobardemente.

La mayoría de estas cartas iba exornada con ilustraciones á pluma, cuadritos de género ricos en gracia y amenidad, que suplían con ventaja ó completaban agradablemente el texto.

Ya era una horca con un pelele, representando sin duda un marqués, ó bien el mismo personaje bata-

llando con un instrumento muy usado en la época del Terror.

Para aumentar tantas angustias, la *Gaceta*, que el marqués leía asiduamente después de su entrevista con el D'Auguessau provinciano, abundaba en predicciones siniestras y lamentables profecías; y representaba, cada día, al partido liberal como un brulote destinado á destruir la apenas restaurada monarquía.

Así se confirmaban y amenazaban realizarse las palabras del execrable vejete.

Espantado y con motivo el marqués, ya no soñaba más que trastornos y revoluciones.

Cada noche incorporábase en su lecho escuchando el aquilón, que le cantaba la *Marsellesa*; y cuando por fin, rendido de fatiga, conseguía dormirse, representábasele en sueños la horrible faz del viejo jurisconsulto entreabriendo las cortinas de la cama y clamando: «¡Casad á vuestra hija con Bernardo!»

Ahora bien, no era el señor de La Seiglière capaz de mantenerse largo tiempo en una posición tan violenta y que tan mal se avenía con sus instintos. Carecía de la paciencia y de la perseverancia que son el cimiento de las almas enérgicas y de los caracteres despreocupados.

Inquieto, irritado, humillado, exasperado, harto de esperar y de no ver llegar novedad alguna, acorralado en un callejón sin salida, se podía apostar ciento contra uno á que el marqués saldría de ello bruscamente, como movido por un resorte; nadie, empero, ni siquiera la señora de Vaubert, hubiera podido prever qué

clase de bomba iba á estallar, exceptuando el señor Des Tournelles que tenía encendida la mecha.

Una noche de abril, á solas con el marqués, permanecía la señora de Vaubert silenciosa, contemplando con visible preocupación las chispeantes líneas que recorrían las ascuas medio apagadas. Fácil hubiera sido convencerse, observándola, de que su corazón era presa de sorda inquietud. Sus ojos carecían de brillo; abrumaban su frente mil disgustos; las férreas garras del egoísmo agonizante pellizcaban y contraían su boca, en otros tiempos expansiva y sonriente. Si vale decir verdad, no le faltaban graves motivos de alarma. La situación iba tomando, de día en día, más desconsolador carácter, y la señora de Vaubert comenzaba á preguntarse si no iba á quedar ella misma prendida en sus propias redes.

Decididamente, Bernardo estaba en su casa; y por más que la baronesa no hubiese perdido toda esperanza, por más que, cómo vulgarmente se dice, aún no hubiese echado la soga tras el caldero, previendo, sin embargo, que llegaría tal vez el momento en que el señor de La Seiglière y su hija hubiesen de evacuar la plaza, tramaba ya el plan de campaña que debería seguir si las cosas tenían el fatal desenlace que era de temer.

No admitiendo que su hijo se casase con la señorita de La Seiglière sin más dote que el de su juventud, su gracia y su hermosura, meditaba ya la manera de maniobrar para evadir el compromiso contraído con el marqués y su hija.

Tal era, desde algunas semanas, el objeto oculto de sus secretas preocupaciones.

Mientras la señora de Vaubert se hallaba sumida en estas reflexiones, el marqués, sentado al otro lado de la chimenea, y mudo también, se preguntaba con ansiedad de qué modo empeñaría la batalla que estaba próximo á declarar, y cómo se las arreglaría para evadir el compromiso contraído con Raul y su madre.

—¡Pobre marqués!—decía entre sí la baronesa, examinándole de vez en cuando á hurtadillas;—si no hay más remedio ¡qué golpe tan terrible se va á llevar! Le conozco; se consuela pensando que, suceda lo que quiera, su hija será baronesa de Vaubert. Sé que me estima; hace más de veinte años se complace en la idea de estrechar nuestra intimidad, consagrándola en cierto modo con la unión de nuestros hijos. ¡Excelente amigo! ¿cómo tendré valor para afligir un corazón tan tierno y adicto, arrancándole sus postreras ilusiones? Me esperan luchas encarnizadas, y amargas recriminaciones. En sus arrebatos, no dejará de acusarme de que le adulé en su fortuna y le volví la espalda en su ruina. Seré fuerte contra él y contra mí; sabré hacerle comprender que sería una insensatez casar nuestras dos pobrezas, é inhumano condenar mi raza y la suya á los punzantes cuidados de una eterna medianía. Se calmará; gemiremos juntos, confundiremos nuestro llanto y nuestras penas. Seguirán luégo el dolor de Elena y las rebeliones de Raul. ¡Ay! los dos niños se adoran; el cielo los creó el uno para

otro. Les haremos entrar en razón. Á los seis meses, estarán consolados. Raul se casará con la hija de algún opulento plebeyo, que tendrá á dicha ennoblecer su sangre y desengrasar sus escudos. En cuanto al marqués, harto infatuado está con sus abuelos y aferrado á sus rancias ideas para consentir jamás en enriquecerse con un enlace desigual. ¡Ya que tanto apego les tiene á los pergaminos, buscaremos para Elena algún hidagüelo de las cercanías, y enviaremos al buen marqués á que acabe sus días en casa del yerno!

Así razonaba la señora de Vaubert, mirando las cosas por el lado peor. Faltaba aún mucho, no obstante, para que hubiese soltado su presa. Conocía á Elena y había estudiado á Bernardo. Si no sospechaba lo que ocurría en el corazón de la doncella, la baronesa había sabido leer en el corazón del joven, y estaba más adelantada que él en el secreto de sus agitaciones. Comprendía, vagamente, que podía sacarse algún partido del contacto de estas dos nobles almas. Pero ¿cuál? ¿y cómo? Aquí su razón se embrollaba y su genio vencido, mas no domado, se indignaba de su impotencia.

—¡Pobre baronesa!—decíase el marqués, dirigiendo de vez en cuando á la señora de Vaubert una tímida y furtiva mirada—¡ni por asomo sospecha el golpe que le voy á dar! Tengo la convicción de que en todo esto solamente la ha guiado su buen deseo por mi ventura, y juraría que, por lo que á ella concierne, no tiene más ambición que ver casado á su Raul con mi

Elena. Sea cual fuere el rumbo de las cosas, se apresuraría á acogernos á mi hija y á mí en su cuchitril, considerándose feliz compartiendo con nosotros su modesto pasar. Casarse su hijo con una La Seiglière será siempre suficiente para su orgullo, para su felicidad. ¡Cara y tierna amiga! ¡cuán grato no me hubiera sido realizar un sueño tan encantador, y acabar mis días junto á ella! Cuando sepa que debemos renunciar á una esperanza tan largo tiempo acariciada, estallará en reproches sangrientos y quizás merecidos. Sin embargo, en buena conciencia ¿sería razonable y cuerdo exponer á nuestros hijos á los rigores de la pobreza, y encadenarnos por ambas partes con un lazo de hierro que tarde ó temprano acabaríamos por maldecir? Dotada está la baronesa de buen sentido y de razón; calmados los primeros arranques, se hará cargo de todo y se resignará; y como para los Vaubert es cosa grave un matrimonio desigual, y Raul es buen mozo, encontraremos fácilmente para él, en las cercanías, alguna rica y noble viuda que se conceptuará sobrado feliz añadiendo á su existencia una segunda primavera, gracias á su fortuna.

Así discurría el marqués, y si vale decirlo todo, hallábase en un conflicto; mucho mejor se hubiera encontrado en un espinar, que en la actualidad sobre el almohadón de su sitial. Temía á la señora de Vaubert más que á una revolución; tenía conciencia de sus traiciones; y á la idea de las borrascas que debía afrontar, desfallecía su ánimo.

En fin, por una resolución desesperada, reuniendo

todo su valor, inició la escaramuza, á lo tirador, soltando algunos disparos aislados y á largos intervalos.

—¿Sabéis, señora baronesa—exclamó de repente como hombre poco avezado á esta especie de luchas—sabéis que el tal Bernardo es un mozo verdaderamente notable? De veras, me agrada. ¡Vivo como la pólvora, rápido como su espada, arrebatado, un tanto iracundo, pero leal y franco como el oro! Nada tiene de guapo; ¡pues bien! á mí me gusta esa faz varonil. ¡Qué ojos! ¡qué frente! ¡qué nariz, de corte tan regio! Quisiera saber de dónde ha sacado el bribón esa nariz. Y, bajo su espeso bigote ¿no habéis observado qué fina y simpática boca? Dios me perdone; es una boca de marqués. Tiene talento y cierta distinción; algo rudo, pero desbastado ya, y casi transfigurado desde que se halla entre nosotros. Así se depura el oro en el crisol. Y además, es un héroe; no hay duda; es de aquella madera de que el emperador hacía duques, príncipes y mariscales. Aún le estoy viendo sobre Rolando: ¡qué sangre fría! ¡qué valor! ¡qué intrepidez! Soy franco: baronesa, no me siento humillado cuando estrecho su mano entre las mías.

—¿De quién estáis hablando, marqués?—preguntó con indolencia la señora de Vaubert, sin interrumpir el curso de sus mudas reflexiones.

—De nuestro joven amigo—respondió el marqués—de nuestro joven jefe de escuadra.

—Y decís...

—Que la naturaleza ofrece extrañas aberraciones y que ese muchacho hubiera debido nacer gentil-hombre.

—¿Quién? ¿Bernardito?

—¡El gran Bernardo! mejor dicho — exclamó el marqués, hundiendo ambas manos en las faltriqueras de sus calzones.

—Estáis loco, marqués—replicó secamente la señora de Vaubert, recobrando su actitud grave y pensativa.

Alentado por tan favorable éxito, como esos prudentes guerrreadores que, después de haber descargado su arcabuz, se ocultan detrás de un árbol para volver á cargarlo con toda seguridad, permaneció callado el marqués. Transcurrió luego un largo silencio, interrumpido únicamente por el chirrido del grillo que cantaba en las rendijas del hogar y por las crepitaciones de las ascuas que acababan de consumirse.

—Señora baronesa — exclamó de repente el señor de La Seiglière—¿no os parece que he sido algo ingrato con el bueno de Stamply? He de confesaros que, sobre este particular, mi conciencia no está del todo tranquila. Parece ser que, decididamente, aquel excelente hombre no me restituyó nada, sino que me lo dió todo. Siendo así ¿sabéis que fué uno de los más bellos rasgos de abnegación y de generosidad que la historia registra en sus anales? ¿Sabéis, señora, que el viejo Stamply era un alma superior y que mi hija y yo debemos levantar altares á su memoria?

Harto abismada en su egoísmo para entretenerse en averiguar siquiera á dónde se dirigía el marqués, la señora de Vaubert se encogió de hombros sin despegar los labios.

Empezaba á desconfiar el señor de La Seiglière de

poder dar con el lado vulnerable, cuando recordó, muy oportunamente, la lección del señor Des Tournelles. Tendió la mano hacia un velador de laca, cogió una *Gaceta* y aparentando que recorría con la vista sus columnas:

—Señora baronesa—preguntó con aire distraído—¿os habéis ido enterando, estos días, de los papeles públicos?

—¿Y para qué?—replicó la señora de Vaubert con un leve movimiento de impaciencia—¿cómo queréis que me interesen esas simplezas?

—¡Por vida mía! señora — exclamó el marqués soltando el periódico;— ¡vaya, con qué frescura tomáis las cosas! Serán simplezas, sí; simplezas, no lo niego... pero ¡vive Dios! ó soy muy zote, ó estas simplezas nos interesan, á vos y á mí, mucho más de lo que al parecer creéis.

—Veamos, marqués, ¿qué ocurre?—preguntó la señora de Vaubert con displicencia.—Su Majestad se digna gozar de la salud más perfecta; nuestros príncipes cazan; se baila en la corte; el pueblo es feliz, y se harta la canalla: ¿qué veis en todo ello que pueda alarmarnos?

—Hace treinta años, empleábamos el mismo lenguaje—dijo el marqués abriendo la caja de rapé é introduciendo delicadamente en ella el pulgar y el índice;—harta la canalla; nuestros príncipes cazaban; se bailaba en la corte; Su Majestad disfrutaba de envidiable salud, todo lo cual no impidió que amaneciese un día y el viejo trono de Francia crujiese, se hun-

diese, arrastrándonos en su caída y sepultándonos, muertos ó vivos, entre sus escombros. ¿Preguntáis qué ocurre? Lo mismo que entonces; estamos sobre un volcán.

—Os repito que estáis loco, marqués—dijo la señora de Vaubert, quien, entregada á sus preocupaciones y medianamente convencida, por otra parte, de la oportunidad de una discusión política entre once y doce de la noche, no creyó necesario tomarse el trabajo de combatir las opiniones del anciano gentil-hombre.

—Y yo os repito, señora baronesa, que estamos sobre un volcán. La revolución no ha muerto; es un fuego mal extinguido que persiste bajo las cenizas. El día menos pensado le veréis estallar y consumir los restos de la monarquía. Existe un antro donde se congrega un montón de haraganes que se llaman representantes del pueblo; mina abierta bajo el trono y que le hará saltar, como un polvorín. Los liberales suceden á los descamisados; el liberalismo acabará lo que el 93 comenzó. Falta saber si nosotros nos dejaremos aplastar otra vez más debajo de las ruinas de la realeza, ó si buscaremos nuestra salvación en el seno mismo de las ideas que amenazan engullirnos.

—No se trata de eso, marqués—dijo la baronesa.—Os preocupa un incendio imaginario, y no advertís que vuestra casa está ardiendo.

—Señora baronesa—exclamó el marqués;—no soy egoísta; puedo decir que nunca el interés personal ha sido mi lema, ni mi divisa. Arda ó no mi casa, poco me importa. No se trata ahora de mí, sino del porve-

nir de todos nosotros. ¿Quién se preocupa, en efecto, de que la raza de los La Seiglière se extinga silenciosamente en el olvido y la oscuridad? Lo que importa, señora, es que la nobleza de Francia no perezca.

—Desearía saber cómo os compondréis para que no perezca la nobleza de Francia—replicó la señora de Vaubert—quien, no sospechando ni por asomo el fin á que tendía el marqués, no pudo menos de sonreír viendo á aquel carácter frívolo abordar atropelladamente tan arduas y peligrosas consideraciones.

—Grave cuestión que he podido promover, pero cuya resolución no me atañe—exclamó el señor de La Seiglière.

Colocado por fin en el buen sendero, siguió adelante con paso más seguro, no tardando en emprender un trote vivo.

—Sin embargo, si se me permitiese emitir algunas ideas sobre asunto de tamaña importancia, diría que no será aislándose en sus tierras y en sus castillos como podrá la nobleza recuperar la preponderancia que antaño ejercía sobre los destinos del país. Tal vez osaría añadir, muy quedito, que nuestras antiguas familias se han ido enlazando demasiado entre sí..., que, por falta de renovación, la sangre patricia está gastada; que, para recobrar la fuerza, el calor y la vida, que le escapan, necesita mezclarse con la sangre más joven, más ardiente, más vivaz del pueblo y de la burguesía; por último, señora baronesa, procuraría demostrar que, ya que el siglo marcha, heñnos de marchar con él, so pena de quedar rezagados, ó de que nos aplas-

ten en la vía. Duro es pensarlo, pero es preciso, sin embargo, tener el valor de convenir en ello: los galos llevan la ventaja, y á los francos no les queda esperanza de salvación si no se alistan en el partido de los vencedores, reclutándose en sus filas.

Aquí, la señora de Vaubert que, desde las primeras palabras de este discursillo, había vuelto el rostro hacia el orador, recostó el brazo en el sillón que ocupaba y pareció escuchar al marqués con curiosa atención.

—¿Queréis saber, señora baronesa—repuso el señor de La Seiglière, dueño al fin de su auditorio, queréis saber lo que me estaba diciendo el otro día el célebre Des Tournelles, uno de los talentos más despejados y claros de la comarca?—Señor marqués, me decía ese gran jurisconsulto, los tiempos están malos; adoptemos al pueblo, para que el pueblo nos adopte; descendamos hasta él, para que él no suba hasta nosotros. Con la nobleza pasa hoy lo que con esos metales preciosos que no pueden solidificarse sino mezclándose con alguna liga.—Pensamiento tan profundo que, de pronto, me causó vértigo. Á fuerza de analizarlo, descubrí la verdad en su fondo. Verdad cruel, es cierto; pero vale todavía más, á costa de algunas concesiones, asegurarnos la conquista del porvenir, que tendernos y envolvernos en la mortaja de un pasado que huyó para no volver. ¡Pardiez!—exclamó levantándose y recorriendo la estancia á grandes pasos—¡tiempo há que nos están presentando á los ojos del país como una casta incorregible, que repele de su seno todo lo que no le es propio, infatuada con sus títulos,

sin haber aprendido ni olvidado nada, llena de orgullo y de insolencia, y enemiga de la igualdad! ¡Ha sonado la hora de acabar con tan bajas calumnias y con acusaciones tan necias; mezclémonos con la muchedumbre, abrámosle nuestras puertas de par en par y aprendan nuestros enemigos á respetarnos, aprendiendo á conocernos!

Á estas palabras, el señor de La Seiglière, espantado de su propia audacia, miró tímidamente á la señora de Vaubert, y adoptó la actitud del hombre que, después de haber prendido fuego al reguero de pólvora que debe hacer saltar una mina, no ha tenido tiempo de huir y se apresta á recibir un peñasco en la cabeza. Y sucedió todo lo contrario.

La baronesa, que tenía tan pobre concepto de su viejo amigo, y por tanto, creía en su candidez y probidad, estaba demasiado preocupada, por otra parte, de sí propia, para sospechar que en este mundo vil pudiese existir á la sazón otro *yo* que su *yo*, otro interés que el suyo. Sin pensar siquiera en preguntarse de dónde le venían al marqués tan nuevas y atrevidas ideas; la señora de Vaubert no vió, desde luégo, ni comprendió sino una cosa, á saber: que el marqués entreabría por sí mismo la puerta por la cual, si llegaba el caso, podría escapar Raul.

—Marqués—exclamó presurosa—lo que acabáis de decir está muy puesto en razón; y aun cuando nunca he dudado de vuestro claro talento, sorpréndeme y me encanta el veros abundar en ideas tan elevadas y sensatas, y os felicito por ello.

Á estas palabras, el marqués levantó la cabeza y contempló á la señora de Vaubert con el aspecto del hombre á quien acaban de tirar un puñado de rosas al rostro, en vez de la descarga de metralla que esperaba recibir. Demasiado egoísta, de suyo, para suponer cosa alguna fuera de sí mismo, lejos de procurar darse cuenta de los sufragios de la baronesa, se limitó á saborearlos.

—Esta es la historia de todos nosotros—replicó jovialmente, acariciándose la barba con encantadora fatuidad.—Al vernos dotados de cierta gracia, los pedantes y los necios se vengan de la superioridad de nuestros modales, negándonos la inteligencia. Cuando nos dignemos mezclarnos con ellos, demostraremos que todos los campos de batalla son buenos para nosotros; y nos verán esgrimir la palabra y el pensamiento, como antaño esgrimíamos la espada y la lanza.

—Marqués—repuso la señora de Vaubert, empeñada en que la conversación siguiese con el mismo pié que al principio—volviendo á las consideraciones que aduciais poco há, es muy cierto que la nobleza ha muerto, si, en vez de procurar crearse alianzas, continúa, como habéis dicho con gran juicio, aislada en sus tierras y encastillada en su orgullo. Es un edificio vacilante, que se derrumbará el día menos pensado, si no tenemos arte y habilidad para transformar los arietes que lo conmueven, en columnas que lo sostengan. En otros términos, y permitidme la imagen, tal vez algo cruda: para preservarnos de los ataques del pueblo no nos queda más remedio que inoculárnoslo.

—¡Eso es, eso es!— exclamó el señor de La Seiglière, cada vez más gozoso viendo que no encontraba la oposición que temiera.—¡Decididamente, baronesa, sois admirable! Todo lo comprendéis; nada os sorprende, nada os conmueve, nada os asombra. ¡Qué vista de águila! miraríais al sol sin quedar deslumbrada. ¡Pobre baronesa!—añadió mentalmente frotándose las manos;—se deja prender, á pesar de su talento.

—¡Pobre marqués!—pensaba por su parte la señora de Vaubert;—no sé qué mosca le pica, pero él mismo acaba de echar la red en que, si conviene, le he de pescar más adelante. Marqués—exclamó—hace tiempo que abundaba en esas ideas, pero no os las comunicaba por miedo de irritar vuestro amor propio y desmerecer en vuestro afecto.

—¡Pardiez!—replicó el marqués—¿en qué concepto tenéis á vuestro antiguo amigo? No hay prueba á que yo no pueda someterme y resignarme, por nuestra santa causa. Debo deciros además que, por mí, no sentiría la menor repugnancia en dar el ejemplo siendo el primero en emprender la única senda que ha de salvarnos. Siempre he dado yo el ejemplo; yo fui el primero en emigrar. ¡Á otros tiempos, otras costumbres! No soy como el marqués de Carabas; voy con el siglo. El pueblo ha ganado sus espuelas y ha conquistado sus títulos de nobleza; también tiene sus ducados, sus condados y sus marquesados. Eylau, Wagram, la Moscowa, pergaminos que valen tanto como otros. Por lo demás, señora baronesa, excuso vuestros escrúpulos y admito tales vacilaciones, pues

yo mismo, si he tardado tanto en abriros mi corazón sobre el particular, ha sido porque temía alarmar vuestras preocupaciones y malquistarme con una amiga tan fiel.

—Es raro—dijo para sí la señora de Vaubert, comenzando á aguzar el oído—¿á dónde pretende ir á parar el marqués? ¡Alarmar mis preocupaciones!—exclamó—¿me tomáis acaso por la baronesa de Pretintailles? ¿me he negado acaso á reconocer jamás, la grandeza, la nobleza, la generosidad del pueblo? ¿se me ha sorprendido alguna vez denigrando la burguesía? ¿no sé, perfectamente, que los sentimientos, las costumbres y las virtudes de la edad de oro se han refugiado en la clase proletaria?

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—pensó el marqués, comenzando á reflexionar;—todo eso no está muy claro; ahí va en vuelta una segunda intención.

—En cuanto á enemistaros conmigo ¿habláis con formalidad?—añadió la señora de Vaubert;—si así es, tan pobre concepto tenéis de mi corazón como de mi cabeza. Os consta, amigo mío, que no soy egoísta. ¡Cuántas veces no me han dado tentaciones de devolveros la palabra empeñada, calculando que en cambio de la opulencia que le aportaría vuestra hija, mi hijo sólo daría un nombre ilustre, es decir: la más pesada carga!

—¡Hola!—dijo para sí el marqués—¿acaso la astuta baronesa, presintiendo mi próxima ruina, se propondría desempeñar la mano de su hijo? Tendría eso qué ver. Señora baronesa—exclamó—lo mismo me pasa á

mi. Á menudo, me he acusado de que atentaba tal vez al porvenir del señor de Vaubert, y me pregunto, no sin espanto, si mi hija no será un obstáculo á la carrera de ese noble joven.

—¡Hola!—pensó la señora de Vaubert viendo destacarse entre brumas la playa á donde dirigía su barca el marqués—¿si querrá burlarse de mí ese camastrón? ¡Después de haberle colmado con mis bondades, sería una infamia! Verdaderamente—replicó—marqués, muy doloroso me sería romper lazos tan encantadores; sin embargo, si vuestro interés lo exige, sabré inmolaros el más dulce ensueño de mi vida entera.

—Hecha está la farsa—pensó el marqués;—se ha burlado de mí; pero me importa un bledo; ¿debía esperar yo un rasgo de perfidia como ese, de parte de una amiga de treinta años? ¡Contad, ahora, con el desinterés de los afectos y con la gratitud de las mujeres! Baronesa—repuso con un sentimiento de dolorosa resignación—si hubiese de renunciar á la esperanza de ver enlazados un día á esos dos niños, mi corazón sucumbiría sin remedio. No obstante, en consideración á vos, noble amiga mía, y en consideración á vuestro apreciado hijo, no hay sacrificio que supere á mi abnegación y á mi afecto.

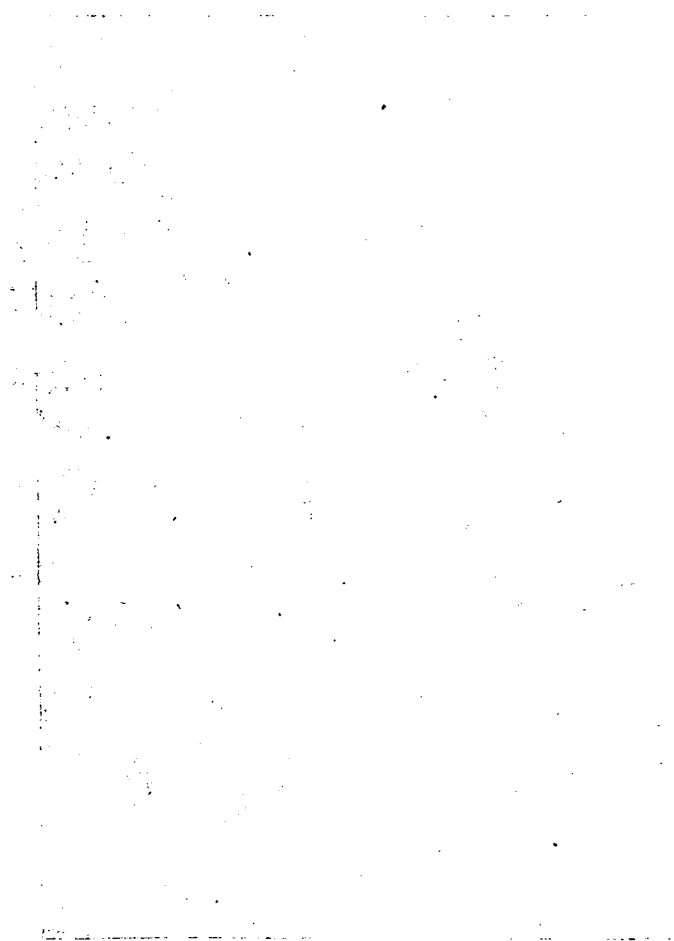
La señora de Vaubert sofocó en su corazón un rugido de leona herida; después, transcurrido un instante de huraño silencio, clavando de improviso chispeante mirada en el anciano gentil-hombre:

—Marqués—le dijo;—miradme de frente.

Por el tono con que fueron dichas estas palabras, el



—¡Sois un ingrato!



marqués, cual liebre que retozando entre matorrales, percibe á diez pasos de distancia al cazador apuntándole el arma, estremeciöse y contempló á la señora de Vaubert con aire azorado.

—¡ Marqués, sois un maulón !

—Señora baronesa...

—¡ Sois un traidor !

—¡ Pardiez, señora !

—¡ Sois un ingrato !

Aterrado, herido del rayo, permaneciò el marqués mudo en su sitio.

Después de haber gozado, por un momento, de su estupor y de su espanto :

—Me dais lástima—dijo la señora de Vaubert ;—voy á evitaros la humillación de una confidencia que no podriais hacer sin moriros de vergüenza á mis piés. Habéis resuelto casar á vuestra hija con Bernardo.

—Señora...

—Habeis resuelto casar á vuestra hija con Bernardo —repetió la señora de Vaubert insistiendo.—He visto germinar y florecer esa resolución hija de vuestro egoísmo ; hace más de un mes que estoy asistiendo, sin que lo sospechéis, á esa mudanza. ¿ Cómo se os ha ocurrido jugar conmigo á quién engaña á quién ? ¿ cómo no habéis comprendido que en semejante juego perderíais la partida ? Esta noche, á la primera palabra que habéis soltado, se transparentó la intención. Un mes há que os observaba, que os acechaba, que iba descubriendo vuestros planes. Con que, señor marqués, mientras mi espíritu, enemigo de rodeos, se

consumía, para vos únicamente, en combinaciones de toda índole; mientras yo sacrificaba al cuidado de vuestros intereses mis gustos, mis instintos y hasta la rectitud de mi carácter, vos, menospreciando la fe jurada, tramabais contra mí la más negra perfidia, maquinabais entregar á vuestro enemigo la desposada de mi hijo y la plaza que yo defendía; meditabais herir con el puñal de Jarnac al campeón que combatía por vos!

—Esto pasa de la raya, señora baronesa—replicó el marqués, confuso como pescador cogido en su red.—Nada he resuelto, nada he decidido; eso sí, no lo niego, desde que sé que el buen Stamply no me ha restituído nada sino que me lo dió todo, siéntome doblegado al peso de la gratitud; y como noche y día, estoy devanándome los sesos y consultando mi corazón para saber de qué manera podríamos mi hija y yo cumplir con la memoria de tan generoso anciano, es posible que se me haya ocurrido...

—¡Vos, señor marqués, vos doblegaros al peso de la gratitud!—exclamó la señora de Vaubert interrumpiéndole arrebatada.—Á no ser que pretendáis chanceros, no me vengáis con tales cuentos. Os conozco y sé que sois un ingrato. Tanto os importa la memoria del viejo Stamply, como os importó su persona. Por lo demás, nada le debéis; á mí es á quien lo debéis todo. Á no ser por mí, vuestro antiguo colono habría muerto sin preocuparse de saber si existíais. Á no ser por mí, vos y vuestra hija estaríais tiritando de frío en vuestro reducido hogar de Alemania. Á no ser por

mi, jamás hubiérais vuelto á poner los piés en el castillo de vuestros antepasados. ¡Demasiado lo sabéis, pero aparentáis ignorarlo porque, como digo, sois un ingrato. Vaya, marqués; hablemos claros. No os mueve la gratitud, sino el egoísmo. La idea de casar á vuestra hija con el hijo de vuestro antiguo colono os enfurece. Odiáis al pueblo; execráis á Bernardo. No atináis, ni habéis atinado á explicaros lo que ha ocurrido y está ocurriendo aún en vuestro alrededor. Sois más altivo, más orgulloso, más terco, más aristócrata, más incorregible, en una palabra, que marqués alguno de vaudeville, ó de comedia. Marqués de Carabas, sí; pero con más egoísmo, que orgullo.

—¡Pues bien, pardiez! pensad lo que se os antoje— exclamó el marqués, saltando la valla. Lo que yo sé es que estoy harto del papel que me hacéis representar; que desde largo tiempo se me revuelve el estómago; que me indignan tantas estratagemas y tan bajos manejos, y que á toda costa quiero acabar con ello. ¡Vive el cielo! vos lo habéis dicho; mi hija se casará con Bernardo.

—¡Cuidado, marqués, cuidado!

—Abrumadme con vuestro desprecio y vuestro enojo; tratadme de maulón y de ingrato; echadme en cara los epítetos de egoísta y de traidor; os sobra derecho para ello. ¡Sois tan desinteresada! ¡Os habéis mostrado tan franca, tan leal en todo este asunto! ¡Fuisteis tan buena con el viejo Stamply en sus postreros días! ¡Rodeasteis su vejez de tantos cuidados, y contemplaciones! En conciencia, le debíais eso y mucho más,

pues vos le indujisteis á desposeerse de sus bienes.

—¡Por vos lo hacía, cruel!

—¡Cómo por mí!—dijo el marqués meneando la cabeza;—señora baronesa, á no ser que pretendáis chancearos, no me vengáis con esos cuentos.

—Bueno está que me acuséis de ingratitud—repuso con altivez la baronesa—vos, donatario, que abrumasteis de amargura al donador.

—Yo nada sabía; pero vos, que lo sabíais todo, fuisteis despiadada.

—¡Eso vos—exclamó la baronesa—que expulsasteis á vuestro bienhechor de su mesa y de su hogar!

—¡Vos sola—exclamó el marqués—vos sola, que, después de haberos captado la confianza de un anciano crédulo é indefenso, le rechazasteis con el pié, dejándole morir de pena.

—¡Vos le relegasteis á la antecámara!

—¡Vos le precipitasteis á la tumba!

—¿Me declararéis la guerra, marqués?

—¡Pues bien! sí; guerra tendremos!—exclamó el señor de La Seiglière;—al menos no moriré sin haber guerreado una vez en la vida.

—Pensadlo bien, marqués; ¡guerra implacable, sin tregua, sin cuartel!

—Guerra á muerte, señora baronesa—dijo el marqués besándole la mano.

Á estas palabras, la señora de Vaubert se retiró, amenazadora y terrible, mientras el marqués, solo al fin, brincaba de gozo en su salón como un cervatillo.

De regreso á su casa, después de haber recorrido

á grandes pasos su estancia, golpeándose la frente y comprimiéndose el pecho con furor, abrió la señora de Vaubert su ventana y, cual gato que acecha al ratón, fijó la vista en el castillo de La Seiglière, en cuyos cristales se reflejaba la luna. Así permaneció una hora entera, apoyada en el alféizar, en muda contemplación.

De improviso, serenóse su frente, sus ojos se iluminaron y, como Ajax amenazando á los dioses, lanzó al castillo una mirada de reto, exclamando: «¡Será mío!»

Dicho esto, escribió á Raul esta palabra: «Regresad.»

Y después se acostó, y no tardó en conciliar el sueño sonriendo como debe sonreír el genio del mal cuando ha resuelto la perdición de un alma.







CAPÍTULO XI

DESDE aquella memorable noche, la señora de Vaubert no reapareció en el castillo; y el castillo estuvo de enhorabuena.

Durante los pocos días que transcurrieron hasta el desenlace de esta historia, estableciéronse entre Bernardo y el marqués relaciones cada vez más gratas.

No hallándose irritado ya por la presencia de la baronesa, contra quien Bernardo, muy á pesar suyo, había alimentado siempre un vago sentimiento de desconfianza y una sorda cólera, estuvo, el joven, más familiar y tratable.

Por su lado, y desde algunas semanas, el marqués había adoptado paulatinamente para con su huésped

una actitud más cordial, más afectuosa, casi tierna.

Ambos, al parecer, habían modificado sus opiniones y su lenguaje. Cada noche, junto al hogar, conversaban y discutían, sin acalorarse. Por lo demás, desde la desaparición de la señora de Vaubert, sus diálogos tomaban un giro menos positivo y más íntimo. El marqués hablaba de los goces de la familia, de las felicidades del matrimonio; de vez en cuando dejaba escapar algunas palabras que estremecían á Bernardo y acariciaban su corazón como tibias bocanadas de ventura.

Cierta noche el señor de La Seiglière exigió con ternura que su hija permaneciera en el salón, en vez de retirarse á su aposento. Disipado el encogimiento de los primeros instantes, transcurrió encantadora la velada; el marqués mostróse chispeante, amable, atolondrado; Bernardo, feliz y triste; Elena silenciosa, pensativa y risueña. El siguiente día, encontráronse los dos jóvenes en el parque; y el encanto renació, más inquieto, en verdad, de lo que fué al principio, más velado, y de consiguiente, más seductor.

Sin embargo ¿ cómo ahondar la cuestión con Elena? ¿ por qué senderos extraviados y cubiertos llevarla á la apetecida meta?

Por nada en el mundo hubiera consentido el marqués en revelarle la posición humillante en que, desde hacía seis meses, se encontraban ella y él con respecto á Bernardo. Conocía demasiado á aquella noble y altiva criatura, y no ignoraba el temple de su carácter. Y sin embargo tratábase de hacer cómplice del egoísmo y de la traición á un alma tan honrada y tan sencilla.

Sumido estaba cierto día en estas reflexiones el señor de La Seiglière, cuando sintió que ceñían su cuello dos cariñosos brazos. Alzó los ojos y divisó, como un lirio inclinado sobre su frente, el rostro de Elena que le contemplaba sonriendo. Por un movimiento de súbita ternura, la estrechó contra su corazón, manteniéndola largo rato entre sus brazos, y cubriendo sus rubios cabellos de besos y caricias. Al desprenderse de ellos, notó la joven dos lágrimas asomadas á los ojos de su padre que nunca lloraba.

—Padre mío—exclamó cogiéndole las manos con efusión—tenéis algún pesar y lo ocultáis á vuestra hija. Lo sé, no me cabe duda; hace días que lo advierto. ¿Qué tenéis, padre mío? ¿En qué corazón, si no es en el mío, verteréis las aflicciones del vuestro? ¿He dejado de ser vuestra querida hija? Cuando los dos vivíamos en el fondo de nuestra pobre Alemania, bastaba una sonrisa mía para consolaros. Hablad, padre mío, hablad. En torno nuestro ocurre algo extraño, inexplicable. Estáis triste; la señora de Vaubert parece inquieta; yo misma estoy intranquila y sufro, porque conozco que estáis sufriendo. ¿Por qué sufrís? Si mi vida no basta á consolaros, no me lo digáis.

Puesto que la víctima se ofrecía espontáneamente al sacrificio, no se contuvo más el señor de La Seiglière; viendo aquella franqueza y oyendo aquella voz tan mágica y tierna, el viejo niño se deshizo en llanto en el seno de la desconsolada Elena.

—¡Dios mío! ¿qué pasa? Entre las desventuras que pueden afligiros ¿hay alguna que venza al amor que os

profeso? —exclamó la señorita de La Seiglière, precipitándose en los brazos de su padre y rompiendo á su vez á llorar.

Aun cuando sinceramente conmovido y enternecido de veras, consideró el marqués la ocasión demasiado propicia para no aprovecharla. Por un momento, estuvo á pique de decirlo y confesarlo todo; pero le detuvo la vergüenza y también el temor de zozobrar contra el orgullo de Elena, que no dejaría de rebelarse á la primera insinuación del papel que en el desenlace de esta aventura se le reservaba. Preparóse, pues, otra vez más, á dar un rodeo á la verdad, en lugar de abordarla de frente. Y no porque esta manera de obrar se aviniese precisamente con la índole de su carácter, sino porque el marqués se hallaba fuera de sus goznes. La señora de Vaubert le había colocado en una senda funesta de donde no podía salir sino á fuerza de maña y habilidad.

Después de enjugar el llanto de su hija y dominada su propia emoción comenzó repitiendo con algunas variantes, la escena que había representado ante la baronesa; por cuanto, convengamos en ello, nuestro gentil-hombre no estaba dotado, como la señora de Vaubert, de una imaginación fértil en recursos; sin embargo, gracias á las lecciones que había recibido en los postreros tiempos, no se hallaba ya tan desprovisto.

Lamentóse, pues, del rigor y de la inclemencia de los tiempos; gimió sobre los destinos de la aristocracia que representaba como un navío azotado sin tregua por las olas revolucionarias. Aprovechándose de

la ignorancia de Elena, que había vivido siempre ajena á las preocupaciones de la cosa pública, pintó, con sombríos colores, la incertidumbre de lo presente y las amenazas de lo porvenir. Empleó todas las palabras del vocabulario usado entonces; hizo desfilar todos los espectros y todas las fantasmas que los periódicos ultra-realistas enviaban cotidianamente bajo faja á sus suscritores. El suelo estaba minado, el horizonte cubierto de tempestuosas nubes, la hidra de las revoluciones alzaba de nuevo sus siete cabezas; el grito: ¡guerra á los palacios! iba á resonar de un momento á otro; el pueblo y la burguesía, como dos hienas famélicas, sólo esperaban una señal para lanzarse sobre la aristocracia indefensa, saciarse con su sangre y repartirse sus despojos. No se tenía seguridad de que el señor Robespierre hubiese muerto; circulaban rumores de que el ogro de Córcega se había evadido de su isla. Por último, puso en juego y amontonó cuánto pensaba que debía azorar á una imaginación juvenil. Terminada su peroración:

—¿No es más que eso, padre mío?—preguntó la señora de La Seiglière con tranquila y serena sonrisa.—Si el suelo está minado bajo nuestros piés, si el cielo se halla cargado de nubes, si Francia, como decís, nos execra y desea nuestra ruina ¿qué hacemos aquí? Partamos, regresemos á nuestra querida Alemania; vamos á vivir allá como en otros tiempos, pobres, ignorados y tranquilos. Como griten: ¡guerra á los palacios! gritarán también: ¡paz á las cabañas! ¿qué más nos falta? La felicidad se contenta con poco, la opulencia no vale un pesar.

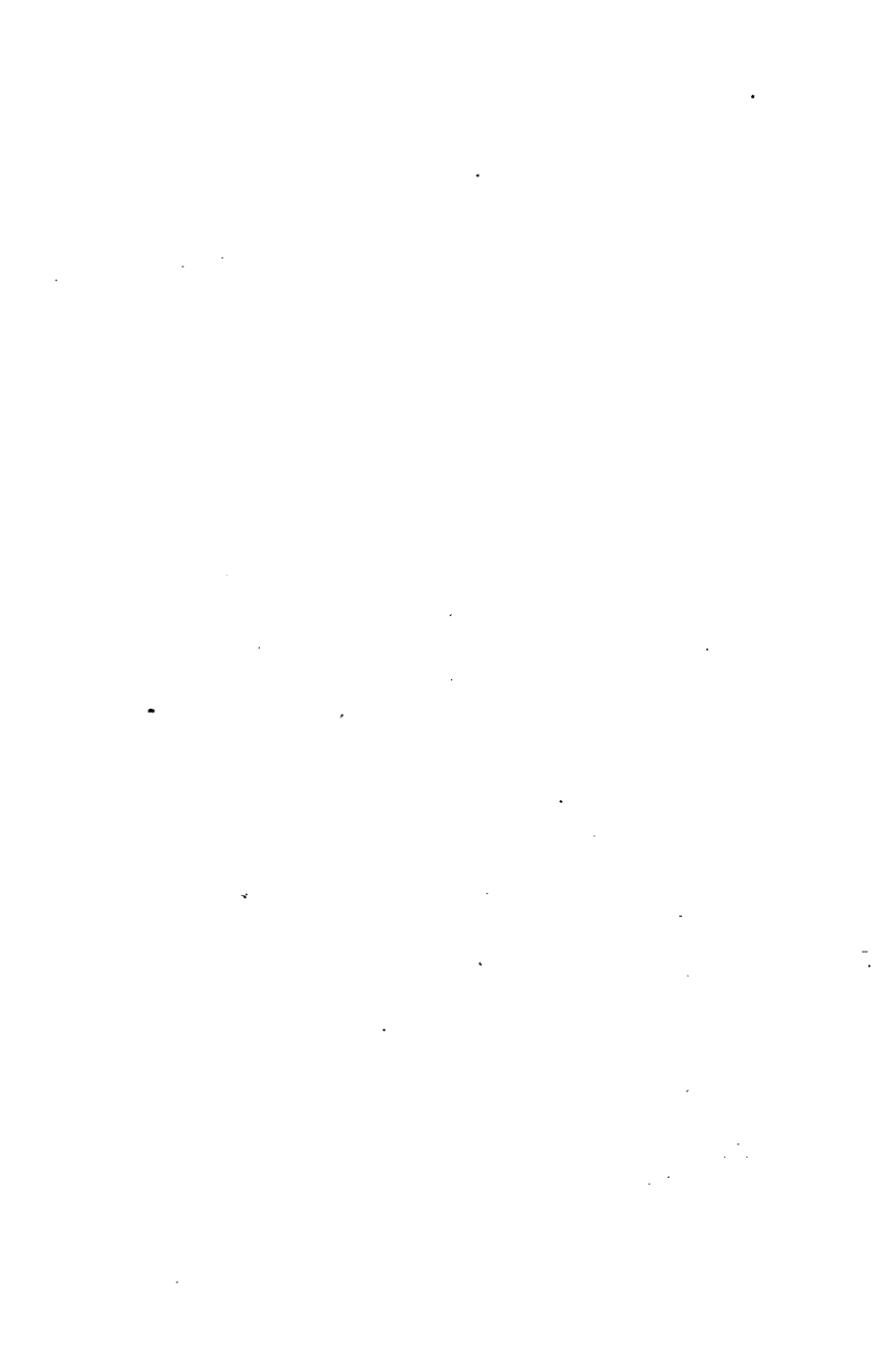
No entraba esta solución en las cuentas del anciano gentil-hombre, quien por fortuna conocía un camino más seguro para llegar al fondo de aquel noble corazón.

—Hija mía—replicó meneando la cabeza;—bellos son esos sentimientos; no eran otros los de tu padre, treinta años há. Yo fui uno de los primeros en dar la señal de la emigración; patria, castillo, fortuna hereditaria, dominio de los antepasados, todo lo abandoné, nada se me hizo cuesta arriba para ofrecer esta prueba de abnegación y fidelidad á nuestros reyes en peligro. Era yo entonces joven y animoso. Actualmente, soy viejo, Elena mía; el cuerpo hace traición al ánimo; la sangre ya no sirve al valor; la hoja ha gastado su vaina. No soy más que un pobre anciano, comido por la gota y los reumatismos, acribillado de achaques y dolores. Temiendo alarmar tu ternura, he ocultado cuidadosamente hasta hoy los sufrimientos y los males que aguanto. La verdad es, hija mía, que ya no puedo más. Me creen sano y bueno, ligero y vigoroso; al verme, nadie dejaría de creer que aún tengo vida para medio siglo. ¡Falaces apariencias! De día en día voy decayendo y abatiéndome. Contempla mis pobres piernas ¡parecen husos!—añadió mostrando con aire lastimero una torneada y robusta pantorrilla.—¡Tengo muy malo el pecho! No nos hagamos ilusiones; ya no soy más que una rama de árbol muerto que en breve se llevará la menor ráfaga.

—¡Oh, padre mío, qué decís?—exclamó la señorita de La Seiglière abrazando llorosa el cuello del nuevo Sixto V.



—¡Oh, padre mio!... ¿qué decis?



—¡Vaya, querida hija!—añadió con melancolía el marqués—¡por fuerza moral que uno tenga, es muy cruel, á mi edad, emprender de nuevo el camino del destierro y de la pobreza, cuando no alentamos ya en este mundo otra esperanza ni otra ambición que morir tranquilamente y reunir los huesos con las cenizas de los antepasados.

—Ah no, no moriréis, padre mío;—dijo Elena con convicción, estrechándole contra su seno.—Dios, á quien ruego por vos en todas mis plegarias, Dios, justo y bueno, os debe á mi amor y me otorgará la gracia de acortar mi vida para prolongar la vuestra. En cuanto al otro peligro que nos amenaza ¿es tan grande y urgente como imagináis? Dejad que os diga que tal vez os alarmáis sin fundamento. ¿Por qué os ha de odiar el pueblo? Vuestros parceros os aman, porque sois bondadoso con ellos. Cuando paseo cerca de ellos, interrumpen sus faenas para saludarme con benevolencia; tan luégo como me ven, corren los niños hacia mí, saltando y brincando; más de una vez, en mi camino, las madres me han tomado la mano llevándola respetuosamente á sus labios. No es este el pueblo que nos odia. ¿Habláis de suelo minado, de rumores siniestros, de negro horizonte? Mirad cómo florece y reverdece todo; no oigo más gritos que el silbido del pinzón y el cantar lejano de los vaqueros y de los pastores.

—¡Adorable corazón juvenil, que en este mundo de perversidades no ve ni oye más que las imágenes de la naturaleza y las armonías de la creación!—dijo el

marqués besando la frente de Elena con emoción sincera.—Hija mía—añadió después de un corto silencio, —lo mismo acontecía, treinta años há. Los campos se engalanaban de verdura y flores, cantaban los vaqueros en la falda de las colinas, los pinzones silbaban bajo las nacientes hojas; y tu madre, hija mía, tu hermosa y noble madre era, como tú, el ángel bendito de estas campiñas. Y sin embargo, fué preciso huir. Fía en mi vieja experiencia; el porvenir es sombrío y amenazador. Casi siempre, se agita la cólera de los hombres y estalla el rayo de las revoluciones bajo un cielo sereno. Supongamos, no obstante, que el peligro esté lejano aún; admitamos que me quede tiempo para morir bajo el techo de mis padres. ¿Puedo morir en paz, con la idea de que te voy á dejar sola en el mundo, sin amparo, sin sostén, en medio de la tempestad y de la tormenta? Cuando yo no exista ¿qué será de mi querida hija? ¿Te protegerá, acaso, el señor de Vaubert, en estos tiempos de terror? ¡Desventurados niños! ¡ambos tenéis un nombre que atrae el rayo! Uniéndoos, no habréis hecho más que doblar el peligro; uno para otro seréis una carga más; cada cual de vosotros tendrá contra sí dos fatalidades en vez de una; uno á otro os denunciaréis al furor de los odios populares. De ello me ocupaba afectuosamente la otra noche con la señora baronesa; en nuestra alarmada solicitud, nos preguntábamos si sería prudente y cuerdo llevar adelante esos proyectos de unión.

Á estas palabras, estremeciósese Elena y fijó en su padre una mirada de azorada cierva.

—Y hasta creí entrever—añadió el señor de La Seiglière—que la señora baronesa no se halla muy distante de devolverme mi palabra y recobrar la suya en cambio. «Marqués, declame con ese claro talento que nunca la abandona: unir á estos niños ¿no equivale á pretender que dos naves perdidas intenten salvarse una á otra? Aislados, todavía tienen probabilidades de salvarse; pero si se casan, zozobran sin remedio.» Así hablaba la madre de Raul. Debo añadir que lo mismo opina el célebre Des Tournelles, antiguo amigo de nuestra familia y que, sin haberte visto en su vida, te profesa el más vivo cariño. «Marqués, me dijo cierto día este gran jurisconsulto, entregar vuestra hija al joven de Vaubert es esconderla, en tiempo de borrasca, bajo una encina al raso; es llamar sobre su cabeza el fuego del cielo.»

—Padre mío—respondió la doncella con glacial dignidad.—El señor Des Tournelles nada tiene que ver en esto, y á duras penas reconozco en la señora de Vaubert el derecho de disponer así de mi mano. El señor de Vaubert y yo estamos desposados ante Dios. Tengo su palabra; y él tiene la mía. Sólo Dios, que recibió nuestros juramentos, podría desligarnos.

—¡Lejos de mí el propósito de predicarte la traición y el perjurio!—exclamó el marqués.—Únicamente temo que te exageres la gravedad y la solemnidad del compromiso que te encadena. Raul y tú no sois más que prometidos; ahora bien, prometerse y casarse son dos cosas distintas. Mientras el sacramento no ha sancionado la promesa, cabe siempre, por mu-

tuo acuerdo, volver sobre ella, sin ofender á Dios, ni faltar al honor. Antes de casarme con tu madre, había sido yo prometido nueve veces, la novena á los trece años, y la primera á los siete meses. Por lo demás, Elena mía, me guardaré muy mucho de contrariar tus inclinaciones. Comprendo que estimas al señor de Vaubert. Juntos habéis crecido en el destierro y la pobreza, y juntos volveríais á la pobreza y al destierro sin gran pena. Á vuestra edad, queridos niños, no hay perspectiva triste que la pasión no endulce, ni encanto, ni ilumine. Ser dos, sufrir y amarse, es la felicidad de la juventud. Sin embargo, tengo observado que, por regla general, esos enlaces que se han formado tan cerca de la cuna, carecen de ese algo que constituye la imagen del amor. No soy muy entendido en materias de sentimiento; pero he llegado á descubrir que se ama poco lo que se conoce mucho. Por lo demás, nuestro baroncito es un amable y gracioso caballero, algo frío, algo ceremonioso y si he de hablar claro, algo nulo; pero blanco como un lirio, y sonrosado como una rosa. No se le han encallecido las manos en el trabajo, ni le ha bronceado el cutis el fuego enemigo. Tiene sobre todo una manera de peinarse que me encanta.

—El señor de Vaubert es un discreto caballero, padre mío—replicó Elena con gravedad.

—Ya lo creo ¡pardiez!; es un digno muchacho que nunca ha dado que hablar, y un héroe que nunca fastidiará á nadie con el relato de sus victorias. ¡Vive Dios! hija mía—exclamó el marqués cambiando brus-

camente de tono—triste es decirlo, pero debe decirse: nuestros nobles de hoy aparentan creer que sólo atañe á la gente baja el realizar cosas grandes. ¡En mis tiempos los nobles se portaban de otro modo, por fortuna! Yo mismo..., verdad es que nunca he guerreado; pero ¡por Dios que cuando ha sido preciso decir: aquí estoy, allí he estado; y aún me cifan en la corte como uno de los fieles caballeros que se apresuraron á protestar, con su presencia en el extranjero, contra los enemigos de nuestra vieja monarquía. Ahí tienes, hija mía, lo que tu padre ha hecho; y si no me cubrí de laureles en el ejército de Condé, fué porque se me hacía demasiado cuesta arriba el ir á coger palmas regadas con la sangre francesa.

—Sin embargo, padre mío—dijo Elena con voz vacilante—no tiene la culpa el señor de Vaubert de haber vivido hasta ahora inactivo y oscuro; aunque tuviese un corazón de león, no podría dar batallas por sí solo.

—¡Bah! ¡bah!—exclamó el marqués;—las almas sedientas de gloria encuentran siempre medios de extinguir su sed. Cuando yo emigré, estaba á punto de ir á batirme con los Mohicanos; si me trasladé á Alemania en vez de ir á América fué porque, en la hora del peligro, comprendí que mi persona pertenecía á nuestra hermosa Francia. Ahí tienes á Bernardo; aún no ha cumplido veintiocho años, y sin embargo ostenta una cinta en el ojal; ha recorrido, vencedor, las capitales de Europa y se ha hecho matar en el Moscowa. Apenas contaba veinte años cuando el emperador

que, por más que digan, no tenía pelo de tonto, le distinguió en la batalla de Wagram. No digo esto, hija mía, con ánimo de que desprecies á Raul. Nada tengo qué decir contra ese muchacho, por más que sea una nulidad. Por otra parte, es barón, y á su edad, ya es algo. Tampoco hemos de ser demasiado exigentes.

—Padre mío—dijo Elena más perturbada cada vez; —el señor de Vaubert me ama, tiene mi palabra y para mí es lo bastante.

—Que te ama, no lo niego ni mucho menos porque raras veces lo advertí; y los fuegos ocultos son los más terribles; sin embargo, á encontrarme yo en su lugar, no habría partido á París sin más, ni más, precisamente un día después de haberse hospedado en casa ese joven héroe.

—¡Padre mío!...—dijo Elena, roja como una amapola.

—Verdad es que Raul te escribe una carta cada mes. Una sola he leído: precioso estilo, papel perfumado, buena ortografía, puntuación exacta. Pero ¡vive Dios! has de saber, hija mía, que en mis tiempos no escribíamos de esta suerte al objeto de nuestra pasión.

—¡Padre mío!...—repitió la señorita de La Seiglière, con acento suplicante.

Aquí, juzgando suficientemente desmantelada la fortaleza, volvió el insidioso marqués á sus primeras batallas. Demostró que, en los actuales tiempos de prueba, no tenía probabilidades de salvación la nobleza sino creándose alianzas con las clases inferiores. Representó ante su hija el mismo papel que el maligno Des Tournelles había representado ante él, algunos

meses atrás. Pintóse, otra vez más, pobre, desterrado, proscrito, mendigante como Belisario y muriendo lejos de la patria. De nuevo hizo asomar las lágrimas á los ojos de Elena; después, por una transición hábil, sacó á colación al viejo Stamply; enternecióse recordando la probidad del antiguo colono y sintió no haberle recompensado lo bastante en vida. Supo despertar los escrúpulos de aquel tierno corazón sin despertar sus sospechas. Del padre al hijo, sólo mediaba un paso. Exaltó á Bernardo, y lo representó sucesivamente, como un buque contra el furor de las olas y como un abrigo contra la tempestad. En una palabra, de rodeo en rodeo, paso á paso, llegó insensiblemente á sus fines, es decir: á preguntarse en alta voz si, en tan difíciles tiempos, no ofrecería más ventajas á los de La Seiglière una alianza con los Stamply, que con los de Vaubert. Aquí llegaba de su discurso, cuando se interrumpió bruscamente viendo á Elena tan pálida y temblorosa, que temió haberla matado.

—Vaya, vaya—dijo cogiéndola entre sus brazos;—no tienes que habértelas con un verdugo. ¿He hablado, como Calcas, de arrastrarte al sacrificio ó de inmolarle en las gradas del altar? ¡Qué diablo! Ni tú eres Ifigenia, ni yo Agamemnón. Hablamos, formamos conjeturas, y nada más. Comprendo que, por de pronto, una La Seiglière se rebele y se indigne á la idea de un enlace desigual; pero, te lo repito, hija mía: piensa en ti, piensa en tu anciano padre, piensa en la abnegación de la señorita de Sombreuil. Verdad es que

Bernardo no es noble, pero ¿quién es noble hoy día? Dentro de veinte años, nadie se dará la pena de bajarse para recoger un pergamino. Quisiera que pudieses oír al señor Des Tournelles sobre este asunto. Quien sirve bien á su país no necesita abuelos, ha dicho el sublime Voltaire. Por lo demás, en todas épocas ha habido matrimonios desiguales; las grandes familias no viven ni se perpetúan sino cruzándose con castas inferiores. Para acabar con los normandos un rey de Francia, Carlos el Simple, casó á su hija Gisela con un tal Rollón que no era más que un capitán de haraganes, demostrando con ello que era menos simple de lo que la historia pretende. Hace poco, un aventurero se ha casado con la hija de los Césares. Y además, causará muy buen efecto en el país, el que te cases con un Stamply; verán que no somos ingratos; dirán que sabemos agradecer las buenas acciones; por mi parte, cuando me encuentre de manos á boca con el alma de mi antiguo colono, confieso que no me desagradará poderle anunciar á ese digno sujeto que su probidad ha sido recompensada en la tierra y que en adelante nuestras dos familias forman una sola. Lo cual también complacerá á ese hombre bonachón, pues te adoraba, Elena mía; érais un par de amigos. ¿Acaso no te llamaba, de vez en cuando, hija suya? A esta cuenta, deberá figurar entre los profetas.

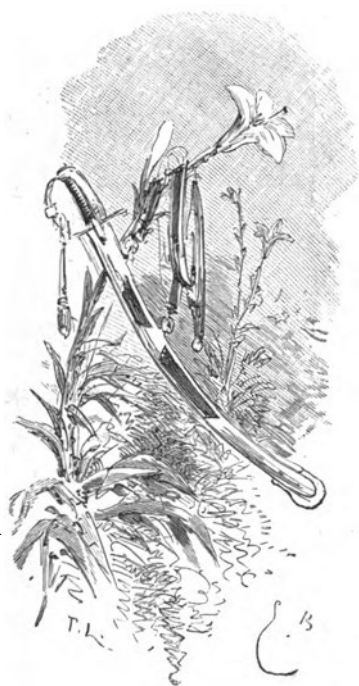
Así hablaba el marqués, desde hacía un cuarto de hora, desplegando, para vencer las repugnancias de su hija, toda la sagacidad y toda la astucia que había

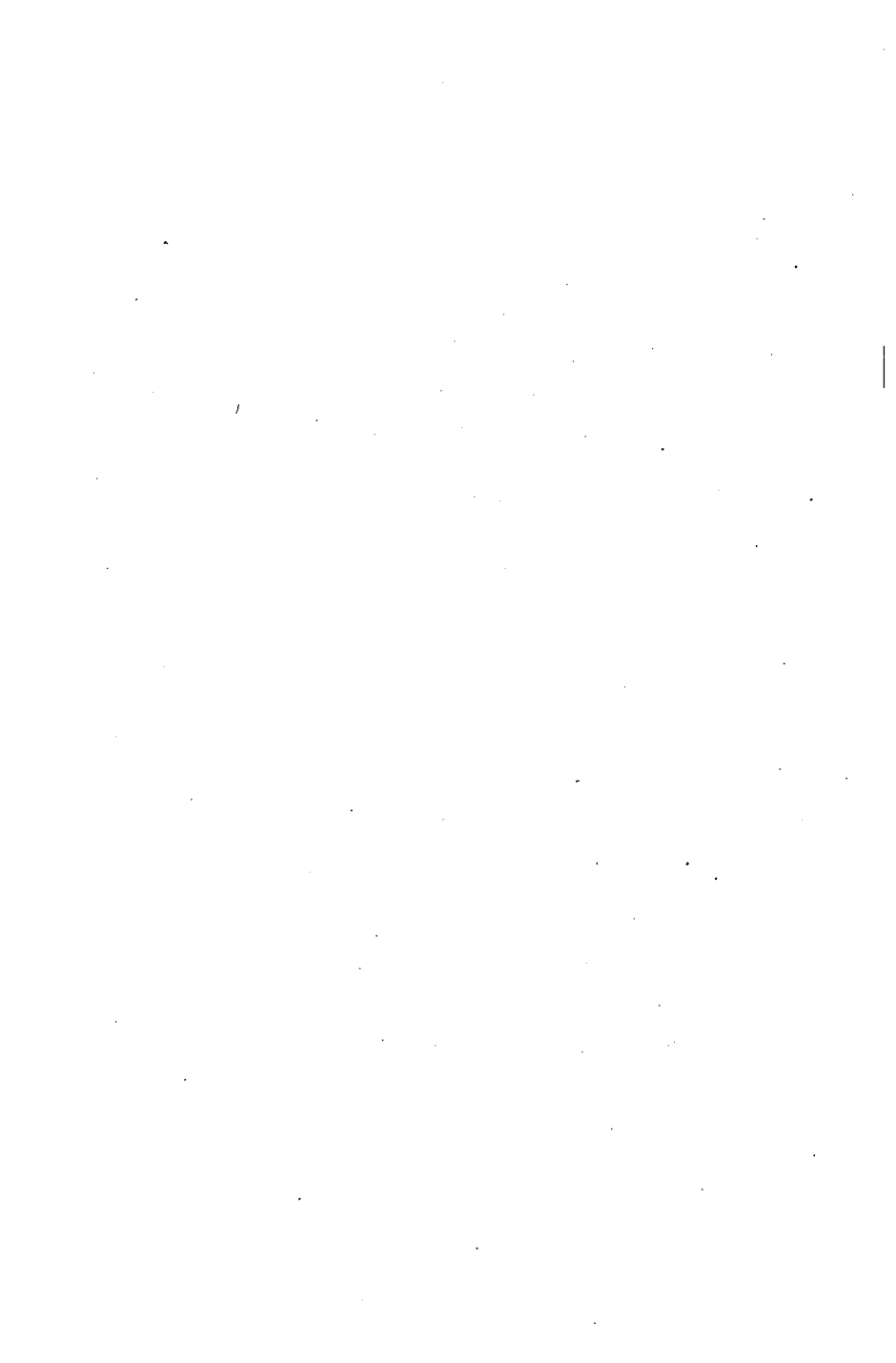
aprendido en la escuela de la baronesa; cuando de repente Elena, que se había desprendido de sus brazos, se escapó ligera y ágil como un pájaro.

Quedó el marqués con la boca abierta, en mitad de una frase, viendo á su hija correr por el césped y desaparecer tras del follaje.

Después de haberla seguido largo rato con la vista:

—¿Sería posible—preguntóse apoyando la frente en su mano, con aire pensativo—sería posible que mi hija amase al húsar? Casarse con él ¡pase!; pero amarle... ¡voto vá!»







CAPÍTULO XII

POR QUÉ razón se había desprendido súbitamente de los brazos de su padre la señorita de la Seiglière? ¿por qué, pocos momentos antes, había oscurecido su frente la palidez de la muerte? ¿por qué, luego, reflujo toda su sangre hacia el corazón? ¿por qué, mientras el marqués intentaba demostrarle la necesidad de un enlace con Bernardo, acababa ella de huir, agitada, trémula, fuera de sí, y sin embargo feliz, ágil y airosa? Llegada al fondo del parque, sentóse en un otero, vertiendo silenciosas lágrimas, que se deslizaban por sus mejillas cual húmedas per-

las, gotas de rocío sobre los embalsamados pétalos de un lirio. Así la ventura y el amor tienen por primera sonrisa una lágrima, como si al nacer, presintiesen su fragilidad y su doloroso porvenir.

Tocaba á su término Abril. El parque era estrecho para contener la embriaguez de su alma. Levantóse la doncella, y se dirigió al campo. Bajo sus plantas, la tierra vertía flores; el azulado cielo sonreía sobre su frente, y la vida entonaba himnos en su seno juvenil. Había olvidado á Raul y apenas se acordaba de Bernardo. Caminaba á la ventura, absorbida por un pensamiento vago, misterioso y arrobador, deteniéndose de vez en cuando para aspirar su perfume y agradeciendo al cielo los goces que inundaban todos los repliegues de su corazón.

Hasta que vió declinar el sol en el horizonte, no pensó la doncella en emprender la vuelta al castillo. Al regresar, percibió, desde la meseta de una colina, á Bernardo que pasaba á caballo por el fondo del valle. Estremeciéndose dulcemente la joven, y su absorta mirada siguió largo rato al jinete. Encaminóse al castillo reflexionando sobre el destino de aquel joven á quien suponía pobre y desheredado. Por vez primera contempló la señorita de La Seiglière, con un sentimiento de ventura y de orgullo, el hogar paterno que los rayos del sol poniente enrojecían, y el mar de verdura que las brisas de la tarde agitaban en derredor. Sin embargo, al descubrir en la otra orilla el castillejo de Vaubert, sombrío y ceñudo detrás de su bosquecillo de encinas, cuyas ramas aún no había reverdecido

la primavera, no pudo reprimir un movimiento de tristeza y espanto, cual si hubiese comprendido que de allí iba á partir el rayo que debía destrozar su vida entera.

No se hizo esperar la tormenta. Llegada á la verja del parque, iba Elena á franquear el umbral, cuando se le acercó un criado de la baronesa, y le entregó un paquete bajo sobre, lacrado con un triple sello, con las armas de Vaubert. Reconociendo la letra del baroncito, que había llegado la noche antes, y cuyo regreso ignoraba, palideció la doncella, rompió el sobre con temblorosa mano y encontró, junto con sus propias cartas que le devolvía Raul, una suscrita por éste. Desdobló Elena sus todavía húmedos pliegos, y después de leerla en el acto, quedó aterrada como si, efectivamente, hubiese caído á sus piés un rayo.

Semejante á esos autómatas que aparecen ó desaparecen á voluntad del que aprieta el resorte, el señor de Vaubert había regresado, como se había ido, á una palabra de su madre, con la misma sonrisa en los labios y el mismo lazo en la corbata. Aunque no había inventado la pólvora, poseía en cambio un juicio recto, un alma honrada y un corazón noble. No solamente era ageno á todas las intrigas de su madre; sino que, gracias á los tesoros de inteligencia y perspicacia de que le había dotado el cielo, podemos afirmar que ni siquiera las había sospechado. Hasta la hora presente, seguía creyendo, como Elena, con la mayor candidez del mundo, que el viejo Stamply al despoarse de sus propiedades no hizo más que restituir

á los de La Seiglière unos bienes que no le pertenecían, y que, en ello, el buen colono únicamente había obedecido á las sugerencias de su conciencia. En realidad, Raul nunca se preocupó mucho de este asunto, y lo que sólo había entrevisto eran sus resultados, los cuales, á decir verdad, no le desagradaban.

En su existencia pobre, había sentido siempre gran apego á la opulencia y no imaginaba que un marco de un millón pudiese perjudicar á un bonito retrato. Sin embargo, amaba á Elena, menos por su fortuna, que por su belleza; amábala á su modo, fría, pero noblemente; sin pasión, pero sin cálculo. Sabía, por otra parte, lo que vale una palabra dada y recibida; nunca el hábito de los viles intereses había marchitado la flor de su honradez y de su juventud.

Al saber lo ocurrido durante su ausencia, la milagrosa resurrección del hijo de Stamply, su regreso al país, su instalación en el castillo, sus incontestables derechos, de donde resultaba inevitable la ruina del marqués y de su familia, el señor de Vaubert, como puede creerse, no se entregó á muy vivos arrebatos de alegría; su rostro se alargó de un modo singular, y su fisonomía no pasó de expresar una mediana satisfacción; empero, cuando después de haberle mostrado el fondo de las cosas, le preguntó resueltamente su madre qué partido contaba tomar en tales circunstancias, alzó la frente el joven, y no vaciló un momento, declarando, sin esfuerzo y sin entusiasmo, que la ruina del marqués no alteraba en lo más mínimo los compromisos que tenía contraídos con su hija y que



—Tienes un noble corazón.



se hallaba dispuesto, como siempre, á casarse con la señorita de La Seiglière.

—No esperaba menos de mi noble hijo—replicó la baronesa con orgullo;—eres digno de mí. Por desgracia, hay algo más. El marqués, para conservar sus bienes, ha decidido casar á su hija con Bernardo.

—¡Pues bien, madre mía!—respondió el joven de Vaubert sin demostrar la menor emoción;—si la señorita de La Seiglière cree que, sin faltar al honor, puede retirar su mano de la mía, libre y dueña es de hacer lo que guste; mas, por mi parte, no dejaré de creerme comprometido con ella hasta que deje ella de creerse comprometida conmigo.

—Tienes un noble corazón—exclamó con un movimiento de gozo la baronesa, comprendiendo que las cosas iban á tomar el sesgo que tanto anhelaba.—Escribe, pues, en este sentido, á la señorita de La Seiglière. Sé digno, pero tierno, á fin de que no puedan suponer que has obrado únicamente para obedecer á tu conciencia. Hecho esto, y suceda lo que quiera, habrás llenado dignamente los deberes de amante fiel y de honrado caballero.

Sin más tardar, sentóse el joven barón á la mesa de su despacho y tomando un pliego de papel glaseado, perfumado, timbrado con las armas de su casa, escribió las siguientes líneas, á las que la baronesa, después de enterada, dió su maternal aprobación, aun cuando hubiera deseado ver en ellas más pasión y más ternura. Con esto, iban á comenzar las hostilidades. En manos de la astuta baronesa, aquel pliego de papel

satinado, perfumado y lleno en su primera página de correctas frases, en preciosa letra inglesa, era nada menos que una bomba la cual, lanzada en la plaza, debía causar con su estallido, destrozos previstos, calculados, de efecto casi seguro.

«SEÑORITA :

»Acabo de llegar y de saber la revolución que se ha operado en vuestro destino y las nuevas disposiciones que ha tomado vuestro señor padre para consolidar en vos la herencia de sus antepasados, que acaba de arrebatarse el regreso del hijo de su antiguo colono. Si con tal objeto el señor marqués ha creído que podía desunir dos manos y dos corazones unidos ante Dios, hace diez años, Dios lo juzgará; por mi parte, me abstengo de ello. Por lo demás, no le está bien á la pobreza ponerse en parangón con la fortuna. Eso sí, mi honor, menos aún que mi amor, me ordena declararos que si no compartís los sentimientos de vuestro señor padre, y no opináis, como él, que la fe jurada es una palabra hueca, tanto placer tendré en compartir con vos mi modesta condición, como pudiérais tenerlo vos compartiendo conmigo vuestro lujo y vuestra opulencia. Hecha esta confesión, de cuya sinceridad no dudareis seguramente, pues me ofenderiais en lo más íntimo del alma, sólo añadiré que á vos sola atañe desde ahora decidir de mi suerte y de la vuestra. Si rechazáis mi humilde ofrecimiento, recoged esas cartas que ya no me pertenecen; sufriré sin quejarme, sin murmurar. Si, por el contrario, consentís en embelle-

cer mi vida y mi hogar, devolvedme esas preciadas prendas, y las estrecharé gozoso contra un corazón adicto y fiel.

RAUL. »

Reducida de golpe al sentimiento de la realidad, no vaciló Elena más de lo que había vacilado Raul. Después de salir de la especie de estupor en que acababa de sumirla la lectura de estas cortas líneas, corrió á su habitación y allí, sofocando sin debilidad el ensueño de una hora á lo más, rayo de sol extinguido apenas visto, flor rota en el momento de abrirse, tomó una pluma para escribir y firmar por sí misma la sentencia de muerte de su propia ventura ; pero, no sintiéndose con valor bastante para ello limitóse á poner sus cartas dentro de un sobre, remitiéndolas en seguida á Raul.

Hecho esto, ocultó su cabeza entre las manos, y no pudo reprimir algunas lágrimas bien distintas ¡ay! de las que vertió por la mañana. No obstante, embargada por la melancolía de un vago pesar, sintió que en su corazón rugía y se agitaba sorda inquietud. Al leer, de una ojeada, la carta del señor de Vaubert, sólo una cosa había visto y comprendido, á saber: que el joven barón la llamaba solemnemente á la fe jurada, so pena de traición y de perjurio ; todo lo demás pasó inadvertido, en la exaltación de su conciencia. Algo apaciguada con el sacrificio, más tranquila y serena, recordó poco á poco algunas expresiones de la carta de su prometido, en que su pensamiento no se fijó

al principio, pero que habían dejado en su alma confusa y penosa impresión. De repente, conforme se hicieron más distintos sus recuerdos, cogió el billete de Raul que había guardado en el seno, sin duda para defender y proteger su corazón; después de releerlo atentamente, después de haber exprimido cada una de sus frases para hacer que brotase la luz, volvió á leerlo de nuevo y pasando insensiblemente de la sorpresa á la reflexión, acabó por abismarse en profundas meditaciones.

Era un espíritu puro, un corazón piadoso y ferviente, un alma inmaculada que jamás había rozado, ni con la punta de sus alas, el cieno de la vida. En su seno se anidaban todas las ilusiones. Creía en el bien, naturalmente, sin esfuerzo, y nunca había sospechado el mal. Para decirlo todo en una palabra, su ingenuo candor era tal, que ni por asomo se le había ocurrido poner en tela de juicio la lealtad, la buena fe y el desinterés de la señora de Vaubert. No obstante, después de la instalación de Bernardo en el castillo, había comprendido vagamente que se tramaba en torno de ella algo misterioso y equívoco. Aunque de natural ni desconfiado, ni curioso, habíase preocupado de ello confusamente, sobre todo al ver alterarse y entristecerse el humor de su padre á quien, en todos tiempos, y hasta en el fondo del destierro, había visto siempre jovial, risueño, atolondrado, decididor. Habíanle causado cierto asombro la repentina desaparición de Raul y su prolongada ausencia, que no explicaban con toda claridad; no dejaba de haber notado el repentino

cambio que se había operado de repente en los mundanos hábitos del marqués y de la baronesa, desde el día en que Bernardo empezó, á compartir la vida del castillo; por último, habíase preguntado á veces, en sus horas de trastorno y de espanto, cómo era posible que aquel joven, en el vigor de su edad, aceptara por tan largo tiempo una condición humillante y precaria, en vez de procurar crearse una posición independiente, como hubiera convenido á un carácter enérgico y altivo. ¿Qué ocurría? Elena lo ignoraba; pero, de seguro, ocurría algo extraño que se esmeraban en ocultarle.

La carta del barón fué como un relámpago en tan sombría noche. Á fuerza de reflexionar en ello, si bien la señorita de La Seiglière no adivinó la verdad entera y en todo su esplendor, por lo menos la vió aparecer como un punto luminoso que, aun cuando casi imperceptible, la guió en sus investigaciones.

Una vez en la senda, recordó la doncella algunas semi-confidencias escapadas de los labios del viejo Stamply en el curso de su larga agonía y cuyo sentido en vano intentó ella interpretar en aquel entonces; recordaba en todos sus detalles el recibimiento solícito, más que hospitalario, con que se acogió el regreso del hijo, después de haber humillado la vejez del padre; en una palabra, paseó, como una antorcha, el billete de Raul á través de todos los incidentes que habían señalado la permanencia de Bernardo.

De episodio en episodio, vino á preguntarse por qué había interrumpido la baronesa sus visitas al castillo,

desde hacía más de una semana ; por qué el señor de Vaubert, en vez de escribir, no se había presentado personalmente ; y después, cuando por fin hubo llegado á la conversación habida pocos momentos antes con su padre, sintiendo invadido el rostro por su sangre indignada, levantóse altiva y se encaminó, con paso firme, á las habitaciones del marqués.





CAPÍTULO XIII

A la sazón nuestro marqués, sentado junto á un velador, y esperando la comida, entreteníase en humedecer bizcochitos en una copa de vino de España; aun cuando herido cruelmente en su orgullo, tenía muy despierto el apetito y saboreaba ese sentimiento de bienestar y de satisfacción que se experimenta después de haber sufrido una operación dolorosa ante la que se ha retrocedido durante largo tiempo. Hallábase libre de la baronesa y tenía casi la seguridad de haber convencido á su hija; en cuanto al asentimiento de Bernardo, maldito lo que le preocu-

paba. Poco perito en materias de sentimiento, como él mismo había dicho, tenía sin embargo suficiente inteligencia para no haber advertido desde hacía largo tiempo, que el húsar no era insensible á la hermosura de Elena; por lo demás, sería de ver que ese hijo de villano no se considerase sobrado dichoso mezclando la sangre de su padre con la de sus antiguos señores. En este punto, estaba tranquilo; solamente le afligia no haber encontrado en su hija más obstáculos y resistencias. La idea de que una de La Seiglière podía amar á un Stamply le sumía en una consternación indescriptible; eran las heces de su cáliz. «Que la mano se degrade, pase; pero salvemos el corazón, cuando menos», pensaba indignado. En cambio, lo que le encantaba en esta aventura era pensar en la cara que pondrían en su castillejo la señora de Vaubert y el bobalicón de su hijo. Reflexionando en ello, restregábase las manos ese diablo de marqués, echándose atrás en su asiento y recreándose como gato retozón, y al recordar lo que tantas veces le había repetido la baronesa, á saber: que París bien vale una misa, relase á carcajada suelta pensando que todo aquello iba á acabar precisamente con una misa, una misa de matrimonio.

Hallábase en uno de esos accesos de jovial humor, cuando se abrió la puerta del salón, y apareció la señorita de La Seiglière, tan grave, tan altiva, tan verdaderamente regia que el marqués, después de levantarse para estrecharla entre sus cariñosos brazos, quedó perplejo ante ella.

—Padre mío—dijo al momento con alterada, pero tranquila voz, la hermosa y noble criatura—contestadme con franqueza, con lealtad, como buen hidalgo; sea lo que fuere lo que debáis revelarme, aseguro desde luego que jamás me encontraréis inferior á los deberes y á las obligaciones que pueda imponerme el cuidado de vuestra gloria. Contestad, pues, sin rodeos; os lo suplico en nombre de Dios vivo, en nombre de mi santa madre, que nos está viendo y escuchando.

—¡Pardiez!—pensó el señor de La Seiglière, desconcertado ya;—he aquí un introito que nada bueno augura.

—Padre mío—preguntó la joven con entereza—¿en qué concepto vive el señor Stamply entre nosotros?

—¡Vaya una pregunta!—exclamó el marqués—cada vez más alarmado, pero manteniéndose todavía firme;—en concepto de huésped y de amigo, me parece. Demasiado debemos á la memoria de su buen padre, para que nadie tenga derecho de sorprenderse viendo á ese muchacho á mi mesa. — Á propósito, añadió sacando de su faltriquera un reloj de oro esmaltado, suspendido de una cadena cargada de dijes, sortijas y sellos—¿acaso ese tunante de Jazmín se olvidará de llamarnos á comer hoy? ¿Ves bien esta alhaja? mírala; parece que no vale nada; en realidad, apenas darían por ella un escudo de seis libras, y sin embargo no lo cedería yo por uno de los diamantes de la corona. Recuerda una historia que te he de contar. Figúrate que un día..... era en mil setecientos...

—Padre mío, otra es la historia que debéis contar-

me—dijo gravemente Elena, interrumpiéndole con autoridad—una historia más reciente, en que también se trata de una joya, mucho más preciosa que esa... de nuestro honor. Me habéis dicho que el señor Stamply está aquí en concepto de huésped; padre mío, aún os falta explicarme quién recibe la hospitalidad, si él ó nosotros, y quien la da, si nosotros ó él.

Á estas palabras, dominado por la mirada que Elena fijaba en él, dejóse caer en un sillón el marqués, más blanco que la chorrera de su camisa.

—¡ Todo está perdido!—dijo para sí con tétrica desesperación;—la maldecida baronesa ha charlado.

—En una palabra, padre mío—repuso la implacable doncella cruzando sus brazos sobre el respaldo del sillón donde se había desplomado el marqués;—os pregunto si estamos en casa del señor Stamply, ó si este señor está en la nuestra.

Harto de fingimientos y de embustes; convencido, por otra parte, de que su hija se hallaba al corriente de la situación, el marqués no pensó más que en endulzar la verdad, mitigándola del mejor modo que pudo, ocultando lo que había en ella de amargo para su orgullo y su amor propio.

—¡ Á fe mía!—exclamó levantándose; con aire exasperado—si quieres que te diga la verdad, no lo sé positivamente. Se aprovecharon de mi ausencia para componer un código de leyes infames; el señor de Buonaparté, que nunca me ha estimado, deslizó en él un artículo expreso para enredar mis negocios. ¡ Y se ha salido con la suya, el Corso! Unos pretenden

que estoy en casa de Bernardo; otros que Bernardo está en mi casa; estos que el viejo Stamply me lo dió todo; aquellos, que me lo restituyó. Como ves, hija mía, todo esto está claro como botella de tinta; el propio Des Tournelles no sabe qué pensar, y el mismísimo diablo se vería perplejo. Por lo demás, bueno es que sepas, que la que nos metió en este atolladero fué la infernal baronesa. ¡Recuerda cuán alegremente vivíamos los dos en nuestro rinconcito de Alemania! Cata ahí que un día se le ocurre á la señora de Vau- bert hacerme recobrar la fortuna de mis padres, sabiendo perfectamente que á tenor de nuestros convenios, esta fortuna pasaría, con el tiempo, á su hijo. Insiguiendo su plan, me escribe que mi antiguo colono atormentado por los remordimientos, me llama á voz en grito y me dice que no podrá morir en paz si no me restituye todos mis bienes. Doy crédito á su aserto; compadézcome de la conciencia torturada de ese buen hombre; no quiero que se me pueda acusar de haber causado la perdición de un alma. Emprendo el regreso, apresúrome, llego, y descubro, el día menos pensado, que ese digno varón no me restituyó nada, sino que me hizo un regalo. Así, al menos, lo sostienen mis enemigos, porque yo tengo enemigos; como decía Des Tournelles, ¿qué sér superior dejó de tenerlos? En esto, Bernardo, á quien todo el mundo suponía muerto, cae sobre nuestras cabezas como un carámbano de Siberia. ¿Qué sucederá? El señor de Buonaparte arregló tan perfectamente las cosas, que es imposible entenderse. ¿Estoy en casa de Bernardo? ¿está Bernardo

en mi casa? Ni lo sé yo; ni lo sabe él; ni tampoco lo sabe el famoso Des Tournelles. Tal es la historia y tal es la cuestión.

Elena se había educado ajená á todas las preocupaciones de la vida real. Ni por asomo sospechaba la existencia de los intereses positivos que tan importante papel desempeñan en la existencia humana, absorbiéndola por entero. No habiendo recibido en todo más enseñanzas que las de su padre, que personificaba la ignorancia más completa, serena y floreciente de todo el reino, los conocimientos que la señorita de La Seiglière había adquirido tocante al derecho francés equivalían á las nociones que podía tener sobre la legislación japonesa; empero, esta niña, que nada sabía, poseía en cambio una ciencia mayor, más segura é infalible que la de los jurisconsultos más hábiles y los más consumados legistas. En su alma honesta y sencilla, había conservado tan puro, tan límpido, tan luminoso como lo recibiera, ese sentimiento de lo justo y de lo injusto que, como un rayo de su inteligencia suprema, ha depositado Dios en el seno de todas sus criaturas. Ignoraba las leyes de los hombres; pero la ley natural y divina estaba escrita en su corazón como en tablillas de oro, y ningún hábito nocivo, ninguna pasión mala había alterado su sentido, ni empañado sus sagrados caracteres. Distinguió, pues, sin el menor esfuerzo, la verdad entre las nubes con que su padre se empeñaba en oscurecerla todavía; debajo del artístico bordado, supo descubrir la grosera trama.

Mientras el marqués hablaba, habíase mantenido Elena en pié, tranquila, impasible, pálida, fría. Cuando su padre hubo terminado, apoyó la joven los codos en el mármol de la chimenea y permaneció largo rato silenciosa, considerando con mudo azoramiento el abismo donde acababa de ser precipitada, como paloma mortalmente herida que, rota el ala, cae ensangrentada y palpitante entre las cañas de impuro pantano.

—¡Con que, padre mío—dijo al fin sin moverse y sin volver los ojos hacia el infortunado marqués quien, no sabiendo ya á qué santo encomendarse, daba vueltas en torno de su hija, como alma en pena; con que ese anciano, cuya vida se consumió tristemente en el abandono y la soledad, se había desposeído para enriquecernos! ¡Ah! ¡Bendito sea el cielo que me indujo á amar á ese hombre generoso! Á no ser por mí, nuestro bienhechor habría sucumbido sin que una mano amiga cerrase sus ojos!

—¿Qué quieres?—exclamó el marqués, confuso;—la baronesa se ha portado en ese asunto con la más horrible ingratitud. Yo le quería mucho, al buen viejo; me divertía; me parecía de muy buena pasta; gustaba de verle á menudo. Pues bien, la baronesa no podía aguantarle. En vano le decía yo: «Señora baronesa, ese Stamply es un bravo sujeto; se ha portado muy bien con nosotros; le debemos algunas consideraciones». Á seguir sus consejos, no hubiera tardado en expulsarlo de mi casa; pero yo me habría resistido, aunque me lo suplicara el rey en persona.

—¡Con que —repuso Elena despues de un nuevo rato de silencio—cuando ese joven se presentó armado de sus derechos, en vez de restituírle lealmente los bienes de su padre y de retirarnos con la cabeza er-guida, hemos obtenido, á fuerza de humildad, que consintiese en guardarnos en su casa, en dejarnos vi-vir bajo su techo! ¡Á vuestra hija, que nada sabía, la hicisteis vuestra cómplice!

—Quise partir—exclamó el marqués;—apenas se dió á conocer Bernardo, cogí mi sombrero y mi bas-tón. Pero la baronesa me detuvo; ella es quien se ha burlado de nosotros, ella es quien nos ha perdido.

Aquí, la señorita de La Seiglière se volvió con alti-vez, dispuesta á pedir cuenta á su padre de la conver-sación que entre ambos había mediado poco antes; pero la voz espiró en sus labios. Agitado el seno y en-rojecida la frente, dejóse caer en un sillón y prorum-pió en amargo llanto. ¿Era únicamente su orgullo re-belado la causa de su dolor? ¿no mezclaba el amor sus suspiros con los gritos de la dignidad ofendida? El corazón más puro y virginal, es un abismo donde la sonda se extravía y á cuyo fondo nadie ha llegado aún.

Viendo la desesperación de su hija, acabó de perder la chabeta el marqués. Precipitóse de rodillas ante Elena, y cogió sus manos llenándolas de besos y llo-rando á su vez como un viejo chocho.

—¡Hija mía! ¡mi tesoro!—decía estrechándola en sus brazos;—tranquilízate, ten piedad de tu anciano padre; no le mates de dolor á tus piés. ¿Quieres partir? partamos. Nos iremos á vivir al fondo de los

bosques, como dos salvajes; si lo prefieres, volveremos á nuestra vieja Alemania. ¿Qué me importa la fortuna, si logro secar tus lágrimas? La fortuna ¿y qué? vendiendo mis alhajas, mi reloj y mis dijes, siempre tendré flores para mi Elena. Vámonos, no sé adónde; en todas partes seré feliz, si te veo contenta. Esta mañana te decía que no tengo más que un soplo de vida; te engañaba. Tengo una salud de hierro. Mira esta pierna; parece un bronce vaciado en una media de seda. Este invierno he matado siete lobos; Bernardo no puede seguirme sin fatigarse, y espero enterrar á la baronesa, que tiene quince ó veinte años menos que yo, según ella pretende, pero ya la conozco demasiado para creer la mitad de lo que afirma. ¡Ea, enjuguemos esos ojuelos; una sonrisa, un beso, tu brazo en mi brazo, y digamos como alegres bohemios, viva la pobreza!

—¡Ah! ¡noble padre mío, al fin os oigo! —exclamó la señorita de La Seiglière, en un arranque de alegría.—Vos lo habéis dicho: partamos; no permanezcamos aquí más; harto hemos permanecido en estos sitios.

—¡Partir! —exclamó el atolondrado gentil-hombre, quien no había desconfiado lo bastante de su primer arranque, y que á toda costa hubiera querido recoger las imprudentes palabras que acababa de soltar—¡partir! —repitió con estupor.—¡Ah! ¡pobre hija mía! ¿á dónde diablos quieres que vayamos? ¿No sabes que estoy en guerra abierta con la baronesa y que ni siquiera nos queda el recurso de ir á enflaquecer á su mesa y tiritar de frío en su hogar?

—Si la señora de Vaubert nos rechaza, iremos á donde Dios quiera—respondió Elena; pero al menos seguiremos por la senda del honor.

—¡Vaya, vaya—dijo el señor de La Seiglière, sentándose con zalamería junto á Elena;—bueno es seguir el camino que Dios nos depare; mas por desgracia, Dios, que da comida y abrigo á los pajarillos, no es tan liberal con los marqueses. Poco cuesta decir: ¡Partamos, vamos á donde nos conduzca Dios! Pero cuando se ha emprendido la marcha y se han andado seis leguas, y cierra la noche sin la perspectiva de acostarse, sin cenar, á la luz de las estrellas, algo malo parece el camino de Dios. Si sólo se tratara de mí, hace tiempo que hubiera calzado las sandalias de peregrino, y vuelto á empuñar el cayado del destierro; ¡pero, se trata de ti, Elena mía! Dejemos, pues, á un lado esas piadosas niñerías; hablemos razonablemente, con calma, cual conviene á viejos amigos como nosotros. Veamos ¿no habrá medio de arreglar este asunto á satisfacción de las partes interesadas? ¿Quizá, lo que te estaba yo diciendo esta mañana...?

—Sería vuestra vergüenza y la mía—replicó Elena con frialdad.—¿Sabéis qué diría el mundo? Que habéis vendido vuestra hija; la pobreza no tiene derecho á un enlace desigual. ¿Qué pensaría el señor de Vaubert? y ¿qué pensaría ese joven á quien acogí con tanto ahínco, creyéndole pobre y desheredado? Mientras uno me acusaría de traición, el otro me inculparía de haber cortejado tan sólo su fortuna, y me vería despreciada por los dos. Nobleza y pobreza obligan. Por

lo demás, ¿qué tiene de pavoroso el porvenir que nos aguarda? ¿Carecemos de asilo? Respondo del señor de Vaubert.

—Pero ¡pardiez!—exclamó el gentil-hombre—¿no te he dicho que la baronesa y yo nos hemos declarado guerra á muerte?

—El rey nos amparará—dijo Elena;—debe ser bueno, justo y grande, puesto que es rey.

—¡Vaya un apoyo, el rey! ¡ni siquiera por asomo sabe los sacrificios que hice por él! La era de las grandes ingratitudes, data del establecimiento de la monarquía.

—Iré á postrarme á sus plantas, y le diré: Señor...

—No te dará audiencia.

—Pues bien, padre mío—exclamó la señorita de La Seiglière con firmeza;—os quedará vuestra hija. Soy joven y no me falta valor; os amo, y trabajaré.

—¡Pobre niña!—dijo el marqués besando una tras otra las manos de la rubia heroína;—el trabajo de esos lindos dedos no bastaría para alimentar una alondra enjaulada. Pero, volviendo á lo que te decía esta mañana ¿opinas que redundaría en vergüenza de ambos? Yo me precio de tener la epidermis del honor algo cosquillosa y sin embargo no veo las cosas como tú, Elena mía. Dejemos á un lado el que dirán: hágase lo que se quiera, tómese el partido que plazca, el mundo halla siempre donde hincar el diente; ¡necio del que le hace caso! ¿Temes que el señor de Vaubert te acuse de traición y de perjurio? Sobre el particular, puedes estar tranquila; la baronesa es una astuta

hembra que jamás permitirá que su hijo se case con nuestra ruina; y por más que no pongo en duda el desinterés de Raul, aquí para entre nosotros, el baroncito es un simplón á quien su madre moverá siempre á su antojo. En cuanto á Bernardo, ¿por qué te despreciaría? Convengo en que razonablemente, no podría aspirar al amor de una de La Seiglière; pero la pasión no raciona, y ese muchacho te ama, hija mía.

—¿Me ama?—dijo Elena con trémula voz.

—¡Pardiez!—exclamó el marqués;—¡te adora!

—¿Qué sabéis vos, padre mío?—murmuró Elena con voz moribunda y esforzándose en sonreír.

—No hay duda—pensó el marqués, sofocando un suspiro de resignación;—mi hija ama al húsar. ¿Qué sé?—exclamó;—no soy tan viejo, que no recuerde cómo ocurren esas cosas. Este invierno, junto á la chimenea, cuando refería sus batallas, ¿crees tú que se fatigaba gastando pólvora, elocuencia y sablazos, por los bellos ojos de la baronesa? Desde el día en que dejaste de formar parte de la tertulia, ni el diablo le hubiera podido arrancar tres palabras. ¿Por ventura no comprendí, entonces, la causa de su tristeza, de su silencio y de su sombrío humor? ¿No he visto iluminarse su frente, cuando te dignaste aparecer de nuevo? ¿Y el día en que se expuso á que le matara Rolando, piensas que no fué una bravata de enamorado? Te digo que te adora. Y además, aunque fuese de estirpe regia ¡sería de ver que se atreviera á no amarte!

Interrumpióse el marqués para contemplar á su hija que seguía escuchándole.

Á estas palabras de su padre, sintió Elena estremecerse en su corazón su ensueño mal sofocado. Permanecía allí pensativa, silenciosa, olvidando que acababa de remachar la cadena que la unía para siempre á Raul, abandonándose, sin advertirlo, á la corriente que la arrastraba hacia una orilla donde entonaban himnos la juventud y el amor.

—¡Ea!—pensó el marqués;—en vez de uno, tendremos dos enlaces desiguales.

Y, tomando alegre su partido, frotábase ya las manos, cuando de improviso se abrió con estrépito la puerta del salón y la señora de Vaubert se precipitó como un alud en el aposento, seguida de Raul, impasible y grave.

—Venid acá, noble y hermosa niña—exclamó la baronesa tendiendo á Elena sus brazos;—dejad que os estreche contra mi corazón. ¡Ah! ¡bien sabía yo—añadió con efusión, inundando de besos la frente y los cabellos de la señorita de La Seiglière—bien sabía yo que entre la opulencia y la pobreza no titubearía vuestra alma! Hijo mío, abrazad á vuestra mujer; abrazad á vuestro marido; sois dignos uno de otro.

Y así diciendo, había atraído suavemente á Elena hacia el baroncito, quien le besó la mano respetuosamente.

—Vedles, marqués—repuso con acento enternecido;—vedles qué amartelados. Decidme ahora; aunque tuviéseis un corazón de bronce, aunque os hubiese amamantado una osa en la cuna, ¿os veríais con valor para romper tan encantadores lazos? Ya no se trata

sólo de vuestra gloria, sino de la felicidad de estas dos nobles criaturas.

—¡Á fe mía!—dijo para sí el marqués, cuya estupefacción renunciámos á describir—¡ si comprendo el enigma, máteme la baronesa, ó la peste!

—Señor marqués —dijo Raul tendiéndole lealmente la mano;—las revoluciones me han dejado pocos restos de la fortuna de mis padres; pero, cuánto son y cuánto valen es vuestro.

—Señor de Vaubert—dijo Elena—tenéis un noble corazón.

—¡Oh qué magnánimos! —exclamó la baronesa.—Marqués, estáis conmovido. Parece que se os humedecen los ojos; ¿Á qué empeñaros en resistir al enternecimiento que os invade? ¡ Si las piernas no pueden ya sosteneros! y os retoza la alegría en el cuerpo, ¿por qué ese empaque? dejad obrar á la naturaleza. Triunfa... lo conozco, lo veo. ¡ Si estáis á punto de tender los brazos... ¡ea! Raul, corred á abrazar á vuestro padre—añadió empujando al baroncito á los brazos del marqués y contemplando con fruición cómo se abrazaban de mala gana.

—¿ Y nosotros, mi viejo amigo—añadió en seguida—no nos abrazaremos?

—Abracémonos—dijo el marqués.

Y mientras se hallaban en brazos uno de otro:

—Baronesa—dijo el marqués en voz baja;—no sé á dónde váis á parar, pero conozco que tramáis algo abominable.

—Marqués—dijo la baronesa—sois un ladino cala-



—Abraçémonos — dijo el marqués.



verón.—Raul, Elena, y vos también, viejo amigo mío—añadió al momento, reuniéndolos á los tres bajo una misma mirada y en un mismo abrazo:—si he de dar crédito al gozo que me inunda, la morada de Vaubert va á convertirse en asilo de paz, de ventura y de mutuas ternezas; allí realizaremos el ensueño más dulce y encantador que nunca se elevó de la tierra al cielo. Seremos pobres; pero tendremos por riqueza la misma de nuestras almas; el cuadro de nuestra humilde fortuna humillará más de una vez el esplendor del lujo y el fasto de la opulencia. ¡Cuánto os mimaremos, marqués! ¡Cuánto amor, cuántos cuidados en torno de vuestra vejez, para haceros olvidar los bienes perdidos! Amado, querido, festejado, acariciado, llegará día en que comprendáis que esos bienes eran de poco valor, y os admiraréis de haber podido pensar, un solo instante, en rescatarlos á costa de vuestra felicidad!

Después de haber aventurado algunas objeciones, que Raul, Elena y la baronesa desvanecieron de consuno, después de haber buscado en vano una salida por donde escapar, hostigado, acorralado, cogido en la trampa:

—Pues bien ¡vive Dios! lo mismo me da—exclamó jovialmente el marqués;—mi hija será baronesa, y ese viejo bribón de Des Tournelles no tendrá el gustazo de ver á una La Seiglière casada con un villano.

Decidióse, desde luego, que el marqués, en el más breve plazo, firmaría un acta de renuncia á favor de Bernardo, después de lo cual el gentil-hombre, despo-

seido, se retiraría con su hija al castillo de Vaubert donde se realizarían inmediatamente las bodas de los jóvenes amantes.

Dispuestas así las cosas, tomó la baronesa el brazo del marqués, mientras Raul ofrecía el suyo á Elena, y los cuatro se fueron á comer al castillo.





CAPITULO XIV

MIENTRAS ocurría en el castillo esta revolución ¿qué era de Bernardo? El joven seguía al paso de su caballo los senderos que corren á lo largo del Clain, embebido todo su sér en el recuerdo de una imagen exclusiva. Estaba enamorado. En aquella naturaleza libre y altiva que el roce del mundo no había desgastado, no podía permanecer largo tiempo el amor en estado de vaga aspiración, y en breve alcanzó las proporciones de pasión ardiente, enérgica, vivaz y profunda.

Pertenecía Bernardo á aquella generación activa y

turbulenta cuya juventud había transcurrido en los campamentos, sin espacio para amar, ni soñar. Á los veintisiete años, á esa hora todavía matinal en que los muchachos de nuestra generación ociosa han dispersado locamente á todos los vientos sus fuerzas sin empleo, no había conocido otra pasión que la de la gloria. Era, pues, de prever que si el germen de un amor formal llegaba á caer en aquel alma, absorbería su savia y se desarrollaría como vigoroso arbusto en tierra virgen y fecunda.

Vió á Elena, y la amó. ¿Qué arte mágica hubiera podido defenderle? La doncella estaba dotada de gracia y de hermosura, de candor é inteligencia, de todos los atractivos de su raza, sin sus ideas mezquinas y sus añejas opiniones.

Con la altivez del lirio, exhalaba su grato y suave perfume; á la poesía de lo pasado, unía los instintos graves de nuestra edad. ¡Y esa noble criatura se había dirigido hacia él, tendiéndole la mano, y sonriente! ¡Le había hablado de su anciano padre, á quien ayudó en la hora suprema! ¡había reemplazado al hijo ausente, junto á la cabecera del moribundo, recogiendo sus últimas palabras y su postrer suspiro!

Él había vivido de su vida, á su mesa, junto á ella, y á su lado, en el hogar. Contándole los males por él sufridos, había visto humedecerse los bellos ojos de la encantadora niña, é inflamarse al relato de sus batallas. ¿Cómo no amarla? Al principio, la amó con amor inquieto y delicioso, como todo sentimiento que se ignora; después, viéndola retirarse brusca-

mente de su lado, la amó con amor silencioso y hurano, como toda pasión sin esperanza. Entonces, analizando á la vez su corazón y su destino, quedó herido de espanto. Acababa de comprender al propio tiempo, que, extraviado por el éxtasis, había aceptado, sin reflexión, una situación equívoca; que iba en ello su honor de militar, y que para salir del trance, le era forzoso desposeer, arruinar y expulsar á la doncella amada y á su padre. ¿Cómo se hubiera resignado á tal extremo, él que desfallecía con pensar que sus huéspedes podían alejarse el día menos pensado, por su propia voluntad; él, que á veces se preguntaba, con terror, lo que sería de su vida, solo, en aquel castillo desierto, si se les antojaba trasladar sus penates á otro sitio? Si amaba á Elena sobre todas las cosas, no era sólo Elena á quien amaba. En medio de sus arrebatos y de sus cóleras, sentíase atraído hacia el marqués. Profesaba también una especie de afecto á todos los detalles de aquel interior de familia, cuya fácil gracia y cuya exquisita urbanidad jamás había sospechado. La idea de casarse con Elena, esa idea que lo conciliaba todo y ante la cual no había retrocedido el marqués, ni siquiera la había entrevisto Bernardo. Bajo la rudeza de sus modales, bajo la energía de su carácter, bajo el ardor que le consumía, ocultaba todas las delicadezas, toda la timidez de un espíritu miedoso y de un alma tierna. La conciencia de sus derechos le hacía humilde en lugar de envalentonarle; tenía la desconfianza y el pudor de la fortuna. Sin embargo, desde hacía una semana.

todo, en él y en torno suyo, había adquirido una nueva faz. En torno suyo, los bosques y los prados reverdecían; la señorita de La Seiglière había reaparecido en su vida como la estación primaveral en la tierra. La presencia de Elena, vuelta de nuevo, las conversaciones recientes habidas con el marqués, la amistad cordial, casi tierna, que le manifestaba el anciano gentil-hombre, algunas frases que se habían escapado de sus labios aquella misma mañana; todo esto, mezclado con las tibias brisas, con el perfume de los bosques, con los alegres rayos del sol, causaba á Bernardo una emoción inexplicable, una embriaguez sin nombre, el vago sentimiento de espanto, que es el primer estremecimiento de la felicidad.

Así perturbado, sin que osara preguntarse el por qué, regresaba Bernardo al galope de su caballo, pues ya la noche comenzaba á descender de las cumbres á los llanos, cuando, al desembocar del puente, descubrió la pequeña caravana que se encaminaba á Vaubert. Detuvo la cabalgadura y reconoció, desde luego, en la penumbra del crepúsculo, á la señorita de La Seiglière del brazo de un caballero, que supuso debía ser el baroncito. Bernardo no conocía á Raul, ni sabía nada de la proyectada unión; sin embargo, se le oprimió el corazón. Agravóse su sufrimiento viendo reanudada la intimidad entre el marqués y la baronesa.

Después de haber seguido largo tiempo á las dos parejas con pesarosa mirada, puso su cabalgadura al paso, volvió lentamente al castillo, comió solo, contó tristemente las horas y pensó que esta solitaria vela-

da, la primera que pasaba de tal suerte desde su regreso, no debía acabar nunca. Dió veinte veces la vuelta al parque, retiróse melancólico á su habitación y permaneciò apoyado en el alféizar de la ventana hasta que hubo visto pasar, como dos sombras, bajo el follaje, al señor de La Seiglière y á su hija, cuya voz llegó hasta él en el silencio de la noche.

Al día siguiente, á la hora de almorzar, esperò en vano á Elena y á su padre. Jazmín, á quien interrogò, respondiòle que el señor marqués y su hija habían salido una hora antes en dirección á Vaubert, presumiendo que no regresarían á comer. Durante este día, más lento en transcurrir que la velada del anterior, observò Bernardo el movimiento inusitado de la servidumbre desde el castillo al castillejo como si se tratase de una nueva instalación. Presintió una atroz desventura. Por un momento, estuvo tentado de ir al castillejo; un sentimiento de invencible repugnancia, casi de horror, le había alejado siempre de aquella casa. ¿Comprendía también, como Elena, que allí se había forjado el rayo que oía rugir ya sordo en el horizonte? Llegò, no obstante, hasta mitad del camino; y percibiendo del brazo de Raul, en la otra orilla, á través del plateado follaje de los sauces, á Elena cuyo indolente paso y cuyo pálido rostro no podía distinguir, sintió que los celos le mordían como un áspid el pecho.

Era un alma dulce y tierna, pero impetuosa y terrible. Volvió á su habitación, descolgó del marco del espejo sus pistolas, examinólas con sombría y feroz

mirada, y alzó el gatillo con ruda mano; después, avergonzado de su locura, se tendió en el lecho, y aquel corazón de león lloró. ¿Por qué? No lo sabía. Sufrió, sin conocer la causa de su mal, como el día anterior ignoraba de dónde le venían la ventura y la vida.

La velada fué menos borrascosa. Al cerrar la noche, empezó á recorrer el parque, esperando el regreso del marqués. La brisa refrescó su frente, mientras la reflexión templaba su coraje. Díjose que nada había cambiado en su vida, y volvió paulatinamente á ensueños más gratos. Hallábase sentado hacía un rato, en un banco de piedra, en aquel mismo sitio donde tantas veces, junto á Elena, había visto, en el pasado otoño, desprenderse las amarillentas hojas y arremolinarse por encima de sus cabezas, cuando, de improviso, crujió suavemente el enarenado de la alameda bajo un pié ligero; dejóse oír el roce de un vestido, á lo largo del ojiacanto en flor; y alzando los ojos percibió Bernardo ante él á la señorita de La Seiglière, pálida, triste y más seria que de costumbre.

—Os andaba buscando, señor Stamply—dijo al momento con dulce y tranquila voz.

En efecto, Elena se había escapado con la esperanza de encontrarle. Sabiendo que únicamente debía pasar dos noches más bajo el techo que ya no era de su padre, previendo que toda clase de relaciones debía quedar rota en lo sucesivo entre ella y Bernardo, había ido á su encuentro, no por debilidad, sino por altivo sentimiento de sí misma, no queriendo que, si un día

llegaba el joven á descubrir las estratagemas y las intrigas que se habían urdido en torno de su fortuna, pudiese creer ni aun sospechar en ella la más mínima complicidad. Por otra parte, no desconocía que antes de retirarse, tenía que cumplir ciertas obligaciones para con él; que, cuando menos, debía un adios á aquel huésped tan delicado que ni siquiera le dejó entrever sus derechos, una reparación á aquella alma tan magnánima á quien, ella, en su ignorancia, pudo acusar de servilismo. Había comprendido, finalmente, que le incumbía enterarle por sí misma de su próxima partida, para ahorrarle una humillación, ya que no un dolor.

— Señor Stamply — repuso después de haber tomado asiento junto á él con una emoción que no se esforzó en ocultar—dentro de dos días mi padre y yo estaremos fuera de este parque y de este castillo que ya no nos pertenecen; no he querido ausentarme sin deciros que os habéis portado noblemente con mi señor padre y que de ello os guardará mi corazón eterna gratitud. Sí, habéis sido tan noble, tan generoso, que aun ayer ni siquiera lo sospechaba yo.

— ¡Partís, señorita, partís! — dijo fuera de sí Bernardo, con desgarrador acento. — ¿Qué os he hecho? ¿Tal vez, sin saberlo, os habré ofendido á vos ó á vuestro señor padre? No soy más que un soldado; nada sé de la vida, ni del mundo; ¡pero partir!; no, no partiréis.

— Es preciso — dijo Elena; — nuestro honor lo quiere y el vuestro lo exige. Si mi padre, al ausentarse, no se muestra con vos tan afectuoso como debiera ó

quisiera parecer, perdonadle. Mi padre es anciano; ¡achaques de su edad! No quedaréis resentido con él ¿verdad? aún me siento asaz rica para poder añadir su deuda de gratitud á la mía, y saldañlas ambas.

—¡Partís!—repitió Bernardo...;—pero, si vos partís, señorita ¿qué vá á ser de mí? Estoy solo en el mundo; ni tengo amigos, ni parientes, ni familia; de las únicas amistades que encontré á mi regreso, me he separado violentamente para mezclar mi existencia con la vuestra. Á fin de quedarme aquí, cerca de vuestro padre, he repudiado mi casta, he abjurado mi religión, he desertado mi bandera, he renegado de mis hermanos de armas; no hay uno solo, en la actualidad, que consintiese en estrechar mi mano entre las suyas. Si habíais de ausentaros ¿por qué no lo hicisteis cuando me presenté por vez primera? Entonces llegaba yo con el corazón y la cabeza llenos de rencor y cólera. Quería vengarme; estaba presto; aborrecía á vuestro padre, y execraba á los nobles todos. ¿Por qué no partisteis entonces? ¿Por qué no se me dejó libre el sitio? ¿Por qué se me dijo: confundamos nuestros derechos, no formemos más que una familia? Y actualmente, cuando he olvidado si estoy en casa de vuestro padre, ó está vuestro padre en la mía, cuando me han enseñado á amar lo que detestaba, á honrar lo que escarnecía, cuando se me han cerrado las filas donde nací, cuando se han creado y se han infundido en mí un corazón nuevo y un alma nueva ¿se ausentan, me dejan, me abandonan?—¡Entonces, señorita, sólo habré aportado á vuestra existencia el desorden, el



—¡Partis!— repitió Bernardo...



trastorno y la desventura, cuando daría mi vida con gozo, si pudiese ahorraros un pesar! ¡Habrè pasado por aquí como una tempestad, para marchitarlo ó quebrantarlo todo, cuando derramaría con embriaguez toda mi sangre para que germinara una flor en vuestro destino! ¡Vos estabais aquí, tranquila, dichosa, sonriente, bella como un lirio entre el lujo de vuestros antepasados, y debía yo volver adrede del fondo de las áridas estepas para iniciaros en los dolores de la pobreza, cuando yo regresaría triunfante al helado destierro de donde salí, para dejaros mi parte de sol!

—No me asusta la pobreza —dijo Elena; ya la conozco, he vivido con ella.

—Sin embargo, señorita—exclamó Bernardo con arrebató;—¿ si, exaltado por la desesperación, como en la guerra por el peligro, osara yo deciros á mi vez lo que todavía no he osado decirme á mí mismo? Si, á mi vez, os dijese: ¡Confundamos nuestros derechos; formemos una sola familia! Si, alentado por vuestra gracia y vuestra bondad, animado por el afecto casi paternal que el señor marqués me ha manifestado estos últimos días, me atreviese á tenderos una mano temblorosa, ¡ah! sin duda rechazaríais esa mano de soldado encallecida aún por las faenas del cautiverio, é indignándoos con razón al ver que un amor nacido de tan baja esfera hubiese osado elevarse hasta vos, me abrumaríais con vuestro desprecio y vuestra cólera. Pero si pudiéseis olvidar, como lo olvidaría yo por vos, que jamás haya podido pretender la herencia

de vuestros padres ; si pudiéseris continuar creyendo, como creería yo por vos, que la fortuna es vuestra, y mía la pobreza, y si entonces os dijese con humilde y suplicante voz : Guardadme en un rincón donde pueda únicamente veros y admiraros en silencio ; ni os molestaré, ni os importunaré ; no me encontraréis en vuestro camino sino cuando me llaméis ; con una palabra, con un gesto, con una mirada, me sepultaréis nuevamente en el polvo, tal vez entonces no me rechazaríais, tal vez os compadeceríais de mi pena ; y esa compasión, bendecirla yo, enorgulleciéndome con ella más que con una corona de rey.

—Señor Stamply—dijo Elena levantándose con dignidad ;—no sé que haya en el mundo otro corazón más elevado que el vuestro ; no sé que haya mano que la vuestra no pueda honrar tocándola. Ahí está la mía : se despide una amiga que os tendrá presente en todas sus plegarias.

—¡ Ah !—exclamó Bernardo osando ¡ por vez primera y última ! llevar á sus labios la blanca mano de Elena, —me arrebatáis la vida ; pero, noble criatura, ¿ qué va á ser de vos y de vuestro anciano padre ?

—Nuestro porvenir está asegurado—dijo la señorita de La Seiglière quien, queriendo evitar que Bernardo la compadeciera, hincaba en el infeliz el dardo mortal ; —también el señor de Vaubert posee un noble corazón ; será tan feliz compartiendo conmigo su modesta fortuna, como lo hubiera sido yo compartiendo con él mi opulencia.

—¿ Os amáis ?—preguntó Bernardo.

—Creo haberos dicho—replicó la señorita de La Seiglière, vacilando—que los dos crecimos en el desierto.

—¿Os amáis?—repitió Bernardo.

—Su madre me sirvió de madre; nuestros padres nos desposaron, casi en la cuna.

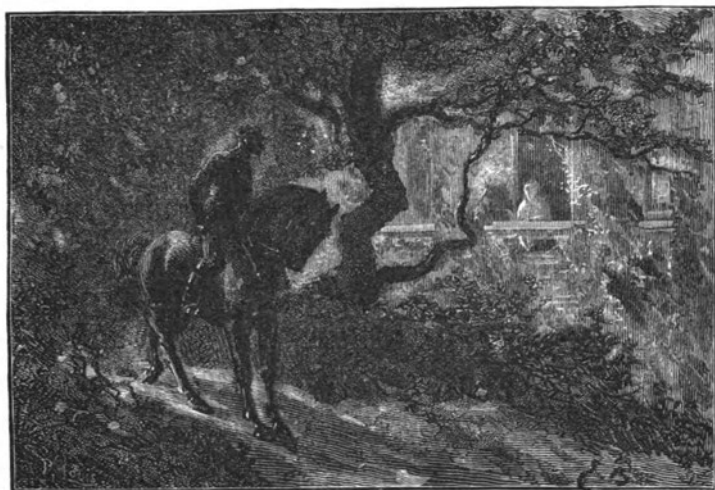
—¿Os amáis?—preguntó Bernardo otra vez más.

—Tiene mi palabra—respondió Elena.

—¡Adios, pues!—añadió Bernardo con sombrío acento—¡Adios, ensueño fugaz!—murmuró con sofocada voz, siguiendo con los ojos, arrasados en lágrimas, á Elena que se alejaba pensativa.







CAPÍTULO XV

EL siguiente día era el fijado para firmar el acta de renuncia. Á las doce en punto, el marqués, Elena, la señora de Vaubert y un notario llegado expresamente de Poitiers se hallaban reunidos en el gran salón del castillo, que participaba ya del desorden propio de la próxima marcha. Sólo aguardaban á Bernardo; Elena estaba muy seria y altiva; el marqués, contento de terminar aquel asunto, ligero como una mariposa:

—Con que, señora baronesa—decía alegremente, frotándose las manos—vamos á vivir por fin en nues-

tro castillejo, y á volver á nuestra vidita de antaño en Alemania!... ¡Qué delicia! hemos de figurarnos otra vez en la emigración. Á vos, generosa amiga, sólo á vos deberá el último La Seiglière el pan y la sal.

La señora de Vaubert sonreía, pero asomaba en su frente y en su mirada una viva preocupación.

En esto, entró Bernardo, látigo en mano, bien calzado y con espuelas. La baronesa se puso á observarle inquieta, pero nadie hubiera podido adivinar por su cara lo que pasaba en el corazón del joven Stamply.

Después de haber leído en alta y clara voz el acta que había redactado anticipadamente, el marqués tomando la pluma, y alzándose la manga de punto de Inglaterra firmó sin pestañear y ofreció á Bernardo con exquisita cortesía la hoja con el sello del fisco.

Luégo le dijo con graciosa sonrisa :

—Vaya, caballero; ya sois de nuevo propietario de *los sudores* de vuestro señor padre.

¡Momento decisivo! La señora de Vaubert palideció, fijó en Bernardo ardiente mirada.

Éste vacilaba; impasible y taciturno pareció que no había visto nada, que no había oído nada. Fulguró en los ojos de la baronesa un rayo de triunfo.

—¡Rayos y truenos! ¿vais á hacer cumplidos ahora? —gritó el marqués.

—¡Qué noble alma! —murmuraba enternecida la baronesa.

Como si despertara sobresaltado, Bernardo se estremeció, cogió el papel con rápido ademán, á lo militar, y doblándolo se lo metió en el bolsillo del gabán

que abotonó luego. Después, sin decir palabra, retiróse gravemente.

La señora de Vaubert estaba consternada.

—¡Vaya! ¡gran jornada!... Sólo un millón nos cuesta—dijo el marqués de buen humor.

—¿Me habré engañado?—se preguntaba la baronesa visiblemente preocupada.—¡Si será simplemente un canalla!

—¡Dios mío! ¡Qué triste y sombrío estaba!—decía para sí Elena, estremecida por vagos presentimientos.

El día acabó con los últimos preparativos de la expatriación. El marqués fué descolgando con sus propias manos, siempre jovial, los venerables retratos de sus abuelos y tuvo una agudeza para cada uno, pero la señora de Vaubert no reía. Elena se entretuvo en recoger sus libros y bordados, álbums, paletas y acuarelas.

Después de aquel acto que le reintegraba solemnemente en sus derechos, Bernardo había montado á caballo, y sólo muy entrada la noche se recogió. Pasando por el parque, divisó á Elena asomada á la ventana y estuvo largo rato contemplándola apoyado en un árbol.

Elena, por su parte, pasó en claro toda la noche, á veces de codos en el balcón, contemplando á la luz de las estrellas, las frescas umbrías que iba á abandonar para siempre y otras dando vueltas por la habitación, y despidiéndose con el alma de ese tierno nido de sus años juveniles.

Rendida por la fatiga echóse vestida en la cama ape-

nas clareó el alba. Llevaba una hora escasa de dormir así, con ligero sueño, cuando la despertó de golpe espantosa algazara, que la hizo correr á la ventana desde luégo. Aunque no era tiempo de caza, vió reunidos á los monteros del castillo, estos á caballo, los de más allá tocando las bocinas con tal estrépito que retemblaban los cristales, otros refrenando la impaciencia de la jauría que aullaba y ladraba estremeciendo la soñora atmósfera matinal.

Preguntábase la señorita de La Seiglière si tal vez celebraban de esta suerte el amanecer de su destierro y de dónde podía provenirle aquella ruidosa y matinal tocata, cuando de repente lanzó un grito de espanto viendo aparecer á través de la jauría, por en medio de los monteros que á su vez parecían asombrados, á Bernardo calzando botas y espuelas como la vispera y jinete de Rolando. Refrenando con gracia el ardor del terrible animal, hizole avanzar piafando hasta el pié de la ventana donde permanecía Elena, más pálida que la muerte; después, alzó los ojos hacia la joven y descubriéndose respetuoso, soltó la brida, clavó las espuelas en los flancos del corcel y partió como el rayo, siguiéndole á lo lejos los monteros, al bronco són de las trompas de caza.

—¡ Ah! ¡ desgraciado! —exclamó la señorita de La Seiglière, retorciéndose los brazos desesperada;— ¡ quiere matarse!... ¡ va á matarse!

Intentó correr; pero ¿ á dónde? Rolando volaba más que el viento.

Habíase decidido, la vispera, que Raul y su madre

pasarían, al día siguiente, á buscar al marqués y á su hija para conducirles é instalarles definitivamente en su nuevo hogar. Disponíase Elena á salir de su aposento para dirigirse al salón, cuando tropezó en el umbral con Jazmín, quien, como verdadero cortesano de la desgracia, le presentó en una bandeja una carta cerrada. Volvió atrás la joven, precipitadamente, rompió el sobre y leyó estas líneas, trazadas al vuelo :

«SEÑORITA :

»No partáis; quedaos. ¿ Qué queréis que haga yo de esta fortuna ? No podría emplearla sino en obras filantrópicas; vos la emplearéis mejor que yo, con más gracia, de una manera más grata á Dios. Ruègoos, tan sólo, que me asociéis con el pensamiento á la mitad de todos vuestros beneficios; eso me dará suerte. No os preocupe mi destino; disto mucho de carecer de recursos. Aún poseo mi grado, mis charreteras y mi espada. Volveré al servicio; ya no existe la misma bandera, pero siempre es y será la bandera de Francia. Adios, señorita. Os amo y os venero. Estoy, no obstante, resentido con vos porque se os ocurrió dejarme abrumado con un millón; pero os perdono y os bendigo, por lo mucho que amasteis á mi anciano padre.

BERNARDO.»

Bajo el mismo pliego se encontraba un testamento ológrafo concebido así :

«Dejo y lego á la señorita Elena de La Seiglière cuanto en el mundo poseo en legítima propiedad.

Firmado en mi castillo de La Seiglière, en 25 Abril de 1819.»

Cuando entró en el salón, donde acababan de llegar la baronesa y su hijo, estaba Elena tan pálida, tan descompuesta, que el marqués no pudo menos de exclamar:

—¿Qué tienes?

La baronesa y Raul se aproximaron presurosos á la joven, la cual permaneció fría y muda.

—¿Qué es eso?—añadió el marqués—¿acaso te falta valor?

Elena no respondió.

Acercábase la hora fijada para la partida. La baronesa continuaba esperando que Bernardo viniese á interponer algún obstáculo; mas no viendo novedad alguna, apenas lograba disimular su mal humor. Por su parte, el baroncito no estaba muy entusiasmado, que digamos. Finalmente, descorazonado por la tristeza de sus compañeros, el marqués no mostraba ya aquel gracejo que había prodigado los últimos días.

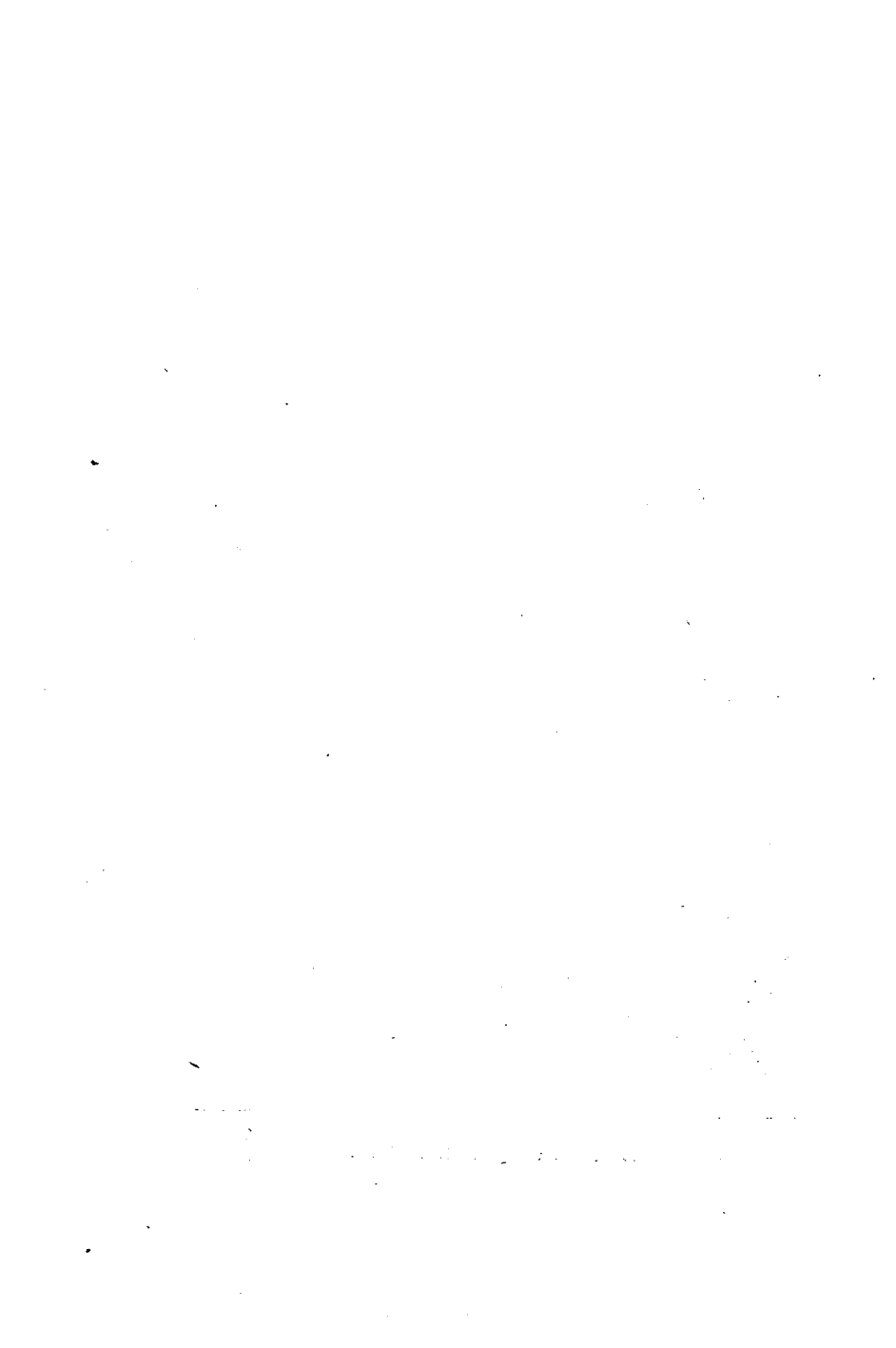
—Á propósito—dijo de repente—ese bribón de Bernardo nos ha servido esta mañana un plato de su cocina.

—¿De qué se trata, marqués?—preguntó la baronesa que, al nombre de Bernardo, acababa de aguzar el oído.

—¿Creeríais, baronesa, que ese hijo de vaquero no



... lanzó un grito terrible...



ha esperado siquiera á que hubiésemos partido, para tomar posesión de mis bienes? Al despuntar el sol ha salido de casa, escoltado por mi jauría y seguido de todos mis monteros.

Aquí, la señorita de La Seiglière, que se había aproximado á la puerta abierta de par en par sobre la gradería, lanzó un grito terrible y cayó en brazos de su padre, que corrió á sostenerla.

Rolando acababa de desfilarse á lo largo de la avenida central, como guijarro lanzado por una honda; la silla estaba vacía y los estribos golpeaban violentamente los desgarrados flancos del corcel.







CAPÍTULO XVI

Poco después, ocurrió en el castillo de La Seiglière una escena bastante cómica hasta cierto punto, y fué que el malicioso vejete, á quien designamos con el nombre de Des Tournelles, y que sin duda no habrá olvidado el lector, se presentó al marqués, con el intento de probarle que con la muerte de Bernardo no había asegurado sus derechos á aquel patrimonio, por lo cual le invitaba á desalojarlo, si no quería sufrir el rigor de la ley... ¿pero á qué prolongar nuestro relato?

Dos meses después de la muerte de Bernardo, que se

atribuyó como era natural á una calaverada, preocupó otro incidente bien diverso á todos los habitantes de la ciudad y sus contornos, á los grandes y pequeños, á los listos y á los necios, á todos. La señorita de La Seiglière entró de novicia en el convento de S. Vicente de Paul, acto que juzgó cada cual á su modo y atribuyeron unos á la piedad y al fervor de la vocación, mientras sospecharon otros que se debía tal vez en parte más que al amor á Dios, á un poquito de amor al prójimo. Algo acertaron en sus juicios, pero nadie puso el dedo en la llaga sino el buen marqués, cuya vida envenenó desde entonces la idea de que su hija había amado al militar. Pero no por esto dejó de convenir en que el muchacho se había portado como un hombre, desde que pudo frustrar las pretensiones del gobierno á la sucesión vacante, armado del testamento del hijo de Stamply.

Por lo demás, siguió viviendo como hasta entonces, sin que la ausencia de Elena modificara en lo más mínimo sus costumbres, hasta que al fin murió de susto en 1830, oyéndole la *Marsellesa* á una pandilla de muchachos, que fueron á cantar debajo de sus balcones y á romperle á pedradas los cristales.

El baroncito casó con mujer rica y de familia plebeya, convertido en un *Jorge Dandin* al revés. El suegro se mofa de sus pergaminos y le echa en cara la dote que se ha llevado; su mujer le llama *barón* mientras le peina la peluca.

La señora de Vaubert vive todavía, y se pasa las horas muertas contemplando el castillo; en sus pesa-



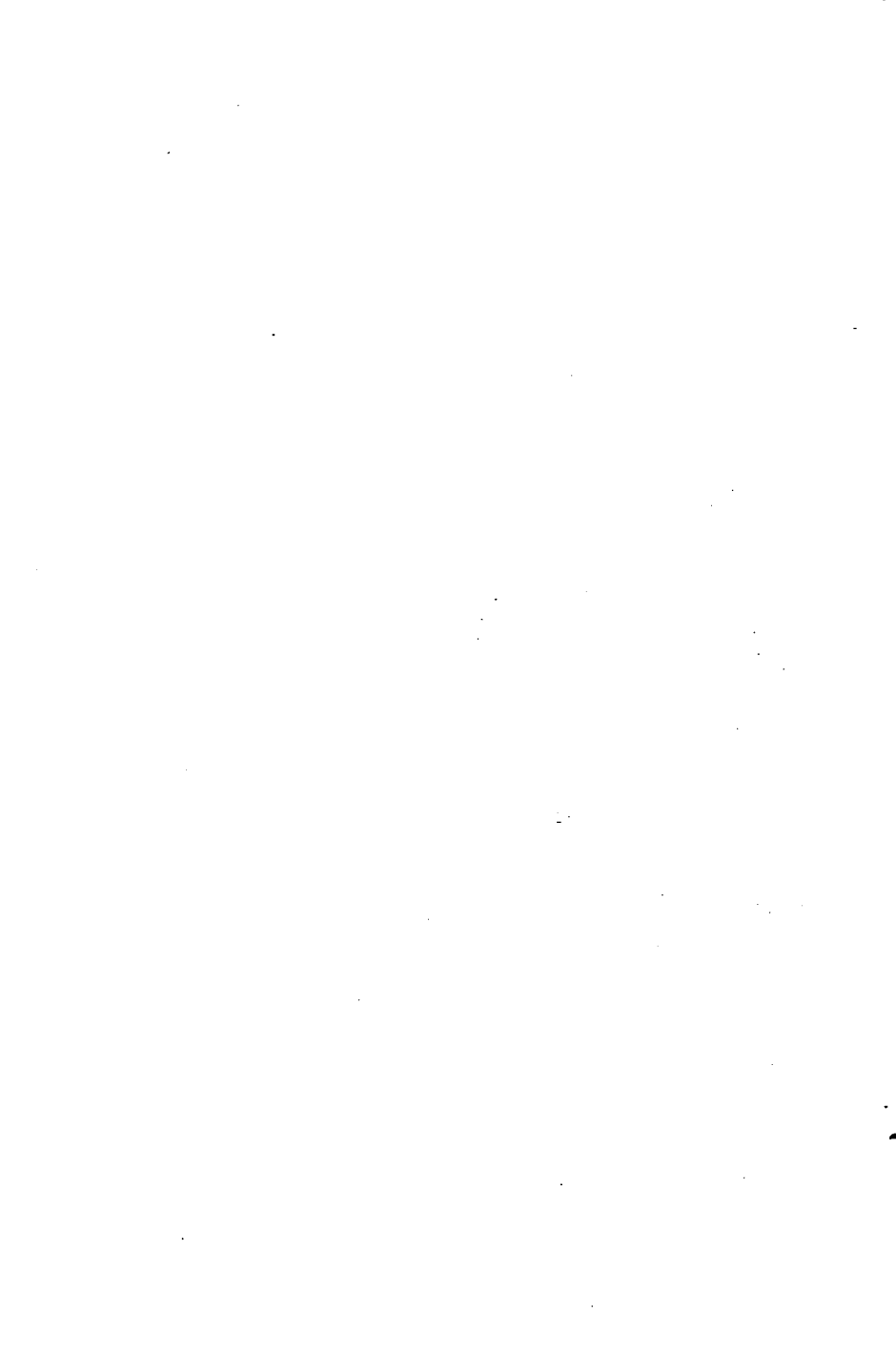
... al fin murió de susto en 1830...



dillas sueña que se ha convertido en una gata, y que no puede echar la zarpa al castillo, que es un ratón.

Muerto su padre, Elena ha dispuesto de todos sus bienes en favor de los pobres, y se asegura que el mismo castillo pasará á ser lugar de asilo para los indigentes de la comarca.





~~R. 1902~~

9

831.4 "18" (San) = 6





80
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA

BIBLIOTECA CENTRAL

Reg.

402.826

Sig.

14-187

CA DE CATALUNYA



1001902713

